Ex-libris
Charles Atwood
Lafoia

THE LIBRARY
OF
THE UNIVERSITY
OF CALIFORNIA

PRESENTED BY
PROF. CHARLES A. KOFOID AND
MRS. PRUDENCE W. KOFOID

CARTAS

SOBRE

LA AMERICA,

POR

X. MARMIER.

Traducidas para el Universal.

TOMO II.

MEXICO:

Imprenta del Universal, calle de Cadena núm. 13.

C-4959-a

LA AMERICA.

CARTAS

SOBRE

LA AMERICA.

M352
V.2

CARTAS
SOBRE AMRÉICA.

CANADA.—ESTADOS-UNIDOS.—HABANA.—RIO DE LA PLATA.

I.
LA HABANA.

El leviatham de la Biblia.—El Ohio.—La desembocadura del Missisipí.—La mitad del siglo.—Llegada á la Habana.—El fisco.—Lo que cuesta entrar en la capital de la isla de Cuba.—Suavidad del invierno.—La fiebre amarilla.—El bergantin *Jackson*.—Aspecto de las calles.—La volanta.—Filosofia de los habaneros.—Administracion:—Poder del gobernador:—El general Tacon.—Los cafés.—Los licores políticos.—Interior del teatro.—Hermosura de las habaneras.—Historia de la Habana.—Monumentos.—La catedral.—El busto de Colon.

La llegada del *Ohio* me sorprendió en medio de los placeres que gozaba en Nueva-Orleans, gracias á la hospitalidad de sus habitantes. Si bien es cierto que entre esta ciudad y la Habana, hay muchos medios de comunicacion, no me

M315981

era posible para ir allí, encontrar un mejor buque que el potente *Ohio*, el leviathan de los vapores americanos. ¡Leviathan! Cuando leo el libro de Job, y muy á menudo leo esta lamentable elejía de la miseria del hombre, la pintura del monstruo acuático me parece que se asemeja á la poética descripcion del coloso animado por el vapor. Vais á juzgarlo vosotros mismos.

"Su estornudo es resplandor de fuego (1), y sus ojos como los párpados de la aurora.

"De su boca salen lámparas, como teas de fuego encendidas.

"De sus narices sale humo, como de una olla encendida, é hirviente.

"En su cuello morara la fortaleza y por donde pasa lleva consigo la desolacion y ruina.

"Hará hervir como una olla el fondo del mar.

"Detrás de él huirá la senda, reputará al abismo como lleno de canas (2)."

El *Ohio*, construido para transportar á Chagres á los que van en busca del oro de California, es de tres mil toneladas, dos máquinas de la fuerza de quinientos caballos cada una, y camarotes para quinientas cincuenta personas.

---

(1) Lo que comunmente se entiende de su respiracion, que es tal, que lanzando con violencia una gran cantidad de agua, elevada esta agua en el aire, resplandece y brilla con los rayos del sol.

(2) La luciente y blanca espuma de una agua ajitada con violencia.

¡Felices los especuladores de Nueva-York, que han tenido el atrevimiento de lanzar sobre las olas este buque colosal! El buen éxito que produce, da envidia á mas de uno de ellos, que se acusa por no haber tenido el mismo pensamiento y el mismo valor. Este vapor ha costado dos millones; pero en cuatro viajes solos ha producido á sus propietarios, la suma limpia de trescientos mil francos. Con algunos viajes mas que dé, el capital que costó estará ya en caja, y el *Ohio* les dará gratuitamente su rica cosecha.

Al salir el sol, un coche me condujo á la *levée*, donde las dos chimeneas del vapor despedian ya torbellinos de humo. Mientras cargaban aún algunos bultos de mercancías, mis ojos recorrian co avidez toda la estension de una ciudad que dejaba con sentimiento, y el rio donde una gran cantidad de embarcaciones estienden ya sus blancas alas. ¡Qué magnífico cuadro se presenta á mi vista! ¡qué potencia vital tan grande me rodea por todas partes! A pocos pasos de distancia se halla el barrio La-Fayette, donde hace diez años no se veian mas que algunas cabañas construidas por los emigrados alemanes, y que forma hoy una ciudad de cuarenta mil almas. En frente del otro lado del rio, hay la ciudad de Macdonough, donde se eleva el hospital de marina, uno de los mas hermosos edificios de la Louisiana, y cerca de allí otra poblacion, á la cual los americanos, ganados por su amor á las nomenclaturas estranjeras, han dado el nombre

de Argel; es el arsenal marítimo, el astillero de Nueva-Orleans, que como una gran señora, no ha querido tener en sus aristocráticas calles el ruido de los martillos, ni el humo de las ornillas.

Durante algunas horas el vapor circula entre orillas sembradas por árboles verdes, plantadas de caña dulce y de alegres habitaciones; un poco mas lejos, bajan hasta ponerse al nivel del rio. Entonces, en vez del terreno fecundo donde brotan ramos de flores, y donde nace el rico naranjo, vése solo un terreno inculto y pantanoso, habitado únicamente por algunos pilotos que observan cada dia el movimiento del Mississipí, y los bancos de arena que levanta y arrastra en sus últimas convulsiones, cambiándolos de lugar.

A menudo sucede en las grandezas de las obras de la naturaleza, lo que en las del hombre. Al darles Dios la potencia, le reserva su duracion. El que no ha visto mas que el brillo de un reinado victorioso, no sabe que este reinado puede concluir muy tristemente, bajo la ultrajante autoridad de un carcelero inglés. El que ha seguido el curso de un rio en su mayor anchura, no presume el fin que le está reservado.

El Rhin, el hermoso Rhin, tan impetuoso en Schaffhouse, tan alegre al pié de los cerros de Rudesheim, se pierde miserablemente entre las arenas de Holanda. El Danubio se divide en los campos de Moldavia, en pequeños ramales, y el Mississipí, que durante su curso absorve tan-

tos arroyos y rios, desemboca al Golfo de México por cuatro brazos diferentes, tres de los cuales son un poco practicables, y el cuarto está barrado por una boya que hace difícil su pasage á los buques de muchas toneladas. Allí permanecimos veinticuatro horas, esperando un viento favorable; y solo disminuyendo mucho el movimiento de la máquina, maniobrando bajo la direccion de un piloto y tomando muchas precauciones, logramos franquear la boya, mientras que los vapores de remolque que iban á buscar allí los buques, caminaban lentamente con su pesada carga, caian en el fango, y retrocedian para embestir de nuevo y volver á enfangarse.

Caro le cuesta á un buque para hacerse arrastrar así, á treinta leguas de distancia, hasta Nueva-Orleans. Pero á la capital del Sur le son necesarios los vinos de Burdeos, las sedas de Lyon, y la quincalla de Paris; la Europa necesita cargas de azúcar y de algodon, y en este cambio recíproco de los productos agrícolas e industriales, la boya no impide el paso á nadie.

Al dia siguiente corriamos con toda la velocidad de nuestros mil caballos, sobre las azuladas aguas del golfo de México. Estamos al primero de Enero. Solo, entre un círculo de estranjeros á los cuales la casualidad me ha reunido, y que pronto dejaré para no volver á ver jamas; estoy pensando en los que en este mismo momento se acuerdan de mí, pero no frivolamente,

sino con los recuerdos sinceros de la familia y los de una verdadera amistad. Si entre todos los que en este momento se dignan inscribir mi nombre en la lista de las personas á quienes deben mandar sus tarjetas de visita, hay algunos que ni siquiera se acuerdan de mí, estoy seguro en cambio, que mis ideas se cruzan desde aquí por el espacio con mas de un pensamiento fiel; que una voz cariñosa ha dicho esta mañana. ¿Dónde está? Y que una madre y una hermana han llorado por mí.

Estoy pensando tambien en este siglo, del cual el año 1850 ha señalado la mitad de la carrera; siglo tempestuoso y terrible como el que mas; que ha derrocado los tronos y conmovido todos los pueblos; siglo pintoresco y bufon, el cual desde hace cincuenta años pasea por el mundo su arlequin adornado de cascabeles, burlándose del imperio de los fuertes, y de las previsiones de los sabios, estraño y doloroso espectáculo, lleno de lágrimas y bufonerías, siglo en el que se han visto las diademas reales saltar como trompos, y desvanecerse las combinaciones de los mas hábiles espíritus, como globos de agua de jabon; en el que los jigantes han sido destronados por los enanos, y los doctores de la ley espulsados por los estudiantes; en el que Steiger ha sido considerado casi como un grande hombre, y Garibaldi como un gran general; en el que los poetas se han despojado de sus alas seráficas, para bajar al foro con la toga del

tribuno, mientras que del cenáculo de los cafés salian los apóstoles encargados de enseñar al universo las virtudes de la república. "Yo no sé si los ángeles lloran, ha dicho Byron; pero los hombres han llorado bastante, y ¿por qué? Para volver á llorar todavía (1)."

La generacion á que pertenezco no verá el fin del siglo; pero antes que desaparezca, quién sabe de cuántos dramas y mascaradas será autora y actriz. Por ahora está en buen camino, y no parece dispuesta á soltar fácilmente lo que tiene entre sus manos, y que contempla con risa diabólica; en una mano la antorcha incendiaria, y en la otra sus títeres.

Pero, lejos de mí estas ideas tristes, laberinto moderno al cual ninguna Ariana lleva el hilo protector. *¡Válganos Dios!* como dicen los españoles. Este es el grito que se escapa al alma cuando está entregada á la perplejidad, y me hallo cerca de aquellos que lo repiten á menudo, en sus goces y en sus penas.

El cuarto dia despues de nuestra salida de Nueva-Orleans, al amanecer, todos los pasajeros estamos reunidos sobre el puente. Delante de nosotros vemos á los rayos del alba, las murallas que guardan la entrada del puerto de la Habana; una ciudadela á la derecha, otra á la iz-

---

[1] *"I know not if the ungels weep, but men have weept enough—Tor whut?—To weepagain."*

quierda; cañones que asoman su cabeza en las altas troneras, y despues de este espectáculo de guerra, un gran edificio, que es una cárcel. Esto bastaria para infundir miedo á los que allí llegaran con una conciencia un tanto acusadora. Pero apenas se han pasado las murallas de la Punta y del Morro, la mirada se estiende sobre un delicioso panorama. Es la rada, vasto estanque de nacar y azúcar, rodeada por un círculo de colinas. Vénse un número inmenso de buques que llegan de todos los puntos del globo, la ciudad con sus campanarios, el palacio del gobernador y el de la intendencia, y sus bajas casas pintadas de mil colores diferentes; el muelle inundado de una muchedumbre de curiosos, y de negros empleados en el puerto. Hay tanto movimiento, tantas apariencias de bienestar y alegria, que desea uno correr inmediatamente hácia la ciudad tan coqueta y risueña. Cuando ya se tiene el baston en la mano, y el equipaje sobre el puente, pedimos un *guadaño* (1) y deseamos partir: ¡Paciencia! Si bien la Habana, con su hermoso cielo, sus verdes cerros, sus flores y sus perfumes, se aparece á los estranjeros como una ciudad encantada, es preciso recordar que no puede uno saltar á estas playas como en las de los Estados-Unidos, donde nadie se cuida de saber si traeis ó no pasaporte, y donde nadie

---

[1] Nombre que dan en la Habana á los botes para los pasajeros.

os pregunta cómo os llamais, á no ser el posadero que os inscribe en su libro de pasajeros.

En la Habana la autoridad administrativa no concede tanta libertad para desembarcar. El fisco y la policía guardan las avenidas de este paraiso terrestre, con una pluma de hierro. El fisco tiene que arreglar una gran cantidad de cuentas con cada uno de los buques. En otros muchos paises he admirado todo el ingenio que despliega el arte para herir con diferentes golpes al contribuyente del modo mas inocente, y multiplica los mismos impuestos cambiando solo su denominacion. El fisco de la Habana puede servir como modelo entre todos los demas, y como creo que os gusta enteraros de todo, voy á daros aquí alguna esplicacion.

No os presentaré al fisco habanero dando la mano á un buque español, pues tiene algunas consideraciones respecto a la madre patria, y solo le hace pagar un tributo pequeño considerado con el que pagan los demas; quiero esplicaros lo que paga un buque estranjero. En primer lugar paga un derecho de doce reales por tonelada, luego uno de limpia del puerto, otro de muelle, otro de la visita de la aduana, otro de descargo, segundo derecho de visita de la aduana y otros. Sigue á esto un impuesto de doce á quince pesos por la traduccion del manifiesto, por los honorarios de los empleados de la aduana y de la capitania del puerto, y los del gobierno; á los que siguen el de la farola, el de la pa-

tente de sanidad, y el de la visita del oficial de sanidad. Todos estos tributos reunidos, forman para un buque de trescientas toneladas, un total de ochocientos á mil pesos.

No creais que este buque, á quien habeis visto abrir tantas veces la bolsa, puede ya cargar libremente su flete, y recibir hasta un derecho de esportacion por los proeuctos indígenas. En mas de un lugar sucede así. Desde el momento en que un buque entra en la rada, hasta el instante en que los marineros levántan el áncora, le sujeta rudamente. Le impone un derecho de seis y cuarto por ciento sobre muchos productos que va á buscar á la Habana, y de doce y medio por ciento sobre los tabacos.

La policía tiene tambien su contingente. Principia por obligar á los viajeros á refrendar sus pasaportes por el cónsul español de la ciudad donnde se embarcan para la isla de Cuba, lo que constituye un primer impuesto de dos pesos. En seguida toma este pasaporte y lo reemplaza por un pedazo de papel cuadrado, por el que se paga ocho pesos.

Pero qué es todo esto para un país cuyo suelo es tan rico? Aquí no se emplea nuestro mezquino modo de contar, ni se conocen los papeles por medio de los cuales los banqueros de los Estados Unidos representan el numerario ausente. Aquí un negro veria un manojo de estos papeles, y ni siquiera se tomaria la molestia de bajarse para recojerlos. Las monedas de cobre

no se conocen tampoco, ni siquiera de vista. La moneda mas pequeña es el medio de plata, que vale treinta céntimos. El peso se gasta como un franco, y el habanero echa sobre un mostrador una onza de oro, con la misma indiferencia que uno de nuestros elegantes de Paris un Napoleon.

Hace algunos años que conocí en Francia á un jóven elegante, á quien perseguia continuamente el pesar de no tener proporcion en los cafés y diversiones de Paris, para gastar mas de veinte pesos diarios. Si la revolucion de 1848 no le ha curado de esta enfermedad, que venga á la Habana donde le será muy fácil gastar mucho mas. ¡Felices los que vienen aquí con una renta que les permite satisfacer todos sus deseos de lujo y de moda! Pero mas felices aún los que no teniendo mas que una humilde fortuna, fundan una parte de su dicha en la contemplacion de esta hermosa naturaleza, que les dá gratuitamente el brillo de sus rayos celestes, y las caricias de sus embalsamadas brisas.

Esta es la dicha de que he gozado en la Habana. Es cierto que he llegado aquí en la mejor estacion, es decir, en invierno. Mi posadera me decia: "Vea, vd. señor, cuán ventilado y fresco es su cuarto de vd." Ponerse al fresco en el mes de Febrero, que nos obliga en Paris á acurrucarnos al lado de la lumbre, es el gran qué en este pais. Durante el dia puertas y ventanas están abiertas, y los vidrios reemplazados

por una cortina flotante. Por la noche, no encontrais en vuestra cama ningun colchon, pues se compone simplemente de un catre de tijera y dos sábanas; es dura, pero fresca, y nada mejor puede desearse que esta última circunstancia.

¿Cómo se vive en verano? Los que han sufrido los ardores de la canicula en las regiones tropicales, lo saben. Ningun pais del mundo ofrece al hombre un asilo donde pueda olvidar la amarga sentencia de la Biblia: *Homo natus á muliere brevi vivens et multis repletur miseriis.* El Norte tiene sus largas y fúnebres noches, sus torbellinos de nieve, y sus vientos que hielan el aliento en los lábios. Las comarcas de Oriente y del Sud, perlas de los Océanos, canastillos de flores del globo, tienen sus plantas venenosas, su cielo ardiente, la peste y la fiebre amarilla, que les ataca en medio de su voluptuosa pereza, como la espada del ángel esterminador.

Hay años en que la sombría fantasma de la fiebre amarilla parece que se ha adormecido sobre las playas de la Habana, donde á su débil apariencia, pudiera creerse que han cesado ya sus estragos y que está pronta á desaparecer del pais. Pero de repente, como si en su engañador reposo no hubiera hecho mas que reunir todas sus fuerzas y todos sus emponzoñados dardos, vuelve á aparecer mas terrible que nunca, dejando sus huellas por todas las calles, señalando con un signo fatal todas las puertas, hiriendo

con su descarnada mano á los hijos del pais y á los estranjeros.

El año último, en el mes de Agosto, los buques reunidos en la rada parecíanse á los que que desertan los marineros en el puerto de San Francisco. Pero, no era para ir á los *placeres* de oro que abandonaban los soldados y los oficiales el pabellon nacional; para ir al hospital en busca de remedios, para ser sepultados en un cementerio estranjero, acordándose en sus últimos momentos de su hermoso y fresco Escaut, ó de la bella Gironda.

Al luto de la Habana se juntaba una plaga mas terrible aún, la plaga mortal de Vera-Cruz y de Tampico. Un dia, el vijía del Morro, vió pasar al pié de sus altas murallas un bergantin inglés, gobernado por una muger, á la cual un hombre pálido como un cadáver, trataba de ayudar en su trabajo. El capitan Jackson que mandaba ese bergantin, habia dejado Tampico con su muger sus dos hijos de muy tierna edad, y siete marineros. Algunos dias despues de su salida, los siete marineros fueron presas del *vómito*, y murieron uno detras del otro; el capitan y sus hijos, atacados por el mismo mal, permanecian postrados en cama, sin poder menearse. La muger, con el valor sobrehumano que la dá su fé en Dios, echó los cadáveres al mar, cargó una parte de las velas, gobernó el timon, cuidó á su marido y á sus hijos, y gracias á un viento

favorable que secundó su resolucion, dirijió el rumbo hácia la isla de Cuba, hasta el momento en que su marido abandonando el lecho, enfermo aún, pudo ayudarla un poco. Llegó esa valiente señora á puerto, d spues de cuarenta dias de navegacion, tímida y modesta, bajando los ojos bajo su gorro negro, cuando le hablaban de su enérgica virtud, y como si no conociera la grande obra que acababa de llevar á cabo, y ante la cual el hombre mas determinado hubiera quizás retrocedido. Si el consignatario de ese bergantin fué un hombre de corazon, debió dar una buena recompensa á aquella que en un desastre semejante salvó su buque y su carga.

En invierno, la fiebre amarilla se duerme sobre sus sombríos trofeos, y la Habana rie, canta y trabaja, ó se mece en su feliz pereza, sobre su fértil suelo y bajo su cielo brillante, como si ninguna plaga la hubiese atacado jamás, ni debiera nunca hacer pesar sobre ella sus estragos; desde la mañana, levántase su poblacioon como una nidada de alondras, á respirar la lijera brisa del mar, y á contemplar la brillantez que hermosea sus colinas. La animacion del interior de las casas, se asemeja á la esterior. Cierto filósofo antiguo ha dicho que quisiera que su casa fuera de cristal, para esponer su existencia á todas las miradas. En la Habana hubiera podido ver casi realizado su ensueño. Mas allá del umbral de cada una de las casas, hay el patio,

con sus galerías circulares donde la familia pasa una gran parte del dia; y cada fachada tiene sus anchas ventanas, cerradas con persianas, y defendidas por rejas de hierro, pero abiertas continuamente, de modo que puede decirse que todos viven al aire libre y que la poblacion entera se asemeja á un enjambre de abejas susurrando al rededor de sus panales. A la hora en que los mercaderes ingleses se encierran en sus almacenes, detrás de una triple barrera de puertas, y en que nuestras hermosas damas de Paris no han corrido aún las cortinas de su alcoba, los habitantes de la Habana han saludado ya desde su ventana á sus vecinos, el mercader ha abierto ya su tienda, y las jóvenes asoman á los balcones y ventanas, como si esperaran ya á su Romeo.

Si los bienes de la tierra están repartidos desigualmente, en cambio Dios ha concedido á todos los hombres la comunidad del espacio atmosférico, y de la luz, y los habaneros gozan fraternalmente de esta comunidad.

Para un estranjero ávido de verlo todo, se presentan aquí dos espectáculos; el de las casas, para el cual no necesita que ningun Asmodeo levante los techos para ver su interior, y el de las calles, animado y curioso; á derecha é izquierda las aceras llenas de transeuntes, blancos y negros; indios de color aceituñado; criollos vestidos con su traje ligero, mexicanos y europeos;

en el centro de la calle, gran cantidad de mulas que avanzan á pasos lentos, con la cabeza y el cuerpo sepultados bajo los verdes troncos de la *maloja*, como le llaman aquí, ó maiz; pesados carretones cargados de productos agrícolas, tirados por dos monstruosos bueyes, y la volanta, la ligera y coqueta volanta. Segun las descripciones que de este carruaje me habian hecho, figurábame yo que la volanta habanera era un grotesco vehículo; pero me persuadí de lo contrario al verla: es la flexible *karra* del Norte, con la cual se viaja tan velozmente en Suecia y Noruega, pero una karra considerablemente perfeccionada y embellecida. Se compone de un largo timón que le dá un agradable balanceo, de dos ruedas anchas y altas, las cuales, á menos que el eje se rompa, hacen imposible el vuelco. En medio de las dos ruedas, una caja muy parecida á la de nuestros birlochos, elegantemente tapizada por dentro, medio sombreada por delante con un triángulo de ropa que basta para preservar al rostro de los rayos del sol, sin que por ninguno de los lados obstruya la vista. La volanta está conducida por un negro, que con pié ligero monta sobre la silla de su caballo, con su chaqueta redonda adornada de galones de diversos colores, con un ancho sombrero, altos botines que bajan hasta el tobillo, dejando de allí al pié brillar el ébano de su negro cútis. Tal es la volanta comun que en cada calle, á cada paso se ofrece á los transeuntes por dos rea-

les por viaje; carruaje que cuando se ha usado una vez, cuando se ha conocido toda la rapidez de su marcha, y la humildad de su cochero, no puede uno menos de conocer la gran ventaja que lleva á todos los nuestros.

La volanta es casi el único carruaje que se vé en la Habana. Cada rico comerciante quiere tener la suya, pero con adornos de plata y tapizada de raso. En muchas casas tienen la volanta como un mueble de lujo en el mismo salon donde reciben sus visitas.

Una volanta, tirada por dos caballos, con su postillon negro, llevando su sombrero y chaqueta lleno de galones de oro, es ciertamente uno de los carruajes mas hermosos y aristocráticos que puede verse.

Entre esta ciudad y las de los Estados-Unidos existe un contraste tan grande, que no sé donde se puede hallar uno mas completo. El americano es..... pero, ya os he dicho lo que me han parecido los americanos. Los habaneros tienen la esquisita cortesanía de los españoles, y emplean muy amenudo estas frases: *Mi casa está á la disposicion de V. Estoy á su servicio.* Si deben considerarse estas palabras como las nuestras de *tres-humble serviteur*, se equivocaria quien las tomara como palabras vanas. El habanero acoje al estranjero con urbanidad, le abre su casa con confianza, y logra hacérsela agradable, impulsado solo por su carácter, franco y generoso.

Adora el lujo y las fiestas, las modas brillantes, y los juegos azarosos.

Las costumbres nacen del clima, como los frutos de la tierra. El enjerto y el cultivo pueden modificar sus frutos, pero no hacer que desaparezca la primitiva esencia.

Hijo feliz de una naturaleza que por todas partes se le presenta bella y risueña, que fascina sus sentidos, el plantador habanero, en su hermosa vida, no conoce ni puede comprender el placer que esperimenta el docto aleman encerrándose largas horas en un cuarto sombrío, descifrando á la luz de una lámpara los geroglíficos filosóficos de Hegel. No puede, entre su rojo horizonte y su cielo azulado, envolverse como un inglés en una nube osiánica, hasta que pierda como en una máquina neumática su último aliento. Al ver en todas las estaciones reverdecer sus campos y florecer sus naranjos, no puede, como una araña de mostrador, hilar sin cesar su tela para atrapar en ella las presas que todos los dias se le presentarán. Si conserva de sus estudios de colegio algun gusto clásico, si lee Horacio, creo que sobre todo le gustara el *Carpe diem* del amable romano. Si lee Lamartine, preferirá á sus quejosas elegías, las estrofas en que el melodioso poeta canta el himno anacreóntico.

"Cueillons, cueillons la rose au matin de la vie."

En los goces del presente, por fugitivos que puedan ser, no se dejará turbar nunca por la

percaucion del porvenir. Si el año es bueno, gasta alegremente todo lo que la cosecha le produce, si mas tarde la cosecha es mala, y se vende á peor precio, se encontrará como la cigarra, es cierto, y se verá precisado á recurrir á una hormiga, le cual le hará pagar caros sus favores. El hecho es que un gran número de propiedades magníficas están gravadas con hipotecas, y por el cúmulo de préstamos succesivos y de intereses, caen en fin en las manos de los prestamistas. El precio legal de los intereses es aquí de doce por ciento; se tolera hasta veinte, y muy á menudo sube segun algunos convenios particulares, hasta treinta y seis; bajo el peso de tan terribles compromisos, no deja el plantador por eso de tener una magnífica casa, de asistir á las peleas de gallos. y de entregarse á todos sus fastuosos caprichos. Suceda lo quiera, no habrá dejado de saborear sin temor ninguno, la copa de su destino, y cuando liba la última gota, puede decir como Tecla: "*Ich habe gelebt und geliebt:* he vivido, he amado."

De esta esfera aristocrática, las costumbres del decoro esterior y de la urbanidad bajan hasta el último escalon de la escalera social. El *mob*, no solo el *mob*, que significa canalla, sino el pueblo bajo americano. es lo que hay de mas grosero y brutal en el mundo civilizado. Yo prefiriera vivir con los pobres ignorantes esquimales que con esas turbas de insolentes fátuos, que forman la base de la mas vasta de las re-

publicanas. En la Habana no he visto nada que se pareciera á un populacho. Solo he encontrado allí corporaciones de artesanos, de penetrante mirada y animada fisonomía, complacientes y sociales.

Entre la isla de Cuba y los Estados-Unidos existe otra diferencia muy notable, la de las instituciones políticas. La confederacion de los Estados-Unidos posee en toda su plenitud la piedra filosofal de los tiempos modernos: la libertad. En medio de todas las revoluciones que desde el rio de la Plata hasta el rio San Lorenzo, sobre el Océano Atlántico y sobre el Océano Pacífico, revolvieron el continente americano, la isla de Cuba permanece sometida á un régimen de gobierno tan absoluto, como el de Felipe II ó del emperador Nicolás.

Mientras que la España juega con el sistema representativo, y á veces de un modo tan gallardo; mientras que los periódicos de Madrid pueden lanzar cada dia sus ataques contra el ministerio, la censura inquieta y severa de los antiguos tiempo tiene bajo el hierro de sus tijeras la prensa de Cuba y el *Diario* de la Habana, y la *Aurora* de Matanzas no pueden moverse como el génio cautivo bajo el poder de Fausto, mas que en el reducido círculo en que les tienen sujetos.

El gobernador de Cuba está investido de una especie de soberanía absoluta. Ningun otro funcionario puede rivalizar con él, ningun consejo local puede oponerse al ejercicio de su voluntad. Es el gefe de la fuerza armada, de la

justicia y de los empleados (1). Pero, ¿qué digo? Tantos títulos tienen que su enumeracion ocupa la mitad de mi pasaporte, y para daros una idea de su importancia, los traduzco testualmente.

"Leon Federico de Roncali, conde de Alcoy, caballero gran-cruz de la real y distinguida órden de Cárlos III, de la americana de Isabel la Católica, de la órden militar de San Fernando y de la de San Hermenegildo, miembro de la Academia de Bellas Artes de San Cárlos de Valencia, gentilhombre de cámara de S. M. senador del reino, teniente general del ejército real, gobernador y capitan general de la isla de Cuba, presidente de sus tribunales reales, gobernador político y militar de esta provincia, gefe civil supremo de toda la isla, presidente de la sociedad del progreso, de la inspeccion de estudios, de la junta provincial, de la real órden americana de Isabel la Católica, juez delegado de la casa real y de sus dominios, de la intendencia real de correos, postas y estafetas, &c., &c.

En dos palabras, el gobernador tiene entre sus manos todas las ruedas de la administracion

---

[1] El gobernador de Santiago de Cuba ejerce solo una autoridad independiente, en lo que concierne á los negocios civiles de la provincia. Por lo demas, está sometido como los otros, á la superioridad del gobernador general.

y puede hacer prender, desterrar y encarcelar á cualquiera, sin que ni la mas mínima ley se oponga.

En el siglo actual una cosa semejante parecerá monstruosa á los misioneros de los principios demagógicos, lo creo; sin embargo, los habaneros no demuestran sentir el peso de la administracion que les rige, y no me sorprende. Los que pretenden arreglar la marcha de la humanidad sobre una misma medida, y cortar del Norte al Sur su dicha como si fuera un uniforme, me han parecido siempre poseidos de una admirable confianza en su sabiduría. Si hay pueblos que reclaman lo que se ha convenido en llamar instituciones liberales, hay otros que se encuentran perfectamente bajo un régimen autocrático. Querer persuadirles que sufren y que deben destruir todo: su edificio social par amejorar de condicion, es una pretension muy estraña; me parece igual á la de un médico que dijera á un hombre que goza de muy buena salud: "Amigo mio, estais enfermo.—¿Yo? Os equivocais, porque estoy muy bueno; jamas me he sentido mejor que ahora.—Es posible, pero vos no os conoceis. Yo, que estoy iluminado por el arte y por la esperiencia, conozco que estais enfermo; para curaros empezaré por daros calenturas."

Si estos filantrópicos consejos han sido arrojados acá y allá en la isla de Cuba, por la Eu-

ropa y la América, semejantes á las semillas que los vientos llevan sobre sus alas, y van á sembrar á lejanas comarcas, nada indica aún que hayan tomado arraigo en el seno de la poblacion. Y cuando observo lo que pasa al rededor de ella, cnando veo el grado de desmoralizacion y miseria á que ha llegado México, con su constitucion calcada sobre la de los Estados-Unidos, la debilidad en que han caido las regiones de la América del Sur, constituidas en repúblicas, y proclamando orgullosamente su independencia con uncentenar de soldados cubiertos de harapos, comprendo muy bien que la isla de Cuba no haya intentado exponer asi su prosperidad.

Se equivocaria mucho el que creyera que el gobernador general abusa de su poder. Suponiendo que fuera dotado de uua mala naturaleza, sus propios intereses le obligarian á no seguir una senda errónea. Si bien ninguna resistencia se opondria á sus órdenes, no podria permanecer sordo á las advertencias que le dieran, y sobre todo, existe la corte de Madrid para juzgarle, y el ministerio.

Ademas, la duracion de sus poderes está limitada á cinco años; si durante este tiempo ha cometido algunas faltas, antes que estas hayan tomado mucha consistencia, pueden ser reparadas por su sucesor. El cambio de cada gobernador es como el principio de un nuevo régimen que crea nuevas esperanzas.

Uno hubo cuya mano no estaba cubierta por

un guante de seda, y su recuerdo ha quedado grabado en todas las memorias; por muchos, temiéndole; por la mayor parte, amándole y venerándole. Este fué el general Tacon, que tomó posesion del poder en 1834, y le guardó hasta 1838. Antes de su llegada, el país estaba entregado á los mas deplorables desórdenes. Bandadas de malhechores aterrorizaban las ciudades y las campiñas; los robos y los asesinatos se cometian de dia, en las mismas calles de la Habana. El primer pensamiento del general fué esterminar semejante calamidad. Valióse para eso de una voluntad enérgica, rigorosa, violenta á veces, segun dicen; pero sin esa violencia de que le han acusado, no hubiera logrado su objeto. Hizo construir la vasta cárcel que se presenta á la vista de los viajeros al entrar en el puerto de la Habana. Al mismo tiempo que construia ese siniestro edificio, grababa su nombre en dos otras obras de un carácter enteramente distinto: un magnífico teatro, que se eleva fuera de las puertas de la ciudad, y el risueño paseo que se dirije hácia el Cerro.

A últimos del primer año de su administracion el inflexible general decia en uno de sus manifiestos: "La tranquilidad pública, el órden y la seguridad personal se han restablecido de un modo admirable. La policía, al recorrer las ciudades y los pueblos, no encuentra ya ladrones. La comarca desolada no hace mucho, por infinitos crímenes, está actualmente tranquila. &c."

Si la seguridad espresada en este manifiesto era entonces algo exajerada, mas tarde fué perfectamente exacta. El general Facon fué el Teseo de la isla de Cuba, pues la purgó de todos sus bandidos.

Actualmente se pueden recorrer todas las calles de la Habana á cualquiera hora de la noche, y con toda seguridad. En caso de alarma se está seguro de encontrar siempre un sereno vigilante; y en aquellas horas la graciosa reina de Cuba, semejante á esas flores que solo se abren al ponerse el sol, es cuando aparece con toda su seduccion.

Concluido el trabajo del dia, cada uno piensa en los goces de esas horas de descanso durante la tibia frescura de la noche. El obrero, sacudiendo el polvo de su taller, viste un pantalon blanco, coloca sobre la punta de su oreja su sombrero de Panamá ó de *jipi-japa*, y va á ver á su novia: el negociante recibe á sus vecinos y amigos en su almacen abierto hasta muy tarde. Una multitud de ociosos circula á lo largo del paseo: luego se dirije á la Plaza de Armas, donde una orquesta militar le dá todas las noches un concierto gratiuto. Bajo las ramas de las palmas, al rededor de la fuente de mármol que adorna esta plaza, se pasean como en las alamedas de España. El uniforme dorado del oficial con el sencillo traje del paisano, y la coqueta mantilla, con el traje dictado por la última ley de la moda pariciense, y presumo que aquí, como en

el seno de la alameda de Cádiz, mas de una palabra amorosa resuena misteriosamente en un oido atento, no debiera escuchar mas que las melodías de Mozart ó de Rossini.

Cerca de allí hay los vastos cafés, donde los deliciosos frutos de la isla, la naranja, la piña, el mamey, la guanábana y la guayaba, se ven transformados en conservas, en helados, y en sorbetes. El ingenioso confitero de la *Dominica* ha empleado ya todos los términos de su vocabulario español, aplicándolos á sus agradables productos: y para bautizar otros nuevos, se ha visto precisado á recurrir á los dominios de la política estranjera: "*Muchacho*, grita allí uno de sus consumidores; *Traeme un presidente Taylor:* y otro dice: *A mí un presidente Jackson.*" Y los dos venerables presidentes aparecen bajo la forma de dos vasos llenos de un licor odorífero, como si su alma estuviese encerrada en el frágil cristal, semejantes á aquellas cuyo cautiverio nos cuenta Ariosto en su mágico poema.

Al dar á dos de sus composiciones esos dos nombres importantes, el juicioso confitero ha probado que, desde el fondo de su laboratorio, ha estudiado el carácter de los gefes del gobierno americano, y que podia pintarles á su modo. La copa que se presenta bajo el nombre de general Taylor, contiene una bebida dulce y refrijerante, la otra un ponche enérgico.

A alguna distancia de allí, á la entrada de un populoso arrabal, brillan las luces del teatro

donde, desde el principio del invierno, una compañía de cantores escelentes, representa por la vigésima vez la *Lucia*, oyendo los aplausos de un público entusiasta. Si en las capitales de Europa hay teatros mas grandes y con una orquesta mucho mas numerosa, no hay en cambio ninguno que tenga un aspecto mas aristocrático. En el patio solo se ven pantalones y chalecos blancos, y casacas negras.

Sus tres pisos de balcones no están como los nuestros, cerrados por una parte por una pared de ladrillos, y por la otra por una pesada balaustrada. En el fondo, no hay mas que unas lijeras persianas, al través de las cuales penetran el aire y la luz de la galería; por delante hay un claro enrejado que permite ver á las hermosas habaneras, en toda su hermosura, desde las trenzas de su ondeante cabellera, hasta sus diminutos piés. Sobre estos tres pisos, hay un lugar destinado á los negros, los cuales parece que están alineados allí con el objeto de hacer resaltar con su alta estatura y negro rostro, las blancas palomas que están perezosamente sentadas en los palcos. Aquí, el traje de una señora en nada se parece á los que brillan con tantos colores diferentes de un estremo á otro de nuestro teatro de la Opera, un dia de gran representacion; no se vé ni un terciopelo siquiera, y hasta el raso es harto pesado y poco flexible para tan delicadas formas, y el lijero zapato de lendrillon,

fuera una carga harto pesada para esos piés de pajarito. Todos los adornos que pueden llevar estos lirios de los trópicos, se reducen á una flor en la cabeza, unas lijeras gasas sobre el pecho, una cinta de seda por zapato con una suela imperceptible, y otra cinta del mismo color que enlaza el talon. Parécense á las *elfes* del Norte, que antiguamente en las florestas se tejian vestidos con los rayos de la luna; y cuando una de esas hadas habaneras se retira á su recámara, al ver el vaporoso tejido que la envuelve, pudiera creerse que cada una de ellas es la hermosura del Cántico de los Cánticos, que el poeta compára á una nube de inciensos.

Para que los espectadores del teatro dejen de dirijir sus miradas hácia los balcones, donde se inclinan como enredaderas las hermosas hijas de la Habana, donde brillan sus hermosos, negros y brillantes ojos, es preciso que el drama que se pone en escena sea interesante, que Salvi sea un tenor como es, un cantor admirable, y que la señora Bosio cante con toda la espresion que dá á sus notas que arrebatan.

Estas apariciones poéticas, este cielo, cuyo hermoso azul se reune al azul del mar, este vasto horizonte, esta perpetua verdura de los árboles y de las flores, dan á la Habana un prestijio que sorprende agradablemente al espíritu del europeo, y que no le es posible olvidar jamas. La ciudad no tiene nada de estraordinario. En

otras partes los monumentos que adornan la población, son el orgullo de los habitantes; aquí, los adornos de la ciudad están formados por el paisaje y por sus habitantes.

La Habana no es tampoco la ciudad mas antigua de la colonia. La isla de Cuba, descubierta el 28 de Octubre de 1492 por Cristóbal Colon, y visitada otra vez por él en 1494, permaneció todavía catorce años abandonada á los caciques. La España no podia, á pesar de toda su avidez, tomar á la vez posesion de los vastos dominios que su infatigable almirante le presentaba todos los dias, como si les hiciera brotar de en medio de las ondas. Semejante á un heredero dotado repentinamente de una fortuna que no puede contar, descuidaba una parte de sus dominios.

Despues de haberse establecido en Santo Domingo, se acordó mas tarde de esta isla, á la cual Colon habia dado el nombre de Juana, á quien despues dieron el de Fernandina, luego el de Ave María, y á pesar de sus diferentes bautismos, guardó su denominacion india: Cuba.

En 1508, Nicolás Obando, gobernador de Santo Domingo, recibió la órden de esplorarla. Confió este cuidado á Sebastian Ocampo, que fué el primero que la reconoció; y al hacer constar la fertilidad de su suelo, la situacion ventajosa de algunos de sus puertos, y sobre todo el de la Habana, que llamó *Puerto de Carenas*, la recomendó á la especial atencion del gobierno.

En 1511, Diego Colon, que acabó por obtener al menos una parte de las recompensas prometidas á su padre, envió á Cuba á Velazquez, con un ejército de ochocientos hombres. El cacique Hatuci trató de oponerse al desembarque de las tropas, pero fué vencido y encadenado.

Como los españoles ignoraban aún la existende la Florida y del lado del continente americano, del cual formaba parte, solo trataron de ocupar el lado meridional de la isla, que era la mas cerca de la Jamaica, de Santo Domingo y de la Costa firme. Fundaron la ciudad de Santiago, la de la Trinidad, la de Baracoa, que fué la primera capital de la Isla, y algunos años despues, las de Puerto-Príncipe, Báyamo, y Santo Espíritu.

La Habana solo data de 1519; no era aún mas que un establecimiento poco considerable, cuando en 1538, fué reducida á cenizas por unos marineros franceses. Fernando de Soto la levantó de sus ruinas, y construyó un fuerte. Gracias á este medio de defensa, y sobre todo á su posicion marítima, la nueva ciudad se desarrolló tan rápidamente, que en 1549, el gobernador Gonzalez Pereo de Angulo, fijó su residencia en ella.

Sus succesores siguieron su ejemplo. Sin embargo, solo en 1589 fué realmente la capital de la isla. D. Juan de Tejada añadió á sus primeras fortalezas, la del Morro. Felipe II le dió su escudo de armas; tres torres de plata sobre un campo azul, y una llave que representa la

llave de las Indias. Los actos oficiales la dan un largo título que recuerda á la vez la memoria de Cristóbal Colon, y la constancia con que ha permanecido siempre unida al pendon español. La llaman la *Siempre fidelísima ciudad de San Cristóbal de la Habana.*

Los colonos que vinieron á establecerse aquí, ya soldados, ya comerciantes, no trajeron las riquezas de arquitectura de Granada ó de Sevilla. Escepto el palacio del gobernador, el de la intendencia, y algunas casas pertenecientes á ricos propietarios, muchos de los cuales son grandes de España, no se ven en la Habana mas que casas de una construccion muy comun, curiosas únicamente por su género de estructuras; alegres con sus ventanas, y por los colores de que están esteriormente revestidas.

La catedral, construida en 1724 por los jesuitas, no tiene ni la solemnidad de una iglesia gótica, ni la brillantez de un estilo mas reciente; empero encierra los restos de Colon. Despues de haber luchado durante su vida con tantas tempestades, con las del mar y con las de la vida, mucho mas crueles que aquellas, tempestades debidas á las maldades de los hombres, estaba inscrito en la suerte de ese mártir de la gloria, que no descansaria en el suelo, donde exhaló su último suspiro, donde entregó á Dios su alma grande, desgarrada por la amargura. Desde Valladolid fueron trasportadas sus ceni-

zas á Sevilla, luego á Santo Domingo, y despues á la Habana.

A la izquierda del altar mayor de la catedral de la Habana, hay en la pared una piedra, sobre la cual está esculpido en relieve un busto de hombre, con el traje de los caballeros del siglo XVI. El cincelador le decoró con esta sencilla inscripcion:

"O restos é imágen del grande Colon:
Mil siglos durad, guardados en la urna.
Y en la remembranza de nuestra nacion."

No hay duda que es una pobre memoria. Pero, ¿qué diremos de la que existe en la catedral de Sevilla?

"A Castilla y á Leon,
Mundo Nuevo dió Colon."

El pedantismo de los sábios, y la vanidad de los constructores de epitafios, solo sirven á veces para ultrajar la memoria de los muertos.

En Aix-la-Chapelle, al pié del coro, el viajero se detiene en frente de una gran baldosa, rodeada de un círculo de bronce, y lee al inclinar la cabeza, dos palabras que encierran toda una historia.

"Carlo-Magno."

Hay ciertos nombres á los cuales nada debe añadirse al inscribirles en una tumba: Carlo-Magno, Colon, Napoleon. Del mismo modo de-

bieran inscribirse los de los grandes artistas y de los grandes poetas. Los que dedicándoles una mala redondilla, creen engrandecer su memoria, cometen un error. ¡Cuán poco han valido aquellos que para que se les conozca necesitan versos en sus tumbas!

II.

EL DIA DE LOS REYES EN LA HABANA.

Un recuerdo de Shakspeare.—Diferentes tríbus de negros.—Bailes y mascaradas.—Aristocracia de los negros criollos.—Posicion de los negros en las casas particulares y en el campo.—Cómo se hace el tráfico.—Condicion de los hombres de color.

QUINCE.—Roberto Starveling, ¿vos representareis el papel de la madre de Tisbe, Tomás Snout el calderero?

SNOUT.—Presente, Pedro quince.

QUINCE.—Vos representareis al poeta Pyramo. Yo seré el padre de Tisbe. Snug el carpintero, vos sereis el leon; ya está arreglado el órden del espectáculo.

Snug.—¿Ya teneis escrito el papel del leon? Os ruego que me lo deis luego, pues me cuesta mucho aprender de memoria.

Quince.—Se puede improvisar muy fácilmente. Basta con rujir.

Bottom.—Dejadme desempeñar el papel de leon. Yo rujiré de tal modo, que todo el mundo temblará. Tales serán mis rujidos, que el gran duque esclamará: Dejadme que ruja todavía.

Quince.—Fuerais tan terrible, que asustariais á la duquesa, y á sus doncellas, que lanzarian gritos de espanto; no se necesitaba otra cosa para que nos colgaran á todos.

Bottom.—Convengo en que si asustaba á las mugeres, pudiéramos ser ahorcados todos; pero yo moderaré mi voz; mis rujidos serán dulces como los arrullos de la paloma, como el canto del ruiseñor.

Quince.—No puede ser. No podeis desempeñar mas que el papel de Pyramo; porque Pyramo fué un hombre de agradable fisonomía, un hombre enteramente seductor, y un amable *gentleman*. Hareis, pues, el papel de Pyramo.

Bottom.—Pues bien, me encargo de él. ¿Qué barba me pondré?

Quince.—La que querais.

Bottom.—Es que la puedo usar de color de paja, de color de naranja, de color de púrpura, del color del tinte de Francia, y en fin, completamente amarilla.

Hé aquí la escena de Shakspeare de que me he acordado hoy, al ver los negros de la Habana, que parece que han heredado la fuerza de Bottom, para dar á su voz toda clase de entonaciones, y disfrazarse de todos colores.

El dia de los reyes es aquí la fiesta de los negros. Sea por un recuerdo de las antiguas saturnales, ó bien en memoria del negro mago de Etiopia, que llevó sus presentes á Betlem, en este dia están completamente libres. Sus amos les dan *aguinaldos*, y van á pedir otros á todas las personas que visitan la casa de sus amos. De un estremo á otro de la ciudad, se reunen en cohortes los negros artesanos y los negros criados, al rededor del que representa el gefe de su tribu. La poblacion africana de la isla de Cuba se forma de muchas razas, que aun cuando viven bajo el mismo yugo, conservan, como su fisonomía, sus diferentes costumbres. Los negros congos son generalmente perezosos, malos, é inclinados al robo.

Los lucumís, orgullosos y desdeñosos.

Los macuas, de la costa de Mozambique, tienen el carácter muy indolente, pero dócil y tranquilo.

Los caravalis de la costa occidental de Africa, son avaros, industriosos, y muy á menudo impetuosos.

Los minas, tienen un aire altamente estúpido.

Los avaras, no tienen ni carácter, ni enerjía.

Los mandingas, son dóciles, sometidos, y honrados.

El dia de los Reyes, cada nacion aparece en la Habana con su traje nacional, y sus instrumentos músicos. He dado sinceramente gracias á mi fortuna de viajero, que me ha hecho presenciar una fiesta semejante. En el círculo de una misma ciudad, he visto una muestra de todos los trajes de los salvajes de Africa, y no es posible imajinarse una reunion de escenas mas bufonas y grotescas. Los unos se adelantan montados sobre altos zancos, semejantes á los vascos, y cuando están yá cansados de su andar aéreo, caen en brazos de dos de los que les siguen, que les llevan alegremente, mientras que un tercero toma entre sus manos sus pesadas piernas de madera, y las guarda con tanto respeto, como el que conservaban en otro tiempo las damas de honor al sostener la cola del vestido de las grandes señoras. Otros están sepultados de los piés á la cabeza, en un manto de tela de lino, imitando una piel de oso. Vénse algunos que llevan en la cabeza un castillo de plumas, un bosque de ramilletes artificiales. Otros se cubren el rostro y el cuello de una espesa máscara, al través de la cual se ven relucir sus brillantes ojos. Los hay que procuran dar á su fisonomía la apariencia de un pájaro de presa, ó de un animal feroz. Muchos están desnudos hasta la cintura, pintadas las piernas, las espaldas, y el pecho. Estos están completamente cubiertos de almagre; los de mas allá, de yeso blanco; algunos, creyendo que no son aún bas

tante negros, se pintan sobre el cuerpo diferentes líneas con tinta ó lustre.

Las mugeres están generalmente vestidas con telas de colores muy relucientes; llevan una flor en los cabellos, un cigarro en la boca, y una capa de pintura roja, verde ó amarilla en el rostro; siguen con paso firme la comitiva de la cual forman parte, y solo se detienen para bailar.

Debajo de los balcones del gobernador ó del intendente, en las plazas y en las calles mas frecuentadas, el gefe de la tribu dá la señal. Al instante mismo los músicos se forman de uno y otro lado con sus instrumentos. ¡Qué instrumentos! Todo lo que chilla, todo lo que hace ruido, todo lo que vibra con los mas agudos y discordantes sonidos, es bueno para su diabólica orquesta. Uno lleva un grueso tronco de árbol, hueco de arriba á bajo, cubierto por uno de sus estremos con una dura piel, sobre la cual dá con sus nerviosas manos redoblados golpes. A su lado, otro agita, á guisa de cascabeles, un cesto de mimbres lleno de piedras; algunos tienen ciertas flautas de caña, cuyo modelo no les dió por cierto el Dios Pan; y otros tienen una especie de arpa con una media docena de cuerdas, que pudiera muy bien hacer llorar al dios de la música de Finlandia, al tierno Wseinemoïnen; pero no lágrimas de ternura, sino de indignacion y de dolor.

A esta cencerrada sin nombre, que humillara á la mas ingeniosa bandada de pilluelos de Pa-

riz, mézclanse los roncos acentos de las gargantas encarceladas debajo de las máscaras; parécense á los gritos del buho, á los silbidos de las serpientes, y á los ladridos del perro. Dáse la señal del baile. El gefe que está montado en unos zancos, salta como un mono. El que está cubierto con la piel de oso, sacude su larga crin, se inclina hácia el suelo, y se levanta de repente como si fuera á arrojarse sobre su presa; el gefe adornado con el gran penacho de plumas, hace mil contorsiones; luego, toda la cohorte se pone en movimiento. Hombres y mugeres, colocándose unos en frente de otros, bailan; pero, no, bailar no es la palabra propia que puede dar una idea de esta escena. Es un estremecimiento nervioso; es un continuo y violento movimiento de todos los miembros; son cuerpos que se ajitan, se retuercen, se replegan, se levantan, y saltan como salamandras en el fuego. Sus piés, sus manos, sus caderas, sus pechos, todo está en accion, y sus movimientos son por cierto poco decorosos. Sin embargo, un círculo numeroso de personas de ambos sexos asiste á esta admirable coreografia, y no se admiran de ninguno de los jestos de los danzantes.

Uno solo de estos bailes, pues no encuentro otra palabra para esplicar esta escena, ofrece un espectáculo interesante, y es el baile del sable; un negro que no lleva mas vestido que un pantalon, entra en la arena, con un sable de madera en la mano. Frente de él, avanzase una mu-

ger, inclinando la cabeza con aire tímido. El negro blande su espada; la muger da un salto de costado como para escapar á sus golpes; luego vuelve á inclinarse como una esclava sometida, y con sus manos juntas y tímidas miradas, parece implorar la piedad del gefe. El negro, enternecido, se adelanta para tomarla de la mano, y la muger vuelve á huir de nuevo, como una cabra espantada, y vuelve á acercarse paso á paso, hasta que al fin permanece como fascinada por la brillante mirada que la sigue sin cesar, ó subyugada por la fuerza. Esta viva pantomima encierra todo un romance de amor, todo un drama de pasion impetuosa, tanto mas seductora, cuanto que es sin duda un fiel simulacro de los dramas reales que deben tener lugar muy á menudo bajo el ardiente sol de Africa.

Cuando este ejercicio de acróbatas, de guerreros, y de saltadores lascivos ha concluido sus jestos, uno de ellos se adelanta hácia la ventana á la cual la compañía ambulante ha dedicado la representacion, para recibir su tributo; luego va un poco mas léjos, para comenzar de nuevo.

A pesar de lo muy groseros que son esos juegos, encierran sin embargo una sencillez que no puede pasar desapercibida. Los negros gozan de su dia de libertad, de sus cantos y bailes, con una alegria verdaderamente infantil. Yo mismo les he seguido como un niño, de plaza en plaza,

de calle en calle, por el empedrado y por el fango, donde saltaban como si lo hicieran sobre un tapiz; y al pensar que muchos de ellos se creian quizas transportados á su país natal, les contemplaba entonces con mas piedad y atencion.

Una cosa hay muy digna de notarse, y es, que esta saturnal de los negros, tan ruidosa, y á veces tan salvaje, termina siempre á una hora fija, sin querellas y sin desórden. Por la tarde, al ponerse el sol, el tambor deja de tocar, el oso se despoja de su piel, el guerrero abandona su sable, y el gefe se quita su corona de plumas: cada uno entra tranquilamente á su casa, y el dinero que han recojido durante la jornada, se pone en un fondo, que gastan al año siguiente para los adornos de la misma fiesta.

Cuanto hay de agradable en este mundo pasa; los torneos caballerescos, las juntas pomposas de las corporaciones, y el carnaval de Venecia, todo ha desaparecido.

El dia de los Reyes ya no es en la Habana lo que era en otro tiempo. Un gran número de criados negros contemplan desde lo alto de un balcon, ó desde una ventana la procesion africana, como contemplan las personas sérias una compañía de saltinbanquis; otros afectan el mas profundo desprecio hácia esas fiestas nacionales. Los negros tienen tambien su aristocracia; ¿en qué lugar deja de reinar ese diantre de aristocracia? Los negros que han tenido la dicha de nacer en el territorio de Cuba, y que llevan el glorioso

título de *criollos*, consideran á los nacidos en Africa, como gentes de baja ralea. Luego hay los hijos de criollos, y los que nacen ya de tercera ó cuarta generacion, los cuales son tan orgullosos de su título, como un grande de España de los suyos.

Aquí mas que en Nueva-Orleans, los negros que están destinados al servicio de los habitantes de la ciudad, gozan de una existencia material mucho mejor que la de un gran número de nuestros trabajadores. Criados desde su infancia en el seno de la familia á la que pertenecen, parece que llegan á formar parte de ella; participan de todos sus goces, y se enriquecen con sus recompensas.

La hermosa habanera no guarda mucho tiempo su vestido ni su chal, y todo el lujo de su traje, que tan caro le ha costado, y que desecha tan poco tiempo despues de haberlo comprado, lo regala liberalmente á la negra que la sirve de camarera. Es preciso ver los domingos á esas princesas de sangre africana cuando van á misa. Ninguna de ellas sale sin su zapato de raso, su vestido de muselina, y sus brazaletes de oro, y su collar de perlas. Estoy seguro de que la esposa de Faustino I, no está mejor vestida cuando dá sus audiencias, rodeada de todos los duques, de los condecorados con la gran cruz, y príncipes de Haiti.

Muchos negros económicos, sobre todo los carabalis, reunen durante su estado de esclavi-

tud un peculio, del cual saben muy bien sacar partido. La ley de Cuba obliga á un amo á libertar á su esclavo, no solo cuando éste le reembolsa la suma que ha costado, sino tambien cuando solo le reembolsa en diferentes pagos.

En la Habana existe una lotería muy semejante á la de Alemania, la cual ha contribuido á la libertad de muchos esclavos. Cada mes los revendedores venden por las calles billetes de cuatro pesos, por medio de los cuales pueden ganar treinta mil. Dos veces al año, las hay de cien mil, en una de ellas el premio mayor le tocó á un negro; el infeliz, al verse en posesion de una suma de oro tan considerable, murió de alegría. Cuando el negro se ha libertado, abre un taller ó una tienda, y puede comprar otros negros. ¡Desgraciado aquel que cae bajo su látigo! Es mas duro hácia sus semejantes que el mas cruel de los blancos.

La casa del colono habanero es Eldorado de los negros. Los ingenios son sus purgatorios, sobre todo aquellos que estan confiados á un administrador, por habitar el dueño en una ciudad. Allí los esclavos, sujetos á un rudo trabajo, están muy amenudo espuestos á terribles castigos. Hay infelices que para vengarse del mal trato que les dan en los ingenios, se suicidan; otros se escapan á los bosques, donde son perseguidos por perros, que siguen su pista mejor que un lebrel la de la caza. Ante esos terribles animales, el mas atrevido de los negros se rinde

inmediatamente, y si un solo momento intenta defenderse, al instante mismo rueda por el suelo al impulso del animal, que le coje por las orejas, y le lleva al redil con la cabeza ensangrentada. Debo advertir que estos ocasos son muy raros, y estoy convencido de que los negros, que forman una mitad de la poblacion de Cuba, son generalmente, por no decir todos, mucho mas felices, y están mucho mas contentos de su suerte, que aquellos que habiendo sido libertados por la filantrópica Inglaterra, tienen el honor de vivir en sus colonias.

Sin embargo, los ingleses levantan el grito al cielo cada vez que se pronuncia ante ellos el nombre de Cuba. Dicen que ellos han dado á esta pérfida isla setenta mil libras esterlinas para que se comprometiera á no hacer mas el tráfico de los negros. Sin embargo, las setenta mil libras esterlinas se han evaporado ya al sol de la administracion. y el tráfico sigue tranquilamente su camino.

La cosa es muy sencilla. Un buque parte para la costa de Africa con una carga de diferentes géneros, que abandona luego á un paternal soberano, que en cambio le da algunos negros, pues prefiere un par de pistolas ó un engalonado uniforme, al mas leal de sus súbditos. En ese fácil tráfico, cada negro viene á costar poco mas ó menos, una onza de oro. A su regreso, el buque ancla en un puerto, en el cual el gobernador, mediante el tributo de una onza por

cabeza, se persuade de que el susodicho buque está cargado de mercancías. Como pudiera suceder empero, que á su alrededor hubiese algun mal intencionado que no viese el negocio con los mismos ojos, se apresurarán á dividir los negros en diferentes partes. Luego, cada uno de ellos se vende al precio de cuarenta ó cuarenta y cinco onzas. Si de cada tres embarcaciones encargadas de hacer el tráfico, se pierde una, no deja de quedar por eso á los armadores un magnífico beneficio. Si alguna vez el gobierno de Cuba, para probar que se acuerda del tratado con la Inglaterra, se apoderara de alguno de los buques, la suerte de los negros que ha confiscado, es poco mas ó menos la misma que le hubiera cabido. Es verdad que les declaran oficialmente *emancipados*, y en calidad de tales, no les venden; únicamente sucede que por algunas onzas les entregan á un plantador, que les hace trabajar como á los demas, y á veces mas que á los otros, pues ningun interés tiene en conservarlos. Pasados los cincuenta años, se renueva el compromiso: así es, que de lustro en lustro, el emancipado sufre el mismo yugo que los esclavos, con la única diferencia quizás de que come el peor *tasajo* (1) y recibe un número mayor de latigazos.

A mi modo de ver la mas triste condicion que

---

[1] Carne de buey salada, que importan de Buenos-Aires, para las raciones diarias de los negros del campo.

existe en las regiones donde hay esclavitud, es la del mulato. El negro que viene del Africa, donde ha vivido como un animal, bajo el libre albedrío de un despóta feroz, puede encontrar, por mas que digan los ingleses, una existencia material mucho mejor en las colonias que en su pais. El negro nacido en un ingenio se somete sin esfuerzo ninguno á su destino de esclavo. El que está destinado al servicio particular, no sueña en una vida mejor.

El hombre de color, sufre al contrario el peso, todas las preocupaciones que se aglomeran sobre él. Si es rico, ha viajado fuera de su pais, ha leido todo lo que se ha escrito sobre la fraternidad universal de los hombres, sea cual fuere la raza á que pertenecen. Ha pasado en su juventud largos años entre una sociedad que con tal que se presenten á ella de un modo decente, se cual fuese su fortuna ó su talento, no se cura ni lo mas mínimo de las gotas de sangre negra que pueden circular en la mano que se oculta bajo un blanco guante. Quizás su gracia natural, su hermosura particular, su intelijencia animada por los ardores tropicales, le han hecho conseguir mas de una victoria.

Cuando vuelve á su patria, impulsado por la confianza que ha debido inspirarle el tiempo que ha vivido separado de ella, se encuentra de repente sujeto por una mano de hierro, y colocado en una casta, separado de la otra. Sea cual fuese su mérito, jamas será recibido en un sa-

lon, y ni entrará libremente en un lugar público. Aun cuando la única mancha que tuviera fuese imperceptible, pesa sobre él como una señal de proscripcion. Nada importara que su rostro fuera tan blanco como el de un hombre del Norte, y sus lábios tan delgados como los de un inglés. Si bien no tiene ninguna señal esterior que descubra su casta, la tradicion de su orígen pesa sobre él como un manto de plomo. Los blancos le rechazan y los négros le aborrecen. Nuestra sangre es pura, dicen estos con orgullo; los blancos la tienen tambien pura, y los mulatos mezclada.

Colocado entre estas dos razas hostíles, fuera del estado de poder reunirse á la una, y de ensimismarse con la otra, ¡cuánto d ebe sufrir, y cuántos pesares profundos deben reunirse en su ulcerado corazon!

En estos lugares es donde debe leerse el libro de M. Beaumont, libro que en Francia parece exajerado, y que aquí es la exacta verdad. Los colonos al ver crecer el número de los negros, se asustan, y con razon, del peligro al cual estarian espuestos si esta poblacion de ilotas sacudia de repente la ley que la sujeta. Los hombres de color no les hicieran menos daño. Colocando á un lado toda cuestion de interés material, ¿no debe desearse que cesaran ya tan crueles preocupaciones? Pero, la generosa América del Norte, que tan altamente predica su dogma de libetad, respecto á los negros y mulatos es mucho

mas severa que las colonias. En Nueva York encontré á un americano, á quien habia conocido en Francia; preguntéle un dia por un jóven mulato que en Paris estudiaba en la Universidad, y á quien veiamos siempre con placer y deseábamos encontrar, pues á un talento no comun reuma un carácter muy alegre. "Vino aquí, me respondió, y ha creido que debia hacerme una visita, pero su vista ha revolucionado toda la casa, y me he visto obligado á decirle que no podia recibir sus visitas."

[illegible]

UN CAFETAL.

Cuadro campestre.—La plantacion.—Una familia francesa.—Cultivo del café.—Las plantas de los trópicos.—El ingenio de azúcar.—Las plagas de la tierra.

Acabo de pasar dos dias, durante los cuales al pensar en vosotros, mas de una vez os he tenido lástima. No vayais á tomar mal esta palabra lástima. Figuraos que me he paseado á mis anchuras por una magnífica campiña, bajo un cielo puro y hermoso. Mas feliz que la pobre Miñon, en medio del invierno estaba en unos terrenos donde florecen el naranjo y otros millares de árboles, que para enumerarlos debiera

III.

UN CAFETAL.

Cuadro campestre.—La plantacion.—Una familia francesa.—Cultivo del café.—Las plantas de los trópicos.—El ingenio de azúcar.—Las plagas de la tierra.

Acabo de pasar dos dias, durante los cuales al pensar en vosotros, mas de una vez os he tenido lástima. No vayais á tomar mal esta palabra lástima. Figuraos que me he paseado á mis anchuras por una magnífica campiña, bajo un cielo puro y hermoso. Mas feliz que la pobre Miñon, en medio del invierno estaba en unos terrenos donde florecen el naranjo y otros millares de árboles, que para enumerarlos debiera

recurrir á la ciencia de Pineo, ó á la paleta de Bernardino de San Pierre para describiroslos. Acardábame de que durante mi paseo en Paris, no veiais mas que las espesas nieblas del mes de Enero, la nieve, ó la lluvia; los transeuntes envueltos en su pesada capa, los carruajes rodar sobre el fango, ó resbalándose sobre el hielo que cubre nuestros empedrados. ¡Qué diferencia de pais! ¡Cómo pudiera uno desde la isla de Cuba, dejar de compadecer aquellos á quienes la naturaleza guarda encerrados en la sombría atmósfera de la gran ciudad, con las ol as de un primer *Paris* para distraerles por la mañana, la elocuencia de la *Montaña*, para ocuparles al medio dia, y un *whist* (1) sepulcral para terminar felizmente la jornada!

Un negociante francés de la Habana, M. Segrestan. cuyo nombre inscribo con un sincero recuerdo de gratitud, fué por la mañana á buscarme á la fonda, para conducirme á un cafetal plantado por uno de nuestros compatriotas, M. Reguerie. No habia salido aún el sol, y la aurora que le precedia, la hermosa aurora de este pais, coloraba ya las fachadas de las casas, y alumbraba el azul de la rada. Las puertas de las casas comenzaban ya á abrirse, y en el campo de Marte algunos militares estaban haciendo el ejercicio, y las cornetas herian ya los aires,

(1) Juego de naipes.

semejantes á las músicas de los aztecas, saludando los primeros rayos del astro del dia, adorado por los Incas.

Tomamos asiento en uno de los coches del ferro-carril, pues Cuba tambien tiene ferro-carriles, y, ¡alabado sea Dios! en nada se parecen á los del Norte, así como un salon de personas decentes, en nada se parece á una taberna. Aquí no se sufre la ruda omnipotencia de un grosero registrador. Tampoco se encuentra esa virtuosa nacion republicana, que como una señal de su virtud, pisotea todo eso á que damos el nombre de política y civilizacion. Solo se ven hombres vestidos con pantalon blanco, sin mancha ninguna, y ligeras levitas de tela ó de merino; mugeres que con un ramillete en la mano y otro en el peinado, y su ligero vestido de muselina, parecen ellas mismas unas flores animadas.

Corremos al través de una tierra alegre, la cual se asemeja mucho á nuestra Francia en tiempo de primavera, donde el trigo se balancea bajo las ramas de los árboles; únicamente, no veo aquí ni las mismas ramas, ni los mismos árboles. Contemplo campos de maiz y enormes ananas, vallados de tamarindos, cuyos frutos estando secos, tienen un sabor agradable; cercados de naranjos, en cuyas orillas brilla el cáliz de la amapola, ceibas, cuyo jigantesco tronco, abierto en la base, presenta á veces tres ó cuatro divisiones, semejantes á las ventanas de una capilla ogival: el coco que se eleva como una flecha,

llevando en su cima, como una fuente aérea, sus frutos llenos de zumo refrescante.

De cuando en cuando, nos detenemos ante algunas habitaciones, medio veladas por las plantas de sus jardines. En una de estas hay un *restaurant*, el cual no ofrece á los viajeros, ni beefsteack, ni roastbeef, sino el espumoso chocolate, pasteles y agua con hielo. Aquí el anglo-sajon echaria de menos sus almuerzos abundantes; el habanero no necesita comilonas como el yankee, y la habanera vive como los pájaros.

En tres horas hemos andado diez leguas. La volanta de M. Beguerie, aguardando nuestra llegada, nos esperaba en el camino. Tres caballos, enganchados de frente, nos llevaron á galope por un camino bastante hermoso, cosa que, es preciso confesarlo, abunda muy poco en este bienaventurado pais. "Hé aquí el cafetal", mi dijo mi compañero de viaje enseñándome una puerta enrejada que se abria en aquel momento. ¡El cafetal! Os aseguro que yo hubiera tomado aquello por la habitacion de un príncipe. Figuraos ver una avenida de un cuarto de legua de longitud, ancha como la del parque de Saint-Cloud, sembrada por ambos lados de una línea de palmas reales, que parecen columnas de mármol, y habreis visto el camiño por el cual se entra á la habitacion del plantador. Es verdad, que la casaes una de construccion muy modesta, pero muy linda, y muy cómoda. Es un pabe-

llon cuadrado, colocado sobre un terraplen elevado á algunos piés del suelo, y rodeado de una ancha galeria de madera, sobre la cual cuelga una tela semejante á la de una tienda de campaña. Por una parte, da á la avenida que os he descrito ya; por la otra á un patio y á las casitas de los negros. La galeria es el salon general. Segun la hora del dia, se sientan á la del Este ó la del Oeste: aquí, al aspirar las frescas brisas de la mañana, se asiste al movimiento de la vida agreste; al de los trabajadores que empiezan sus faenas; al de las mulas que conducen al abrevadero, y al de los gallos y gallinas, que corren picoteando tras los granos de maiz. El silencio mas imponente sucede á los trabajos del dia; se goza del espectáculo solemne que ofrece el sol inclinándose sobre su lecho de púrpura, el cual, mucho tiempo despues que ha dejado el horizonte, deja huir entre las verdes ramas de los bosques, el reflejo de sus débiles rayos de oro y plata.

Allí encontré una de esas francas y honradas familias, entre las cuales siente uno dilatar su corazon, como los gérmenes de la tierra al soplo de la primavera. A pocas horas de conocernos, estábamos con tanta libertad como si nos hubiésemos tratado desde muchos años. Madame Beguerie me hablaba de la dicha que esperimentaria volviendo á ver la Francia, mientras sus hijos me enseñaban un pájaro de hermoso plumaje que acababan de cojer con una trampa;

y una jóven sobrina suya, con la cual me era forzoso aventurarme á hablar los irregulares verbos españoles, sonreíase dulcemente al oir los errores que cometia, y con graciosa amabilidad me ayudaba á encontrar la palabra que buscaba, ó á hablar gramaticalmente.

Poco tiempo despues de mi llegada, nos sirvieron el desayuno, el cual, mas que por mi hambre, me interesaba por su interés local; si me es permitido hablar así. Tan rico es este suelo, que se usan todos sus productos sin ahorrar ninguno. El plátano sale á lucir en la mesa de todos modos: crudo, cocido y frito; la batata se encuentra junto á la casa, al pié de los arbustos, con escavar lijeramente la tierra que la cubre, aparecen al instante sus sabrosas raices. Tambien está cerca de la casa el aguacate, que dá la mantequilla vegetal; el albaricoquero de Santo Domingo, el árbol del pan de las islas del Sur. Cortan media docena de ananas para poder escojer una buena, y con un hacha parten cinco ó seis frutas del coco para llenar algunos vasos con su leche untuosa; y para dar gusto á un estranjero ignorante ó indiscreto, que quisiera probar la palma de palmito, abatirian por él el magestuoso tronco que la lleva, pues solo á este precio se puede obtener. M. Beguerie, que es un agrónomo muy activo é intelijente, ha hecho crecer tambien en su jardin, las legumbres de Europa, la espinaca, la lechuga y las judías, producciones tan raras en estos paises, como

las ricas plantas de los trópicos, en un rico jardin de nuestro pais.

Despues de esta escena gastronómica, que era para mí como un curso de historia natural, fuimos á visitar la plantacion. Esta se dividia en dos partes; una, cubierta de plátanos, de naranjos y de otras plantas diferentes; otra, destinada esclusivamente al cultivo del café; pero sembrada aún de plátanos, pues el café debe estar abrigado bajo la sombra de sus grandes hojas. El grano cuya esencia aromática sume en un suave ensueño la imáginacion de los pueblos de Oriente, y despierta la vena de los poetas, nace sobre un modesto arbusto, que no tiene mas de cuatro á cinco piés de altura. Está encerrado doblemente en un fruto redondo, semejante á una pequeña cereza, que sale en una misma línea á lo largo de las ramas, de modo, que cuando está maduro, no hay mas que pasar la mano sobre cada rama para desgranarlo.

El cultivo del café es para el negro mucho menos penoso que el de la caña dulce; solo en tiempo de la cosecha que se hace en el mes de Noviembre ó en el de Diciembre, exije un trabajo asiduo y penoso. Entonces los negros deben trabajar á veces hasta diez y seis horas al dia A los primeros rayos del alba, parten para el cafetal con dos cestos; uno pequeño que llevan en el brazo, y otro mayor que colocan en el suelo y en el cual alzan los granos que contiene su cesto portátil, á medida que se va llenando.

Luego se saca el grano de su pulpa por medio de un procedimiento mecánico; se seca al sol, y se encierra en los sacos. Ordinariamente, tres cestos dan treinta libras de café seco. Cien mil arbustos, producen por término medio, unos novecientos quintales. Si bien este producto no dá tan buenos resultados como la caña, en cambio exije un trabajo mucho menos considerable. Dos granos, encerrados en el suelo, producen un arbusto. Les siembran en líneas paralelas, á una distancia igual uno de otro. Un espacio cuadrado de cien fanegas, puede contener sesenta mil arbustos, y cincuenta negros bastan para su cultivo.

Un cafetal está rodeado de una gran cantidad de otros vejetales fructuosos. El plátano que le proteje, está continuamente cargado de pesados racimos que no consumen los dueños de la casa, los criados, ni los negros juntos, y que venden en el mercado. En un cafetal bien administrado, el naranjo, el coco, las gallinas y los panales de abejas, forman una gran parte de las rentas que produce; no existe ninguna planta que no sea útil, ni una sola, que por su forma, ó por la naturaleza de su existencia, no sea un objeto de curiosidad para un estranjero.

La palma, uno de los árboles mas bellos que pueden verse, se eleva con su derecho tronco, su corteza lisa y blanca como una columna de mármol, y su corona adornada de un verde penacho. Dá un fruto, cuyo gusto es algo pare-

cido al de la coliflor, y no es esto todo lo que se saca de ella. Cada año, caen de su cima anchas capas de corteza impermeable, con la cual se cubren las casuchas de los negros; muchas veces sus ramas sirven para el mismo objeto, y otras, para escobas.

El coco, mas alto, mas elevado que la palma, es delgado en su base y en su cima, é hinchado en su centro; parece un emblema de la vida humana, llena de fuerza y de sávia en su centro, débil en sus estremos.

El plátano es un conjunto de tejidos esponjosos, parecidos á un tapiz; no dá frutos mas que una vez por año; desde el momento en que los ha dado sucumbe; pero en breve, sin que necesite que le ayuden en su reproduccion, es reemplazado por un retoño cuyos racimos se desarrollan á medida que los del que ha caducado están madurando.

Un platanal presenta el mas admirable espectáculo de juventud y vejez, de ramos corrompidos y troncos fecundos; parece un cementerio en medio de los vivientes.

El café debe florecer dos veces; en Abril y en Julio. Muy á menudo sucede que florece tambien en Febrero, y esta fecundidad antes de tiempo, es para el propietario un funesto augúrio. ¿Y no se parecen en eso á nuestros jóvenes precoces, que impacientes por presentarse ante el mundo, antes de haberse formado en el estudio, desgarran su corazon, que no puede resistir aún á los desengaños de que está sembrado?

Otro arbusto, la zuca, que solo tiene tres ó cuatro piés de altura, estiende por el suelo ocho ó diez raices largas, las cuales maduran cuando cae su flor. Sus raices encierran la vida y la muerte á un mismo tiempo. Crudas, son un veneno poderoso; cocidas, se saca de ellas un almidon escelente, y harina, de la cual se hace el pan de casave, que sirve para el alimento de los négros y de los pobres. Hay tambien la zuca dulce, que no tiene la propiedad venenosa.

De este cafetal, que no me cansaba de recorrer, fuimos á visitar un ingenio de azúcar, perteneciente al conde de Ib..... y sin ser esperados, sin que hubiésemos sido convidados de antemano, debimos tomar parte en una espléndida comida. La soledad en que viven los plantadores, léjos de toda ciudad, y á menudo de toda poblacion, les inclina naturalmente á buscarse unos á otros, y á mantener entre ellos buena amistad. A cuatro ó cinco leguas de distancia se hacen visitas mutuamente, y se llega allí sin cumplimiento, dispuestos á comer ó almorzar. Muchas veces uno de estos propietarios convida á un baile á todos los habitantes del rededor, y de veinte á treinta millas de distancia, llegan á su casa á caballo ó en volanta, se pasean á la luz de las estrellas, bajo las verdes ramas de los naranjos, y se baila dentro de la aromática atmósfera de un bosque de flores; es como una de esas fiestas á las cuales la patriarcal cordialidad

de los pueblos del Norte de Europa, reune los encantos de las hechicerías de Oriente.

El conde de Ib... es un rico señor español, que en vez de disipar sus rentas en el dulce *far niente* de una gran ciudad, dirije él mismo sus empresas agrícolas y comerciales. Gracias á su fortuna, se ha hecho en sus dominios una habitacion que no le deja desear en nada su vida de la Habana. Una casa elegante, objetos de arte, parque, jardin, salon de baños, caballos, carruajes, todo lo que puede contribuir al bienestar y á las satisfacciones de la vida; todo se encuentra allí reunido, con tanto lujo como buen gusto. Un preceptor francés, hombre tan instruido como amable, dá lecciones á sus hijos. Un sacerdote dice la misa en una capilla, adornada con algunos cuadros de Murillo, y un médico que tiene un sueldo señalado, vive allí como un médico de lugar.

Posee el conde unos trescientos negros, cuyas cosechas se estienden á alguna distancia de la casa principal, y colocadas en una línea recta, como una poblacion de esclavos rusos; en el centro hay una gran cocina, destinada á los negros. Cada uno de ellos recibe dos veces por dia, ademas de una gran porcion de plátanos y otros frutos, una racion de tasajo cocido, y de maiz, y dos veces al año, un vestido nuevo. Durante el tiempo de la cosecha, y de la *molienda*, les dan ordinariamente una gratificacion en dinero.

A esta renta anual añaden la del producto de las gallinas y de los cerdos que crian al rededor de la cabaña y venden á buen precio. Quizás no existe uno solo de estos negros que no reuna un pecúlio, de modo que, cuando va á sus labores del campo, cierra su puerta con llave, como si tuviese encerrada en su casucha una de las carteras del Banco.

Su amo no trata directamente con ellos, mas que en casos escepcionales. El mayoral blanco los manda; el contra-mayoral negro, les sigue de mas cerca en sus trabajos.

Allí estuvimos nosotros en tiempo de molienda, y un ingenio tan considerable como este, presenta un espectáculo curioso. Los negros están divididos en diferentes compañías. Mientras unos cortan la caña con un sable, otros la cargan sobre las carretas, y la conducen cerca de la fábrica; otros, desde allí la llevan á la máquina, donde robustos brazos la echan continuamente bajo el cilindro de vapor llamado *trapiche*, que las aplasta, sacándolas hasta la última gota de zumo. Una vez que la caña está aplastada, dá lo que se llama el bagazo, que solo sirve de combustible. El zumo que se estrae de la caña cae á una gran caldera, desde la cual se reparte á las otras en las que sufre cuatro cocimientos distintos. Unos negros medio desnudos, armados de unas largas cucharas de hierro, espuman continuamente la vasta cuba hirviente; hecha esta operacion, el jugo de la caña queda negro

aún. Entonces le meten, con una mezcla de varios ingredientes, en unos vasos de tierra de forma cónica, abiertos por su estremidad. Por esas aberturas destila en unos tubos el melate de que habia quedado impregnado, y cuando ya está completamente evaporado, le sacan del vaso, y le dividen en pedazos de diferentes cualidades. En un estremo hay la parte blanca, que ordinariamente se encuentra en el fondo del cono; en el otro, la parte negra ó cogucho, que tiene menos valor. Lo que llamamos azúcar candi, es el jugo de la caña cristalizado despues de la primera purga. Del melote y del jarabe no refinado, se hace, añadiéndole una tercera parte de agua, el rom; que se vende aquí á veinte pesos la pipa.

El azúcar se vende luego en bocoyes de diez y siete arrobas; el precio de cada bocoy de azúcar pardo, es ordinariamente de una onza; el de azúcar blanca de veintitrés á veinticinco pesos. Segun un cálculo aproximativo, el conde de Ibor... deberá sacar este año de su cosecha, ciento veinte mil pesos, pues no hará menos de seis mil bocoyes de azúcar, y hay ingenios que producen doble cantidad.

Cuando se han deducido de esta cantidad los gastos de transporte, el interés del capital empleado en la compra de los negros, y en la construccion de las máquinas, con los sueldos de los empleados, queda aún una suma enorme, pues

es de advertir que aquí la caña no exije el cuidado ni el trabajo que en Nueva-Orleans, donde como ya he dicho antes, debe renovarse todos los años la siembra. En tiempo de la cosecha tiene aquí diez ó doce piés de altura; de su tronco, que permanece en la tierra, brotan cinco ó seis retoños, y á veces llega á reproducirse así ella sola hasta veinte años.

Pagado todo, un ingenio bien administrado no dá menos de diez y ocho por ciento. ¡Qué diferencia de nuestros terrenos de Francia, que solo producen de dos y medio á tres!

Por la noche regresamos al cafetal, y á pesar de la amabilidad del conde de Ib...b... y del interés con que estuve observando su hermosa propiedad, al penetrar otra vez en la casa de M. Beguerie, esperimenté un placer semejante al que sentimos al regresar al hogar doméstico. Despues de algunos instantes de conversacion, cuando mis huéspedes se separaron de mí dándome las buenas noches, permanecí aún largo tiempo en la galería á la cual daba mi cuarto, contemplando las estrellas, y escuchando la cigarra que cantaba alegremente en medio de la noche, y gozando de una de esas horas de ensueño que tan admirablemente ha descrito uno de los poetas modernos de la América del Sur:

"Hay horas de silencio y de recojimiento,
En que dormida el alma, cansada de afanar,
En que la ardiente lucha del corazon se calma,
Y repliega sus alas el pensamiento audaz."

Si la verdadera dicha existe en algun punto del globo ¿no será, me decia yo, en una de estas habitaciones alejadas del tempestuoso tumulto de los hombres, y dotadas de todos los dones de la naturaleza? ¿Pueden nacer aquí los malos pensamientos, en medio de estas risueñas imágenes que se presentan por todas partes á nuestra vista? ¿Puede tenerse aquí un sueño terrible, en medio de la hermosura que reina do quiera? ¿Puede uno pensar en la muerte, en un lugar donde la vejetacion se renueva incesantemente?

Una habitacion abrigada así bajo las ramas de la ceiba y las verdes hojas de la palma, con algunos seres amados para vivir en ella, y con el olvido de todas las vanas ambiciones, ¿no es esto un paraiso terrenal?

No, aquí no hay mas tranquilidad que en las rejiones septentrionales, cuya aridez y sombrío horizonte he contemplado á veces con mucha tristeza. Una mala cosecha basta aquí para trastornar durante algunos años estas hermosas haciendas. La Providencia, como para castigar el orgullo de los hombres, en medio de los presentes que le ha hecho, entrega sus bienes á la destruccion de los animales mas dañinos. Un insecto que se pega á las hojas del naranjo, chupa la sávia, y en pocos meses destruye todos sus botones. Una hormiga que se construye en el tronco del café ciertas galerías interiores, semejantes á las de la roca de Gibraltar, roe las raices, y le mata. Una mosca ataca la caña dulce, y la paraliza antes que se desarrolle.

Otro insecto, llamado nigua, penetra en la epidermis del hombre, y depone allí sus huevos; si á las veinticuatro horas no se quita de allí la vejiga, puede resultar una herida que obligue al que la reciba á hacerse amputar la pierna. Existen ademas una especie de araña, cuya dolorosa herida da una fuerte calentura; una serpiente de doce piés de largo, llamada la *maja*, que vive siempre junto á las habitaciones; otra, llamada la *juba*, mas pequeña, pero mas peligrosa; luego el alacrán, cuya mordedura debe cicatrizarse luego, so pena de un grave peligro: en los grandes bosques se eleva el *guao*, temido por los cazadores, pues su sombra es fatal como la del manzanillo, bajo la cual la Zulema de Millevoie se durmió con el último sueño.

No, la entera tranquilidad no existe en ninguna parte. Donde quiera que vaya, los goces del hombre no son mas que unos rayos fugitivos, y su esperanza una flor efímera. Bajo la límpida bóveda de los trópicos, así como bajo el manto de nubes del círculo polar, todo recuerda al viajero terrestre, que si le está permitido mojar sus labios en las ondas vivificadoras que brotan de una roca, debe continuar su marcha sobre el sendero estéril, y llevar el peso del dia en las arenas del desierto.

IV.

PRODUCTOS.—POBLACION.

Estadística de la isla de Cuba.—Su configuracion.—Los bosques —Maderas de construccion.—Plantas medicinales y venenosas.—Ornitología.—Division territorial.—Ciudades principales.—Progresos de la Habana.—Organizacion administrativa y judiciaria.—Importacion y exportacion.—Cosecha del azúcar y del café.—Historia del tabaco.—Decretos de los papas y emperadores.—Cosecha de tabaco en la isla de Cuba.—Fabricacion de los cigarros.—Establecimientos científicos.—Pretensiones de los Estados-Unidos sobre Cuba.

La isla de Cuba, el único dominio con Puerto-Rico, que España ha conservado de todas las conquistas de Cristóbal Colon, Pizarro, y Hernan-Cortés, la isla de Cuba, la mas grande de las Antillas, se estiende desde el grado 19' 30 al

23' 12 de latitud Norte, y desde el 69' 45 al 78' 39 de longitud al meridiano de Cádiz. Su longitud, desde el cabo San Antonio á la punta de Maisi, es de seiscientas cuarenta y ocho millas. Su anchura mayor es de ciento siete millas, y la menor de veinte y ocho. Su superficie, es de treinta y cuatro mil, doscientas treinta y tres millas cuadradas, á lo cual es preciso añadir la isla de Pinos, cuya superficie es de ochocientas diez millas, y algunos islotes, como Turignano, Romano, Cruz y Coco, de cuya reunion con Cuba resulta un territorio de treinta y seis mil millas cuadradas de superficie.

El contorno de esta isla, ancha por el Sud-Este, estrecha por el otro estremo, le hizo dar por los indígenas el nombre de lengua de pájaro. Al observar su configuracion, me parece que se asemeja mucho mas á la forma clásica del cuerno de la abundancia, y por cierto, jamas los dioses del Olimpo han echado sobre la tierra un manantial de riquezas mas bello.

La isla está formada de una especie de roca caliza, cubierta de una capa de tierra vejetal, que produce sin que la engorden. En su centro hay una cadena de montañas, cuyas puntas mas elevadas tienen dos mil ochocientas varas de altura. Lo demas del terreno, es ondulosó y variado.

Colocada en medio de la zona tórrida, Cuba reune á la vez la naturaleza de los trópicos, y la de las regiones templadas. Los huracanes no

son en ella tan frecuentes como en Santo Domingo y en la Jamaica jamas han sentido en ella los terribles terremotos de las tierras de Lima, ó las tempestades devastadoras de la isla de Borbon. La nieve se desconoce en todo el país. Unicamente se ha helado dos veces el agua en el mes de Enero de los años 1801 y 1802, sobre un cerro que está cerca de la Habana.

Gracias á semejante clima, á un terreno impregnado de humedad, y vivificado por un sol constante, las mejores plantas nacen espontáneamente y se desarrollan con vigor. Inmensos bosques llenan aún una gran parte de la isla, y en ellos se encuentran á un mismo tiempo, las maderas buscadas para las obras de lujo, y las mejores para la construccion. Hay el cedro glorificado por la Biblia; la caoba, el ébano, el naranjo silvestre, el *granadillo*, que debajo de su corteza guarda una piel de tigre amarilla, salpicada de puntos negros; el *guaycúa* negro y blanco, *yaya* elástico, el duro *yaba*: otra madera mas dura aún, llamada *carne de doncella*, el *quiebra hachas*, y la *majagua*, cuyas astillas parecen unas lanzas.

Hay tambien *el jocuma*, con el cual se fabrican los utensilios de agricultura; el *moruro*, cuya corteza sirve para curtido de las pieles; el *gacinca*, con el cual se fabrican los muebles, y cuyo fruto se aplica á la clarificacion de la azúcar, y el *guiro*, que tanto aprecian los habitantes del cam-

po; con sus calabazas se hacen vasos y platos, y su grano sirve para curar muchas enfermedades.

Otras plantas hay ademas, muy notables por sus diferentes propiedades. La raiz lijera y porosa de la baja, reemplaza el corcho; la semilla del *jaboncillo*, reemplaza el jabon; la *vija*, el *brasilete* y el *fustete*, dan un hermoso tinte. Las hojas del *guro*, del *guairage*, y los frutos del *mayagua*, del *júcaro*, del *arraigan*, de la *lengua de vaca* del *raspa lengua*, y del *caracolillo*, nutren los animales. La raiz del *manaju*, se emplea como un buen remedio contra el pasmo; el *guaguasi*, destila una goma purgante. La *aguedita*, puede producir los mismos efectos que la quinina, la *yagruma* y el *cabaniác* curan las heridas. A estas plantas medicinales debe añadirse aún la *palma-cristi*, de la cual se estrae el aceite cuyo nombre lleva, el *mauriges* y el *copal*. Si en esta lujuriosa vejetacion crecen las venenosas ramas del manzanillo y de la *primorosa*, tambien en cambio ha puesto allí la naturaleza, el *piñon botija*, que es un buen vomitivo, y la *siguabaya*, que es un contra-veneno.

De tronco en tronco y de rama en rama, se estienden enredaderas de diferentes especies. Unas en sus fuertes lazos ahogan el árbol que abrazan; otras se estienden á lo largo, como los hilos de una telaraña. Tambien se encierra allí la muerte y la vida á un mismo tiempo: el zumo venenoso, junto al zumo bienhechor. Cerca de

la zarzaparrilla, muy amenudo prescrita por los médicos, de la vainilla, que perfuma los aires con su aroma, y de la *campanilla*, cuyas guirnaldas de flores nutren los enjambres de abejas, nacen el *picapica*, la *prinjamoza*, cuyas vainas es peligroso tocar, y el *curamaguey*, mas peligroso aún. Entre estas dos plantas hay el *curlano*, que posee la virtud de entrambas, y se asemeja á las dos. Administrado con precaucion, su fruto es un vomitivo; servido con imprudencia, es un veneno mortal.

Los bosques y los campos están poblados de una multitud de pájaros, la mayor parte de los cuales solo vemos en Europa en las colecciones de historia natural. Hay el *guarcunayo*, de rojo plumaje, el *zorzal*, de vivo y alegre canto, el ruiseñor, el *carpintero* de alas negras, pecho amarillo y cabeza negra como el ébano, con una hermosa cresta, y cuyo largo pico atraviesa los mas duros troncos; el *zumbador*, verde como una esmeralda, y lijero como una hoja; el hermosísimo *cardenal*, y el grave *alcatruz*, que reposando sobre sus altas piernas, y con la cabeza melancólicamente inclinada sobre el pecho, se parece á un comendador enflaquecido por el estudio, y buscando una nueva interpretacion á un testo difícil.

Las costas de la isla son generalmente muy bajas, pantanosas, rodeadas al mismo tiempo de arrecifes y escollos, y de difícil paso, ya sea por parte de mar, ya por parte de tierra; pero se

pescan en ella gran cantidad de peces: en su circunferencia no se cuentan menos de treinta y nueve puertos, trece de los cuales son bastante anchos y profundos para que los grandes navíos puedan entrar en ellos.

Sin embargo, este hermoso pais, del cual me seria difícil enumerar todas las producciones, este pais tan rico, tan fértil, está aun inculto en sus tres cuartas partes. A lo largo de las costas hay un activo comercio, y las fecundas haciendas; en su interior las desiertas colinas y los bosques vírgenes. Sobre 740,775 *caballerías* (1), hay 549,082 cubiertas de árboles, ó áridas; quedan pues 191,693 caballerías productivas, divididas de este modo: 99,612 son pastos naturales, 17,404, pastos artificiales, 65,677, están entregadas al cultivo.

En esta isla de 573 leguas de circunferencia, solo se cuentan, segun los documentos oficiales publicados en 1847, bajo los auspicios del gobierno, 13 ciudades, 8 villas, 112 pueblos, 14 lugares, 192 caseríos, 74 parroquias, 83 ausiliares, y 173 capillas.

Las principales ciudades despues de la Habana, son:

	Habitantes.
Santiago de Cuba.	24,000
Santa María de Puerto Príncipe. .	19,168
Matanzas.	16,986

(1) Medida de 492 varas de terreno cuadradas, ó 86,624 de superficie.

Trinidad.	13,220
Santo Espíritu.	7,424
Guarabacoa.	5,819
Santa Clara.	5,837
Bayano.	4,778
Cienfuegos.	4,324

Hay algunas poblaciones cabezas de partido que no llegan á tener mil habitantes, tales como Santa María del Rosario, que tiene 564; Jaruco, 666, y Santo Domingo, 176.

Baracoa, la mas antigua ciudad de la isla solo cuenta, 1835.

La Habana, comprendida la poblacion de los barrios de *intra* y *extra* muros, tiene 106,968 habitantes, 56,559 de los cuales son blancos: entre los cuales hay 716 franceses, 28,422 negros libres y 21,988 esclavos.

Durante mas de dos siglos, la colonizacion de la isla hizo muy lentos progresos. Empezada en 1511 por 300 soldados, aumentada en 1524 por algunos centenares de negros, solo contaba en 1580 16,000 individuos, y en 1602 unos 20,000.

En 1655, la Jamaica fué tomada por una flota inglesa, bajo el mando del general Venables y del almirante Penn: un gran número de españoles que se encontraba en dicha isla, y que no quisieron someterse al gobierno británico, fueron á Cuba en busca de refugio, y aumentaron su poblacion de 8 á 10 mil almas. En 1762, la

Habana, sitiada por lord Albermale, capituló, despues de haberse defendido enérgicamente duramente dos meses y medio. El rigor con que el gefe del ejército inglés trató á su conquista, los altos tributos que impuso á los habitantes y al clero (1); el reparto que hizo de sus cobros, la arrogancia con que se portó respecto al obispo y á la Iglesia Católica, solo podian escitar los ánimos de los habaneros, y hacerles odioso aquel poder estranjero.

El reinado de los ingleses no fué de mucha duracion. En virtud de un tratado de Paris, ese desgraciado tratado que tantas veces me recordó mi viaje al Canadá y á la Louisiana, la Inglaterra devolvió la Habana, para tomar la posesion de la Florida. Entonces se vieron como en 1655; millares de españoles que están establecidos en esa comarca, huir del régimen británico y dirijirse á la isla de Cuba.

De esa época data el desarrollo de la Habana, favorecido por la intelijente administracion

---

[1] El coronel Claveland, comandante de la artillería de la espedicion, pidió primero, como una gratificacion, las campanas de las iglesias y conventos de la Habana y demas poblaciones; luego, despues de una larga negociacion, concluyó por renunciar á ese despojo de los lugares santos, mediante 10,000 pesos. Lord Albernale tomó por su parte 122,000 libras esterlinas, y dió otro tanto al general Pocock; cada mayor general recibió 6,816 libras; cada capitan, 184, cada sargento 8, y 4 cada soldado.

del conde de Ricla, por las franquicias otorgadas al comercio del tabaco y del azúcar, y por la libre introduccion de esclavos, permitida á los indígenas y estranjeros.

En 1795, la España cedió á la Francia la parte que poseia en la isla de Santo Domingo, y los españoles de la isla emigraron á Cuba; añadiéronse á estos los que emigraron á causa de la revolucion española; luego, en 1803, por la cesion que hizo Napoleon de la Luisiana; y en 1808, por la entrada de nuestras tropas en la Península ibérica, se aumentó la emigracion, á la cual se agregaron los que abandonaron la América del Sur, á causa de las insurrecciones.

En 1827, y despues de todas las conmociones políticas, en medio de todas las cuales la fiel isla de Cuba conservó su tranquilidad, la poblacion de la isla se elevó hasta 704,500 almas.

Segun la última estadística, en 1846 tenia 898,732 habitantes, de los cuales 425,767 eran blancos, 149,226 negros libres, y 323,759 esclavos.

Desde 1774 hasta 1792,	aumento de	38,	á razon de 4 por 100.
De 1792 á 1817	de	79	5
De 1817 á 1827	de	29	6
De 1827 á 1841	de	34	4

La administracion de la isla está dividida en seis clases: militar, política, judicial, marítima, rentística y eclesiástica.

La militar se compone de tres departamentos sometidos á la autoridad suprema del gobernador general; el occidental, cuya capital es la Ha-

llana; el central y el oriental. El primero se divide en once distritos; el segundo en cinco; el tercero en cuatro.

La division política se compone de dos provincias; la de la Habana, y la de Santiago de Cuba.

El poder judicial está repartido entre la real audiencia de la Habana, que abraza la provincia occidental, y la real audiencia de Puerto-Príncipe que encierra las otras dos.

En esta administracion judicial, complicada con todas las leyes del tiempo antiguo, el gobernador general es presidente de la audiencia de la Habana, y presidente *ex oficio* de la de Puerto-Príncipe, únicamente en lo concerniente á cuestiones militares. Cada gobernador y sub-gobernador de los distritos está investido de las funciones del magistrado.

Hay ademas, en la ciudad, la jurisdiccion particular del clero, la de la marina, y la del ayuntamiento, ó consejo municipal. El de la Habana se compone de doce regidores, dos alcaldes ordinarios, dos de la Santa-Hermandad, elegidos cada año, un mayor provincial, un alguacil mayor y un procurador síndico, nombrado por la corporacion. Este consejo está presidido por el gobernador general, ó por uno de sus tenientes.

La Habana, Santiago y Matanzas tienen ademas un tribunal de comercio, cuyos juicios pueden ser anulados por la audiencia.

En los lugares donde no hay comandante militar, los alcaldes son los jueces. En las campiñas, los *jueces pedaneos* nombrados por el gobernador.

El departamento rentístico se divide en tres intendencias; el de marina en cinco provincias, cuyas cabezas de partido, son la Habana, Trinidad, San Juan de los Remedios, Nuevitas, y Santiago de Cuba. Cada una de estas provincias se divide en varios distritos.

El gobernador general es el gefe supremo de estos dos departamentos, así como de los demas.

La isla de Cuba no ha entrado aún en el movimiento manufacturero de la Europa, y de la América del Norte. Parece que su hermoso cielo no le permite acordarse de esta pasion de los tiempos modernos, ni de robar á sus trabajadores y hasta á sus esclavos á su pura y hermosa atmósfera para sepultarlos en la mefítica prisión de una fábrica. Lo que tiene de industria y mecánica, se aplica solo á sus productos agrícolas. Ha quedado pues tributaria de los Estados crueles, á quienes llaman civilizados. Ha quedado tributaria suya por telas, objetos de lujo, de los cuales hace un gran consumo, y algunos productos de primera necesidad, tales como arroz, bacalao, el sebo y la harina.

En cambio de esto, la isla no dá á los tubalcanos del siglo XIX mas que los frutos de sus campos; pero esos frutos son tan buscados, y los

produce la isla con tanta abundancia, y con algunos esfuerzos mas, puede aún aumentarlos de tal modo, que le es fácil gozar de todas las invenciones procreadas por Fulton. Si todo el mundo debe estar entregado á la potencia del vapor, los de Cristóbal Colon de una nueva era, señalarán quizás á la cabeza de las Antillas, entre las dos Américas; una isla bendecida por Dios, donde se podrá respirar el aroma de una flor, vírgen de todo polvo de carbon, y oir en la calma de la noche los arrullos de la tórtola, lejos de los lúgubres silbidos de una caldera.

La isla á la cual deseo este porvenir, ha sacrificado ya á Baal, el ferro-carril de Güines y Matanzas. ¡Ojalá no construya mas! ¡Ojalá al mejorar sus caminos, conserve sus rápidos quitrines y sus ligeras volantas!

A pesar de la prodigalidad de su suelo, la colonia de Cuba ha permanecido largo tiempo en un estado de abandono increible. La ignorancia ó el descuido de sus habitantes, y los yerros que cometia antes el gobierno, inutilizaban la incesante accion de la naturaleza mas generosa.

En los primeros tiempos de la colonizacion, los españoles no conocian aún los recursos del jardin de las Antillas, y se concretaban criando animales ó sembrando cereales. En 1580, empezaron á cultivar en los alrededores de la Habana, la caña dulce y el tabaco, pero únicamente para su consumo. Solo á fines del siglo XVIII

empezaron á esportar una parte de sus productos.

En 1780, el comercio de la isla era tan débil aún, y sus rentas tan mínimas, que para subvenir á los gastos de la administracion, y al mantenimiento de la flota y del arsenal, debian gastar anualmente una suma considerable de México.

Actualmente, no solo la isla nada cuesta á la España, sino que le dá anualmente una suma de mas de diez millones de pesos.

Esta renta proviene en parte de los tributos sobre los terrenos y sobre las personas, del correo, del papel sellado, y sobre todo de la aduana, que percibe á un mismo tiempo, como ya lo he dicho, un derecho de importacion y esportacion sobre todos los artículos.

En 1846, el valor de las importaciones subió

bajo el pabellon nacional á la suma de.....	13.651,329 ps.
Bajo pabellon estranjero, la de	8.974,069
Total.....	22.625,398

En el mismo año, el valor de las esportaciones,

bajo el pabellon nacional fué.	5.809,895 ps.
Bajo el pabellon estranjero de.	16.190,693
Total.....	22.000,588

La isla de Cuba esporta madera, frutos, cera, algodon, algun poco de cacao y rom.

Consume su propio maiz, y á pesar de la gran cantidad de arroz que cultiva, debe comprar aún del estranjero.

Sus tres mayores productos son el azúcar, el café y el tabaco. Estas haciendas mantienen el lujo de los colonos, vivifican las campiñas, y alimentan los mercaderes y trabajadores de los puertos.

En el país se distinguen tres clases de caña dulce; la *criolla*, dulce y fina; la blanca, y la parda, procedentes de los mares del Sur. Estas dos últimas son muy fuertes y crecen mucho; son las que mas se cultivan, por que dan mas abundancia de zumo.

En 1767 Cuba no esportaba mas que catorce ó quince mil cajas de azúcar; luego diré la suma que esporta actualmente.

El café fué llevado á la Martinica en 1727. El año siguiente, los ingleses empezaron á cultivarle en la Jamaica. De allí le estendieron en las otras islas, y llegó á Cuba en 1769, pero hasta en 1790, solo se hallaba en muy corta cantidad en algunas habitaciones, y en 1804 solo se cosechaban unas cincuenta mil arrobas.

¡El tabaco! Al escribir esta palabra, creo oir desde aquí á la innumerable legion de fumadores pronunciar el nombre de la Habana.

Esto es lo que hace conocer á la isla por el mundo entero, como á la Champaña por su vino, y al antiguo Perú por sus minas. Pensando en el placer de ver flotar por el aire una nube de humo azulado, y de ver blanquear la ceniza de un buen cigarro, es cuando desde las orillas del Sena á las del Neva, y de las costas

de España á las llanuras de la América del Norte, el pensativo poeta, el marino fatigado de su guardia, el *lion* de Westend, y el de los *boulevards* todos vuelven los ojos hácia la Habana, como un fiel musulman hácia la Ameca. Y, lo digo con sentimiento, yo, que no he podido escapar al contagio universal, el tabaco, es una yerba muy fea; una raiz fibrosa sobre la cual se eleva á la altura de cuatro ó cinco piés, un tronco redondo, velludo, glutinoso, con anchas hojas, teñidas de un verde pálido. Los botánicos dicen que pertenece á la familia de las *solaneas*, á la cual pertenecen tambien la bella-dama, y verdaderamente, al ver su lívida figura, pueden atribuírsela toda especie de propiedades peligrosas.

Por eso le costó tanto al tabaco estenderse por el mundo, desde el dia en que fué introducido en Europa como una curiosidad, por M. Nicot, cuyo nombre llevó durante mucho tiempo, hasta el en que reducido en fino polvo, se derramaba sobre las pecheras de encaje de los gentilhombres de Versalles, y las falbalás de las grandes señoras; y desde el dia en que los ingleses venidos de la Virginia, lo fumaban en pipas de tierra, y hasta aquel en que le vimos aparecer en el mundo, bajo la ligera forma del panatela.

Algunos papas no han creido rebajar su dignidad colocando su sello bajo dos bulas especiales, publicadas con el objeto de prohibir el uso del tabaco. Un rey, Jacobo I, cogió la plu-

ma para dar á conocer la funesta accion del tabaco. Un poeta inglés, su contemporáneo, Josué Sylvester, escribió una larga sátira sobre el mismo objeto. En el canton de Berna, en 1661 los magistrados añadieron al Decálogo, un corto apéndice que colocaba la costumbre de fumar en el mismo grado de crímen que el adulterio. En Turquía, Amurat IV, declaró tambien el fumar como un crímen capital. En Rusia, empezaron por cortar la nariz á los fumadores; luego, por una gracia particular, se contentaron con atravesarles las narices é introducirles en ellas un cañon de pipa, paseándoles por las calles, con su nuevo adorno. En la Nueva Inglaterra, una ley prohibia el uso del tabaco en los domingos. De concesion en concesion, el tabaco ha llegado por fin á estender sus torbellinos de humo por tierra y por mar, á la puerta del wigwam del indio salvaje, y en el balcon y en el retrete de mas de una linda señorita.

Los descendientes de los magistrados de Berna, que le proscribian en nombre de Dios, van actualmente al consejo con la pipa en la boca; los turcos fuman como verdaderos turcos, y los habitantes de la Nueva Inglaterra, fastidiados de su luto del domingo, mascan esos dias el tabaco con mucha mas aficion que los demas dias.

En vano algunos médicos y dentistas han publicado memorias para dar á conocer el pernicioso efecto de esta planta; pero el tabaco se

mofa de todas sus protestas; ha entrado ya en el número de sus costumbres de la vida, y poco á poco se estiende en todos los paises, para reinar campea ya en el presupuesto de los pueblos, y en ellos; por este medio se ha asegurado el paternal interés de los gobiernos.

La isla de Cuba produce anualmente ciento sesenta y ocho mil cargas de tabaco, que dan veinticinco millones, doscientas mil libras.

Una parte de esta cosecha se esporta á diferentes paises en hojas, donde las mezclan con el tabaco indígena; así se fabrican la mayor parte de los cigarros de Breme y de Amberes.

Una parte se fabrica en las casas particulares de la isla, para el uso de aquellos que no curándose de la elegancia de la forma, hallan una notable economía, en esa manipulacion doméstica; es el pan casero que reemplaza los panes de moda, introducidos en nuestras mesas aristocráticas.

Difícil seria decir cuánto tabaco se fabrica así en las haciendas; únicamente se sabe el que se fabrica en las tabaquerías, que por término medio, son mil seiscientos millones de cigarros por año.

No hay calle en la Habana donde no se encuentre alguna tabaquería; en cada una de ellas hay, veinte, treinta, cuarenta ó mas trabajadores, divididos en varias secciones, cada una de las cuales tiene su ocupacion especial. La una está encargada de escojer las hojas; otra de la

reunion de las fibras groseras que forman el cuerpo del cigarro; luego se ven los oficiales mas hábiles, formando el cigarro, y otros midiendo con su ejercitada vista, las dimensiones de los regalías, y dándoles una forma elegante.

Es un hecho generalmente ignorado, y sin embargo muy positivo, que en Cuba en sus mejores campos de la *vuelta de arriba* y de la *vuelta de abajo*, no existe mas que una clase de tabaco. Los cigarros conocidos con los nombres de *regalías, puros, panátelas, prensados, londreses, vegueros*, y del menudeo, todos contienen una misma hoja. El escogimiento de estas, la armonía de los colores, y el artificio manual, en una palabra constituyen solo las diversas clasificaciones de los cigarros, con su diferencia de precio. Hay obreros, que por la gracia particular con que los hacen, ganan hasta cinco pesos diarios, mientras otros, empleados en la manipulacion de segundo órden, no sacan de su trabajo mas que uno. Con esta distribucion de trabajo, el taller de una tabaquería, compuesta de treinta individuos puede construir diariamente treinta mil cigarros. Como nuestra pobre tierra está llena de decepciones, el que llegue á la Habana con el objeto de saborear un cigarro perfecto, sufrirá un terrible desengaño. Los hermosos paquetes que le presentarán con un lio vegetal, semejante á una cinta de seda, con su color pardo ó dorado, están faltos de una cualidad esencial, de una vejez de algunos años, ó de algunos meses al me

nos Desde que salen de las manos del obrero, se gastan empero, como pasteles, y nunca los hay viejos.

Salvo los que mi amigo Segrestan guardaba en su casa hacia mas de un año, y que tuvo la bondad de darme, todos los que he comprado me han parecido peores que los que compraba en nuestros estancos: hijos verdaderos de la Habana, pertenecen á la sencilla, pero leal familia de los *menuderos*, y basta con dejarlos secar, para que nada tenga uno que echarles en cara.

Los menuderos, comprados aquí, no cuestan mas que diez pesos el mil; cada mil paga medio peso de esportacion. La administracion nos los dá actualmente á veinte pesos, y puede calcularse, que comprándoles directamente en la Habana, y pagados todos sus gastos, le queda aún un hermoso beneficio.

Para favorecer la fabricacion indígena, la sociedad económica de Cuba pide que ese impuesto sobre la esportacion, sea suprimido en los cigarros, y aplicado al tabaco en rama: es una modificacion de tarifa que probablemente será aceptada, pero que para la Europa no puede ser de mucha importancia.

El valor de los productos del tabaco en rama se eleva anualmente en la Habana á la suma de cinco millones, cuarenta y dos mil, ochocientos veinte pesos. La del azúcar es mucho mas considerable, pues se eleva á la suma de trece millones, setecientos sesenta mil pesos. El

del café se calcula que es de un millon, trescientos veinte mil pesos.

Añadiendo ó estos artículos el aguardiente, el cacao, el algodon, el maiz, el almidon, los frutos y legumbres, el Sr. Lira ha calculado que las producciones agrícolas de la isla de Cuba, forman anualmente un valor de cerca de cincuenta y dos millones de pesos; lo que, en una poblacion de novecientas mil almas, da cerca de noventa y seis pesos por cabeza.

Así, es que sin que deban recurrir á una de las invenciones municipales de Suiza ó de Alemania, ó á la ayuda de las cuales han hecho de una dureza de corazon una virtud legal, sin que sea preciso plantar, á la entrada de las ciudades un escrito en el cual se lea: *Se prohibe mendigar*, en ninguna parte quizás se ven mendigos que en la Habana. Los negros mas felices que millares de millares de trabajadores de Francia y de Inglaterra, tienen hasta la hora de su muerte la habitacion y su manutencion aseguradas, y los pobres blancos encuentran siempre un asilo ó un trabajo productivo.

Al recojer los dones del suelo, al asegurar las satisfacciones de sus necesidades materiales, la colonia de Cuba no ha olvidado que debia ocuparse tambien de las mas nobles necesidades del espíritu. Por cierto no debiera esperar uno que aquí se encontraran ricas bibliotecas, y los numerosos establecimientos de instruccion pú-

blica, en los cuales se complace el carácter estudioso de los pueblos del Norte.

Aquí la naturaleza abre al hombre un libro maravilloso, cuyo pensamiento es difícil de trastornar; cuando puede uno todos los dias absorverse en la contemplacion de este cielo puro, de este mar tan azul, y de esta tierra tan risueña; cuando se tiene continuamente á la vista, esta leyenda encantada ¿cómo puede pensarse en distraerse de tal encanto, para encerrarse entre cuatro paredes con un comentario de jurisprudencia, ó un análisis filosófico? A cada nacion le corresponde su parte en los goces; á cada pueblo su orgullo. A los del Norte, las combinaciones de la ciencia, los rasgos críticos, las largas baladas, y los largos dramas: Kant y Grimn, Shakspeare y Newton; á los del Sur, la viva mágia de las *Mil y una noches*, que ninguna necesidad tienen de componer, porque se desarrolla por sí misma á cada paso delante de ellos, y á cada mirada que echan sobre el horizonte.

Sin embargo, la Europa y la confederacion de los Estados-Unidos están lanzando continuamente de un lado y de otro sobre la feliz góndola de Cuba, el fuego griego de sus disertaciones políticas, de sus novelas y de sus poemas, é inflaman poco á poco los espíritus. Dícense pues algunos, que es fuerza ceder á la ley del tiempo y dar pruebas de inteligencia; y se instalan escuelas, y se organizan sociedades que

publican sus magníficos programas. ¡Oh; queridos habitantes de Cuba, si me atreviera yo á daros un consejo! Entonces os diria que ningun tratado de retórica vale la elocuencia de uno de vuestros silenciosos ensueños; que ninguna melodía de Moore, que me gusta mucho, vale el murmullo de las hojas, y el suspiro de los pájaros de vuestros bosques! Pero si os hablara así, quizás ya no me comprendiérais, y los americanos que leerán mi libro (si los hay que lo lean) encontrarán mil motivos para tratarme de bárbaro.

Me contentaré pues esplicando, sin comentario ninguno, lo que sé de las instituciones científicas de esta comarca. En la Habana existen, Primero: Una real sociedad económica, que busca con actividad todos los medios de desarrollar la agricultura y la industria, y que en 1847 organizó una esposicion de los productos de Cuba. Segundo: Una sociedad de progreso, compuesta de propietarios, comerciantes, y agricultores, presidida por el gobernador general. Por sus consejos y el apoyo que ha dado á grandes empresas, esta sociedad ha prestado ya importantes servicios al país. Tercero: Una Universidad, que en 1819 contaba ciento veinticuatro estudiantes de filosofía, ciento nueve de leyes, cuarenta y nueve de medicina, y siete de farmacia. Cuarto: Una biblioteca de seis mil volúmenes. Quinto: Una institucion científica, en la que el Sr. Casaseca, discípulo distinguido de M.

Thenard, dá un escelente curso de química. Sesto: Colegios en las principales ciudades, y escuelas primarias en casi todos los lugares.

Con semejante inventario, con tres ramales de ferro-cárril y vuestros nuevos muelles, nada debeis temer, felices habaneros, de la opinion de esos pueblos que se llaman pueblos civilizados. Habéis levado ya el áncora, y estais prontos á bogar á toda vela en el mar de los progresos. No os falta más que una Academia de bellas letras, para cubrir con una red de definiciones cada una de las palabras de vuestra hermosa lengua, y una Academia de inscripciones para que os enseñe el valor de una inapreciable pieza de cobre, sepultada desde hace tres mil años en una catacumba, ó el grandioso hecho histórico que revelan tres letras mutiladas que se descubren sobre la losa de un sepulcro.

Si despues de lo que acabo de esplicar de las riquezas agrícolas é industriales de Cuba, quiere reflexionarse un instante y pensar en los progresos que ha hecho la isla en treinta años, y en lo que puede llegar á ser con el sucesivo descuajo de sus incultas tierras y con el aumento de su poblacion, se comprenderá facilmente el ávido deseo con que la América del Norte observa esta isla, que aumentaria sus bienes y su circuito geográfico, completando el número de sus productos.

En la misma isla existe un partido que desea la anexion, partido que tiene por órgano en Nue-

va-York y en Nueva-Orleans, dos periódicos bastante virulentos. Tengo motivos para creer que la mayoría de los habitantes de Cuba se mantiene estraña á esta cábala, ó rechaza al menos sus intenciones y desea solo conservar su titulo de *Siempre fidelísima.*

Si por algun suceso imprevisto, por una repentina revolucion, ó por un mercado parecido al que les entregó la Louisiana, los Estados-Unidos llegaban á tomar posesion de esta isla, Cuba caeria probablemente como el último hachazo sobre las raices ya conmovidas de la confederacion, y romperia indudablemente el equilibrio que existe aún entre los Estados de esclavos y los abolicionistas.

Ningun voto hago por esta arrogante república, pero sí los hago por la isla de Cuba; deseo que ella quede unida á la bandera bajo la cual ha gozado hasta ahora de una tranquilidad tan grande, y conquistado una prosperidad tan envidiable.

V.

DE LA HABANA A BUENOS-AIRES.

El buque belga.—Una cuaresma.—El teniente y el cocinero políglota.—Los vientos alísios y los chubascos.—Temperamento del Norte y del Sur.—Mar de los trópicos.—La calma.—Las estrellas del Sur.—El huracán.

Vais á reiros todavía de mi naturaleza de golondrina, pues tal es el nombre que os place dar á la atraccion que yo habia distinguido con el nombre de "nobles deseos de estudios lejanos." Pues bien, admito vuestro apodo; sin embargo, si conocierais la bahía de la Habana, conprenderiaís que no es tan fácil como os ima-

ginais romper aquí la estremidad de dos alas nómadas. Para el que ha sido dominado por la quimera de los viages, esta rada es un lugar muy peligroso. La mar es tan hermosa, el horizonte tan tranquilo, que al contemplar el doble azul del cielo y de las aguas, uno olvida todas las tempestades que ha sufrido para no pensar mas que en el suave balanceo de un buque, animado por una ligera brisa, y bogando sobre las bonancibles ondas. Ademas, esta rada es una especie de punto-redondo, al que van á parar los caminos del mundo entero. De aquí salen los vapores correos ingleses, los cuales en su tránsito, recorren toda la cadena de esmeraldas de las Antillas; despues, los vapores americanos que transportan á Chagres á todas esas legiones de peregrinos, atraidos por la religion del oro á la caza californiana; luego buques españoles, franceces, los cuales en el espacio de algunas semanas conducen los pasageros á la rada de Cádiz, ó bajo los muros de Nantes.

En medio de todos estas tentaciones, yo me he dejado seducir por un buque belga de hermosa apariencia, que dede ir á Montevideo y Buenos-Aires. ¡Como! vais á esclamar; estando tan cerca de México y del Perú, os alejais de esas magnificas comarcas para ir á Buenos-Aires? Y hasta vais quizas á compararme á ese pobre autor del cual habla Boileau.

"¡Oh! le plaisant projet d' un poete ignorant,
qui de tant de lieros, va chiosir Childebrand."

¡Paciencia, paciencia! Yo creo que Buenos-Aires, es en su género una ciudad muy curiosa. Mas tarde verémos si me he engañado. Ademas, de la Habana á esa ciudad no hay mas que 2000 leguas. El capitan A.... me promete hacer en dos meses el viage. Unicamente añado; "es preciso que os conformeis á comer carne salada."—Se comerá.—Y pocos dias despues ya estábamos en alta mar, entre los bancos de Bahama y la costa de la Florida.

El capitan no habia hecho mas que describirme muy exactamente sus recursos culinarios. El dia desques de nuestra salida de la Habana, habiamos doblado, como dicen nuestros marineros, el cabo Fago; es decir estábamos reducidos á la racion de á bordo: patatas, judías, buey salado, todo esto variado de cuando en cuando, por una especie de pastél de harina y de arroz, á que nuestro cocinero dá orgullosamente el nombre de pudding.

Os confieso que yo habia confiado un poco demasiado en mis fuerzas; traté de probar la carne salada, y á la primera intentona conocí que era forzoso renunciar á ella. Sin embargo, he participado de los malos alimentos de los pescadores del Norte; he comido bacalao de Islandia, hervida en medio del humo de turba infecta; pan de la Dalecarlia, que es una mezcla de corteza de abedul; pan de cebada de Muonioniska, medio harina, medio paja; carne de rengífero, cortada por las manos de los lapones, y cocida en

sus calderas; el *cuscusu* de los árabes, preparados en vasos de muy triste vista. Ademas, me acuerdo de las veinticuatro horas que he pasado en un miserable pueblo de Polonia, bajo el techo de un hostalero judío, y lo que comí en un sucio plato, que me sirvió una vieja espantosa, y que jamas he llegado á saber lo que era; fué la prueba mas terrible que habia sufrido.

En vano para infundirme valor he invocado mi determinacion de otras veces; el valor empero me ha faltado ante esas enormes tajadas de buey, saladas desde cuatro años hace, sepultadas en la bodega de un buque hace ocho meses, de tal modo descoloridas, que solo por tradicion puede uno saber qué huesos de animal han cubierto, y que á veinte pasos de distancia exhalan un hedor que marea al menos dispuesto á marearse.

Si esta página de viaje cae por causualidad en las manos de un padre de familia, aflijido por un hijo pródigo, que le mande á bordo de este buque. Aquí se aprenden todos los dias lecciones de economía. Jamas habia creido que en ningun buque pudieran tomarse varias precauciones para cuidar una vela, un cable ó una racion. El bizcocho, se ha hecho con el tiempo tan duro, que no puede mordérsele sin grave peligro de romperse los dientes. ¿Qué hacer? resignarse y comer menos. La carne empieza á echarse á perder, á pesar de las dos capas de sal de que está revestida: esto no es nada. En

treinta ó cuarenta dias, la tendremos fresca en Montevideo. Si algunas veces me atrevo á advertir que andamos muy lentamente un oficial interrumpe mi loca preocupacion, haciéndome observar muy razonablemente, que cuanto tiempo mas se está en la mar, mas se gana, por la sencilla razon de que el sueldo aumenta cada semana; y como á bordo se lleva el peor pantalon y la mas rota chaqueta, se ahorran los vestidos. Una vez, una sola vez durante el curso de nuestros ayunos y vigilias, me ha sucedido que suspirara con fuerza, no por un banquete electoral, pues no era tanta mi ambicion, sino por un pedazo de pan y una taza de caldo. Pero sobre esto el capitan me hizo un juicioso discurso, probándome las ventajas sanitarias de la abstinencia; yo me callé, recordando que no hay mal que por bien no venga, y reflexionando que nuestro régimen era aún mucho mejor que el que el doctor Sangrado recetaba á sus clientes.

A pesar de la parsimonia de este régimen, debo ciertas atenciones á este buque, la tranquila libertad.

La tripulacion se compone de doce hombres de diferentes naciones, tan perfectamente sometidos á la autoridad de su gefe, que nunca se oye entre ellos el menor murmullo. Hay españoles, flamencos, alemanes, un negro de Cabo Verde, un indio de costa Firme, y dos suecos, con los cuales me he entretenido algunas veces hablándoles de las orillas de su Molar, y de las melancólicas llanuras de su ciudad de Gefle.

El teniente es un hijo de un comerciante belga, que es rico propietario. Sus deseos de ver lejanas regiones le echaron en los azares de la vida marítima, y sus conocimientos le elevaron pronto al rango de oficial. En medio de su amor á los viajes, se acuerda mucho de su madre, y de los goces campestres de su juventud: y sus meditaciones me recuerdan muy amenudo estos dos tiernos versos de Juvenal, que no ha compuesto muchos que les valgan:

"Suspirat longo non visam tempore matrem
et casulam et notos tristis desiderat hædos."

El habitante mas curioso de nuestro buque es el cocinero. Al pronunciar este nombre no necesitaré sin duda decir que hicierais mal en figuraros uno de esos orgullosos personajes que llevan el gorro de algodon blanco como una corona, y que hablan de las salsas de sus cazuelas con un orgullo verdaderamente artístico. Este no ha visto jamas otros fogones que los de este buque; lejos y muy lejos está de figurarse los grandes papeles que pueden desempeñar sus compadres en los ministerios y en la diplomacia. Si por casualidad ha visto alguna vez una criadilla, la habrá rechazado como una patata enferma. En cambio, si le habla de guisantes, responderá que todavía hay á bordo un barril que se embarcó hace dos años, y con mano pródiga es capaz de tender tan preciosos glóbulos, sin advertir que en caso de necesidad, no se pudieran encontrar mejores balas.

Orgulloso de su mision y de su título de cocinero, guisa con una satisfaccion sin igual. Factotum del buque, sirve con igual celo los camarotes, cepilla los vestidos, arregla la almohada sobre la cama, y ayuda ademas en la maniobra. Colorado y gordo como una de las figuras de Temers, pronto como un gato, está en movimiento de la mañana á la noche, corriendo de la cocina á la popa, tan pronto cargando una vela, como limpiando un plato, siempre alegre y dispuesto á todo, riendo sencillamente de las pullas que le dirigen, y bebiendo á escondidas el vino que queda en una botella, no por el vicio de beber, sino por la precaucion de que no se eche á perder.

Solo al cabo de un mes de observarle continuamente, he llegado á descubrir una nueva cualidad á este filósofo, su ciencia de lingüistuo. Antes, aún cuando á uno y otro nos parecia que hablábamos una lengua ininteligible, solo nos comprendiamos casi por medio de signos; y yo le acusaba de haber olvidado su idioma natal; mas tarde, me convencí de lo que yo tomaba por un culpable descuido: era al contrario el efecto de un amor general por la humanidad. y de una gran abundancia de saber. Desde veinte años que hace que navega de una parte á otra, se ha apropiado una parte de los idiomas de todos los paises, y ha hecho de ellos una mezcla con un igual sentimiento de fraternidad.

Para poder entretenerse con él, es preciso hablar un poco todas las lenguas, ó poder al menos pescar en su depósito políglota un substantivo flamenco junto á un verbo francés, y un adjetivo inglés al lado de una proposicion española.

En cuanto al capitan, me reservaba á bordo una sorpresa deliciosa; un largo armario, lleno de libros, historias, cuentos de viajes y novelas. Eché un grito de sorpresa en vista de este tesoro, y me puse á contar todos los volúmenes que enserraba, los que habia ya leido; y los que no conocia aún, mirándolos con avidez, como un avaro acurrucado delante de una caja de ducados de Holanda, ó de doblones de España. Gibbon en sus Memorias habla con entusiasmo del placer de leer, que no cambiará, dice él, por los tesoros de la India: "Wich I wrould not exchange for the treasures of India." ¿Qué hubiera dicho, á haber podido gozar en los largos dias de una navegacion?

Desde ese dia perdimos enteramente la tierra; fué preciso dar el último adios á todas las aventuras que estando en tierra no distraen de las muchas penas que nos afiijen en ella. A bordo de un buque no hay otro diario mas que el seco y lacónico del buque mismo, escrito en caracteres algebráicos contenido en estos términos: un grado y medio al Sur, dos al Norte, seis nudos en la última corredera, un nudo de driva; no

hay mas episodios qué los que nacen de la variacion de la brújula, y del cambio del tiempo. "¿Qué os parece, capitan? Parece que la brisa afloja."—Sí, pero las nubes anuncian un cambio. —¿Hémos hecho ya dos grados?—Probablemente.—¡Si tuviéramos siquiera viento del Este!—No, ahora necesitamos Norte; creo que no tardará en llegar."

Y todas las mañanas, y aun muchas veces durante el dia, tales son poco mas ó menos las palabras que median entre un capitan y sus pasajeros, cuando se posee un comandante que tiene la bondad de responder á tan fastidiosas preguntas.

Si un marinero señala una vela á lo lejos, es un suceso que distrae. En seguida corre uno en pos de un anteojo, y se iza bandera; un instante despues, la del buque señalado flota sobre el palo de mesana. Es un inglés ó un francés, que va á Europa ó regresa. ¡Qué feliz es aquel que viento en popa navega hácia su patria! ¡Qué viaje tan largo para el que debe doblar el cabo de Buena-Esperanza! ¡Cuántos comentarios se hacen entonces á bordo de entrambos buques (1)!

(1) Al hablar de estos encuentros entre dos buques, no quiero omitir una maniobra de la marina mercante americana; maniobra que mas de una vez he presenciado. Si uno de estos buques, avanza á los demas que

En esta escasez de incidentes, el espíritu necesita, así como el cuerpo su higiéna, necesita una variacion de libros, cuanto mas variados mejor; necesita, si me es dado comparar aquí las nobles obras del pensamiento con la materia vulgar, despues del alimento substancial de una obra séria, el chisporreo gaseoso de una copa de poeta, y despues de un libro de ciencia técnica, la pimienta de una novela.

La verdadera dicha del hombre consiste mucho menos en la satisfaccion de algun ardiente deseo, que en una série regular de algunas satisfacciones modestas. El primero, es como una lluvia abundante que riega en un instante una tierra seca, pero cuya benéfica accion, solo es de una duracion limitada; la segunda es, como un rocio saludable que hace brotar todos los dias un nuevo gérmen y abrir una nueva flor. La Providencia ha puesto á nuestro alcance toda esta série; si no podemos verla ó apreciarla, es casi siempre por culpa nuestra. No todos los hombres tienen el poder de llegar á adquirir un gran nombre ó una gran fortuna; de ser un Ce-

---

encuentra en su camino, despliega orgullosamente el pabellon de los Estados-Unidos. Si al contrario, queda atrás, iza la bandera francesa. Miserable subterfúgio hijo de una rara estupidez, que para ocultar su debilidad, profana el estandarte de una nacion, sin la cual la orgullosa América, hubiera podido sucumbir bajo las fuerzas de Inglaterra en su guerra de la Independencia

sar ó un Creso, un Colon ó un Cuvier; pero no existe tal vez en el mundo una sola criatura, por humilde que sea, que no vea caer junto á sí esas gotas de rocío, ese maná fortificador que la mano de Dios dejaba caer todas las mañanas sobre el camino desierto de los israelitas. Escepto de éstos á los malos, que se privan ellos mismos, mientras permanecen malos, del manantial de las dulces emociones, de las puertas del cielo.

Ved al fin en qué tema de moral me he lanzado, todo esto para deciros que los libros que el capitan me prestó durante la travesía me sirvieron mucho. Para evitar todas mis digresiones, bueno fuera que tuviese á mi lado un consejero, como el sabio perro Scipion de Cervantes, que, como á él, me dijera de cuando en cuando: "Basta; vuelve á tu senda y camina."

Y verdaderamente este camino es tan bello como largo, de modo que he gozado de todos los cambios de temperamento, de todas las peripécias de las diferentes navegaciones.

Antes, se ignoraba el movimiento regular de los vientos alisios (1); el valiente Vasco de Ga-

(1) Los vientos alisios parecen ser ocasionados por el movimiento de rotacion de la tierra sobre su eje, combinado con la rara influencia que ejerce el sol entre los trópicos. Se estienden ordinariamente hasta el grado 28 de latitud al Sur y Norte del Ecuador, y en algunos

ma, que fué el primero que dobló el cabo de Buena-Esperanza, hizo, á causa de esa antigua ignorancia, un terrible viaje. Actualmente se sabe en qué estacion esos vientos soplan en tal ó cual paraje. Sobre los mapas se han trazado todas sus diferentes direcciones, con una precision igual á una línea de ferrocarril. Son unos orgullosos señores, que reinan despóticamente sobre la zona que el rey Eolo les ha señalado, y que no se curan de abandonar su dominio para ir en busca de un buque perdido á poca distancia de ellos. Es preciso, pues, someterse á su autocracia, ir en busca de ellos, y tomar su pasaporte, so pena de bordear durante mucho tiempo fuera de la carrera que ellos tienen señalada.

Para ganar los vientos alisios del Nor-este, debimos, al dejar la Habana, remontar desde el grado 23 de latitud, mas allá del 34 y del 82 de longitud, reunirnos al 20, para bajar luego hasta la línea, y desde allí al 35 de latitud Sur. Si hubieramos emprendido este tumbo solo por aficion á los contrastes, no hubiéramos podido lograr nuestro objeto de un modo mas satisfactorio nada nos habria faltado, ni el

---

lugares están separados por un considerable espacio, donde reinan los vientos variables.

Los monzones ó vientos periódicos, son los que soplan seis meses por un mismo lado, y que toman una direccion enteramente contraria en el otro tiempo del año. Reinan mas que en ninguna otra parte, en los mares de la India.

viento glacial del invierno, ni la mas ardiente de las canículas; ni las ráfagas de viento, ni los chubascos, que se elevan del mas puro horizonte, se avanzan con la rapidez del rayo, y rujen como un trueno.

Como vosotros no habeis hecho mas que viajar por el Saona ó el Rhin, no es posible que os formeis una idea exacta de la palabra chubasco; ni de las palabras huracan y tempestad, que se emplean muy á menudo en las conversaciones, sin saber que tienen una significacion muy diferente.

Para que podais conocerlo exactamente, tomo los siguientes pormenores de la obra de I. Horrburg, traducidos por el contra-almirante Le-Predour:

"Se cuentan tres clases de chubascos: los que se distinguen con el nombre de chubascos arqueados, son muy frecuentes. Comunmente se elevan sobre el horizonte formando un arco, pero muy amenudo toman la forma de una gran nube negra, sobre todo cuando contienen agua ó electricidad. Estas nubes suben á veces muy rápidamente y apenas dan el tiempo necesario para amarrar velas, cuando ya el viento se hace sentir. Otras veces, caminan al contrario muy lentamente, y se dispersan sin que el viento haya tomado la fuerza necesaria para llegar hasta el buque. La segunda clase de chubascos, no es tan fácil de distinguir, pues provienen de nubes que se han formado ya en la parte

menos elevada de la atmósfera, y que producen generalmente muchas lluvias y ráfagas succesivas. Los chubascos blancos son bastante raros, pero á veces se encuentran entre los trópicos ó en sus alrededores, sobre todo junto á los puntos elevados. Ordinariamente son violentos, y de muy poca duracion. Aparecen muy amenudo cuando el cielo está claro, y sin que ninguna circunstancia atmosférica les deje preveer, lo que les hace sumamente peligrosos. La única cosa que les anucia á veees, es el mar, que está violentamente agitado por el viento.

"Las tempestades pueden dividirse en tres clases; ráfagas, huracanes y torbellinos. Las primeras soplan fuera de los trópicos, y reinar á veces muchos dias seguidos, sobre todo en invierno; vienen generalmente del Oeste, y raro es que varien con tanta prontitud como las que se sienten en los trópicos; algunas veces sucede así y á este cambio se atribuye la pérdida de diferentes buques, que no habiéndose prevenido, conservan todas las velas.

"Los huracanes se dejan sentir raramente fuera de los trópicos, y á menos de los grados 9 y 10 de latitud.

"Junto á los trópicos, y á las islas y tierra, es cuando despliegan toda su furia, pues á lo largo raramente se les encuentra, y los que se encuentran al grado 10 del Ecuador son menos violentos que los que se encuentran junto á los trópicos.

Son horribles tempestades durante las cuales los vientos cambian de repente de direccion, elevando las olas como pirámides; su violencia es tan grande, que nada puede resistirles. Rompen los mástiles de los buques, y arrancan los mas fuertes árboles. Se ha calculado que en algunas de estas tempestades, el viento corria de ochenta á noventa millas por hora, cuando solo corre unas veinte, en lo que llaman buena brisa. Hay lugares donde los huracanes van acompañados de terremotos.

Los torbellinos están ocasionados generalmente por las tierras altas y desiguales. Cuando el viento es violento, desciende casi siempre de las montañas, formando rachas ó torbellinos en la superficie del mar; pero el fenómeno llamado por los marineros trompa, se atribuye á la electricidad. En los climas calientes, y cuando los nubarrones ocupan la region inferior de la atmósfera, es cuando se suelen encontrar las trompas. Entonces el aire está cargado de electricidad, y al mismo tiempo retumba el trueno, y llueve con violencia (1).

Hemos pasado por las ráfagas que agitan el mar hasta en sus profundidades, que parecen velar el momento en que el piloto se apoya tranquilamente sobre la rueda del timon, para arrojarse de golpe sobre el buque, y romper sus

(1) Instrucciones sobre el mar de la India.

mástiles de un solo golpe. Hemos pasado por la nieve y por la lluvia; por los furores del huracan, y las bonancibles calmas; en una palabra hemos tocado todos los estremos. En un dia de funerales, las mugeres de las islas Sandwich entonan un canto de luto, del cual pudiéramos aplicarnos todos sus versos, aún antes de morir durante una navegacion. "¡Ay! nuestro amigo está en la estacion de la hambre; nuestro amigo está en la pobreza; nuestro amigo está espuesto á la lluvia y al viento, á los ardores del sol, á la tempestad, y á la calma: está sobre los ocho mares."

A dos grados sobre las islas Bermudas, no teniamos bastantes capas, mantas y medias de lana para cubrirnos. Seis semanas mas tarde, á principios del mes de Marzo, hubiera querido poder vivir dentro del agua como los peces. Estábamos en el verano de otra atmósfera. ¡Qué verano! veiamos un horizonte de un blanco mate como el fondo de un horno, un cielo de color de fuego: ni la mas lijera brisa soplaba, ni exhalaba la atmósfera la mas lijera humedad. El dia era pesado, y la noche, que invita siempre al sueño, era mucho mas pesada aún. Quisiera uno acostarse sobre el puente, pero la casta luna no permite tales caprichos. En los campos de Grecia, la hermosa y pensativa Diana hacia brillar un rayo de tierna luz sobre la frente de Endimion; en la zóna torrida, es una dueña feroz. Para castigar la temeridad de aquel que se

duerme frente de ella, aún en un traje decente, le hiere yo no sé con qué clase de rayos venenosos; que le hinchan la cabeza como un tonel, y le tuercen el rostro.

¡Cuántas veces en el ambulante horno de la A. . . . he pensado en los verdes abetos de mis montañas del Fraco-Condado, en las colinas idílicas de Chandeau, en la sombra de los acacias donde la amistad me esperaba en las floridas orillas de la Seymouse!

Pero un viaje por mar, es un curso de paciencia. Ningun voto ardiente, ninguna voluntad humana puede hacer que la brisa renuncie á uno solo de sus caprichos. En otro tiempo habia en la Laponia unos brujos que vendian séries de vientos encerrados en los nudos de un pañuelo: esto era muy cómodo. Actualmente esos brujos han desaparecido como un gran número de otras tantas cosas no menos recomendables. En estos tiempos modernos, cuando os encontrais lanzado en medio del Océano, perteneceis al capitan, "*señor de su buque despues de su Dios*", como dice muy sabiamente su título y antes que á él, á los elementos. Lo mejor que puede hacerse, es inclinar la cabeza silenciosamente bajo las nubes que se agrupan, y bajo la tempestad que ruje, y resignarse con la calma que deja que se balaceen las velas sobre los mástiles, como si fueran unos trapos, ó bien con el viento que se levanta delante de vosotros, como un brutal gendarme, para impediros el paso, ó con el viento

varible que como un niño mimado, salta en un instante sobre todos los puntos de la brújula.

Sin embargo, puesto que en este mundo desheredado de su Eden, no hay ningun goce que no deba pagarse con una pena, ninguna esperanza sin contratiempos, ningun éxito sin fatigas, puede muy bien comprarse por algunos sufrimientos la poesía de una navegacion, durante un hermoso tiempo, y sobre unas ondas, que en su estension tocan en tantas comarcas, y presentan tantos fenómenos distintos. Cuando á la altura de la isla de Madera, se entra en la corriente de los vientos alisios, es un encanto indecible deslizarse en línea recta sobre las olas tranquilas, ayudados de un soplo suave, que solo balancea insensiblemente el buque, como si se propusiera evitarle toda sacudida, y le acariciase como un buque escogido del Señor.

De esa latitud hasta ciento ó ciento cincuenta leguas del ecuador en el invierno se reunen á un clima temperado los prismas; los admirables juegos de una espléndida luz. El mar se parece á los brillos de un záfiro sin manchas. Sobre su azulada cuna, se eleva una línea blanca que forma el círculo del horizonte; mas allá se vé un cielo límpido sembrado de lijeras nubes. Parece que el cielo se une con las olas por medio de un anillo de plata, estendiendo con este objeto su manto azul, sembrado de ramilletes de rosas y junquillos, ni mas ráfagas, ni mas tempestades. El fogoso Bóreo está encadenado en otros para-

jes, y los millares de séres vivientes que pueblan las profundidades del Océano, parecen ser llamados á esas fiestas nupciales. Las legiones de peces voladores que hieden el aire como pájaros, son los ágiles pasajeros que anuncian el cortejo; otros que soplan ruidosamente, abren la marcha como heraldos de armas de tardío paso; los delfines brincan bajo las blancas capas de espuma, como vemos á un fogoso caballo brincar bajo sus plateadas jaeses. Los cetáceos saltan cuatro á cuatro, arrastrando tal vez el carro de Anfitrides; luego se ven los elegantes de la corte océanica, los bonitos de esmaltada escama, y los dorados de piel brillante. Y como en el agua lo mismo que en la tierra, no hay ninguna gran reunion que no tenga su mal objeto, se aperciben despues de esta real asamblea, una reunion de diferentes pescados, que anuncian la llegada del tiburon, vagabundo de las ciudades acuáticas, enemigo de su órden social; el Robert Macaire del imperio de Neptuno.

Os ruego que me perdoneis esta mezcla de colores mitológicos, que sin duda son muy antiguos. Pero los griegos eran unos grandes artistas, y cuando quiere uno ensayar de describir alguna hermosura de la naturaleza, divinizada por su entusiásmo, viene siempre, á caer por la actraccion que inspiran sus recuerdos, en las creaciones ideales de aquel pueblo. En el círculo de los trópicos, así como en el mar Egeo, á la

brillantes colores de la mañana, y de los lechos vista de los de púrpura de la tarde, piensa uno en Febo y en Tétis.

Sin embargo, junto á semejante espectáculo, las fábulas del paganismo no sonrien al espíritu mas que un momento; una concepcion mas grave rechaza en breve como una quimera esas cohortes de pensamientos aéreos, que se desvanecen pronto para ceder su lugar en el alma, á una augusta y severa poesia; la poesia del cristianismo. No, cuando uno se encuentra en la infinita soledad del Océano, tan pequeño ante la inmensidad, y tan débil junto á la tempestad, no se puede pensar mucho tiempo en el arco Iris, y en las grutas de cristal de las Nereidas; solo puede uno inclinarse ante el único y supremo poder, qua hace dar vueltas en su círculo eterno á esos mundos donde se ajita el orgullo de los hombres y que segun la elocuente espresion de Pope, no es mas que un momento, y el espacio, un punto.

"His time á moment eud á point his space."

Por la tarde, cuando el sol desaparece en el horizonte entre nubes de oro y grana, cuando por otra parte brillan los los rayos de la luna, que sobre las olas movedizas parecen cruzarse como los de la aurora boreal, saltando como fuegos fátuos; cuando á lo largo del buque las olas fosfóricas brillan como una lluvia de estrellas, y

detrás de él se vé el surco que deja hervir como un torrente de llamas; cuando debajo de los astros de la bóveda celeste, brilla el mar como otro cielo con su corona de perlas y sus ramilletes de diamantes, se contempla entonces un cuadro que no puede intentar uno describir, y que no se deja de contemplar con una admiracion profunda. Esa es la hora del recojimiento, y de las tiernas meditaciones; la hora en que, como lo ha dicho Dante, da otro impulso á los deseos del marino y enternece el corazon:

"L' ora che volge 'l desio
A'naviganti e'nterenise il cuore."

Entonces, mientras los sentidos permanecen unidos á esta sublime escena, la imaginacion, de sueño en sueño, de region en region, llega hasta los umbrales de una casa querida, hasta el lejano pueblo donde en hora tan solemne se oyen las vibraciones que nos convidan al Ave-María, mezclándose con los últimos cantos de los pájaros, y con los murmullos de los bosques. Y uno permanece inmóvil, subyugado por todas las emociones que la memoria reproduce, que la esperanza crea, hasta que la ágria voz de un contra-maestre, mandando una maniobra, los gritos de los marineros, y los silbidos de las poleas, os hacen recordar la realidad de un buque comerciante, que no se cura mas que de las variaciones de la brisa.

Algunas veces, despues que el horizonte se

ha iluminado con mil rayos brillantes, y han resonado mil truenos que parece repiten las ondas cada vez que se estrellan contra los costados del buque, y las nubes preñadas se desvanecen y se duermen como viajeros rendidos por la fatiga; entonces ni un solo soplo se siente; ningun movimiento en el aire: reina el mas completo silencio, el silencio mas profundo que podais imaginaros, un silencio de muerte, durante el cual nada se mueve; momento en qué, como nos ha dicho Coleridge, el inmóvil buque se parece á un buque pintado sobre un pintado mar.

"As idle as á painted chip
upon á painted Ocean."

¡Felices aquellos que no deben meditar largo tiempo en una calma tan completa! El pasajero, que es por naturaleza enemigo de los vivos sacudimientos de un buque, se regocija de pronto con el alto que le permite descansar del mareo; pero luego reconoce que con semejantes paradas se llega muy tarde al punto deseado, y se busca por todas partes al horizonte una nube cualquiera que anuncie un soplo de viento. Inclinado sobre la obra muerta, se contempla el cielo, á quien pudiera dedicarse este verso:

"Sœur Ane, ma sœur Ane, ne vois tu rien venu?"

Junto al Ecuador, estas calmas aterran á los marineros: una vez que empiezan, no se sabe cuándo concluyen. En el año último, un buque

que llevaba á Rio-Janeiro 130 colonos, permaneció durante cuarenta y dos dias á pocas leguas de la línea. Con una calamidad semejante, es verdad que no se puede ir á pique, pero en cambio se puede morir de hambre, lo que es un género de muerte muy poco agradable.

Segun las descripciones que hemos leido de los viageros, nos formamos en general una singular idea de los lugares estranjeros. Al observar esto, no pretendo de ningun modo atacar á la digna cofradía de peregrinos del mundo, entre los cuales mi buena ó mala suerte me ha hecho figurar. ¡Dios me libre de hacerlo! Yo hago causa comun con ellos, y no puedo dudar de su variedad. Unicamente diré, que ella varía segun las circunstancias, y segun las impresiones que de estas resultan. Claro está que el que vea una de las islas de las regiones meridionales durante una espesa niebla, en un dia lluvioso, hará de ella una descripcion enteramente diferente del que la haya visto en un dia claro y hermoso, y en toda su belleza. Cada uno de los dos sentirá una emocion diferente, como ya he dicho, y sin embargo, ambos pueden ser igualmente sinceros. El público ante el cual comparecemos humildemente al regresar de una de nuestras escursiones, es un juez harto severo y minucioso para que podamos engañarle. Dice un antiguo proverbio que: *Quien de lejos viene, mentiras nos cuenta;* pero este proverbio se inventó en un tiempo en que podia contarse tranquilamente que

uno habia visto las amazonas, los cíclopes, y otras lindezas por el estilo, sin temor de ser desmentido por un colegial que haya leido Balbi y Malte-Brun.

En cuanto á mí, mas de una vez he visitado lejanas tierras hácia las cuales corria con ardor; y aun cuando al llegar á un punto determinado, lo he visto completamente diferente de la descripcion que de él habia leido, no por eso he dirijido una sola queja contra el autor de la descripcion. Por ejemplo, una de las cosas que habia leido como muy curiosa, era la llegada de un buque al Ecuador, por las alegres y estrañas ceremonias por medio de las cuales se celebra el bautismo de la línea. Sin embargo, atravesamos el Ecuador envueltos en una espesa niebla, y durante una no interrumpida série de chubascos, de modo que no nos sentiamos nada dispuestos á divertirnos. Ninguna necesidad tenian los marineros de preparar sus trajes de carnaval, para venir á nombre del dios de la línea, á saludar á los oficiales. Con su chaqueta de piel, su sombrero de hule y pantalones de tela de goma, estaban bastante disfrazados, y en cuanto al bautismo, las nubes se encargaron de mojarnos abundantemente.

Por fin, llegamos á coger un nuevo ramo de vientos alisios, que nos empujan con bastante fuerza hácia el Sur. Detrás de nosotros hemos visto alejarse poco á poco, y luego desaparecer completamente, la estrella polar. Otras

constelaciones adornan ahora un nuevo hemisferio. Todas las noches nuevas estrellas se dejan ver, como si salieran del fondo de las aguas, así como brotan en los campos algunas espigas creciendo mucho mas que sus compañeras, y mostrando desde lejos su dorada cabeza; á medida que nos avanzamos hácia esas estrellas, las vemos remontarse gradualmente hácia el horizonte, para dejar tras de sí y en su mismo lugar á las que las van siguiendo incesantemente. Parece que del fondo del mar se avanza en batallones regulares un ejército, para ir á formar ante su gefe en las llanuras aereas. Algunas veces, en medio de todos esos astros alineados silenciosamnte en su puesto, resplandece de repente una llama que arroja á lo lejos una lluvia de fuego; es la llama del metéoro, que brilla y se apaga como un coete, al cruzar entre los cuerpos celestes.

No hay duda que la estronomía, que sigue á millones de leguas de distancia el movimiento de las esferas, es una hermosa ciencia, puesto que indica el lugar que deben ocupar, el círculo junto al cual deben dar vueltas, y el tiempo que les está señalado para sus diversas evoluciones. Es la mas admirable conquista de la inteligencia humana. Pero al lado de esta poesía de los guarismos y de la figura geométrica llevada á su mas alta potencia, hay otra poesía que no exalta menos la imajinacion, y que penetra mucho mas en el corazon; es la poesía de los pueblos

primitivos, y de los pobres ignorantes tales como yo. Para gozar de toda la magnificencia de un cielo estrellado, para pasar sobre el puente de un buque deliciosos momentos de soledad, mirando los brillantes reflejos de Sirio, y las plateadas puntas de la Cruz del Sur, no hay necesidad de conocer su historia como Baille, ni de medir su grandor como lo hacia tantas veces el digno director del observatorio de Paris, antes que las engañosas luces de la política le robaran á los globos eternos, que tan admirablemente nos esplicaba. ¡Oh legiones maravillosas de los innumerables mundos sembrados en el espacio, inmortal esplendor de Dios, que estiende el cielo como si fuera un velo, y se constituye con él un traje de luz: no hay un sér humano que á vuestro aspecto no sienta despertar en el fondo de su alma ó un tierno pensamiento, ó un pensamiento solemne. A la luz de los astros nocturnos, los ángeles anunciaron á los pastores de Belen la buena nueva: *Gloria in altissimis Deo, et in terra pax hominibus bonæ voluntatis.* A la luz de estos astros, tambien las almas perturbadas se tranquilizaban, con la esperanza de mejor morada. El mas escéptico de todos los séres no puede contemplar semejante espectáculo sin conmoverse, y Fausto, en medio de las tinieblas que la duda universal habia reunido á su alrededor, al ver la luna brillar en medio de su fastidioso laboratorio, esclamaba: "¡Ay de mí! ¿por qué no puedo mezclarme con tus rayos, y con ellos correr con los espíritus al rededor de las montañas, errar contigo por las

llanuras, y libre de todos los tormentos de la ciencia, bañarme y revivir en tu rocío?"

Una noche, despues de un dia semejante á los que leemos en los cuentos orientales, el sol se puso sobre un lecho de nubes tan rojo, que todo el lado del mar espuesto á sus reflejos, se parecen á un mar de sangre. Mientras contemplaba yo este fenómeno, se elevaron por el Este unas repentinas nuves, espesas como las masas de nieve que de lo alto de los Alpes, amenazan la caida de un alud á los habitantes de los valles. En un momento se estendieron á lo lejos, ciñeron el horizonte, y cubrieron todo el cielo. En menos tiempo del que paso escribiendo estas líneas, á una luz brillante sucedió una noche sepulcral; de la profundidad de las tinieblas relucian los relámpagos, deslizándose sobre las olas como serpientes de fuego, y luego se perdian en la obscuridad. Su rápida y momentánea luz, nos hacia distinguir unos pájaros grandes y negros como cuervos, rozando el mar con la punta de sus alas, y volteando al rededor del buque, lanzando siniestros gritos. El trueno retumbaba por los espacios aéreos, como la artillería con la cual Milton arma á las milicias celestes. El viento silbaba, y la mar mugia. Todos los marineros que estaban sobre el puente, y los que habian bajado ya á sus literas, cargaban velas, y los lúgubres cantos con que acompañaban sus maniobras, mezclados con los gritos de los pájaros de mal agüero, con el eco del trueno, y con el ruido de las mugientes olas, todo formaba un

concierto tal, que jamas las brujas de Alemania oyeron uno semejante en sus noches satánicas sobre la cima de Blocksberg.

Yo he visto en Egipto, en el desierto de El-Aroush, levantar el simoun colinas flotantes de arena; he visto las cimas de sus palmas romperse á sus soplos, y los camellos arodillarse, tendiendo á su alrededor miradas de espanto. Pero, por aterrador que fuera este cuadro, solo se me representó en el buque como una lijera imágen del huracán que nos sorprendia en aquel momento, en medio de la mas completa calma. Era el pampero, el huracán tan temido por los marinos que se dirijen hácia el cabo de Hornos. Estalla á veces con tanta rapidez, que apenas da lugar á cargar todas las velas, y se entrega á su furor durante varios dias. Por fortuna estábamos en la estacion en que es aún un tanto considerado, y solo duró algunas horas; en breve vimos las nubes entreabirse y dispersarse como por encanto; las estrellas volvieron á aparecer mas vivas y brillantes, como un enjambre de jóvenes que despues de una larga prision, saludarian cariñosamente al azulado cielo.

Esta fué la última prueba que debimos sufrir. Hace un mes que pasamos por la latitud de Tombouctou, por la del Congo y demas abrasadas regiones del Africa, y luego por la de Santa-Elena.

La árida tierra de Longwood, ilustrada con el mayor de los infortunios, estaba delante de nos-

otros, á la distancia de veinticinco grados de longitud. A haber tenido yo el anteojo de marfil del príncipe Ali, cuya historia nos cuenta el amable Scheherazade, hubiera contemplado la roca donde los enanos encadenaron al nuevo Promoteo; la tierra solitaria donde murió aquel que jugaba á los dados con los tronos, sobre la mesa del mundo.

Ya estamos mas allá del trópico de Capricornio, á la altura de Rio Grande. Sopla aún un viento propicio, y llegarémos pronto á Montevideo. Me alegro ya de antemano, esperando encontrar allí algun buque francés: sobre las playas estranjeras, un buque de guerra representa el suelo patrio.

Desde mi entrada al puerto, corro al encuentro del primero que percibo; espero encontrar en el seno de los oficiales, un tanto de intelijencia y humor para hablar de nuestro país, de lo que estoy privado hace tanto tiempo, y sobre todo, es preciso decirlo, espero encontrar una comida francesa. No juzgueis con harta severidad este deseo material. Hace setenta y cinco dias que como solo patatas secas, y judías muy malas. Despues de una cuaresma tan larga, bien puede uno desear comer buenas costillas.

VI.

EL RIO DE LA PLATA.

Descubrimiento del rio.—Juan Diaz de Solis.—Sebastian Cabot —Dificultad de remontar el Rio de la Plata.—La rada de Buenos Aires.—La cuarentena.—Las carretas de desembarco.—El ridículo en accion.

Mi Ramazan no debia concluir tan pronto. A nuestro capitan le plugo echar el ancla delante de Montevideo, y levarla una hora antes. Solo pude dar una mirada á la pintoresca posicion de la ciudad, cambiar un rápido saludo con los oficiales de la fragata *la Constitucion*, y resignarme á sufrir hasta el último estremo mi penitencia

belga. Hemos salido del Océano para remontar el Rio de la Plata, el rio mas grande como ya lo sabeis, que existe en la superficie del globo, con el de las Amazonas. En su embocadura, del cabo Santa María al cabo San Antonio, hay cincuenta y cinco leguas de anchura. Una palabra sobre su descubrimiento.

Hacia veinticuatro años que se habia realizado el sublime pensamiento de Cristóbal Colon. Estaba ya descubierto el camino de otro mundo, y todos los pueblos tenian vueltos los ojos hácia las regiones lejanas, de las cuales les esplicaban tantas cosas, que parecian cuentos de mágia. Habia ya diez y ocho años que Vasco de Gama habia doblado el cabo de Buena-Esperanza; diez y siete que el italiano Américo Vespucio habia reconocido el continente al cual debia dar su nombre. Vicente Pinzon acababa de tocar al rio de las Amazonas; Alvarez Cabral, al Brasil. Con unos cuantos pasos mas que hubiesen avanzado, de la cadena de flores de las Antillas hasta las llanuras de la Plata, el estrecho de Magallanes y las escarpadas rocas del cabo de Hornos, toda la vertiente oriental de la América meridional, marcada sobre los mapas, se hubiera repartido entre los reyes de España y Portugal, los cuales, sin salir de sus dominios, hacian mas conquistas que César y Alejandro.

En 1515 un piloto español, Juan Diaz de Solís, que habia hecho ya un viaje hasta la estremidad del Brasil, partió con dos buques, y se

dirijió á una gran reunion de aguas que habia tomado antes por un golfo; pero reconoció al remontarlo, que era un rio, y le dió su nombre de Solis.

El atrevido navegante no debia gozar largo tiempo de su triunfo, y ni su nombre siquiera debia llevar su descubrimiento. Fué hecho prisionero por una partida de indios de la tribu de los charmas, y asesinado. Su hermano y su cuñado, que le acompañaron en su viaje, volvieron á España sin haber podido vengar su muerte.

La relacion que de su viaje hicieron, no era por su naturaleza de aquellas que pudieran escitar el entusiasmo. En medio de las bellas ideas caballerescas del siglo XVI, se hacia tambien mucho caso del metal, y nada anunciaba que hubiese minas de oro ó de plata á orillas del rio descubierto por el infortunado piloto. Regaba inmensos terrenos, es cierto, pero al fin y al cabo no eran mas que terrenos. Tantos tenia la España del otro lado del Atlántico, que no podia colonizarlos todos.

En el año de 1526, Cárlos V se acordó del descubrimiento que Solis habia pagado con su vida, y resolvió continuarlo, quizas menos con el objeto de aumentar el número de sus posesiones, que con el de oponer por aquella parte una barrera á los portugueses, que iban aumentando sus conquistas sobre la costa del Brasil.

Uno de esos orgullosos pilotos que solo piden á los soberanos sus buques, en cambio de los reinos que se prometen darles, Sebastian Cabot, partió en 1526 de Sevilla con cuatro carabelas y algunos centenares de hombres (1); penetró en el rio de Solís, luego en el Paraná, y construyó á orillas de uno de los rios que desaguan en él, en el grado 32' 25 de latitud, un fuerte, al que dió el nombre de fuerte del Espíritu Santo. Este establecimiento, que fué el primero que construyeron en estas regiones los europeos, debia tener un terrible fin.

Ambicioso y atrevido, quiso Cabot llevar su esploracion mas interiormente. Con una sola embarcacion y una parte de su tropa, cuyo resto se quedó guardando la fortaleza, entró en las aguas del Paraguay, navegando intrépidamente al través de una comarca, de la cual no tenia ninguna nocion, y en medio de tríbus de indios de los cuales no podia esperar ninguna amistosa acojida.

Cerca de la Angostura (2) se encontró de repente en medio de un ejército de agaces, que le cerraron el paso con mas de 300 canoas.

---

(1) Ruy Diaz de Guzmán dice en su *Historia argentina*, escrita en 1612, que fueron trescientos; el canónigo Trenes, dice en su Ensayo histórico que fueron seiscientos.

(2) Estrecho del Paraguay, á cuarenta leguas del punto donde se reune al Paraná.

La batalla se declaró lanzando por una parte nubes de flechas, y por la otra tiros de mosquete y cañonazos. Cabot perdió tres hombres, pero tuvo la dicha de destruir á sus adversarios. Esta victoria tuvo grande eco en el país. Las otras tribus, muy amenudo vencidas por la de los agaces, se alegraron de su derrota, y recibieron á Cabot pacificamente.

Continuando su viaje hasta el punto donde se eleva hoy la Asuncion, advirtió que entre los guarinis algunos individuos llevaban en las orejas grandes aros de plata. Al ver el precioso metal. que le entregaban fácilmente en cambio de algunos objetos europeos de ningun valor, Sebastian Cabot, convencido de que cerca de allí debian existir abundantes minas, bautizó el rio de Solís, dándole el nombre fascinador de Rio de la Plata.

Por este magnífico rio estamos bajando hácia Buenos-Aires, y á la verdad es muy triste navegacion. De una y otra parte, el agua se pierde de vista como en un mar, pero es una agua roja y fangosa, cuyo fondo varia á cada instante, cuya corriente está interrumpida amenudo por bancos de arena, que obligan al piloto á usar continuamente la sonda. Ademas, sobre este rio pueden sufrirse todas las vicisitudes que en el Océano: calma chicha, ráfagas y pamperos, mucho mas peligrosos que los del Atlántico. No hay mas que cuarenta y cinco leguas de Montevideo á Buenos-Aires. En tan corto camino,

hemos debido echar el ancla cuatro veces, y hemos esperimentado todas las incomodidades del movimiento del buque, gastando cinco dias en el camino, cuando parece que en pocas horas debiera hacerse la travesía. Esta es la gran cuestion de superioridad, de situacion que Montevideo disputa á Buenos-Aires, cuestion falsa, comprimidb por Rosas, pero que tarde ó temprano no puede dejar de pertenecer, segun las leyes de la naturaleza, á Montevideo. Me esplicaré mas tarde.

Ya estamos por fin en la rada, á legua y media de Buenos-Aires: mas allá no hay bastante agua ni aún para los buques de pocas toneladas; este es otro inconveniente para el comercio de Buenos-Aires, inconveniente que se junta á los demas que esperimentan los viajeros al remontar el rio hasta Montevideo.

Algunas horas despues de nuestra llegada, vemos venir hácia nosotros una pequeña embarcacion con tres oficiales, armados de grandes sables, vistiendo de los piés á la cabeza los colores de la República argentina, el peti, el chaleco y el pantalon colorado, y en un ojal, una cinta colorada tambien, sobre la cual está grabada en letras negras la implacable divisa del pais. "*¡Viva la confederacion argentina! ¡Mueran los salvajes unitarios!* Estos tres oficiales son de la sanidad, los cuales despues de haber recibido nuestros pasaportes sin tomar la menor precaucion, y aceptado varios paquetes de cigarros,

dándonos muchísimas gracias, y hallado nuestra patente de bordo perfectamente tranquilizadora, se alejan de nosotros imponiéndonos una cuarentena de ocho dias. ¿Por qué razon? Lo ignoro. Dicen que en la ciudad hay algunos comerciantes amigos del dictador, que perciben buenos beneficios con los víveres que venden á los buques sujetos á la cuarentena.

En Marsella al menos, puede uno creer en la cuarentena. pues entre los que la sufren y la gente del pais no hay ninguna clase de contacto; cada carta que desea mandarse á la poblacion, se pasa antes por el vinagre; cada buque que lleva el pabellon amarillo, es velado muy estrictamente. Los centinelas pueden tirar con bala á los que se atrevan á salir del buque, ó á saltar por una de las murallas del lazareto. Aqui no hay dada de esto. La cuarentena no es mas que una detencion imaginada por Rosas, por razones que el sabe, y quien aquí dice Rosas, dice la suprema sabiduría, y la ley sin apelacion. Lo cierto es que pasar una semana, de esta manera en una rada, espuestos á todo el furor de los pamperos, es una cosa muy triste, en medio de un centenar de buques dispersados de un lado y de otro como por una tempestad, á legua y media de la ciudad, con la cual una sola ráfaga de viento corta toda comunicacion. Por fortuna yo estaba cerca de la Francia, representada por la fragata el *Astrolabe*, cuyo comandante, M. de Montrave, me acojia bajo su egida con una bondad

que desde el primer dia me unió á él sinceramente, y cuyos oficiales, siguiendo el ejemplo de su gefe, me mandaban á manos llenas, libros y periódicos, todo lo que creian ellos que podia distraérme en mi retiro, despues de una larga navegacion.

Concluida nuestra semana de prision, vimos aparecer los mismos trajes rojos, con la cinta argentina. Esta vez han entrado á bordo, han bebido algunos vasos de grog, han vuelto á tomar varios paquetes de cigarros, y hemos ido á Buenos-Aires en una chalupa. A medida que nos aproximamos á la ciudad, ésta se estiende á nuestros ojos de un modo muy particular; con sus casas blancas y pintadas, sus techos llanos y sus cúpulas redondas, se parecen á las ciudades de Oriente. Pero á este cuadro bastante pintoresco, no hay ni segundo plan, ni bosques, ni colinas. No se vé mas que una larga línea de edificios, que á algunos piés sobre el nivel del rio, corta el horizonte, y mas allá solo llanuras que no se aperciben, las inmesas llanuras de los Pampas, que se estienden en su lúgubre uniformidad hasta el pié de las cordilleras.

Yo me imajinaba que la chalupa, conducida por una docena de marineros franceses, que M. de Montravel tuvo la bondad de poner bajo mis órdenes, iba á dejarme sobre la playa; pero no fué así. La rada de Buenos-Aires no ha sido nada favorecida por la naturaleza, y la omnipotencia de Rosas, ocupada desde hace siete años

con tantas negociaciones diplomáticas, no ha podido ocuparse aún en correjir en estos lugares los rigores de la naturaleza. A un cuarto de hora del muelle, andan errantes porcion de caballos anfibios, engan chados á unos carretones semejantes á los que se emplean para llevar las terneras al merca do de Poissy, conducidos por niños, que pasan todo el dia yendo de una barca á otra buscando carga. Sobre uno de esos carretones acuáticos, metimos nuestro equipaje, y nosotros nos colocamos sobre los baules. El cochero montó uno de sus caballos, que estaba con agua hasta el cuello, dió algunos latigazos, gritó, y despues de un rato de gritos y juramentos, nos arrastraron de banco en banco de arena, á una especie de playa, en cuyo punto una cohorte de negros con pantalon encarnado, tomaron nuestros baules para llevarlos á la aduana. ¿Dónde estais, ó vosotros los distinguidos dibujantes, Cham, Bertall y Chuikshank? Mientras empleais vuestro tiempo dibujando la descabellada figura del socialismo, ó la grasienta redondez del *adderman*, quizás no sabeis que existen sobre las orillas de la América del Sur unas escenas tan estrañas y nuevas, que os dieran las glorias de un descubrimiento, la gloria de un Cristóbal Colon en las regiones del ridículo. No trataré por cierto de reemplazaros. La Providencia no me ha dotado de vuestro admirable pincél, y mi pobre pluma es harto impotente para describiros esta bufona mezcla de individuos

que á primera vista llama la atencion del estranjero al entrar en Buenos-Aires. Vénse empleados del gobierno llevando la cinta con la majestad ds un grande de España, condecorado con el Toison de oro, de un noble Sueco, con la del Serafin, ó de un francés con la de la Legion de Honor; vénse tambien cargadores medio desnudos, y soldados cubiertos de harapos. La única fisonomía algo regular que he encontrado á mi paso, ha sido la de D. Pedro Jimenez, capitan del puerto, comandante de un batallon de marina, ayudante de campo del gobernador, muy cortés y amable, á pesar de tan altos empleos, y á quien dá uno un apreton de mano alegremente al ver su apreciable carácter.

Llenadas ya todas las formalidades de pasaporte y aduana, fuí conducido á una fonda, establecida por un francés, en la cual, y en gruesos caractéres, se leia en un grueso farol: *Hotel de Paris.* Desde este punto voy á escribiros mis escursiones por Buenos-Aires. Antes deseo esplicaros la historia de esta ciudad, muy poco conocida, pero muy interesante.

VII.

HISTORIA DE BUENOS-AIRES.

La historia de Buenos-Aires encierra tres épocas distintas. La primera, encierra todo el carácter de una epopeya; el carácter intrépido y determinado en que brillan rasgos tan magníficos y maravillosos, en la conquista del Perú, así como en la de México. Esta hist ória es una de as páginas brillantes que deben figurar en la heróica España. Es el completo de esa prodigiosa obra del siglo XVI, que con algunos buques iba descubriendo un mundo, y con algunos centenares de hombres subyugaba imperios.

La segunda época, no nos ofrece mas que la

crónica monótona de una pálida y pobre administracion. La tercera, es del carácter fibroso de los tiempos modernos. Semejante á un corcel á quien han dispertado los sonidos del clarin, se dispertó de su largo entorpecimiento, al ruido de los cañonazos, y á los gritos de libertad que resonaban por Europa, y se apasionó por las ideas revolucionarias, aceptando todas sus luchas, sufriendo todas sus consecuencias.

En el estrecho espacio donde Mendoza se arriesgó á establecer una débil colonia, en medio de tríbus de indios sanguinarios, fué donde los españoles se pusieron en marcha para hacer por tierra un viaje de descubrimientos, mucho mas peligroso que los que se comprendian entonces sobre los inmensos mares, un viaje al través de los pampas salvajes, de los bosques desiertos, por una parte hasta el Perú, por la otra hasta los Andes. De allí fundaron la Asunçion, sobre las orillas del Paraguay, y de allí fueron á fundar Montevideo, en la Banda oriental; de allí tambien salió el grito de independencia que debia sublevar la mitad de un hemisferio, y robar á la España sus mas vastos y ricos dominios.

Los elementos de esta historia están preparados desde hace mucho tiempo (1). Semejan-

(1) El sabio M. de Angelis, ha publicado algunos de los mas esenciales. Ha compuesto ademas un catálogo de todas las obras relativas al rio de la Plata. ¿Quién creyera que cuenta ya mas de mil?

tes á piedras de granito esparcidas sobre el suelo, no esperan mas que la mano del hábil arquitecto que debe colocarlos en órden y formar su edificio. Esperando que algun Prescott emprenda la relacion de los anales de esta ciudad, tratare al menos de decir algo sobre sus principales puntos.

Despues de haber encontrado á los indios llevando adornos de plata, lo que le dió muchas esperanzas, Sebastian Cabot volvió al fuerte del Espíritu Santo, en cuyo punto dejó ciento diez hombres á las órdenes del capitan Nuño de Lara, y se puso á la vela para España. Hacia cuatro años que habia dejado su pais, durante cuyo largo espacio ninguna noticia de él habia recibido, y el cual ninguno de los prometidos refuerzos habian mandado. A su llegada á la corte, fué recibido con todas las señales de un distinguido favor. El nombre de Rio de la Plata, que habia dado al rio Solis, zumbaba agradablemente en todos los oidos. Cabot fué nombrado capitan general de todos los terrenos que habia esplorado. Pero pronto le anunciaron sin muchos rodeos, que debia considerar su nombramiento como no válido. Continuó la obra de Cristóbal Colon, y como Cristóbal Colon fué ultrajado por la ingratitud real.

Mientras se organizaba en España una nueva espedicion para el Rio de la Plata, el corto número de soldados á los cuales Cabot habia con-

fiado el fuerte del Espíritu Santo, sucumbia víctima de un feroz complot. Bajo la sábia autoridad de Nuño de Lara, habia conservado digna y tranquilamente en su principio su posicion: habia vivido en paz con una tríbu vecina, la de los timbuas. Desgraciadamente habia en el interior de la fortaleza una hermosa y jóven señora, llamada Lucía de Miranda, muger de un valiente oficial, llamado Sebastian Hurtado. Casta como Susána, orgullosa como Lucrecia, debía espiar cruelmente el honor de su virtud y los encantos de su juventud.

El gefe indio Mongora, cacique de los timbuas, la vió y se enamoró de ella. Como sus amistosas relaciones españolas le abrian el paso á la fortaleza, confesó su pasion á Lucrecia, tratando de seducirla. Furioso al ver que no le hacia caso, y que permanecia sorda á sus ruegos, resolvió conquistar por fuerza lo que no pudo obtener por sus humildes súplicas. Para que pudiera lograr su objeto, era preciso verter un torrente de sangre, pero esa era una mínima dificultad para su ardiente pasion. De concierto con su hermano Siripo, reunió en secreto muchos millares de indios, que emboscó, cerca del fuerte.

Se presentó á las puertas de las murallas con unos treinta hombres escojidos, y gran número de provisiones, que segun decia, iba á ofrecer á sus amigos los españoles. Nuño de Lara le recibió con su acostumbrada franqueza, le invitó

á cenar, y le trató como á un huésped distinguido Concluida la cena, y llegada la noche, Mangosa dió á sus indios la señal convenida. Un instante despues, sus hombres se precipitaron al fuerte, se les abrieron las puertas, y se pegó fuego á la sala de armas. Los españoles, sorprendidos en su sueño, fueron degollados antes de poder ponerse en estado de defensa. Algunos, mas prevenidos y atrevidos que los demas, se arrojaron espada en mano en medio de aquella legion de asesinos. Lara, con ojo inflamado y palpitándole el corazon de coraje, solo buscó al infame Mangosa, le apercibió, se arrojó sobre él, y le atravesó el pecho con la espada.

Solo cinco ó seis españoles sobrevivieron al degüello general, y fueron hechos prisioneros por los indios. Siripo se apoderó de la Miranda, por la cual sentia la misma pasion que su hermano, y la llevó á su tienda.

Hurtado, que durante esa catástrofe estaba ausente del fuerte, regresó á él, y encontró las murallas arruinadas, y el suelo inundado de cadáveres; al saber la suerte que le habia cabido á su muger, no pensó mas que en libertarla: con riesgo de la vida, penetró hasta el seno de la horda entre la cual estaba cautiva. Fué detenido, maniatado y conducido ante Siripo, quien le condenó á muerte inmediatamente; iba ya á ser ejecutado, cuando la Miranda se arrojó á sus piés pidiéndole el perdon. La infeliz lo obtuvo, con

la condicion de que no volveria á reunirse con su marido, y que éste tomaria por muger á una de la tribu. Los dos esposos aceptaron estas condiciones, y evitaron encontrarse durante mucho tiempo, pero al fin su ternura pudo mas que su prudencia; se vieron, y se prometieron no dejar nunca de amarse, cualquiera que fuese su destino.

Diaz de Guzmán cuenta que una india que habia sido la querida de Siripo, y que sufria amargamente al verse abandonada, dijo al gefe: "Tú quieres á tu nueva muger, pero ella prefiere á un hombre de su nacion, y te paga como mereces, por haber sacrificado á la que te habia amado tanto, por amar á una estranjera (1).

Siripo veló á los dos esposos, y habiéndoles sorprendido un dia juntos, les hizo prender, y les condenó á un atroz suplicio. Lucía fué quemada viva; Hurtado fué atado á un árbol y atravesado de flechas hasta que exhaló el último suspiro. "Lucía, dice Guzmán, se sometió valerosamente á su martirio, y murió invocando el nombre de Dios. Hurtado, mientras los indios le lanzaban flechas, tenia los hojos dirijidos al cielo, y rogaba á Dios el perdon de sus pecados."

Habia terminado ya el primer ensayo de colonia europea á orillas del Rio de la Plata, cuando

(1) *Historia Argentina*, coleccion de M. Angelis. T. I. pág. 29.

un rico getilhombre, Pedro de Mendoza, obtuvo el gobierno de estas regiones. Si bien ninguna recompensa obtuvo Cabot por sus viajes, lo que de ellos publicaba y las barras de plata que de ellos habia traido, dispertaron en España una viva curiosidad y no menores deseos de metal.

Al empezar á hablarse de la espedicion de Mendoza, una cantidad de gente pidió entrar al servicio de sus banderas, unos soñando la gloria de una empresa llena de aventuras, otros soñando la fortuna. Los nobles ofrecian á Mendoza su espada, los negociantes su fortuna. Mas feliz que su predecesor, equipó una flota de catorce buques, cuyo mando tomó su hermano Don Diego, y levantó un ejército de quinientos alemanes, y dos mil quinientos españoles, entre los cuales se contaban varios comendadores de San Jorje, un hermano de Santa Teresa, y otras personas de distincion.

En las condiciones del acta por medio de la cual estaba investido de las funciones de *adelantado*, se comprometia á embarcar á espensas suyas, sus soldados, municiones, cien caballos, y cien jumentos (1); obligábase á reconocer todas las islas del Rio de la Plata, y á procurar por todos los medios el penetrar por tierra hasta el

---

[1] Estos fueron los primeros caballos que se importaron á los pastos tan ricos hoy de la Confederacion Argentina.

mar del Sur. Debia ademas llevar consigo ocho religiosos y ayudarles en su obra de conversion entre los indios. Con estas condiciones la córte le concedia el gobierno de la comarca que iba á esplorar, una renta anual de dos mil ducados durante su vida, otra suma igual de las rentas del país, la herencia del título de alcalde en una de las fortalezas que construiria, y el de primer alguacil del distrito en que se estableciera.

Tomadas todas estas precauciones para asegurar su porvenir, Mendoza se embarcó en San Lúcas, el 24 de Agosto de 1535.

Mas allá de las islas Canarias, una tempestad dividió su flota. Una mitad de los buques, conducidos por el almirante Don Diego, llegó á la Plata; la otra mitad, con la cual se encontraba el gobernador, desembarcó en las costas del Brasil.

Algunos meses despues, Pedro se reunió á su hermano, que se habia quedado en las playas del rio San Gabriel, atravesó el rio, y deteniéndose en una hermosa playa, determinó que se fundara allí una ciudad, á la que dió el nombre *Santísima Trinidad*, y un puerto, que bautizó con el de *Santa María de Buenos-Aires* (1).

(1) Uno de los parientes de Mendoza al poner los piés sobre las playas dijo: *¡Qué buenos aires le respiran aquí!* De ahí viene, segun dice Diaz de Guzmán, el nombre de la metrópoli del Rio de la Plata.

Si bien el lugar escojido por Mendoza para construir su primera fortaleza, seducia las miradas, si á los piés de las verdes playas, el rio se estendia á lo largo como un gran lago, desgraciadamente habia allí cerca una considerable poblacion de quirandas, raza inquieta y belicosa, que se estendia sobre la costa hasta el cabo Blanco (1), y por el interior, hasta Chile. Esta tríbu no era de una naturaleza capaz de contemplar con indiferencia una invasion sobre el territorrio que consideraban como su propiedad absoluta. Sorprendióse en su principio al aspecto de los caballos y por las detonaciones de los fusiles; pero poco á poco recobraron los indios su anterior audacia, y atacaron y estrecharon á los españoles, cuyos planes ambiciosos conocian ó sospechaban. En un solo dia degollaron á diez soldados que iban á la llanura en busca de pasto para los caballos.

Diego de Mendoza, cansado ya de tantas escaramuzas, que ningun resultado le daban, trató de atacarles formalmente y dar una batalla. Fué á su encuentro con trescientos infantes y doce caballos. El aspecto de esa tropa, cubierta de armas brillantes, y formada segun la táctica europea de la época, no intimidó á los quirandas. Reunidos en la parte opuesta de un arroyo, esperaron tranquilamente y con trazas del mas so-

---

(1) Al Sur de la embocadura del Rio de la Plata, al grado 37' 30. Coleccion de Angelis. T. I. pág. 11.

berano desprecio, que la infantería hubiese pasado el arroyo, y se precipitaron sobre ella. El combate fué terrible y encarnizado, y duró hasta la noche, hora en que los indios, que tuvieron pérdidas considerables, abandonaron el campo. Pero para los españoles esa batalla se pareció á aquella de la cual decia Cárlos V, que solo desearia que sus enemigos tuviesen una igual: Diego Mendoza y algunos valientes oficiales perecieron en la lucha.

Lejos de intimidarse con su derrota, los querandas fueron al contrario cada dia mucho mas agresores. Los españoles tenian sobre ellos la ventaja de las armas de fuego, pero en cambio los indios lanzaban admirablemente las flechas y las bolas. En medio de su batallon, Diego de Mendoza fué muerto por una de esas pesadas piedras, atadas á largas cuerdas de lino: eran ademas muy numerosos. El pueblo situado cerca de Buenos-Aires encerraba tres mil hombres armados. Los indios ya no se concretaron esperando al paso á los soldados que erraban por las campiñas, sino que atacaron el pueblo, si tal puede llamarse dos ó tres líneas de casas construidas con fango, cubiertas con paja, y defendidas por una palizada. Un dia la asaltaron por diferentes puntos. Rechazados por todas partes, trataron de pegar fuego á las casas por medio de unas flechas que contenian en sus puntas ciertas materias combustibles. El valor y sangre fria de los sitiados salvó el pueblo de to-

dos estos peligros; pero pronto se vieron sitiados y reducidos al hambre. Despues de haber consumido todas sus provisiones, los españoles, segun dice Guzmán, se vieron obligados á comer culebras, zapos y otras clases de animales inmundos; luego, á devorar los cadáveres de los que perecian. Cada dia sucumbian de hambre un gran número de aquellos hombres que tan valientes y alegres salieron de España.

Si en un estado tal de miseria y debilidad hubiesen sido atacados por los quirandas, probablemente hubieran sucumbido en la lucha. Pero quizás conociendo su miseria, por un acto de refinada barbarie, preferian los indios, que no ignoraban la situacion de los sitiados, ver á los españoles sucumbir uno tras otro, aniquilados por el hambre.

Desde el dia en que el gobernador se habia visto amenazado por tan terrible plaga, habia encargado á Gonzalo de Mendoza uno de sus capitanes, que con uno de sus buques se dirijiera á las costas del Brasil, y procurase víveres. Al mismo tiempo, confió doscientos hombres á Juan de Oyolas, con la órden de remontar el rio y y procurarse algunos socorros. Uno y otro llenaron felizmente su mision, llegando entrambos con algunas provisiones, que durante algun tiempo volvieron la vida á la desgraciada poblacion de Buenos-Aires.

Seducido por la descripcion que le hizo Juan de Oyolas de los lugares que habia visto remon-

tando el rio, y deseando llevar á cabo uno de sus principales compromisos, Mendoza le mandó volver á remontarlo y esplorarlo tan lejos como le fuera posible. Oyolas partió de nuevo con tres buques y trescientos hombres. Tenia por primer teniente á Martinez de Irala, que debia inmortalizar su nombre en los anales del Nuevo Mundo.

Algunos meses despues de la marcha de sus oficiales, Pedro de Mendoza se embarcó para España, debilitado por sus males físicos, y mas aún por sus dolores morales. ¡Qué sueños tan hermosos mecia su orgullo al dirijirse hácia el Rio de la Plata! ¡Cuántas esperanzas de fortuna le acompañaban, y sin embargo, qué cuentas tan tristes debia dar á su regreso de los capitales que le habian confiado, y de tantos valientes que le habian seguido! La muerte le libró empero de tantas amarguras. Detenido en su viaje por vientos contrarios, y no teniendo ya provisiones, comió un pedazo de carne de perro enfermo, y murió á pocos dias, atacado de una especie de hidrofobia.

Al salir de Buenos-Aires, habia entregado el mando á F. Ruiz. Al escojer un pueblo semejante, hubiérase podido creer que con este último golpe trataba de arruinar completamente la ya harto débil colonia. Este hombre falto de inteligencia, vanidoso y cruel, hubiera ocasionado sin duda la pérdida de la colonia, pero Irala y Oyolas lograron aún salvarla.

Este último, siguiendo el camino que Cabot habia recorrido diez años antes, remontó el Paraguay hasta el grado 26 de latitud, é hizo un tratado con los guarimis, por medio del cual estos se comprometian á erijir una fortaleza. En el año siguiente los españoles empezaron á construia al pié de la fortaleza la ciudad de la Asuncion. Ayudados por los mismos guarimis, Oyolas, subyugó la temible tribu de agaces, y les obligó á deponer las armas. Alentado con este triunfo, se adelantó hasta el seno de la tribu de los payaguaes, del cual, segun algunos escritores, deriva el nombre del Paraguay. Su objeto, al arriesgarse entre tantas tribus diferentes, de las cuales debia temer incensantemente toda traicion, era, llegar á las regiones de oro y plata que habian descrito Marco Polo y Maundeville, y que el mismo Cristóbal Colon esperaba encontrar, al bogar hácia las Antillas. Los ensueños de gloria, el amor y la religion, han llevado al hombre á hechos admirables; pero aún cuando el espiritualismo se resienta un poco, es preciso confesar que el *auri sacra fames*, ha sido muy amenudo el principal móvil de las empresas mas peligrosas, y de las concepciones mas atrevidas.

Durante su viaje, supo Oyolas que hácia el Oeste existian esas minas preciosas que tanto le exaltaban, y exaltaban tambien á sus compañeros; pronto tomó una resolucion. Dejó á Irala con un centenar de hombres, en medio de la

tríbu de los payaguaes, y con los demas se dirijió hácia la atractiva comarca que le indicaban. Irala debia esperarle seis meses, y estos se pasaron sin que regresara. El valeroso capitan, vilmente engañado por una tríbu de indios, á los cuales se habia confiado, fué asesinado por ellos.

Si Oyolas no pudo realizar en su corta existencia los vastos proyectos que habia formado, tuvo al menos el honor de colocar á orillas del Paraguay los primeros cimientos de una nueva colonia, y de indicar á sus compatriotas el camino del Perú por tierra.

En medio de todos estos planes y espediciones, el intendente Alonso de Cabrera llegó al puerto de Buenos-Aires con municiones, doscientos soldados, y ocho franciscanos. Pero los víveres que traia se corrompieron durante la travesía, y por una atroz combinacion, los indios se retiraron pegando fuego á sus habitaciones, y destruyendo la campiña. Nada quedó sobre el terreno. Hacia como dos siglos y medio que los quirandas combatian así á sus enemigos en las llanuras de la Plata, cuando Rostopchin, usó el mismo sistema en las llanuras de Moscou.

Reducidos á la última estremidad, el gobernador Ruiz y el intendente de Cabrera se retiraron al Paraguay, á la ciudad naciente de la Asuncion. Pronto le siguieron algunos centenares de hombres que se habian quedado detrás

de ellos. Los deseos de los quirandas se hallaban satisfechos. Los españoles abandonaron el Rio de la Plata, y Buenos-Aires ya no existia.

Sin el refugio que Oyolas é Irala prepararon en la fortaleza de la Asuncion, probablemente todas las tropas de Mendoza hubieran perecido.

Pero los españoles del siglo XVI tenian una sed de aventuras, un amor por lo desconocido, una virilidad y un valor que los mas rudos obstáculos no podian detener, y solo podia vencer la muerte.

Desde este momento, y cuando la colonia parecia tan débil y abatida, fué cuando de repente, recobrando todo su ardor, desafió intrépidamente toda clase de peligros. Despues del abandono de sus primeras conquistas, fué al descubrimiento de regiones desconocidas, por medio de llanuras incultas, por bosques impenetrables y por rios impetuosos, sufriendo todas las fatigas, esponiéndose á toda clase de combates, rechazando paso á paso toda clase de tribus salvajes, ganando terreno, hasta que sus soldados, que eran unos valientes geógrafos, y sus esploradores, que en cada batalla daban una nueva prueba de su valor, trazaron, con la espada en la mano, el camino de un pais diez ó doce veces mayor que la Francia.

Al saber la muerte de Mendoza, el gobierno español habia nombrado gobernador á Oyolas. Muerto tambien éste, la poblacion de la Asun-

cion, á falta de un decreto real, se encargó ella misma de elejir su gefe, y quedó nombrado Irala. No podia la colonia hacer mejor eleccion. Es cierto que éste tenia todos los vicios de la época, ó por mejor decir, los vicios de los soldados entre los cuales habia entrado alegremente en el servicio; era impetuoso y vengativo, ambicioso y sensual, y poco escrupuloso en los medios de satisfacer sus deseos. Pero á estos defectos, inherentes por decirlo así á su condicion, reunia un valor á toda prueba, un noble deseo de fama, un carácter firme, y una clara intelijencia.

Acababa de entrar en el poder, cuando llegó un gentilhombre español, Alvar Nuñez Cabrera de Vacea, investido por un decreto imperial con el título de gobernador del cual acababa de disponer el pueblo. Irala hubiera podido muy bien impedirle que tomara posesion del mando, pero demasiado hábil para oponerse abiertamente á las órdenes de su soberano, se resignó á esperar mas favorable circunstancia, y descendió sin quejarse á su grado de ayudante de campo, que fué el que le señaló Nuñez.

Poco tiempo despues el nuevo gobernador, ya por que tuviese realmente deseos de engrandecer el círculo colonial, ya porque comprendiese el peligro en que estaba teniendo á la cabeza de las tropas un hombre cuyas miras ambiciosas á nadie eran desconocidas, encargó á

Irala la empresa de una espedicion en lo interior del país.

Entonces en la Asuncion habia unos mil cuatrocientos españoles. Irala tomó trescientos. Se avanzó hasta mas allá del rio Itatin, que separaba á los guaranis de las demas tribus, llegó al puerto de Orijones, al que dió el nombre de Puerto de los Reyes, y se retiró despues de haber recojido interesantes nociones sobre diferentes distritos y sus habitantes.

Estas noticias y otras que trajo de un segundo viaje al Paraguay, determinaron á Nuñez á intentar una espedicion del mismo género. Partió con Irala, á la cabeza de quinientos hombres, y pasando mas allá del Puerto de los Reyes, penetró hasta la tribu de los jarajis, cuyo cacique los recibió con todo el esplendor de un Inca. Animado por este recibimiento y el que le habian hecho otros gefes, queria continuar su espedicion; pero sus soldados se sublevaron, y le obligaron á retroceder. No es dificil creer que Irala fué uno de los gefes de la sublevacion; sin embargo, supo disimular perfectamente la parte que tomara en ella. La sublevacion fué sofocada durante la marcha, gracias á las sábias precauciones de Nuñez, pero en la Asuncion estalló de nuevo, y esta vez el infeliz gobernador sucumbió á ella. Fué arrestado, llevado á la cárcel, y embarcado luego para España. El capitan Salazar, á quien al partir habia delegado su

poder, fué tambien arrestado y obligado á regresar á Europa. Uno y otro llegaron á España, precedidos de varias cartas, en las cuales los conjurados, en parte para disculpar sus hechos, en parte para inculpar á sus enemigos, esponian todas las razones que pudieron alegar. Nuñez fué desterrado; pero bien que logró revocar su sentencia, no pudo regresar á América, y murió en Sevilla.

Mientras esos actos de violencia tenian lugar en la Asuncion, Irala estaba ausente. A su vuelta, fué de nuevo elegido gobernador. Si efectivamente por medio de sordas intrigas ó por culpables maquinaciones escitó la sublevacion que debia colocarle al frente de la colonia, es preciso hacerle justicia, y confesar que borró esta mancha por medio de brillantes hechos. Ya le hemos visto ocupando una posicion subalterna, dirijir muy hábilmente algunas dificiles espediciones. Desde el dia en que fué el gefe, y pudo disponer á su sabor del tiempo y de los soldados en vez de adormecerse en medio de los goces de su poder, fué mas activo que nunca.

Desde este dia, su vida es una odisea de un atrevimiento sin igual, una vida de aventuras, de batallas, y de incesantes conquistas. Fué el Pizarro de estas regiones, con menos crueldad y mas talento. Para alcanzar en Europa la fama de Pizarro, no le faltó mas que un teatro espléndido como el del Perú, y algunos historiadores.

En una de sus audaces espediciones, se avan-

zó hasta las fronteras de esta célebre comarca, y solo la prohibicion del vice rey de Lima le impidió atravesarla. Volvió á la Asuncion, descubrió una conspiracion tramada contra él, mandó cortar la cabeza á los principales culpables, perdonó á los demas, y se puso en marcha. Con algunos centenares de hombres recorrió atrevidamente provincias inesploradas, sometió al dominio de España numerosas tribus, la de los *caurarcanos*, y la de los cubayas, la cual en sus tradiciones cosmogónicas hacia entrar la rapiña en su dogma religioso. Desde las llanuras de Chaco, esta tribu se habia esparcido al Norte del Este del Paraguay, y llevaba sus ataques hasta las fronteras del Brasil. Contaba esta tribu que el dios Tupa, despues de haber creado los otros pueblos, y haberles distribuido las llanuras y las montañas, creó á Albaya y á su muger. Estos dos seres, llegando al mundo despues de la particion universal, como el poeta del cual Schiller nos ha contado la tardía peticion, suplicaron á Tupa que tuviera piedad de su miseria. Compadecido de sus quejas, Tupa les mandó decir por un *carucara* (1) que le sirvió de embajador, que les permitia invadir los dominios de sus vecinos, y establecerse allí con sus familias.

Sorprendido Irala por uno de los rios que desembocan en el Mariñon, y por torrentes de llu-

(1) Pájaro de presa, que los españoles de la Plata conocen con el nombre de carancho.

via en los cuales perdió una parte de sus infantes y caballos, fué á la Asuncion en busca de un refuerzo, y se reunió á los guairas (1), los cuales á pesar de su gran número, no estaban en estado de atacar por sí solos á los tupas.

Atravesó el Paraná, atacó á los temibles tupas, y los subyugó. Vedle mas tarde de regreso en la Asuncion, descansando de sus combates, y entregándose á las obras de arquitectura, trazando calles, y fundando la catedral.

Tantas empresas valerosas y útiles trabajos, no podian quedar sin recompensa. Ejercia las funciones de gobernador desde el año 1544, en virtud de un voto popular, y sin que este título hubiese sido sancionado por la corte de España, antes al contrario, el vice rey del Perú habia tratado de retirárselo. En 1555 recibió una órden imperial que le confirmaba su título.

Dos años despues murió como morian esos hombres de hierro del siglo XVI, inclinándose humildemente bajo la santa autoridad del eclesiástico, y rogando á Dios, desde el fondo de su alma, el perdon de sus culpas.

El canónigo Funez, que en su historia de la Plata escribe veinte páginas acerbas contra él, se ablanda de repente, y escribe su biografia en

---

(1) Este nombre, en el dialecto de los hijos del país, significa: criadero de hombres. Angelis: *Coleccion de obras y documentos.*

estos términos: "Vencedor de sus enemigos, querido por sus rivales, respetado por todos, honrado con su diploma do gobernador, obró como un sabio magistrado, y como un prudente capitan. Fué el padre de su pueblo, y el árbitro justiciero de los estranjeros (1)."

En otra página dice: "El gran génio de Irala, su valor, su intrepidez, su ciencia militar, y sus importantes servicios, así en la paz como en la guerra, le harian digno de la admiracion pública. Jamas temia esponer su vida cuando la república estaba en peligro, y puede decirse con mucha justicia, que él creó esta provincia (2)."

Nosotros añadiremos, que no solo creó Irala el establecimiento colonial del Paraguay, sino que aseguró por largo tiempo su existencia, y que fué el verdadero fundador de la potencia española en esta inmensa comarca.

Ninguno de sus sucesores tuvo el mérito que él. Sin embargo, ya por sus propios hechos, ya por los de los capitanes sujetos á sus órdenes, la colonia se engrandeció mucho del lado de los Andes y de la Bolivia. Varias tríbus de indios, que trataron aún de sublevarse, fueron vencidas; otras se sometieron sin combatir. A la provincia del Paraguay agregaron los españoles las de Tucuman, Santa Fé, y Córdoba. A pesar de su escaso número, y de los continuos desór-

(1) *Ensayo histórico*. T. I. pág. 159.

(2) T. I. pág. 165.

denes que les debilitaba incesantemente, llegaron á ejercer un imperio tal sobre la mayor parte de las tribus indias, que las rechazaban de sus dominios sin que se atrevieran á hacer siquiera la mas mínima reclamacion.

Cuando el gobernador Cabrera quiso fundar la ciudad de Córdoba, alineó sus tropas sobre el terreno que habia escojido para ello. Dos heraldos de armas, volviéndose succesivamente hácia los cuatro puntos cardinales, anunciaron tres veces consecutivas, á son de clarin, que teniendo el general la intencion de ocupar aquel terreno, invitaba á los que creyeran ser sus propietarios, á presentar sus legítimos derechos. Nadie se presentó, y el honrado Cabrera colocó la primera piedra de la nueva ciudad, con una completa tranquilidad de conciencia.

A medida que la colonia se estendia por el Norte y el Oeste, se hizo sentir mas la necesidad de tener un puerto á orillas de la Plata, para estar desde allí en comunicacion mas fácil y segura con la Europa. Echaron de menos la posicion que en otro tiempo ocupaba Buenos-Aires, y resolvieron volver á fundar la ciudad abandonada.

Un hombre que se habia distinguido por varios rasgos valerosos, y que á su fuerza de carácter y enerjia, añadia un entendimiento despejado, Juan Garay (1), se encargó de reconstruir

---

[1] "Hombre de un valor infatigable, dice Funez, y

las murallas de la derruida y desierta ciudad, que habia sido abandonada por seiscientos hombres; él con solo sesenta se encargó de su reconstruccion y defensa. A la cabeza de un tan corto número de tropa partió de Santa Fé, que acababa de fundar, y el 11 de Julio de 1580, en el mismo lugar donde los españoles habian sufrido tanto, hacia cuarenta y tres años, volvió á levantar las palizadas de la ciudad destinada á ser una de las capitales del continente americano.

Por fortuna en aquel momento no habia por allí cerca ninguna tribu enemiga. Garay tuvo el tiempo necesario para construir una fortaleza sólida. Cuando los quirandas supieron que los españoles habian vuelto á tomar posesion de aquel territorio, al cual la tribu contemplaba como un recuerdo de orgullo nacional, se reunió, y volvieron á atacar con furor las nuevas murallas. Pero Garay estaba ya preparado para recibirles. En el momento en que parecia ponerse al abrigo de sus ataques, en el centro de la fortaleza, se avanzó contra ellos con tanta impetuosidad, que rompió su primera columna. En el mismo momento, un español cortó de un sablazo la ca-

---

de consumada prudencia." Asi habla de él M. de Angelis: "Se ignora la época de su nacimiento, y solo se sabe que pertenecia á una noble familia de Vizcaya. El artículo que se le ha consagrado en la *Biografía universal* es inexacto sobre varios puntos.

beza al gefe de los quirandas, los cuales se desbandaron y echaron á correr. Garay, aprovechandose de su terror, les persiguió á sablazos y á tiros, é hizo una carnicería. Tantos fueron los que mataron, que un soldado dijo á Garay: —"General, si continuamos matando, no quedará quien nos sirva."—"Continúa, continúa, le dijo Garay, es nuestra primera batalla.—Si el enemigo recibe una buena leccion, ya verás cómo ellos mismos se cuidarán de servirnos." La victoria fué completa, y los quirandas no volvieron ya á disputarles el terreno.

La rápida sumision de tan belicosa tríbu, dió á Garay una fatal confianza. Despues de haber organizado la colonia, trazado el plan de la ciudad y distribuido las tierras á sus soldados, quiso recorrer el interior del pais. Durante el dia viajaba por el rio, y la noche la pasaba en tierra, no teniendo mas que una débil escolta. El cacique Manua, de la tríbu de los minuanes, se emboscó á su paso, con ciento cincuenta hombres, le sorprendió durante su sueño, y le mató junto con todos los que le acompañaban.

"La provincia, dijo el padre Guevara en su Historia del Paraguay, perdió en Garay á un escelente gobernador. Los pobres le lloraron como á un hombre compasivo y de mucho corazon; los soldados como á un valiente y generoso capitan (1).

(1) Historia del Paraguay, Rio de la Plata, y Tucu-

En el orijen de la colonizacion del Paraguay, de la de Santa Fé y de Buenos-Aires, brillan dos nobles hombres; Irala y Garay. Uno y otro eran vizcainos; dotados uno y otro de grandes cualidades naturales, entrambos se distinguieron por su valor y generosidad. A su muerte, Irala dejó por toda herencia un par de bueyes y sus armas. Garay, mas pobre aún, llegó al estremo de hacer vender los vestidos de su muger, para socorrer á los pobres. Si estos dos hombres no han gozado de una brillante celebridad, cuantos lean su historia, no dejarán en cambio de tributarles un profundo respeto.

La muerte de Garay reanimó la ambicion y la esperanza de varias tribus; habian todas ellas aprendido á temer á tan valeroso soldado, y creyeron que sin él no pudiera defenderse la fortaleza de Buenos-Aires, y la atacaron por segunda vez. Rodriguez Zárate que la mandaba, trató al principio de calmar á los indios por medio de proposiciones pacíficas. No habiendo podido lograrlo, marchó á su encuentro, mató á su gefe, les derrotó, y les redujo en un solo dia, á un estado de completa sumision.

---

man; por el padre Guevara de la Compañía de Jesus. Buenos-Aires, 1836.

Este fué el último esfuerzo de los indios contra la ciudad construída por Garay. Desde el año 1582 en que Zárate la guardó tan valientemente, hasta el año 1806, ninguna lucha debió sufrir ya, escepto la que sostuvo contra los ingleses.

Hasta esta época, su historia no nos ofrece mas que un cuadro de una monótona situacion. En la vida de ciertos pueblos sucede lo mismo que en la de algunos individuos. Al empezar su carrera, el jóven entra en el mundo como un atleta en la arena, donde desde lejos distingue la corona de laurel. Orgulloso de su fuerza, feliz con su audacia, se lanza con ardor al objeto que se ha propuesto: cuanto mas le costará obtenerle, mas gozará con la idea de perseguirlo. En él existe una fuerza secreta y eléctrica que le arrastra, una abundancia tal de fuerza, que le dá una irresistible necesidad de accion. Guiado por el sentimiento de su orgullosa enerjía, desdeña los caminos abiertos, corre en pos de lo desconocido, goza en la lucha, y se enorgullece con el peligro.

Quizás se le viera venir de sus combates mutilado, buscando el descanzo como un leon herido, abrigándose bajo su silencioso techo, hasta que reanimado ya, volviera en busca de nuevos combates.

Así sucedió con esa impetuosa raza española, que, desde las risueñas campiñas de la Andalucía, fué á plantar su tienda á orillas del Rio de

la Plata; desde allí se arriesgó en las legiones menos esploradas, y luego se fijó tranquilamente en el círculo de sus dominios, hasta que un soplo revolucionario la dispertó de su tranquilidad, y la agitó como un mar.

Desde 1582 hasta 1806, Buenos-Aires tuvo nueve gobernadores, encargados á un mismo tiempo de la administracion de esta provincia, y de la del Paraguay; luego veintiocho gobernadores particulares del Rio de la Plata, y á estos les succedieron nueve vireyes. Escursiones contra los indios, órdenes de policía, é interminables escaramuzas con los portugueses, que tendian siempre á traspasar sus límites, hé aquí lo que formó el fondo de este largo círculo histórico. Si, como lo ha dicho, un sabio, el pueblo mas feliz es aquel del cual no se habla, pudiera creerse que durante mas de dos siglos la poblacion del Estado argentino, lo fué mucho, porque no hizo el menor ruido.

Dos ó tres hombres, sin embargo, se distinguen entre esa larga série de gobernadores. Durante su gobierno tuvieron lugar algunos sucesos que no deben pasarse por alto (1).

Hay sobre todo uno entre ellos, que no solo

---

[1] Hernando Rias de Saavedra, que fué tres veces llamado al gobierno de Buenos-Aires, emprendió un viaje hácia el lado del estrecho de Magallanes, y descubrió un espacio de tierra habitado por tribus salvajes.

se refiere á la historia de Buenos-Aires, sino á la de todas las provincias circunvecinas, y que relataremos con mucho gusto. Me refiero á las medidas tomadas por el gobierno español para protejer á los indios vencidos, y libertarles del servicio personal.

Antes de entrar en esta cuestion, bueno será recordar, en honor de los españoles, que no se han visto en esta comarca los actos de opresion salvaje, ni las escenas atroces que han señalado profundamente la invasion de México y la del Perú.

Ya fuese que en su alejamiento de las minas los conquistadores del rio de la Plata conservaran mas su razon que los compañeros de Pizarro y de Hernan Cortés, á quienes exaltaba la ambicion de oro, ó bien porque no habiéndose ensoberbecido tanto como estos con tan brillantes triunfos, fueran mas módestos y se acostum-

Martinez de Salazar acabó de fortificar Buenos-Aires, en 1670.

Juan Valdés rechazó á los portugueses del establecimiento que habian formado en la colonia del Sacramento, á la orilla izquierda del Rio de la Plata.

Baltazar Ros, persiguió y subyugó á las tríbus vagabundas de los charruas, de los yaros, y de los bohanes.

Bruno de Zavala, fundó la ciudad de Montevideo, en 1723.

brasen á tratar á los indios con mas miramiento, lo cierto es que hay una gran diferencia entre los caciques mas rebeldes de las comarcas argentinas, y los de las otras naciones que hicieron gemir inútilmente al virtuoso Las Casas.

Sin embargo, desde su primera victoria en la Plata, los españoles se repartieron como ganados las familias de los indios subyugados. En los documentos oficiales que relatan la segunda fundacion de Buenos-Aires, se vé que Garay, el mismo Garay, al repartir entre sus soldados una gran porcion de terreno, añadió á ella, como un lote material, la de muchas tríbus con sus gefes.

Estos indios no eran al principio considerados como esclavos. Segun el régimen adoptado por Irala, debian servir á su amo, ó valiéndonos de la frase de aquel tiempo, á su *encomendero* durante la vida de éste, muerto el cual, debian pagar un tributo anual y módico al tesoro. Irala consideró esta sujecion temporal como un medio para civilizarlos y convertirles mas prontamente al cristianismo, á causa de sus relaciones continuas con los españoles. Una esperanza semejante podia servir de escusa al rigor de su sistema. Pero no contaba Irala con el egoismo humano, ni se acordaba de la rudeza de carácter de sus compañeros de armas. En su oríjen de servicio personal, veía una obra útil á un mismo tiempo á los españoles, que necesitaban que les secundaran en sus trabajos, y á los indios,

por la enseñanza que recibian, y sin embargo, no hizo mas que someter á éstos á un yugo atroz, y á aquellos á vergonzosos cálculos.

"El servicio personal, dice el padre Guevara, fué una tiranía que obligaba á los indios á trabajar de dia y de noche con sus mugeres y sus hijos, en provecho de aquel á quien habian sido confiados. Era una impudente mentira; era una libertad de nombre, y una esclavitud de hecho (1)."

"Mal vestidos y peor nutridos, dice el canónigo Funez, los indios sujetos al servicio personal, eran tratados, bajo el nombre de criados, como verdaderos esclavos, con la única diferencia que no podian venderse. No recibian ningun salario, y á la menor falta que cometieran, eran rudamente castigados. El amo no pensaba mas que en ver aumentar los productos de sus tierras; en cuanto á darles educacion, ni siquiera se acordaban de eso."

Así es que millares de familias estaban sacrificadas á los sórdidos deseos de algunos individuos. El servicio personal robaba al Estado la renta de los impuestos que cada indio hubiera pagado por guardar su libertad; y esto, lejos de

---

(1) Historia del Paraguay, p. 176. No será quizás inoportuno observar que el que se espresa en estos términos, y así defiende á los indios es uno de los miembros de la corporacion á quien tanto se ha acusado de haberlos tiranizado, es un jesuita.

contribuir al progreso de la colonizacion, le ponia obstáculos, por el horror que inspiraba á los indios, y las continuas revoluciones que ocasionaba.

Semejante estado de cosas reclamaba una reforma. Afortunadamente, aquí, lo mismo que en las Antillas y en México, se encontraban algunas personas consideradas que tuvieron lástima á los indios, é imploraron en su favor la conmiseracion del soberano.

Compadecidos los reyes de España por lo que les habian espuesto, publicaron varios decretos reprobando la conducta de los *encomenderos*, y para asegurar una eficaz proteccion á los oprimidos indios. Pero las maniobras ocultas por una parte, y la debilidad de los gobernadores por otra, paralizaban el efecto de estas órdenes.

Por fin hubo un hombre que se dedicó con un noble entusiasmo al sostén de tantos infelices, partió á España, y empleó su vida y su fortuna para defenderlos. Este hombre se llamaba Juan de Salazar, portugués de nacimiento, y establecido en la provincia de Tucuman.

Jóven y rico como era, cuando se determinó á ir á pleitear lejos de su casa la causa de los indios, obedecia á un sentimiento religioso, y dicen que murió envenenado.

Pero sus esfuerzos obtuvieron un feliz resultado. Obtuvo para las provincias de Chile, de Tucuman, del Paraguay y del Rio de la Plata, la formacion de una real audiencia, con un inspec-

tor encargado de reconocer especialmente los abusos del servicio personal y de abolirle. Por mas fortuna aún, Francisco Alvaro, que fué investido de las funciones de inspector en 1610, tenia todas las cualidades necesarias para llenarlas debidamente; talento, firmeza de carácter, y una probidad incorruptible.

Despues de haber estudiado escrupulosamente la cuestion sobre los mismos terrenos, rompió la esclavitud de los negros por medio de una órden que mereció la sancion de Felipe III, y fué inscrita en el catálogo de sus leyes de Indias (1).

Las ciudades dirijieron algunas protestas contra este decreto; los propietarios, para revocarlo, emplearon un gran número de delegados que mandaron á España á espensas suyas. La córte empero no se dejó vencer, y los tribunales americanos exijieron el estricto cumplimiento de la nueva ley.

En 1634 la provincia de Buenos-Aires, que hasta entonces habia sido regida por los gobernadores del Paraguay, se constituyó, por una ordenanza real, en provincia distinta, permaneciendo como antes, sometida á la autoridad superior del virey de Lima.

En 1776 fué declarada vireinato esta provincia. Cuando uno piensa que de Buenos-Aires

---

[1] Leyes de Indias, Libro VI. Capítulo XVII.

á Lima hay una distancia de novecientas ochenta leguas, es dificil convencerse de que estas dos provincias hayan permanecido tan largo tiempo sometidas al mismo círculo administrativo. Debian pasar meses enteros antes de que un parte dado en las orillas de la Plata llegase hasta donde estaba el gobierno general, y otros tantos para recibir una respuesta.

Mejor hubiera sido entenderse directamente con Madrid. En circunstancias imprevistas, durante las tentativas de invasion de los portugueses, que cada dia eran mas testarudos y osados, los gobernadores de Buenos-Aires, que no se atrevian á obrar por si mismos, perdian un tiempo precioso esperando las órdenes de Lima.

Esto fué lo que determinó á la España á investirles de un poder superior, porque la situacion material ó rentística del Estado de Buenos-Aires, y de los que le estaban agregados, no justificaban aún que mereciera el pomposo título de vireinato.

Este hermoso y vasto país, estaba, como las otras colonias españolas, sometido á un ciego sistema, y destrozado bajo el peso de un monopolio inflexible. Habia obtenido, como un favor especial, espedir á España dos buques por año; ademas, solo podia llevar sus productos al puerto de Cádiz, y solo de allí podia recibir los diversos productos que necesitaba; le estaba prohibido todo trabajo manufacturero, y ni siquiera podian cultivar las plantas que prosperan en Es-

paña, tales como la viña, el olivo y otros varios árboles frutales. Los negociantes de Cádiz esplotaban estos privilegios como dueños absolutos, compraban á un precio bajo los productos del Rio de la Plata, y mandaban en cortas cantidades las mercancías mas deseadas, con el objeto de hacérselas pagar mas caras.

Los ingleses, los franceses, y los holandeses, atraidos por las esperanzas de lucro, trataron de penetrar en el rio, y hacer el comercio por medio del contrabando. Pero muy difícilmente lograban engañar la vijilancia de los empleados del gobierno, pues sobre esto, nada descuidaba el ministro español, y no admitia la mas ligera transacion.

En 1665 un buque holandés entró en el puerto de Buenos-Aires con un rico cargamento, ofreció abandonarlo al Estado, en cambio de veintiun mil cueros de buey, diez mil libras de pelo de vicuña, y cierta cantidad de víveres. El gobernador Alonso Mercado, creyó deber aceptar aquella proposicion en bien de la provincia y de la corona. Rindió cuentas de su cambio á la córte, y fué destituido inmediatamente.

En 1720 llegaron cuatro buques franceses de la isla Maldonado á la bahía de Buenos Aires. Habian reunido ya de los habitantes de la costa ocho mil cueros, cuando el gobernador Zavala, sabiendo estas infracciones de las leyes del monopolio, mandó contra ellos un destacamento de soldados, ante los cuales nuestros compatriotas

huyeron. Avergonzados de su primer movimiento de terror, volvieron á tierra con armas, y se establecieron en un campo atrincherado. El capitan Pando los atacó con doscientos soldados, y despues de una encarnizada lucha, les obligó por segunda vez á abandonar el terreno. Los franceses perdieron en la refriega á su comandante, que fué el primero que murió, y ademas ochenta y tres hombres entre muertos y heridos.

El armamento de las tropas y embarcaciones empleadas especialmente en protejer el precioso monopolio de los negociantes de Cádiz costaba caro al país, y este país era pobre. En 1717, el gobernador Zavala, al dar cuentas de la situacion de Buenos-Aires, escribió que los recursos del tesoro no subian á mas de tres mil pesos. El trigo costaba ocho pesos la fanega, y los soldados no recibian en sueldo para manutencion y alojamiento, mas que dos pesos mensuales. Para impedir una revolucion entre la tropa, aumentaron de un real el sueldo del soldado. Para cubrir estos enormes gastos, fué preciso recurrir á las minas del Potosí.

Por fin, el gobierno español comprendió los funestos resultados del régimen prohibitivo que habia conservado tanto tiempo con una terquedad estúpida. Gracias á las incesantes y vivas representaciones del marqués de Sonora, que era uno de los consejeros del rey, determinóse éste á abrir todos los puertos de la Península al

comercio de las Antillas y de las colonias. Satisfecho con los resultados de esta primera esperiencia, acordó en 1778 la misma gracia al vireinato de Buenos-Aires.

Bien pronto la gran concurrencia de vendedores y compradores dió á esta comarca un movimiento muy activo: los propietarios se convencieron del partido que podian sacar del cultivo de los campos, y de la esplotacion de sus *estancias* ó haciendas; eso les dió un estilo desconcido hasta entonces. Puede decirse que desde esta época data la prosperidad agrícola, y la riqueza comercial del Rio de la Plata (1). Gracias á la feliz reforma del código comercial, Buenos-Aires, residencia del comercio, y depósito natural de las provincias, se engrandeció todos los años. Contaba sesenta y cinco mil almas, cuando en 1806 fué sorprendida por algunos batallones estranjeros, que hubiera podido muy bien rechazar, y ante los cuales con toda su gloria de capital dobló la cabeza como hubiera podido hacerlo el mas corto de los pueblos. La culpa fué en gran parte debida al gobernador, y en parte á la inercia de los habitantes. Hé aquí lo que pasó:

La España estaba entonces, como ya se sabe, arrastrada por el movimiento de ese maravilloso

(1) Vida y memorias de Moreno, p. 135.

planeta llamado Napoleon, y la Inglaterra no perdonaba evoluciones semejantes. En su cólera bretona, empezó por robar, sin la menor declaracion de guerra, cuatro fragatas españolas en pleno Océano (1).

Dos años despues una escuadra inglesa que volvia del cabo de Buena Esperanza, bajo las órdenes del comodoro Popham, desembarcó en el Rio de la Plata al mayor general Beresford, con mil quinientos hombres.

El gobernador Sobre-Monte, que hacia largo tiempo que estaba avisado de las maniobras de los ingleses, nada habia hecho para poner á Buenos-Aires en estado de defensa. Cuando supo que Beresford se avanzaba hácia la ciudad solo pensó en poner en salvo á su familia y dinero, y luego fué á colocarse con una numerosa escolta á alguna distancia de un lugar donde un oficial, á la cabeza de cuatrocientos milicianos, mal armados y poco acostumbrados al ejercicio de las armas, trababa un combate con las tropas inglesas.

La pequeña fuerza argentina fué derrotada á poco rato. Sobre-Monte se escapó hasta Córdoba, donde quizás para engañarse á sí mismo por su cobarde conducta, pidió que le recibie-

---

(1) *La Fama* y *la Medea* que venian de Montevideo, y *la Merçedes* y *la Flora* que habian salido de Montevideo.

ran con todos los honores debidos á su rango, é hizo cantar un *Te Deum*.

Beresford entró triunfante en Buenos-Aires, se apoderó del tesoro del Estado, y confiscó vastas propiedades. La ciudad, abandonada á sí misma, sin gefe ni guia, aterrorizada por la rapidez con que se habia hecho la invasion, no trató siquiera de dirijir una representacion á la imperiosa voluntad de su nuevo señor, dobló silenciosamente la cabeza bajo el dominio estrangero. Un francés la libertó de tan vergonzosa situacion. Este fué Limiers, que mandaba entonces cerca de Montevideo un buque de la marina real española. En qué época dejó su pais, ni cuáles fueron las razones que le obligaron á entrar al servicio de una nacion estranjera (1), no nos lo dicen los historiadores argentinos; pero ninguno de ellos deja de hablar de él muy favorablemente. Jóven y entendido militar, lleno de valor y entusiasmo, llamaba la atencion por su hermosura, y conquistaba muchas amistades con su generosidad de carácter (2).

---

[1] Tenia un hermano que llevaba el título de conde, y servia en Buenos-Aires en clase de coronel de infantería.

(2) Un escritor inglés, M. Robertson, dice que si bien Limiers tenia sus debilidades, poseia en cambio un carácter leal y generoso. *Leters on South América. Tit. III, p* 320.

Al saber la toma de Buenos-Aires, Liniers corrió á Montevideo, y pidió al gobernador Huidebro el permiso para levantar tropas y marchar contra los ingleses. Huidebro, que era un valiente, aplaudió su resolucion, y Liniers juntó á toda prisa seis ó setecientos hombres, atravesó el rio, se avanzó en línea recta hácia Buenos-Aires, é intimó á Beresford abandonar el pais.

El general respondió con mucha arrogancia, y el combate comenzó, no en campo abierto, sino en medio de las calles de la ciudad. Al ver el arrojo de Liniers, los habitantes despertaron por fin de su estupor, y si bien algunos temieron secundarle, muchos de ellos tomaron parte en la refriega. Sostenido por tan eficaz socorro, el jóven capitan empezó por hacer retirar una columna enemiga del lugar que ocupaba en la plaza del Retiro. Al saber esta desventaja, corrió Beresford allí con quinientos hombres, y obligó á Liniers á abandonarla otra vez.

El dia siguiente fué el dia decisivo; Beresford ocupaba un barrio defendido por diez y ocho cañones; veíanse á sus soldados en todos los balcones y azoteas, desde donde tiraban con mucha ventaja á los sitiadores.

Sin pensar en el peligro, las tropas de Liniers se precipitaron sobre las trincheras con furor. El capitan iba de una á otra fila dando órdenes y velando para su ejecucion, con la misma calma que hubiera observado pasando una revista. Tres

veces atravesaron sus vestidos las balas enemigas, sin que diera trazas siquiera de haberlo observado; tanta era su sangre fria (1).

Despues de un combate de dos horas, viendo Beresford cubierto el suelo con los cadáveres de sus soldados, y muerto á uno de sus ayudantes, abandonó el terreno y se refugió en la fortaleza. Pronto conoció que no debia tratar de guardar este último puesto, y se entregó á discrecion, abandonando la ciudad, de la cual se habia apoderado tan fácilmente, con cuatro obuses, mil seiscientos fusiles, y la bandera del regimiento. Beresford permaneció en Buenos-Aires, solicitando de su feliz antagonista otra acta de capitulacion. Hacíalo, decia él, con el objeto de poder entrar con mas seguridad en Inglaterra, y se comprometia á no hacer valer el acta mientras permaneciera en la Plata, y sí solo para justificar su conducta cuando estuviera de regreso en su pais.

Con su carácter franco y generoso, Liniers cediendo á las instancias de Beresford, le señaló un tratado honroso. Apenas lo tuvo el general inglés entre las manos, que quiso hacerlo valer como un contrato real, y reclamó la estricta ejecucion de los artículos de que constaba. Por su desgracia, una ciudad entera habia sido testigo

(1) Relacion de la municipalidad de Buenos-Aires al rey de España.

de su derrota y de su sumision: todo el mundo sabia el modo que habia empleado para ganar la confianza de Liniers, y sus miserables intrigas no sirvieron mas que para cubrirle de vergüenza.

Para vengarse del mal éxito de sus intrigas, trató de urdir una conspiracion contra el gobierno que le trataba muy liberalmente. Los magistrados le hicieron prender y conducirle á Catamarca, donde debia quedar prisionero, pues así empeñó su palabra. Por segunda vez violó sus compromisos escapándose en secreto, y reuniéndose á la escuadra inglesa, donde se quejó amargamente del maltrato que decia haber recibido.

Dejémos á este hombre en su triste camino, y volvamos á Buenos-Aires. Despues de la derrota de Beresford, los ciudadanos de esta ciudad se reunieron ante el cabildo, pidiendo en alta voz que se entregara el poder á Liniers, prohibiéndose á Sobremonte que volviera á aparecer en Buenos-Aires, y amenazando rechazarle con la fuerza si osaba regresar á su palacio. Una asamblea, compuesta del obispo, del clero, de los magistrados civiles y judiciales, accedió á los deseos del pueblo, mientras Sobremonte estaba en camino hácia Buenos-Aires. Le dieron aviso de lo ocurrido, aconsejándole que tomase otro camino. Retiróse á Montevideo, donde iba á esponerse á un nuevo peligro, y cubrir-

se con una nueva mancha. Confióse entonces el poder administrativo á la audiencia, y el militar á Liniers. La tumultuosa junta del pueblo y la destitucion violenta del gobernador, era un hecho muy grave, un indicio del porvenir, un primer paso hácia la revolucion, que desde el delegado de la autoridad real debia estenderse en breve hasta á las mismas bases de la autoridad.

Sin embargo, la escuadra inglesa continuaba cruzando el rio, no esperando mas que una ocasion para comenzar de nuevo la lucha. Llegáronle soldados y municiones de la Inglaterra, un contra-almirante que debia reemplazar al comodoro Popham y un general encargado del mando de las tropas. El 18 de Enero de 1807, sir Achmuti desembarcó sobre las playas de Montevideo con cinco mil hombres. Sobremonte hizo retirar las piezas de artillería que se habian preparado para oponerse á su desembarque, y luego salió escapándose hácia la campiña.

La ciudad, sin embargo, se defendió con valor, pero con la cobardía de su gobernador habia perdido una gran parte de su ánimo. Fué, pues, tomada antes que Liniers pudiera socorrerla. Al saber esta noticia, y la conducta de Sobremonte, los magistrados de Buenos-Aires hicieron prender, llevar á la cárcel, y hacer abdicar al indigno virey.

Desde Montevideo, un destacamento mandado por el coronel Pack, que habia tomado parte en la espedicion de Beresford, se avanzó háeia el pueblo de la Colonia, y se apoderó de él.

Dueños de dos de las principales posiciones del Rio de la Plata, los ingleses aspiraban mas que nunca á ser dueños de Buenos-Aires. Para hacer esta conquista, el teniente general Whitelocke se puso en marcha con diez mil hombres. Estaban bajo sus órdenes el mayor general Gower, el general Lumley, el brigadier Crawford, y el coronel Pack. Liniers trató de oponerse á su marcha cerca de la ciudad, y se vió obligado á retirarse.

El dia siguiente, 5 de Julio de 1807, el ejército inglés penetró en la ciudad por diferentes puntos. Si entonces creyeron en un nuevo triunfo, no tardaron en ver que se habian equivocado. Apenas habian dado algunos pasos dentro de la ciudad, cuando se vieron rodeados por todas partes por partidas de infantería y caballería real, por compañías de milicia, y acosados por una nube de piedras, que les arrojaban las mujeres y los niños desde lo alto de las casas. Esta misma poblacion, á la que poco tiempo ántes se habia visto atemorizada por la audacia de Beresford, se presentaba en aquel momento animada con su reciente victoria, inflamada por un noble sentimiento de amor pátrio, y resuelta á defenderse hasta el último estremo. La lucha fué sangrienta, encarnizada; fué una de esas batallas parecidas á la de Zaragoza, donde habia un peligro á cada paso, una pistola en cada ventana, un fusil en cada puerta. Rechazados de plaza en plaza, sitiados en las iglesias y conventos,

donde procuraban retirarse, dueños un instante de una posicion que pronto debieron abandonar, batidos en todos los puntos á la vez, los ingleses se vieron obligados á capitular. Contando los prisioneros, los muertos y los heridos, perdieron en este dia mas de tres mil hombres.

La capitulacion que tan dolorosamente se resignó á firmar Whitelocke, no solo debia alegrar á Buenos-Aires, sino á Montevideo y á la Colonia.

Liniers fué el primero que durante este combate corrió ante el peligro, sosteniendo con sus palabras y ejemplo el valor de los argentinos; él fué quien por segunda vez salvó á Buenos-Aires, al mismo tiempo que las otras poblaciones ocupadas por el enemigo. El ministerio español le confirmó su título gobernador, y el pueblo aplaudió su nombramiento. Ya veremos cómo los habitantes de la Plata recompensaron su heroismo.

Llegamos á la última época de la historia de Buenos-Aires, á la época de la emancipacion de las colonias españolas, cuya primera señal dió esta ciudad, que fué el primer motor de la revolucion hasta mas allá de los Andes.

Varias causas morales y materiales contribuyeron á acelerar, por desgracia de este pais que se abandonó á ellas, el movimiento de esta revolucion, ó de esta desgracia; y si así me espreso, espero justificar esta espresion.

Remontándonos á los principios, es preciso notar en primer lugar la influencia que la libertad de los Estados-Unidos y el largo drama de la revolucion francesa ejercian en las regiones de la América del Sur. Si bien los vireinatos de España estaban muy lejos de esas ardientes hogueras si bien ellos no poseian ninguna máquina de vapor, ni ningun telégrafo eléctrico, no permanecian indiferentes á los grandes sucesos del fin del siglo XVIII, ni á la lucha con que la colonia inglesa conquistaba con las armas en la mano su independencia, ni á la otra lucha mucho mas terrible aún, en la que se pisoteaban todas las glorias y creencias de un antiguo mundo, arrastrandolas por el fango, anegándolas en sangre.

Muy á menudo del cáliz de una planta la brisa lleva una semilla á un pais lejano, la cual cayendo sobre aquel nuevo suelo en un momento propicio, se desarrolla y robustece; lo mismo sucede con el pensamiento; tambien viaja con las alas del tiempo mas allá de los mares y de las montañas. Aun cuando le velaran como el cólera, lo mismo que el cólera guiara sus pasos donde quiera, sin que ninguna fuerza humana lograra oponerse á su marcha; llega sin que se sepa cómo, fructifica y estiende por una y otra parte sus fecundas raices y sus semillas, sin que nadie pueda esplicar quién cultivó la primera.

A pesar del réjimen de censura que el gobier-

no de España mantenia tan severamente en sus posesiones, las ideas de libertad é independencia se estendian en las poblaciones de la América del Sur, ya por medio de libros clandestinos, ya por medio de las relaciones de los viajeros. En 1808, el doctor Moreno, que llegó á ser el secretario de la junta de Buenos-Aires, formulaba estos dos axiomas: "Todo pais que está sometido á una constitucion tiránica, tiene el derecho de rasgar esta constitucion. Toda insurreccion que tiene por objeto libertar á un Estado de la opresion, es legítima (1)."

No decian mas nuestros demócratas al tomar las armas para derribar á Luis XVI de su trono.

Poco á poco se formaron en la colonia dos partidos distintos; uno compuesto de empleados españoles, fielmente unidos á las instituciones de su pais; otro en el que entraban los propietarios criollos y los comerciantes que, no teniendo nada que esperar del gobierno, discutian sus actos segun su interes, se quejaban y pedian reformas.

En Buenos-Aires estaba este último mas adelantado que en las demas ciudades á causa de sus frecuentes relaciones con Europa; mas descontento porque habia sufrido mas con el monopolio comercial, y mas atrevido, porque era mas nu-

---

[1] "Vida y Memorias de D. Mariano Moreno. Lóndres, 1812, p. 197.

meroso. Las dos victorias que esta ciudad llevó contra los ingleses le dieron una orgullosa conviccion de su fuerza. En esas dos peligrosas ocasiones, aquel á quien el rey confiaba el cuidado de gobernarla y protejerla, la habia abandonado vergonzosamente, y ella sola se habia defendido y salvado por su valor. El desprecio que concibó por la cobardía de Sobremonte, cayó pues sobre el gobierno que escojia á semejantes hombres para delegarles el poder supremo. De discurso en discurso, de consecuencia en consecuencia, habiendo visto el pueblo el modo con que la autoridad se habia portado el dia del peligro, la encontró indigna de él el dia de su triunfo. Destituyó á su virey, y tomó otro. Esto era una oposicion contra el gobierno, y el ministerio no se atrevió á castigarla, sino que la sancionó acordando á Liniers el título de gobernador que el pueblo le habia dado. Hay circunstancias en que un gobierno no comprende su dignidad, y se muestra sabio otorgando concesiones. Hay otro en que con los mismos medios comete un acto irremisible de debilidad. El gobierno en esta ocasion creyó obrar con prudencia, y solo apareció pusilánime, cuando el pueblo acababa de ensayar sus fuerzas. De un solo golpe, llevó sus ventajas contra el gobierno, y para aquellos que deseaban verle marchar mas adelante, fué una señal que les dejó creer que no debian quedar las cosas en aquel estado (1).

(1) No se engañó el republicano Moreno. "Esta

Los sucesos de la Península daban una accion decisiva á tendencias que en otra época hubieran podido permanecer en estado de teoría. La España estaba invadida, su rey cautivo, su gobierno representado por juntas que debian naturalmente llevar á las colonias á organizar semejante género de administracion.

A la noticia de la abdicacion de Cárlos IV, Buenos Aires empezó proclamando la soberanía de su hijo Fernando VII, y todos los ciudadanos con los magistrados á su cabeza, le juraron fidelidad y obediencia.

Sin embargo, la posesion de las colonias despertaba á lo lejos inquietas ambiciones. Napoleon mandó á Buenos-Aires á M. Santuay para comprometer á esta capital á reconocer la soberanía de José. La esposa de Juan de Portugal, la princesa Carlota de Borbon, pidió la regencia de las provincias americanas en su calidad de infanta de España. Luego los miembros de la junta de Sevilla se presentaron á los ojos de los ciudadanos de la Plata como los verdaderos defensores del poder legítimo. Tan diferentes pretensiones no podian dejar de dividir las opi-

---

disposicion del gefe superior era, dijo él, de un mal augurio para la autoridad de la metrópoli. Desde entonces era fácil prever que el pueblo se reuniria aún, y que se rechazarian las antiguas leyes, cuya impotencia se reconocia ya.

niones, y escitar todos los partidos uno contra otro.

Aún cuando Liniers rehusó entrar en conferencias particulares con el enviado de Napoleon, si bien no quiso abrir las comunicaciones mas que en presencia de los magistrados civiles y de los auditores de la audiencia, su orijen frances le hacia sospechoso á los españoles puros. Uno de ellos, un comerciante llamado Alzaga, que jugó un papel algo efímero en estos negocios, pero muy vivo, quiso arrancar el poder al hombre que consideraba como uno de los partidarios de José. Armó un complot en el cual hizo entrar al subordinado de Liniers, el general Elio, gobernador de Montevideo, y la mayoría del consejo municipal de Buenos-Aires. Estando ya tomadas todas sus medidas, suscitó en las calles de la ciudad una reunion de muchos ciudadanos, que gritaron bajo las ventanas del cabildo: ¡Abajo Liniers!

¡Queremos una junta como en España! En aquel mismo tiempo una diputacion de la municipalidad de Buenos-Aires iba á invitar á Liniers á que hiciera dimision de su empleo.

Desgraciadamente para el patriótico proyecto de Alzaga habia en Buenos-Aires una gran cantidad de hombres honrados que no podian olvidar tan facilmente los brillantes servicios del gobernador. Mientras resonaban por una parte las vociferaciones de una bandada de hombres atizados por los conjurados españoles, por la

otra recibia Liniers mil testimonios de afeccion, que le aconsejaban resistir. Esta jornada, que debia alegrar á sus adversarios, fué para ellos un dia de desengaños. Liniers hizo conducir bajo buena escolta á Alzaga y á sus principales compañeros á bordo de un buque, y les mandó desterrados á la costa de Patagonia (1). Apenas habian llegado allí, cuando su amigo Elio armó un buque que fué en su busca, y les llevó en triunfo á Montevideo.

La lucha de las ambiciones estalló en tres puntos á un mismo tiempo. Por una parte, Liniers, orgulloso de su eleccion popular y de su título legal, estaba resuelto á mantener su autoridad; el consejo municipal, sorprendido un momento en sus mismas redes, comprendió pronto sus errores y aspiraba abiertamente á regenerar el país; por otra parte, Elio dió el mayor ejemplo de insubordinacion, combatiendo contra su gefe inmediato.

---

[1] Despues de este acto de vigor, dice Funez, [T. III, p. 430] el gobernador se presentó en la plaza pública, en medio de los soldados á quienes habia conducido á la victoria, los cuales le recibieron con mil aclamaciones de gozo. Muchas personas creian que los conjurados habian merecido la pena de muerte; pero el gobernador se contentó con reprimir unos proyectos que, segun él, eran peligrosos al bien público. Mas tarde sus enemigos le tuvieron en su poder y no fueron tan generosos con él.

Por una y otra parte apelaron en sus discusiones al juicio de la junta central, la cual, engañada por las agrias representaciones del gobernador de Montevideo y del cabildo de Buenos-Aires, envió á la Plata á Cisneros, en calidad de virey, y nombró á Elio sub-inspector general de la provincia. Liniers fué llamado á España. En compensacion, la junta le concedió el título de Buenos-Aires, y le señaló, sobre los fondos de esta ciudad, una pension de cien mil reales de vellon.

Con el ascendiente que ejercia Liniers sobre las tropas, hubiera podido muy bien dejar de cumplir la órden de la junta, y mantenerse en el poder. Como un servidor leal, se sometió á su destitucion, pidiendo únicamente que le permitieran permanecer en América. Lo que le fué acordado. En esta ocasion dirijió una carta al rey, y su escrito es una prueba inequívoca de su nobleza de carácter y de su humilde resignacion. Despues de recordar muy brevemente y con mucha modestia, la parte que habia tomado en los combates de Buenos-Aires, dice. "Largo tiempo hace que vivo en continuo sobresalto, y espuesto á continuos contratiempos. Me retiro al campo para pensar allí en otras cosas, y en el principio y fin de mi destino, alejando de mí los vanos deseos de gloria, que desde mañana no serán para la posteridad mas que ceniza. El estado de mi fortuna me ha llevado á esta determinacion, pues me hallo cargado de fami-

lia, soy padre de nueve hijos, y de avanzada edad, sin la pension de seis mil reales que Vuestra Magestad tuvo á bien asignarme, no contara con recursos para vivir con decencia. (1)

En la historia de los pueblos, sobre todo en la de sus mas violentas agitaciones, hay circunstancias que casi le dan á uno ganas de creer en la fatalidad de los turcos. Entonces se ven á los hombres que están colocados á la cabeza de la administracion, hacer estallar los sucesos que temian, por los mismos medios que emplean para conjurar el peligro. Parece que entonces detras de los mas hábiles ministros y tribunos, hay un sardónico *Fatum*, que burlándose de sus proyectos, como *Mefistocles* de las resoluciones de Fausto, emplea la propia sabiduría para minar todas sus combinaciones.

Destituyendo á Liniers, reemplazándole por Cisneros, y dando un empleo tan alto á Elio, la junta central creia destruir el partido francés, y no hizo mas que destruir al español.

Cisneros, débil al mismo tiempo que cruel, ignorante y vanidoso, desde su llegada á América se hizo ridículo por las precauciones que

---

[1] Esta carta, fechada el 10 de Julio de 1809 apareció por primera vez en la coleccion de Memorias y documentos, publicada en 1849 en Montevideo, por el Sr. Lamas. Tít. 1 p. 148.

tomó para entrar en Buenos-Aires (1), y pronto se hizo aborrecible por su ciego despotismo (2). Los miembros del cabildo, que tenian sus miras, le dejaron que siguiera la senda que le dictaban su ignorancia y su orgullo, y cuando ya le vieron desposeido de toda popularidad, hasta en aquellos que habian depositado toda su confianza de español en él, pintáronle un dia el ódio que le profesaban todos los partidos, y los peligros que amagaban la situacion. Despues de haberle aterrorizado bastante por tan hábil medio, dirijiéronle una peticion, en la cual le rogaban la facultad para reunir un congreso que debiera fijar los medios de preservar al país de los peligros que le amenazaban. Esta peticion, escrita en el estilo mas humilde, espresaba la mas pura lealtad; un verdadero lenguaje de lobo, bajo el traje de pastor. El honrado cabildo tomó en eso su parte, en nombre del pueblo, y dijo que

(1) "Antes de entrar en Buenos-Aires, que le inspiraba un temor muy grande, mandó, dice M. Robertson, á Liniers entregar inmediatamente el mando, desterró á los oficiales franceses, y á los negociantes estranjeros, é hizo prender á varios criollos sin un motivo para ello." *Letters on South America.* T. II. p. 86.

(2) Su llegada, dice Moreno, parecia mas bien la de un general que entra en un país enemigo, que la de un empleado llamado para restablecer el órden en el pais que iba á administrar. *Vida y memorias*, p. 82.

éste no tenia mas objeto que conservar integramente los estados coloniales bajo el dominio de Fernando VII.

Cisneros se dejó engañar por aquellas voces melifluas que le prometian sacarle del embarazo, pues por sí mismo no sabia cómo salir de él. Autorizó la convocacion de una asamblea, y lo primero que hizo la reconocida asamblea, fué mandar mas allá del Atlántico al confiado virey.

Sucede con un gran número de revoluciones, lo mismo que con los robos á la americana. Pocas semanas se pasan sin que los periódicos publiquen alguna de esas trampas encubiertas con una mascara de oro, y siempre se encuentran inocentes que se dejen engatusar por ellas. No existe un solo libro que no nos muestre que aquellos que han mordido el bocado revolucionario, no han sido tarde ó temprano víctimas de su glotoneria; y la historia, semejante á los periódicos que anuncian grandes cosas con el objeto de engañar á los incautos, hace caer en sus redes á muchos inocentes.

En 22 de Mayo de 1810 autorizóse al cabildo para formar una junta provisional, esperando la reunion de los diputados que debian ser elejidos en la provincia.

En 25 fué constituida la junta. Componíase de siete delegados y de dos secretarios. Celebróse su instalacion con regocijos públicos y cantos nacionales. Vicente López dedicó un himno á la libertad, y el pueblo le aplaudió en

las paradas y en los juegos de artificio. Los patriotas se abrazaban unos con otros, hablando del feliz porvenir del país, y derramando copiosas lágrimas de sus ojos democráticos.

Al proclamar la nueva era, de la cual era la aurora naciente aquel dia, conservábase respetuosamente el nombre de Fernando VII en todas las arengas oficiales, y en la fórmula del juramento al que debieron prestarse todos los empleados civiles y militares. Este juramento estaba concebido en estos términos:

"Jurad ante Dios y sobre los santos Evangelios reconocer la junta provisional de las provincias de la Plata, que gobierna en nombre de Fernando VII, y guarda sus augustos derechos. Jurad obedecer las órdenes y decretos de la junta, no atentar directa ni indirectamente contra su autoridad, ayudarle en público, sostenerla en particular, y hacer respetar su poder &c. &c.

Yo no sé por qué damos aún el nombre de innovadores á los que trabajan para cambiar una forma de gobierno. No hay nada mas antiguo que su ambicion, y nada mas usado que los medios mecánicos que para ello emplean. Con la historia de una revolucion, pudiéramos hacer todas las revoluciones; podemos estar seguros de encontrar en todas ellas las mismas dilapidaciones veladas bajo la apariencia del bien público, y las mismas frases pomposas, ocultando las mismas traiciones.

La fiesta del 25 de Mayo no fué en Buenos-

Aires mas que una pálida cópia de nuestra fiesta de la federacion, en la cual nuestro pueblo cantaba las virtudes de un rey á quien mas tardo debia Condenar al último suplicio. Mas humana que la convencion, la junta de Buenos-Aires, algunos dias despues de su instalacion, se contentó con embarcar de noche al virey, y á los auditores, en un buque inglés encargado de llevarles á España.

Al dia siguiente espuso en un manifiesto que publicó, la determinacion que habia tomado, y los motivos que á ello le habian obligado. Daba una relacion minuciosa de todas las faltas y delitos de cada uno de los desterrados, y contaba entre otros hechos escandalosos, que durante la ceremonia del juramento, se habia visto á uno de los auditores con los codos apoyados sobre la mesa, pasar una hora jugando con un mondadientes.

Esta era una ofensa muy grave contra la magestad del pueblo representada por la junta, era un crímen que merecia por lo menos el destierro.

Gracias á sus hábiles manejos, el cabildo de Buenos-Aires lograba su objeto. Habia derrocado á Liniers, ayudado por la junta central y por Cisneros, y derrocaba á Cisneros y destituia la audiendia por medio de una conmocion popular. Ya podia, pues, obrar como dueño absoluto; no habia otro poder real mas que el suyo. La soberanía de Fernando VII, inscrita aún en

los actos oficiales, no era mas que una vana palabra.

Elio y Liniers no se engañaron al meditar las intenciones de la junta. Enemigos uno de otro, en una época en que reuniendo sus fuerzas hubieran podido sostener el poder monárquico, trataron de reunirse para defenderle, en el momento en que caminaba ya hácia el abismo, en los confines de América.

Elio, con su flotilla de Montevideo, fué á bloquear Buenos-Aires. Liniers, á quien los españoles habian acusado de hacer traicion á la causa real, organizó en Córdoba una insurreccion realista, á la cual se asociaron el obispo, el gobernador de aquella provincia, y varios de los principales empleados. Empero cuando en la ciudad supieron la llegada de un cuerpo de ejército, mandado allí por la junta, los campeones legitimistas no se sintieron con valor para combatir. Se dirijieron hácia el Perú, y el valiente Liniers, al verse abandonado por aquellos que pocos dias antes habian demostrado tanta decision, se vió obligado á huir tambien. Algunos de sus criados, detenidos por el comandante de las tropas patriotas, seducidos por las promesas, ó atemorizados por las amenazas que les hicieron, descubrieron el asilo de su amo. Liniers fué arrestado á la imprevista, durante la noche. La junta no se tomó siquiera el trabajo de llamarle ante sí. A cincuenta leguas de distancia del lugar donde le habian hecho prisionero, le

condenaron á muerte. El comandante que le habia hecho prisionero, lloró al recibir esta sentencia, y no pudo volverse á ejecutarla.

Acordábase de los dias en que habia visto á Liniers rechazando á los ingleses de Buenos-Aires; pues él habia tomado parte en aquel combate bajo sus órdenes. Prenderle, está bien, decia; se le acusa de enemigo de la causa pública, y era preciso impedir que obrara contra ella: ¡Pero fusilarlo! Faltábanle fuerzas al honrado comandante para cumplir órden tan cruel. La vista de Liniers causaba en él la misma fascinacion que la mirada de María producia sobre el esclavo cimbro encargado de matarla.

Para acabar con el héroe argentino, á quien no queria dejar entrar en Buenos-Aires, la junta señaló á uno de sus propios miembros para mandar ejecutar la órden. "Partid, dijo Moreno á uno de sus colegas llamado Castelli; yo creo que no sereis tan débil como nuestro general. Si faltais á vuestro deber, Larrea, que es de carácter muy resuelto irá á reemplazaros, y si es preciso iré yo mismo (1).

El implacable Moreno no necesitó dejar su despacho de la secretaría, ni la gaceta que fundó en Buenos-Aires.

Castelli hizo fusilar á Liniers en plena campiña (2).

---

(1) Vida y Memorias, p. 235.

(2) "La actitud de la junta inspiraba ya en el país

Parecida á nuestra revolucion de ensangrentada memoria, la junta procedia á sus reformas sociales inmolando en su altar á nobles víctimas. Así como la Convencion, armaba una guerra esterior de propaganda. Por una parte, debia luchar contra el gobernador de Montevideo; por la otra contra los insurgentes de Córdoba; y equipaba tropas, decia, para libertar el Paraguay del yugo de la España.

El Paraguay en el siglo XVI habia vuelto á la vida á Buenos-Aires; esta ciudad reconocida queria darle la libertad. No se presentaba para eso mas que un obstáculo, y era, que el Paraguay no se curaba en lo mas mínimo de los bienes que querian procurarle los republicanos, y parecia hasta dispuesto á rechazar con la fuerza á sus libertadores.

Sin embargo, el general Belgrano partió con ochocientos hombres para esclarecer á aquel atrasado país, y obligarle á reconocer el sol de la libertad.

De distancia en distancia, contaba á la junta los progresos de su espedicion, en boletines mas

---

un temor tan grande, que el canónigo Funez, que ha escrito con entusiasmo la historia de Liniers, y que mas tarde escribió un resúmen de la historia de la revolucion apenas se atrevió á espresar su sentimiento por la muerte del valiente soldado.» *Bosquejo de la revolucion desde el 25 de Mayo.*

imponentes que los que Napoleon enviaba á Paris despues de la conquista de un reino. La junta, al publicar tan preciosos mensajes, publicaba tambien algunas proclamas, tales como se las puede encontrar en los archivos de cualquiera otro pueblo. Hé aquí una que puede, entre otras muchas, citarse como un objeto de curiosidad.

"Nos apresuramos, decia la junta poética, á satisfacer la curiosidad pública, poniendo al corriente á nuestros ciudadanos del estado que guarda nuestra importante espedicion del Norte.

"Se muestra tanto mas digna de nuestros aplausos, cuanto que nos ofrece el espectáculo de una empresa, donde, antes de vencerse á los hombres, era preciso vencer la naturaleza.

"Los que conocen las terribles dificultades de una marcha en esas comarcas, no dudarán un momento en confesar que nuestras tropas están dotadas de una fuerte constitucion, y animadas del entusiasmo que las edades heróicas han admirado en Hércules y en Teséo. Son virtudes muy raras en una época en que la raza humana ha llegado á un estado tan grande de decadencia. A medida que se acercan al peligro, sienten nuestros soldados acrecer su audacia. Sócrates creia tener á su lado un buen génio para sostenerle en todas las circunstancias. Nuestro general tiene tambien su buen génio, que le guia en el camino de sus altos destinos.

"Por sus órdenes y por sus arengas, ha hecho

cometer á sus soldados toda clase de prodigios de valor, que pueden compararse con las mas gloriosas acciones de nuestros antepasados."

Despues de este exordio, anunciaba la junta que en una batalla memorable para siempre, Belgramo, penetrando entre las filas enemigas, matándole dos hombres y robándole un obús.

A pesar de su fuerza hercúlea, y de su valor de Teséo, Belgramo, batido en diferentes puntos se vió obligado á renunciar á su mision filantrópica. Empero su campaña suscitó en el pueblo una sublevacion, á causa de la cual el doctor Francia conquistó en el seno de la administracion, el lugar que pronto debia conducirle á la mas absoluta dictadura. Tal fué la libertad con que la generosa ciudad de Buenos-Aires dotó al Paraguay.

Venida por esta parte, no por esto dejo de esparcir á lo lejos la buena semilla. Castelli, que habia dado pruebas de un carácter varonil presidiendo la ejecucion de Liniers, fué encargado de conducir con el general Balcarce otro ejército libertador al Perú. Y ¡cosa estraña! esta desgraciada region no fué menos ingrata que el Paraguay hácia sus bienhechores, y solo respondió á sus fraternales deseos con tiros y balas.

El general peruviano Goyenache, hizo en las llanuras de Huaqui un buen destrozo entre las de Balcarce, y de tal modo las derretó, que sin

la habilidad con que el coronel Pueyrredou dirijió la retirada hubieran perecido todas. Es cierto tambien que con la noticia de este desastre, el gobierno de Buenos-Aires recibió un parte de Castelli, que no podia mentir, el cual anunciaba que la pérdida del enemigo era tres veces mas considerable que la de los batallones argentinos que huirian al traves de los campos, cosa muy rara por cierto, pero así lo decia Castelli, y esto tranquilizaba un tanto.

El general Belgramo, bastante descansado ya de sus derrotas en el Paraguay, y deseando escribir un nuevo volúmen de brillantes boletines, fué mandado al Perú. Si bien llevó algunas ventajas, sus argumentos de bayoneta eran aún harto débiles para convencer á la poblacion de aquella comarca de que seria muy feliz cambiando la forma de su gobierno. Fué precisa la ayuda de Chile, aliada á Buenos-Aires, y el victorioso ejército de San Martin, para hacer una república del vireinato de Lima.

De las cuatro espediciones emprendidas por la propaganda de Buenos-Aires, la de Córdoba habia mandado la atroz sentencia de Liniers; la del Paraguay secundó en su ambicion á uno de los déspotas mas déspotas que hayan jamas existido: la del Perú, ejercitó el republicanismo de Castelli, y el talento oratorio de Belgramo. Faltaba la de Montevideo que ocupó largo tiempo la provincia argentina, y casi agotó todos sus recursos.

Despues de haber sido bloqueada por la flotilla de Montevideo, Buenos-Aires llegó á ser la capital de la Banda oriental. Elio defendia firmente en esta ciudad la bandera de la monarquía. Para vencer su resistencia, el gobierno argentino no reunió ochocientos hombres, como los que mandó al Paraguay, sino seis mil, bajo las órdenes del general Rondeau, el aventurero Artigas, cuya vida es una estraña novela (1), y de un capitan ingles llamado Brown, á

---

[1] Enganchado al principio en una pandilla de contrabandistas y bandidos, teniente luego de cazadores, persiguió en calidad de tal á sus antiguos camaradas. Cuando estalló la revolucion, se colocó entre los patriotas, y se distinguió en el sitio de Montevideo. Elejido gefe de la Banda oriental, atacó Buenos-Aires, sublevó á Santa Fé con los indios del gran Chaco, y saqueó el Paraguay. Llamó junto á sí á todos aquellos con quienes se habia aliado en su juventud, que eran piratas, ladrones y asesinos.

En 1820, uno de sus tenientes, llamado Ramirez, tomó las armas contra él, le batió en diferentes encuentros y le obligó á huir. Artigas fué á pedir socorros al dictador del Paraguay, el cual le hizo internar en un distrito del que no podia escaparse. El fin de su existencia fué una especie de expiacion de todos los crímenes que habia cometido. Se distinguió en su destierro por su piadosa conducta y su caridad. Cultivaba él mismo sus campos, daba á los pobres una gran parte de su cosecha, y prodigaba sus socorros á los enfermos, á quienes asistia en persona.

quien la junta de un solo rasgo convirtió en almirante. Con un ejército semejante, los argentinos solo obtuvieron al cabo de un año de combates, (el 21 de Octubre de 1811) un tratado que no era desfavorable á Montevideo.

En virtud de una orden de la regencia de España, Vigodet fué á reemplazar en aquella época á Elio. Entonces, entre el nuevo gobernador y los argentinos, mediaron algunas contestaciones sobre varios artículos del tratado. La guerra empezó de nuevo. Montevideo fué sitiado por segunda vez. Buenos-Aires empleó aún en esta campaña, dos generales, dos miembros de la junta, y algunos millares de hombres. Vigodet, sostenido por el Brasil, se resistia vigorosamente. Por las vivas representaciones del gobierno argentino, el Brasil acabó por retirar sus tropas de la Banda oriental. Brown, por medio de una hábil maniobra, logró apoderarse de la flota de Montevideo, y el 23 de Junio de 1814, esta pobre ciudad, sitiada y privada de municiones, debió capitular.

Cuatro años hacia que combatia con honor. Al libertarle de una pretendida esclavitud de la cual parecia no estar nada deseosa, Buenos-Aires arrojó aquella ciudad en medio de las discordias civiles, y le dejó caer en manos de los portugueses. Este fué el resultado de aquella guerra filantrópica.

Mientras que la ardiente república argentina

se comprometia en tantas luchas esteriores, mas de una debia sostener al mismo tiempo en su administracion interior. Querer corregir los abusos de un pais, es una ambicion tan vulgar, que no existe quizás un solo estudiante que no haya pensado en ello una que otra vez.

Tentar una reforma radical no es tampoco una empresa muy estraordinaria, pero llevarla á cabo en bien del pueblo, ya es otra cosa; por esto empieza la cuadratura del círculo. El camino de las revoluciones es como el del Auverno, muy fácil de bajar. La entrada está abierta de noche y de dia; pero remontarla y volver á respirar el aire puro, es una tarea muy penible, es un trabajo inmenso (1).

En el mes de Diciembre de 1810, veintidos diputados de las provincias se reunieron en la junta de Buenos-Aires, para ponerse de acuerdo con respecto á los negocios del país. Antes de que hubiese pasado un año, conocieron que con un número tal de gobernantes, la administracion se hacia imposible de seguir. "Ya no habia, dijo un historiador, ni mando ni sumision; todo era un desórden."

[1] Virgilio lo ha dicho:

"*Faciles descensus Averni*
noctes atque dies patet atri jauna Ditis,
sed revocare gradum, superasque evadere ad auras
hoc opus, hic labor est.

El presidente de la junta se escapó de la de las sesiones, como hubiera podido hacerlo en un campo de batalla, y los diputados, abandonados á su estúpida ignorancia, hicieron dimision de su empleo con el mismo placer que esperimentaron en el acto de recibirle (1).

En su lugar, el cabildo constituyó un poder ejecutivo. En 1814, advirtieron aún el inconveniente que resultaba de las rivalidades particulares de los tres administradores, y volvieron á colocarse espontáneamente bajo la autoridad de un gefe único, que llevó el título de director supremo de las Provincias unidas de la Plata.

Posadas, que fué el primero á quien invistieron con esta autoridad, se vió obligado á dejar el poder en el mes de Enero del siguiente año. Alvear, que fué el que tuvo el honor de determinar la capitulacion de Montevideo, y el infame que violó su primera condicion, la de amnistía general; Alvear, á la edad de veinticinco años fué llamado á ocupar el mas alto empleo del Estado. Pasó tres meses distribuyendo grados y honores á sus partidarios y aduladores (2),

(1) La América meridional, por D. P. Agreta.

(2) "No podia desterrar el dominio que ejercia en él la adulacion. Le era imposible no acordar el grado de mayor al capitan que se acercaba á él humildemente; el de coronel al mayor, y así succesivamente. Solo se mostraba en público acompañado de una escolta régia. *Letters on South America*, T. II. p. 228.

dictando decretos implacables para impedir toda tentativa de conspiracion. Despues de este corto tiempo, se atemorizó tanto con un motin, que se apresuró á abdicar su poder, y se refugió en un buque inglés.

De modo que en menos de cuatro años, existieron cuatro gobiernos diferentes, varios dueños del poder, y mil ambiciones individuales, ódios y partidos siempre crecientes; hé aquí lo que sucedia en las provincias libertadas del pacífico régimen español.

Creeráse tal vez que en medio de todas esas transformaciones administrativas y de esa ajitacion de los espíritus, que era su inevitable consecuencia, y que el país gozaba al menos de mas abundancia material, y de mas gran libertad que bajo la ley del monopólio comercial, y de la censura de los vireyes. En esto, lo mismo que en las otras cosas, la historia de la revolucion de Buenos-Aires es identicamente la misma que la de todas las faces revolucionarias de diferentes épocas y distintos paises.

Despues de haber acusado violentamente las prodigalidades de la monarquía, y gemido lentamente bajo los impuestos que pesaban sobre el pueblo, la nueva rejencia de Buenos-Aires, que debia desterrar para siempre tan vergonzosos abusos, desorganizaba las rentas de tal manera, que para subvenir á las necesidades del Estado, se vió obligada á acuñar moneda por medio de tributos tan desiguales como injustos, por medio de *empréstitos forzosos*, es decir, exijidos con la fuer

za de las bayonetas (1). Los ciudadanos de Buenos-Aires, comprendidos los estranjeros, fueron en una sola vez, bajo tan suave administracion, invitados á prestar, en el término mas breve: la suma de doscientos mil pesos. Cómo el dinero parecia escaparse, ese estúpido dinero que es siempre amigo de la probidad y del órden mandóse á los doblones que permanecieran en el país. El que se permitia esportarlos, era declarado reo de graves penas (2).

Ya vemos, pues en qué estado se hallaban los intereses materiales. En cuanto á la libertad moral, era enteramente igual á la que tan minuciosamente nos ha esplicado Fígaro con tantos detalles.

Alzaga, á quien hemos visto aliarse con el ambicioso cabildo para derrocar á Liniers, solo fué condenado á la deportacion por el virey contra el cual sublevaba el público. En 1812, tuvo la desgracia de conspirar contra el gobierno republicano, y por esta vez, ni el recuerdo de la po-

---

[1] *One might almost say, at the bayonet's point.* Esta es la frase de M. Robertson, que ha hablado de estos sucesos con una notable imparcialidad.

[2] Rosas ha mantenido el mismo sistema. Cada persona que sale de Buenos-Aires es registrada en el muelle. No solo se le confisca el dinero que se lleva sino que debe pagar una multa igual á la suma que le encuentran.

sicion distinguida que habia ocupado en el país, ni sus canas, ni el interes que debia inspirar su numerosa familia (1), lograron salvarle. Fué fusilado en la plaza con otros diez conjurados.

Como Alzaga era español, y no estaban aún seguros de haber destruido completamente este partido, el gobierno de Buenos-Aires publicó un un decreto concebido en estos términos:

Art. 1º Los españoles no podrán, bajo pena de muerte, reunirse en número de mas de tres.

Art. 2º No podrán, bajo pena de muerte, circular á caballo, ni en la capital ni en sus alrededores.

Art. 3º Si alguno de ellos intenta escaparse ya sea á Montevideo, ya á otro punto ocupado por el enemigo, será fusilado inmediatamente.

Esta órden es corta, pero de buen temple, y deja un ancho campo á la delacion. Yo no sé que en Francia, en los mas bellos dias del terror se hubiese imaginado algo parecido á eso.

El 24 de Marzo de 1816, el congreso, que hasta entonces habia sido convocado en Buenos-Aires, se reunió en Tucuman, poblacion la mas central de las provincias. El 9 de Julio, se arrojó la vana sombra de reinado que tenian aún, la bondad de acordar á Fernando VII. Rompió el último hilo que con algunas fórmulas oficiales parecia unir aún á la colonia con España, y

(1) Tenia sesenta años de edad y catorce hijos.

proclamó la independencia de los estados de la Plata. Por esta vez siquiera la revolucion se habia cumplido de nombre y de hecho, y fué una desgraciada revolucion. Los mismos que en sus principios fueron seducidos por su prestigio, y creyeron en sus promesas, se convencieron de ello. Para compararla á la de la América del Norte, fuera preciso hacerse ilusion uno mismo, ó no conocer con toda exactitud ni uno ni otro de esos dos sucesos.

En primer lugar, y como lo ha muy bien advertido el conde de Toreno, muy diferentes eran las circunstancias en que se operaron una y otra revolucion. Los Estados-Unidos se separaron de la Inglaterra, cuando este reino estaba en toda su fuerza de potencia, y despues de haberle dirigido inútilmente varias peticiones. Las colonias españolas, al contrario, rompieron su lazo hereditario en el momento mismo en que la Península estaba abatida, y cuando les llamaba á formar parte de la monarquía (1).

En segundo lugar, y como lo ha dicho, no ya un historiador á quien pudiera acusarse de parcial, sino un hijo de la revolucion americana, la diferencia entre el carácter y la situacion de las dos colonias era mas grande aún. "En la América del Norte, la sociedad democrática, industrial y comerciante, estaba organizada, vivia

(1) *Historia del levantamiento de España*. T. II pag. 234.

por sí misma, con el ejercicio de su inteligencia y de su riqueza. Allí, una empresa pública no debia ser mas que el resultado de la necesidad, y del movimiento de la mayoría. El lazo que unia aquella colonia á la metrópoli, era puramente oficial. El dia en que se rompió, la nacion quedó organizada como estaba antes, y no le faltaba nada, porque su obra estaba ya concluida de antemano. Solo se introdujo un cambio de fórmulas en las altas regiones administrativas, y en los atributos de la soberanía.

"En las colonias españolas sucedia todo lo contrario, la revolucion no era obra de la masa del pueblo, y sí solo la combinacion de algunos hombres atrevidos, que, conociendo los sucesos de la otra parte del mundo, se aprovecharon de una ocasion particular, y de un tiempo favorable para realizar sus deseos de emancipacion.

"De ahí proviene que los que fundaron nuestra independencia, no se atrevieron á declarar en su principio los designios que abrigaban. Continuaron profesando un humilde respeto por el trono que anhelaban destruir, y á inscribir al principio de todos sus actos, el nombre del monarca al cual le iban á quitar una parte de su corona, y á desmembrar su imperio (1)."

No trataré de pintar en sus pormenores los diferentes incidentes de la historia de los Esta-

(1) *Apuntes históricos*; por D. Andrés Lamas, Montevideo 1849, p. 19.

dos de la Plata, desde el dia en que el congreso de Tucuman proclamó su independencia, hasta aquel en que Rosas los sujetó á su absolutismo. Esta es una de las crónicas mas tristes y mas miserables que se conocen. La desorganizacion de una antigua raza usada y descompuesta, tomando como un signo de fuerza su ajitacion febril, presenta el mismo espectáculo de un pueblo jóven dispertando á los primeros gritos de libertad.

Desde 1816, hasta 1823, Buenos-Aires no tuvo menos de veinte gobernadores. No tuvieron lugar esos cambios numerosos á causa de algunos accidentes naturales ó de algunos artículos de la constitucion, sino por efecto de rivalidades individuales, de odios de partidos, y de luchas á mano armada. Balcarte conquistó el título de gobernador á la cabeza de sus tropas; como en tiempo de la degradacion de Roma los generales conquistaban la púrpura imperial. Sarratea, que ambicionaba el puesto, reunió á los soldados, le rechazó y tuvo el placer de ejercer el poder durante tres meses. Su succesor fué espulsado por el general Soler, el cual le fué á su vez una semana despues, por los insurgentes de Santa Fé.

Como si esas ardientes ambiciones no hubieran bastado para perpetuar el desórden, el cabildo y la junta agravaban mas los males del pais con su division. En 1820 la junta nombró gobernador á Martin Rodriguez, y el cabildo

quiso anular su nombramiento, y para lograrlo levantó una fuerza de dos mil hombres.

Rodriguez huyó, y luego volvió con el ejército que fué á reclutar en las campiñas. Tuvo lugar una batalla dentro de las mismas murallas de la ciudad. Rodriguez, victorioso, tomó posesion de su empleo de presidente. Entre los que le acompañaron en su espedicion, figuraba Rosas, á la cabeza de algunos centenares de gauchos. Esta fué la primera vez en que el futuro dictador apareció en la escena.

En 1826, Rivadavia, que habia ejercido con notable habilidad las funciones de ministro, bajo las órdenes de Rodriguez, fué llamado á la presidencia, sin lucha ni oposicion, no era ni un batallador ni un soldado de fortuna, sino un hombre distinguido de todos modos, ya por su mucho talento, ya por sus miras administrativas, ya por la elevacion de su carácter. No cometió mas que una falta; la de formarse una idea harto elevada de la comarca que debia regir, y creer que bastaba publicar algunos decretos para dotarla de establecimientos científicos, y darla las instituciones liberales de Europa; noble error que debe honrar al menos la actual generacion de su pais. Creyó tambien que para fortalecer el gobierno de los Estados de la Plata, era necesario centralizarlo. Fué él el gefe de esos unitarios, cuya nombre se aplica hoy á cualquiera que no adora á Rosas, y que no respeta á sus satélites. Reunidos los diputados de los Esta-

dos en un nuevo congreso general, no tuvieron bastante inteligencia para comprender el sabio pensamiento de Rivadavia. Cada uno de ellos creyó de su deber defender la independencia de su provincia; es decir, la organizacion del pais en distritos federales. Rivadavia tuvo contra sí la mayoría de la asamblea, y no quiso ni renunciar á su conviccion, ni trabar una culpable lucha como la mayor parte de sus predecesores.

Hizo dimision, y fué reemplazado por un hombre pacífico y respetable; este fué Vicente López, el cual hubiera podido hacer el bien general, si le hubiesen dejado el tiempo necesario para ello. Pero solo estuvo en el poder un mes. La junta, que necesitaba emociones guerreras, llamó para reemplazarle á Manuel Dorrego. No podia lograr mejor su objeto. Acababa Dorrego de instalarse en la silla presidencial, cuando apareció Lavalle con un ejército de soldados de la Banda oriental. Entró en Buenos-Aires, reunió una parte de la guarnicion, hizo retirar á Dorrego, y se constituyó gobernador.

Dorrego fué á reunirse á los gauchos de Rosas, y se preparó para penetrar en su infiel capital, con la fuerza de las bayonetas. Lavalle salió á su encuentro, y le dió una batalla. Rosas, que estaba muy pegado á su existencia, como hubiese presentido el alto destino que le estaba reservado, huyó precipitadamente.

Un año mas tarde, Lavalle, abandonado por sus partidarios, se vió reducido á entrar en negociaciones con el mas ardiente ausiliar de su enemigo; con Rosas. Mas que eso aún tuvo el dolor de saber que Rosas habia sido elegido presidente por la asamblea, y de verle conservar el poder durante tres años (del 29 al 32).

Al espirar su mando, Rosas, que conoció que no habia llegado aún su dia, se hizo colocar al frente de una espedicion contra los indios. Fué á las salvajes llanuras de los Pampas, como Napoleon á las de Egipto, dejando como él, que durante su ausencia se usaran los resortes de una débil administracion. Regresó el año 1835, y volvió á la presidencia no como en la otra vez, bajo la insoportable contrariedad de una junta móvil y turbulenta, sino apoyado con el voto de una asamblea de representantes, que le delegó un poder absoluto, *temporalmente*, segun dijo la cándida asamblea. Nada le importaban á Rosas las palabras. De una situacion especial y pasajera, él hizo una condicion permanente. Holló bajo sus piés quince años de ensueños de libertad, y de sistemas republicanos. Tomó el cetro del despotismo, y, no temais por él, pues supo guardarlo.

Indicar en algunas líneas su advenimiento al poder, como lo hemos hecho con los primeros, fuera cometer una ofensa de lesamagestad contra el soberano de los Estados argentinos. Este merece á lo menos un capitulo aparte. Trataremos de escribirle.

VIII.

BUENOS-AIRES.

Regularidad de las casas.—Las azoteas.—Astro de la noche.—Interior de las casas.—Los barrios pobres.—Edificios públicos.—La casa de Rosas.—La víctima de un dictador.—Poblacion.—Aspecto de la calle del Perú.—Los soldados.—El gaucho.—Costumbre general de la equitacion—Los carruajes.—Buques de los pampas.—Viajes de las caravanas.—Poblacion francesa.—Poblacion argentina.—La cinta.—La muger de Buenos-Aires.—Acojimiento hospitalario.—Los casamientos sin dote.

Despues de Rio-Janeiro, Buenos-Aires es la ciudad mas grande de la América meridional. Empezó por no ser mas que una miserable reunion de casas, tiendas y cabañas, que no podian resistir un asalto de los indios salvajes. Actualmente es la metrópoli de un pais inmenso.

Carlrruhe, Darmstadt, Berlin, Petersburgo, y la mayor parte de las ciudades de los Estados-Unidos, son de una regularidad muy notable, pero no conozco otra comparable á la de Buenos-Aires, cortada en línea recta, dividida por *cuadras* de igual dimension. Cuando se pregunta por la habitacion de una persona, os responden: Vive á dos ó tres cuadras de aquí, y teneis la medida exacta. El mismo espíritu de uniformidad que ha arreglado la anchura de las calles, ha presidido la construccion de las casas. Casi todas están regidas bajo el mismo plano. Un piso bajo, y ventanas con rejas de hierro; en el interior de las casas, un patio cuadrado, al que dan las habitaciones, sigue al patio un corredor, que suele terminar muy á menudo con otro patio. Muchos de los patios están sembrados por hermosas parras, ó por *catalpas*, que desde la calle presentan un aspecto magnífico. Pudieran tomarse estas casas por habitaciones de poetas que huyen del ruido de la calle, alumbradas por un hermoso cielo, y veladas por guirnaldas de flores, y macetas de verdura. Cada casa tiene su azotea, donde por la noche, á una hora determinada, vénse aparecer por una parte mil grupos de constelaciones que pudieran destronar la cabellera de Berenice, mientras que por otra suben una gran cantidad de jóvenes astrónomos, apasionados por el estudio de esas estrellas que brillan entre dos hermosns trenzas de cabellos negros, bajo una mantilla de blonda.

Lo que sucede en las aéreas azoteas, entre esos astros vivientes y sus adoradores, lo ignoro. Ningun docto guia me ha acompañado entre esas sombras eliseas de la ciudad argentina; y los Aragos de esos observatorios no revelan al mundo el resultado de sus descubrimientos. Debo creer, sin embargo, que los astros terrestres de Buenos-Aires, no son mudos é inflexibles, como los del cielo, y que entre ellos y sus fieles sectarios, se cambia mas de un testimonio de simpatía.

Las mugeres de Buenos-Aires.... Hé aquí una palabra que hace palpitar muchos corazones, y creo que harto pronto voy á emprender un trabajo que merece ser estudiado mas atentamente. Dignaos acordarme algunos momentos de reflexion, y permitidme bajar desde la altura de las azoteas hasta el piso bajo de las casas. La habitacion de la familia argentina está dispuesta, así como la de todas las ciudades de las comarcas meridionales, de manera, que para el europeo acostumbrado á los muebles de los países septentrionales, parecen desnudas de lo principal; un suelo enladrillado, paredes pintadas de blanco con cal, dos ó tres sillas de madera de construccion americana, una mesa, un espejo, y eso es todo. Unicamente se distinguen las familias bien acomodadas con un salon tapizado con papel pintado, y rodeado de sillones. Allí es donde conducen inmediatamente á los que les visitan, y con un inocente orgullo esperimentan

la sorpresa que les causa sus muebles. Si el estranjero inadvertido pasa delante de ellos sin lanzar un grito de admiracion, el bueno del propietario le detendrá de mueble en mueble, como á un botánico junto á una planta en el jardin que cultiva apasionadamente, y le esplicará todo el trabajo que le ha costado poseer aquellas obras de ebanistería, lo que pagó por ellas, y el buque que se las trajo. Respetemos su candor. No hace mucho tiempo que los dignos habitantes de Buenos-Aires estaban aún en las primeras letras de nuestra civilizacion, y cada objeto de lujo que pasa aquí por los registros de la aduana, es como un trofeo de conquista del genio industrial de la Francia; dichosa conquista, mas atractiva que la de la guerra, y mas segura que aquella que puede operarse por medio de las negociaciones diplomáticas.

De esa habitacion en la que se os recibe con una amabilidad muy grande, vamos á la acera de la calle; las aceras son de ladrillos y bastante fatigadas, las calles largas y derechas, y con sus líneas de casas bajas é iguales, pintadas de blanco, ó cubiertas de un tinte parduzco, á causa de la humedad de los vientos; parécense á las paredes de una ciudad no acabada de construir. Las que están cerca del puerto, se hallan llenas de tiendas y almacenes, quincallerías, platerías, sastrerías, modistas. Toda la caprichosa invencion parisiense está allí de cuerpo presente, en oro y seda. Mas allá de esas regiones brillantes, hay

grandes barrios, pero sombríos y silenciosos, capaces de infundir una verdadera tristeza á cualquiera que penetra en ellos: sus cuadras están compuestas de una reunion de casas miserables: semejantes á las de los fellahs de Egipto, tienen una puerta muy baja y una ventana, por la cual se ven niños medio desnudos, arrastrándose por el suelo, un gaucho con pantalon rasgado, medio endormecido bajo la fuerza del aguardiente de caña ó del *mate*, y una muger de pálido rostro, cosiendo ropa blanca. La yerba crece sobre las aceras, y el centro de las calles, enteramente desprovisto de empedrado, es un lugar lleno de polvo en verano, y de barro en el invierno.

Hay entre todas estas calles una á la cual, yo no sé por qué olvido, ó con qué intencion epigramática, se le ha dado el nombre de *Calle de los Estados-Unidos*, y que es una de las cloacas mas espantosas que es posible imajinarse. Si el actual ministro de los Estados-Unidos no tuviera harto talento para ser quisquilloso, hubiera ya reclamado contra la injuria hecha á su país con la denominacion aplicada á semejante monton de inmundicias.

Esos barrios son los limbos de un mundo en el cual empieza á brillar la luz europea; es la última línea de transicion entre el movimiento de la ciudad, y el sombrío silencio de los pampas. El poder de Rosas no se ha dignado aún rebajarse hasta esa miserable mitad de su capi-

tal, y de los fondos cuyo libre empleo le abandona tan ámpliamente la junta, nada ha podido ahorrar aún para igualar esos terrenos y limpiar esos charcos.

Volviendo al centro de la ciudad, quisiera al caminar, enseñaros uno de esos edificios, tales como los españoles los han fundado en tantas partes del mundo, inspirados por su fervor religioso, ó por su fausto real. En vano le he buscado; no existe uno solo. Las iglesias de Buenos-Aires, no son notables mas que por la profusion de sus adornos, y los otros edificios públicos, tales como la Universidad, la Biblioteca, y la casa de los representantes, es de lo mas vulgar.

Sin embargo, no hay un solo estranjero que no haya oido hablar con admiracion á algunos hijos de Buenos-Aires, de la plaza de la Victoria y de los monumentos que la rodean. Hay el Recoba, larga línea de casas pintadas con cal, y que honran con el nombre de construccion moruna; el Cabildo, otra línea de arcos sobre la cual hay una torre y un campanario, que comparan los hijos del país con las casas municipales de Paris y de Bruselas; un obelisco de ladrillos que pudiera compararse con el de Luxor, y una iglesia de columnas no concluidas, una cúpula pesada y una mala fachada, que debe considerarse oficialmente como una obra maestra del arte.

Olvidemos esas pequeñas vanidades, nacidas de una ignorancia que merece indulgencia, ó de

una ilusion hija de un patriotismo que debe respetarse.

En todo Buenos-Aires no he visto mas que un hermoso edificio, la casa de Rosas. Ha sido construida ésta sobre el plano general de las demas, pero por un hábil arquitecto, y sus dimensiones no han alterado en nada su elegancia. Ella sola forma una cuadra. Ninguna barrera impide acercarse á ella, ningun cuerpo de guardia indica su entrada. Vénse solamente algunos soldados con *chirinas* rojas, y el grupo que forman es la única muestra de que no pertenece aquella casa á un simple particular. Hace algunos años que tuvo lugar allí un drama que resonó en todo el país. Acababa de construirse la casa y de habilitarla Rosas, cuando corrió un dia por la ciudad la noticia de que el restaurador de las leyes, el salvador de la patria, habia sido amenazado de un grave peligro. Una máquina infernal mas terrible que la de la calle de S. Nicasio, y que la de Fieschi, se habia dirijido contra él; una mina construida bajo sus habitaciones debia hacerle volar con toda su familia. Por fortuna, la Providencia velaba sobre los dias de aquel que tomó, como á otro Saul, bajo su egida, en bien del pueblo de Israel, es decir, de la república argentina. Vibraron las campanas, y se abrieron las iglesias para dar gracias á Dios por su favor. Se cantó el *Te Deum*, se hicieron arengas y proclamas, llenas unas de sentencias hiperbólicas, sembradas otras de palabras san-

grientas. Mientras uno de los arengadores se agotaba por encontrar términos bastante enfáticos para proclamar á la faz del mundo la grandeza de Rosas, y otro publicaba que su brazo vengador no se cansaria de derramar la sangre inmunda de los salvajes caribes, *id est*, de los enemigos del dictador, la activa policía no perdia el tiempo en vano. Buscaba sin cesar al autor del complot, cuya sola idea hacia estremecer los mas impasibles corazones. Y se encontró; este monstruo abominable era un honrado negociante de Stegman, muy estimado hasta entonces por todos aquellos que le conocian, que vivia tranquilamente, y gozaba de una particular consideracion en el barrio; por supuesto que el hipócrita fué inmediatamente encarcelado. En vano protestó contra la acusacion que pesaba sobre él; en vano afirmaba que durante su vida no habia hecho la menor escavacion. Pidió por lo menos, tanta era su impudencia, que le dejasen ver una parte de la mina, con el objeto de probar matemáticamente que jamas pudo haber emprendido semejante trabajo. La policía argentina no fué bastante incauta para dejarse conmover por razones tan pequeñas. A despecho de sus protestas y peticiones, Stegman fué conducido á los plomos de Venecia, llamados cárcel de Santos Lugares, y permaneció largo tiempo allí, y salió completamente arruinado. Hay gentes que dicen que su crimen fué el de poseer, cerca del palacio de Rosas, una modesta habi-

tacion que embarazaba las ideas arquitectónicas del dictador, y tener á su propiedad el mismo apego que el molinero Sáns-Souci tenia á su molino. En los diferentes pasos que se dieron para lograr la concesion de aquel terreno, quizás pensaba su propietario lo que el carpintero de Postdam, que decia que en Berlin habria jueces. Probáronle empero que Buenos-Aires no era Berlin.

Si las largas líneas de las casas de Buenos-Aires, con sus fachadas pardas ó blancas, pintadas de rojo en sus bases, porque asi le place al gobernador, forman por su uniformidad en la construccion y en el color un cuadro muy monótono, en cambio, hay aquí una poblacion de una variedad muy curiosa y de un carácter muy orijinal; en primer lugar vénse á los españoles, hijos de los conquistadores del pais, que impusieron á este el uso de su idioma, y luego á los colonos de Europa, ingleses, alemanes, franceses, sardos, vascongados, y bearneses; siguen á estos los negros, á quienes la ley libertó; luego, los mulatos, los indios, y en fin, los gauchos.

En diferentes paises he sido mas de una vez sorprendido por la escena que presentaba en un mismo punto la reunion de varias razas heterogéneas. Pero ni los lapones vagando con sus cabellos negros y sus vestidos de piel de rengífero en las ciudades septentrionales de Suecia y de Noruega, ni los kalmucos, ni los tártaros y los circasianos, al pasar entre los palacios de S.

Petersburgo, ni los europeos mezclados con los turcos en los mercados de Smyrna y de Constantinopla, ni los judíos y los árabes bajando de la antigua ciudad á la plaza de Argel, no me han presentado un contraste tan notable como este, que sorprende á cada paso al estranjero recien llegado á Buenos-Aires.

Para ayudarme á presentaros algunas de esas imágenes cuotidianas, suponeos que por algunos instantes me haceis el favor de acompañarme á un paseo pedestre al través de algunos barrios de la ciudad. Entremos en la calle del Perú. A derecha é izquierda, no se vé mas que el lujo de las invenciones de nuestro pais, almacenes de muebles, platerías y peluquerías. Aquí están las últimas sederías venidas de Lyon, y las últimas cintas de San Estevan, las mas recientes formas de los corsés y de los gorros; detrás de una ventana enrejada, vése á una jóven preparar una guirnalda de flores, que pudiera figurar muy bien en uno de los salones del barrio de San German; un sastre coloca en los cristales de su tienda el nuevo grabado del *Journal des modes*, que recibió por el último paquete, y ante el cual se paran los elegantes; un librero arregla metódicamente detrás de su mostrador una coleccion de libros. Sin duda le embazararéis mucho si le pedís una de las obras de Garcilaso de la Vega, pero en cambio os ofrecerá todas las novelas de Dumas, de Sandeau y las

poesías de Alfredo de Musset: esto se parece á una de nuestras librerías de Paris, con un acompañamiento de chalecos de escarlata, tales como se veian en Paris, despues de nuestra revolucion de Febrero.

Demos otra vuelta, y pasemos ante las tiendas inglesas, ante el ingenioso taller de Fabrier, que con igual habilidad haria vuestro retrato al óleo que al daguerreotipo; ya estamos cerca del Cabildo, cárcel de la ciudad, y asiento de la policía. La escena se transforma aquí en un solo momento. Hace un instante, os encontrabais en Europa; ahora estais entre la primitiva América, en la religion de los pampas. Bajo esos portales hay un gran número de soldados, que en nada se parecen á los nuestros; hay negros y blancos, unos con uniformes, y otros sin ellos. Uno se envuelve en un *poncho* indio, otro viste una chaqueta británica; algunos cubren su cabeza con un pañuelo, otros con un gorro muy puntiagudo, y los hay que llevan un sombrero redondo; cada uno viste segun su capricho ó su fortuna. ¡Feliz libertad! Unicamente en una cosa guardan uniformidad, y es en la franja de los pantalones, y en sus piés descalzos. Yo creo que entre las tropas de Rosas, los grados se distinguen sobre esta parte inferior del cuerpo: para los soldados, la simple epidermis, con la cual ha provisto la naturaleza á todos los hombres; para los sargentos, los zapatos de cuero; para los oficiales las botas de cuero, y para los generales,

las botas de charol. Este es un sábio modo de arreglar las gerarquías militares, pues para conocer el rango de sus superiores, no tiene el subalterno mas que bajar los ojos.

Mientras os entreteneis observando el abandono con que estos defensores de la pátria hacen su guardia y llevan el fusil, oís resonar por la calle el ruido de unas herraduras; llega un caballo á golope con la crin flotante, humeando sus narices, impetuoso aún como cuando brincaba con toda su fuerza indomable; luego se para de repente bajo la vigorosa mano que le domina, y parece que sus cascos están clavados en el suelo. Es el caballo de las vastas estancias, y el que le monta es el gaucho. Este es el verdadero soldado de la América del Sur, es el hijo de los pampas en toda la hermosura varonil. El soldado del Rio de la Plata tiene el paso pesado, y no necesita como Anteo el contacto de la tierra, sino el de los flancos del caballo que ha *lazado* él mismo entre un ganado salvaje, y que ha domado con su audacia. Siendo menos ligero que el beduino, menos gracioso que el árabe, y menos imponente que el turco, con su ancho turbante y su vestido flotante, el gaucho lleva un trage y guarda una actitud que llama mucho la atencion. Bajo su sombrero de paja blanca, aparece una figura varonil tostada por el sol, y rodeada de negros cabellos. Una chaqueta de color brillante cubre su pecho, y un poncho de lana tegido en la Charca flota sobre

sus espaldas, dejando á sus brazos una completa libertad. Cíñele la cintura una faja de cuero, que en uno de sus lados deja ver su ancho cuchillo, del cual se servirá igualmente para destrozar un toro, que para matar á un enemigo, y en el otro sus patacones (1) ó las armas de oro que son toda su fortuna. En los juegos de las pulperías, si la suerte le es funesta, hará saltar succesivamente con su cuchillo, cada una de esas monedas de oro ó plata, y las arrojará sobre la mesa mientras queda una sola de ellas. Envuelven sus muslos la chiripa roja, que es una especie de manto oblongo, ceñido en su cintura, que cae en pliegues triangulares sobre sus rodillas; de esos pliegues salen las bandas bordadas ó adornadas con franjas de su pantalon blanco. Algunas veces al estremo de esas franjas, cuelgan dos piés descalzos, espuestos al aire libre; otros calzan hermosas botas europeas. Muy á menudo se conforman con las costumbres del pais: sacan, por medio de una incision circular practicada á la altura de la rodilla, la piel de las piernas de un caballo, la hacen pasar por el casco, la machacan con arena para ponerla blanda, y se construyen de este modo un par de botas sin costura, que medio dobladas les cubre las pantorrillas y las plantas de los piés, dejan-

[1] Moneda de plata del valor de un peso.

do únicamente en descubierto el estremo del pié con el cual se apoya en los estribos. Apoyados de este modo, nada les falta para gozar de toda libertad de la vida. Tienen dinero para saborear los encantos de la pulpería, un caballo para llevarles por el inmenso espacio, una silla y una manta, que le sirve de almohada y de manta para su cama. Nada deben envidiar, pues, á las artificiales concepciones de la civilizacion. El gaucho es un hombre libre por escelencia, es el rey de la naturaleza salvaje. En las anchas ondulaciones de los pampas, todos los gauchos pueden decir como los corsarios de Byron en el seno de los mares:

"Over the gland watters of the daks blue sea."

Todos los habitantes de Buenos-Aires participan de las costumbres del gaucho, respecto á la equitacion. El caballo es casi el único medio que existe para poder viajar en estas comarcas: el médico hace sus visitas á caballo, el corredor visita á caballo todas las tiendas: cada muger, cada muchacha, ha aprendido desde su infancia á montar. A cada paso se encuentran por las calles, caballos inmóviles al pié de las aceras; ya es el del abogado que visita á su cliente, ya el de un enamorado que lleva un ramillete á su novia, ó el de un negociante que organiza con uno de sus compadres un cargamento de harina. El ginete al desmontarse, echa la brida sobre el

cuello de su caballo, y el fiel animal espera impaciente en la calle, que su señor haya concluido su tratado de comercio, ó su romance amoroso. En esta numerosa caballería, suceden lances muy frecuentemente. La mayor parte de los caballos tienen las piernas delanteras rotas, á causa de la impetuosidad con que les hacen galopar, ó ir al gran trote, y de la violencia con que de repente les detienen. No se pasa un solo dia sin que lleven á su casa á un infeliz ginete con un miembro de menos, ó una costilla rota. Esas catástrofes se miran aquí con la misma indiferencia con que se miran en los Estados Unidos las esplosiones de las máquinas de vapor. Por eso se continúa montando á caballo, como si nada hubiese sucedido, y el mismo que ha sido ya víctima de su ardor y ó de su imprudencia, desde que está restablecido de su caida, no desea mas que volver á montar.

El hecho es, que por la disposicion particular de las casas, de las cuales cada uno suele contener una sola familia, la ciudad de Buenos-Aires, que no cuenta mas que ciento veinte mil almas, ocupa un enorme espacio, y á menos de perder un tiempo considerable, yendo de una parte á otra, no se puede ir á pié; añádese á esto que no hay ni omnibus, ni coches de alquiler. Unicamente algunos ricos comerciantes poseen un carruaje, como un raro objeto de lujo. Algunos alquiladores de coches guardan bajo sus cielos rasos unos cuantos de estos, comprados sin duda

entre los antiguos que se han vendido en Paris por necesitar una reforma; y como el empedrado de Buenos-Aires es tan desigual, es muy cansado recorrer esas calles en unos coches que han mecido á la puerta del Luxemburgo ó en el patio de las Tullerias á los ricos ministros del directorio, ó á los generales del imperio.

La república argentina tiene tambien sus carruajes indígenas, carruajes que no es posible reemplazar con otros. El primero, es decir, el mas elegante, es la galera, y no podia dársele mejor nombre, porque es una verdade ra galera; es una monstruosa caja de madera, sentada sobre dos monstruosas varas. Las enganchan ocho caballos como en las llanuras arenosas de la Valaquia, y con un vehiculo semejante, una porcion de viajeros van á una estancia: el segundo, es el carro de trasporte á carreta, que pudiera muy bien compararse á los carruajes seculares de los antiguos galos. Se emplea en su construccion un árbol entero, una viga para hacer su timon, otra para hacer el eje, y no sé cuántas ramas gruesas para hacer las llantas de las ruedas, que tienen generalmente diez piés de diámetro. Sobre el eje se construye, con el objeto de reunir en caso de naufragio á todas las razas animales, una arca jigantesca cubierta con cuero de buey, cerrada por tres parajes, y abierta únicamente por delante, como una cuba; allí encaja el carretero toda la carga que se le ha confiado; engancha á tan pesado convoy tres pares de bue-

yes, se sienta entre los dos últimos, con las piernas cruzadas sobre el timon, y con una gran percha en la mano, con la cual pincha á todos los animales. Si se cansa de estar sentado, sube á su carreta, sobre la cual está suspendido como un mástil sobre un buque otra percha, que por medio de un fácil mecanismo se menea á su voluntad, y llega hasta herir los flancos del primer par de bueyes.

Los que hayan visto los primitivos convoyes de los desiertos de Rusia, ó del cabo de Buena-Esperanza, podrán solo representarse con alguna exactitud las caravanas argentinas, formadas de diez, quince, veinte ó mas carretas, caminando lentamente en hilera, en los profundos carriles, en los caminos llenos de polvo, ó en el vasto espacio que solo se puede recorrer con un guia esperimentado. A lo largo de esa linea de carretas, vése á un hombre á caballo, presidiendo á los movimientos de la caravana, y arreglando sus acampamentos. A esas carretas se las puede aplicar muy bien las cualidades que se atribuyen al camello; ellas son los navíos de los pampas. Un negociante las fleta como las embarcaciones en Mendoza ó en Santa Fé, las carga de leña, de frutos, de cueros ú otros productos del pais, y las espide á su consignatario de Buenos-Aires, que las remite luego con un cargamento de géneros, muebles ó licores. De este modo, los productos europeos, van desde el puerto del Havre, ó del muelle de Liverpool, hasta el pie de los Andes.

La caravana no hace mas de cinco á seis leguas por dia; por la noche, se detiene en los pastos, y toma todas las precauciones para ponerse al abrigo de las dos razas enemigas; los indios, y los trgies. Las carretas, colocadas en círculo, forman una palizada, en medio de la cual se enciende carbon para componer el asado, y espantar á los animales feroces. Si hay alguna apariencia de peligro, colócanse dos ó tres hombres de centinela por turno, mientras sus compañeros duermen en el suelo, ó en una de las carretas. A su llegada á Buenos-Aires, todos se acampan del mismo modo. Hay en esta ciudad cuatro ó cinco plazas muy grandes, que son otras tantas radas donde esos buques tnr restres echan el ancla, desnudando los cables que enlazan sus bueyes. El carretero se queda allí tranquilamente, sin curarse lo mas mínimo de ver el obelisco de la plaza de la Victoria, ó las grandezas de la calle del Perú. Su carreta es á un tiempo su techo y su almacen. Durante el dia, trabaja para cargarla ó descargarla, durante la noche descansa en ella. Algunas veces lleva consigo á su muger, que asa al aire libre una pierna de carnero, ó le prepara su *maté*. En las horas de recreo se reune á sus amigos, que como él, son fieles á sus tiendas nómadas. Muy raro es que en la cohorte ambulante no haya uno que sea músico, y cante algunas arias del país, paseando sus dedos sobre las cuerdas de una guitarra. Si á este concierto, que hace estar atentos á todos

los auditores, y provoca muy á menudo entre ellos ruidosas carcajadas, se pueden añadir las delicias de una botella de aguardiente de caña, entonces son gente muy feliz, tan dichosa, que su felicidad se esparce al rededor de ellos, y se comunica á cuantos se les acercan.

Muy á menudo en la filosófica pereza que me conduce de una parte á otra con mi nuevo doctor dinamarqués Saxild, he quedado fascinado por el singular efecto de tan pintoresco cuadro. ¡Qué trajes y fisonomías tan dignas del pincel de Callot! ¡Qué brillantez en los ojos, qué franca esplosion de alegría á cada repeticion de un refran epigramático ó burlesco! Cada uno de esos hombres tiene una fisonomía que verdaderamente rebela su honradez, y toda mi vida sentiré amargamente no haberme podido embarcar con ellos, para seguirles al través de los diferentes incidentes de su marcha, en una de sus lentas travesías.

Los carreteros y los gauchos, forman la parte mas pintoresca de la poblacian de Buenos-Aires. Tratémos empero de ver las otras. Hay en esta ciudad unos ciento veinte mil habitantes, y mas de la mitad de ellos son estranjeros de diferentes naciones. Es tan difícil tener sobre esto datos oficiales verdaderamente esactos, que solo podré dar de ellos una estadística aproximativa.

He visto á los celosos agentes de nuestro gobierno solicitar durante dos meses á la capitanía

del puerto y á la policía, el número de nuestros compatriotas establecidos en Buenos-Aires, sin haber podido obtenerlo. Parece que nuestra colonia francesa se compone aquí de unos diez y nueve ó veinte mil individuos. El cónsul sardo me ha asegurado que sus compatriotas no bajan de veinte y cuatro mil, y los ingleses, americanos, alemanes y escandinavos, no bajan entre todos de veinte y cinco mil.

La poblacion francesa, que mas que las otras me interesa, ocupa en esta capital una posicion bastante respetable. No se encuentra aquí, como en el Oriente y en los Estados-Unidos, esos destacamentos de industriales vagabundos, que en su fatal audacia van mas allá de los mares á buscar por medio de vergonzosas prácticas, unos medios de existencia que no saben encontrar por medio de un trabajo honroso. Esta colonia se compone de negociantes y trabajadores; representa todas las profesiones liberales y manuales de la sociedad, desde el médico que ha adquirido sus grados en nuestras facultades, hasta el sastre, discípulo de Belin ó de Staul, y el peluquero que se ha formado en las peluquerías del Palacio-Real. Desde algunos años á esta parte, esta colonia ha crecido mucho con la emigracion de Montevideo, donde nuestros mercaderes, sitiados durante siete años, veian desaparecer sus capitales de dia en dia en sus desiertas tiendas, entre la línea de Oribe, que cerraba toda comunicacion con la campiña, y el abandonado

puerto. Muy á menudo he conversado con esos negociantes, y no he encontrado uno solo que no considerase Buenos-Aires como un destierro, y que no aspirase á volver tan pronto como se lo permitieran las circunstancias, á su querido Montevideo, donde segun dicen ellos, la vida es mas tranquila, y donde antes de la deplorable crísis en que nos hemos comprometido, se hacian negocios de oro, valiéndose de las palabras de los comerciantes. La república argentina, les es sin embargo, muy favorable. Rosas, que trata á los estancieros de su libre república, poco mas ó menos como Mehemet-Ali trataba en su omnipotencia á los fellahs de Egipto, Rosas se ha impuesto la ley de proteger á los estranjeros. Cuando la diplomácia estranjera entra en negociaciones con él, esta respuesta es uno de sus principales argumentos: "Hé aquí lo que hago por vuestros compatriotas, dice á los ministros inglés y francés. ¿No gozan de todos los privilegios de ciudadanos? ¿Sufren acaso la menor injusticia ó la menor vejacion?"

A pesar de esta benigna política observada, es cierto, con los estranjeros, por Rosas, parece que Montevideo encierra un maravilloso encanto para todos los que han vivido dentro de sus muros. Volveré á esta cuestion.

En las calles de Buenos-Aires se distinguen los indígenas de los estranjeros, con la cinta roja que brilla al rededor de su sombrero, ó al ojal de su levita, como un signo de union, segun dicen

los cortesanos del dictador; pero no existe un solo sér sensato, que no vea en eso una señal de vasallaje, impuesto por un hombre que se llama presidente de un Estado libre, de toda una poblacion aterrorizada desde hace veinte años por sus crueldades, y sujeta á él por su astucia.

Esta poblacion, que permanece con la cabeza inclinada bajo el yugo que se fabricó ella misma, es una de las mejores razas humanas que he encontrado en todos mis viajes. Los porteños reunen á la cortesanía de los españoles, las costumbres hospitalarias de los paises del Norte, y las porteñas son encantadoras. Tienen un tipo particular, que reune á la vivacidad infantil de las andaluzas, la dejadez de las habaneras; un rostro oval y fino, como el de un camafeo antiguo; el color blanco, los ojos negros, hermoso y abundante pelo. Su educacion se parece muy poco á la que reciben nuestras jóvenes de Europa, que muy temprano aprenden á coser bajo el cuidado de una vigilante madre, ó de una severa maestra, y rodeadas de libros, como si debieran sufrir un exámen de bachiller en letras. Las porteñas trabajan muy poco, y aprenden muy pocas cosas; pasan todo el dia en la indolencia, y al caer la tarde, peinan su hermosa cabellera, enlazando con ella artísticamente la cinta encarnada, de la cual Rosas ha hecho una insignia republicana, y ellas un adorno de pura coquetería. Asoman su rostro al ponerse el sol, como las hermosas de noche, en las calles, en

las tiendas, en las azoteas ó en los salones. Debo decir que la conversacion con ellas está encerrada en muy estrechos límites. Su objeto principal se resume en los incidentes de familia ó en los de sus salones. La relacion de un paseo á caballo, de un accidente dramático, el anuncio de un baile, ó la apertura de un establecimiento, son incidentes de mucho ruido para ellas, y el objeto de todas sus pequeñas é interesantes intrigas.

La discusion política se mira como muy peligrosa en unos círculos en donde se pasea continuamente la sombra del dictador; el mismo objeto diera en otros países un inmenso lugar á los asuntos de artes y de literatura. Pero las amables porteñas ignoran hasta la primera palabra de esas cuestiones académicas, que ni siquiera les llaman la atencion. Para ellas, el mundo empieza y concluye en Buenos-Aires. Al principio, esta falta de educacion literaria, templada únicamente por la lectura de algunas novelas, produce una estraña impresion en los viajeros acostumbrados á los grandes salones donde el dardo de las palabras hiere muy á menudo cuestiones muy graves. Mas tarde, acaba uno de encontrar no sé qué agradable satisfaccion en la ignorancia de las porteñas; entonces, ya no se probará siquiera una vez de hablarles de Shakspeare ni de Gœthe; y se dirá uno, que no hay necesidad de pensar en las ficciones de los poetas, ante la realidad de la poesía, ante las imáje-

nes vivas de la hechicera Miranda, de la tierna Clara, ó de la noble Cordelia. Nada existe mas gracioso y espansivo que el recibimiento de las porteñas. Os tienden la mano, y desde la primera visita os dirijen las mas cariñosas palabras. Concluidos todos los cumplimientos de costumbre, os sirven el maté, y la *bombilla* que habeis colocado entre vuestros labios, pasa sucesivamente de una boca á otra. En la verdadera franqueza de los hijos del país hay todavía ciertas costumbres mucho mas singulares. En la segunda ó tercera noche que pasáreis en una tertulia, vereis á una muger partir con los dedos una tostada de *baba*, y presentaros muy sencillamente con la punta de sus dedos una de las dos mitades. Otra, deseando asegurarse de que vuestro té está bastante dulce, mete en vuestra tasa la misma cuchara con que ha tomado el suyo. En la comida, mientras los hombres os propondrán beber á la inglesa un vaso de vino de Madera, el ama de la casa ó una de sus hijas, ensartará en la punta de su tenedor un trozo escogido, y os lo mandará al otro estremo de la mesa por un criado. Bajo pena de pasar por un hombre muy mal criado, no podeis rehusar este agasajo. De dos pequeñas y blancas manos, y de dos labios rosados que se han rozado con el tenedor, esta fineza argentina no es fácil rehusarse. ¡Pero algunas veces! .... en fin, es una de las leyes del país, y es un deber del viajero someterse á todas las leyes de los paises que visita.

En su entrada al seno de las familias de Buenos-Aires, cuyo lenguaje y modales son tan cordiales, mas de un estranjero se habrá creido pisar un país enriquecido de aventuras, y habrá entregado su imaginacion á millares de risueñas ilusiones. Pero por poca sagacidad de que esté dotado, no tardará mucho en conocer que se ha lanzado con harta ligereza á los dorados ensueños, perdiéndose en los espacios imaginarios. Al dia siguiente volverá notablemente agitado á la morada donde se han desvanecido sus esperanzas, y seguirá yendo una semana entera, todo un mes y una noche, al colocar su cabeza entre sus manos, examinando á sangre fria su situacion, se verá obligado á confesarse, que, desde el primer dia le concedieron cuanto querian concederle; palabras lisonjeras, miradas tranquilas y sonrisas afectuosas. Nada mas, ni nada menos. Para conquistar la plaza cuyas avenidas le han abierto, es preciso que su novela se cambie en historia, que el sendero por el cual empezaba á caminar tan arrogantemente, termine en la Igelsia; en una palabra, debe renunciar á su loca libertad de celibato, para someterse á las concienzudas obligaciones del pacto conyugal.

Las porteñas, sin esceptuar una sola, ni las mas frívolas en apariencia, no tienen mas que un objeto, pero un objeto del cual nada puede desviarlas; es el matrimonio. Todo lo que tienen de gracias naturales y adquiridas, deben emplearlo sabiamente para que las conduzca lo mas

pronto posible al santo sacramento, que es su única esperanza. Las obligaciones exorbitantes que algunas de ellas se imponen. verbigracia, aprender á decir algunas palabras en iglés ó en francés, á cantar un poco, ó pintar una flor, las destinan á darse una superioridad notable entre sus numerosas rivales, y á que les haga ganar cuanto antes la corona nupcial. En esta perpetua preocupacion de un mismo pensamiento, cada casa argentina adornada de algunas jóvenes, es un punto céntrico, donde todas las hermosas cazadoras se ponen en acecho. ¡Cuidado con el pájaro nómada! ¡El mas temerario peligra al acercarse á ellas! Cada rayo de sus ojos es una flecha, cada sonrisa de su boca un lazo, cada bucle de sus cabellos, un peligro.

¡Hermosas y agraciadas jóvenes! Ni debemos guardarlas rencor por las lijeras trampas que nos tienden. En primer lugar, nadie puede acusar los deseos de tener marido, pues son deseos muy laudables, que están santificados por la Iglesia, y coronados por la sociedad. En segundo lugar, este deseo que es tan natural, es muy difícil de realizarse en Buenos-Aires. Aquí las jóvenes no reciben dote ninguno, antes al contrario, al dejar el techo paterno, dejan en él cuanto tenian, ropa blanca y joyas, de modo que el esposo está obligado á rehabilitarla completamente; las guerras civiles, los asesinatos de la Mashorca, el terror inspirado por Rosas, y la emigracion que ha seguido, han robado á la ciudad una gran can-

tidad de jóvenes. Existen, pues, en Buenos-Aires, tres cuartas partes mas de mugeres que de hombres. Ya os será facil conocer, con estos datos, lo dificil que es casarse. El título de soltero es, pues aquí, á los ojos de la mayor parte de las familias, de primer órden, y al que le inscribiera en sus tarjetas de visita, produciria, á mi modo de ver, mas efecto que aquel que grabara en ellas una corona ducal.

El estranjero que se presenta con él en las sociedades argentinas, puede estar seguro de ser en breve el objeto de una gran cantidad de injeniosas y tiernas intrigas. Si demuestra alguna inclinacion por una de las hermanas en un círculo de familia, al instante las demas, bien que tal vez cada una en particular hubiese tenido sus pretensiones, se unen para secundar en su campaña matrimonial á aquella que parece tener mas probabilidades de buen éxito. Ademas de el sentimiento de afeccion que las impulsa á desear el triunfo de la preferida, hay para ellas un doble interés. Una vez casada la hermana, existe una rival de menos, y el dia antes de su boda, heredan todos sus chales, sus vestidos y sus collares. Si á pesar de sus orgullosos proyectos de libertad, el viajero se encuentra alguna vez enlazado en la red de una de esas conspiraciones, no creo yo que deba arrepentirse. Es verdad que no podrá hablar con su muger ni del sabio mecanismo del sistema constitucional, ni de la elocuencia de Foy, ni de Casimiro Perrier

ni de la filosofía de Kant, ni de la poética pintura de Scheffer, ni de las antigüedades de Italia, ni de los paisajes de Suiza, porque todas esas cosas le son enteramente desconocidas é indiferentes. Ademas, tendrá el sentimiento de ver en pocos años la hermosura de la flor que ha conquistado, cecarse como la yerba de los campos. Pero en ese árido banco de arena que ofrece la educacion de las porteñas, encontrará dulcísimas compensaciones, pues dicen que son muy buenas esposas y buenas madres, dos virtudes que valen mucho mas que cualquiera otra cosa.

IX.

LA BOCA.

Movimiento de la poblacion sobre el camino de la Boca.—E puente.—Diversos produc tos.—El lavado.—Poblacion de las barracas.—Los saladeros.—Los vascos.—Sus costumbres nacionales.—Su situacion material en la Plata.—Alrededores de Buenos-Aires.—Productos agrícolas.—El hombre.—Carácter indolente y apasionado.—La jóven enferma.

La rada lejana donde se detienen los buques de algunos centenares de toneladas, no es el solo puerto de Buenos-Aires. Otro hay cerca de la ciudad, á cerca de una media legua por la parte del Sur. Allí es donde los lanchones van en busca de los diversos productos de los saladeros para transportarlos á bordo de los buques

de la rada, y es tambien el lugar donde van los barcos de cabotaje, que hacen por los rios el mismo servicio que las carretas por tierra.

El que recuerde la estension del Paraná y del Uruguay, y el número de rios que desaguan en él, cerrando un inmenso terreno, desde el Brasil hasta los confines de la Patagonia, y desde el Paraguay. hasta los límites de la república argentina, y sepa que algunos de esos rios son navegables hasta quinientas ó seiscientas leguas de distancia, y que los demas lo fueran con poco que se gastara para ello, y que algunos grandes trozos de terreno pudieran ser reunidos por medio de canales, no podrá menos de entristecerse al ver la poca utilidad que sacan de esos magníficos dones de la naturaleza.

Quizás nada hace conocer tanto como esto, el estado de infancia agrícola é industrial de las provincias argentinas, el estado de marasmo en que las sumieron las discordias aviles que siguieron á su emancipacion, y por la atroz dictadura de Rosas, cuyo carácter puede resumirse en dos palabras, ferocidad é imbecilidad; la ferocidad del animal carnívoro, y la imbecilidad del salvaje, no en lo que respecta al aumento de su propio dominio, sino en lo que respecta á los intereses y prosperidad del país.

Tomándolo solo por el punto de vista pintoresco, el pequeño puerto de que os hablo, el puerto de la Boca, es muy digno de visitarse por lo curioso que es. Muchas veces he ido yo á

visitarle, y de todas mis escursiones en los afueras, es una de las que mas recuerdos agradables me ha dejado. Es verdad que en esos paseos pedestres tenia siempre por compañero á un intelijente compatriota, que en las atractivas relaciones de sus numerosas odiseas, me llevaba de las llanuras de la Picardía á los sitios pintorescos de la Nueva-Zelandia, donde habia poseido una bahía y un valle, y del espléndido panorama de Rio Janeiro, á los desiertos de la Patagonia.

Un ancho camino reune el puerto de la Boca con Buenos-Aires. Desde la mañana le cruzan á caballo el corredor ó el dependiente de una casa de comercio, las carretas de transporte, el lechero, sentado y con las piernas cruzadas sobre sus jarros de tierra, corriendo á galope hácia la ciudad, donde lleva su mercancía. Este es un nuevo método para que la leche se ponga espesa, y venderla en la ciudad como una especie de crema. De cada lado del camino se estienden llanuras pantanosas é incultas, donde los ganados pacen con toda libertad; es la naturaleza salvaje, junto á la vida social: este contraste se ofrece aquí á cada paso. En el centro de este mismo camino, se eleva un pilar de madera con esta inscripcion: *Puente de Rosas*. He buscado por todas partes el edificio que de este modo se recomienda á la atencion de los transeuntes, y despues de haber dirijido inútilmente mi vista por todas partes, solo he llegado á descubrir que una bóveda de ladrillos cubria al través

del camino un foso de menos de dos piés de ancho. Ante este puente debiera uno inclinarse con el sombrero en la mano, como lo hacian en tiempo de Guillermo Tell los suizos ante el gorro de Gesler. Pero Rosas conoce las tradiciones. Algun docto de Buenos-Aires le habrá esplicado sin duda que en otro tiempo los generales romanos inscribian su nombre en los trabajos atrevidos que construian á orillas del Rhin ó del Danubio, y sigue el ejemplo de aquellos generales.

Un poco mas allá se vén las vinaterías construidas de madera, abiertas desde el alba á los carreteros y á los *chandagores*, y las cabañas de los obreros bajo la sombra de los aloes. El puerto de la Boca está formado por un pequeño rio que lleva aún el ilustre nombre de Solís, y desemboca en la Plata. Del lado opuesto de este rio, vénse solo algunas miserables habitaciones, construidas con los troncos de los bambus que vienen del Paraguay, y cubiertas de ramas, semejantes á las de los pobres indígenas del Archipiélago indio. Solitarias y sombrías entre las dos orillas que enlazan su húmeda playa, parecen estrañas á cuanto las rodea. Pero por el lado de la ciudad hay un activo movimiento, y ofrece un cuadro muy variado. El embarcadero de madera, construido á orillas del rio, está lleno de mercaderes y cargadores que transportan los cargamentos de cueros y de lana de Corrientes, las maderas del Paraguay, las cajas de uvas de

Mendoza, las plumas de avestruz, y las pieles de los tigres de los pampas. Frente del puerto se estiende la poblacion, en la cual cada habitante ha construido su habitacion, segun sus medios ó su gusto, sin guardar ninguna proporcion una con otra. Cerca de la vasta fonda de la marina, donde un cocinero francés guisa con todas las reglas del arte las tajadas de carnero, ó los pollos, hay la pulpería, tienda y taberna á un mismo tiempo, donde el batelero encuentra reunido la camisa de lana que necesita, el vaso de aguardiente que le reanima, y una tajada de buey que le alimenta. Un rico comerciante se ha construido aquí una hermosa casa de campo, en la cual viene á pasar los dias de fiesta, y á descansar con sus amigos de las fatigas del mostrador. A la sombra de esta casa aristocrática, un pobre diablo ha construido una casucha con algunos troncos de árbol, y bajo su techo se abriga toda su familia al regresar de las labores del campo. Uno ha construido una casa al estilo chino, quizás para consagrar un recuerdo á sus viajes á aquel pais; otro se ha formado una habitacion en un viejo casco de buque; el de mas allá, mas modesto, se ha contentado con una toldilla. Para preservarla de la humedad, la ha sentado sobre unas estacas, y sube á ella por una escalera, y en el espacio de seis piés cuadrados encuentra su cama, su mesa, y quizás sus recuerdos de antiguo marino.

La mayor parte de estas habitaciones, tan mi-

serables en la apariencia, están ocupadas por una poblacion laboriosa, económica, por los vascos y bearneses, un gran número de los cuales, despues de algunos años de trabajos, poseen en su sombrío reducto mas onzas de las que se encierran en las cajas del elegante que pasa junto á su choza montado en un soberbio caballo.

No lejos de allí hay los lavaderos, donde una gran parte de trabajadores se ocupan en meter en el agua montones de pieles de carnero, batiéndolas con un gran sable para hacerlas saltar todas las espinas mezcladas con la lana. Mas allá hay las barracas y los saladeros, donde otros trabajan en preparar para el comercio los diferentes productos de los animales. Este es uno de los principales centros de actividad de esta industria agrícola que forma la riqueza del Rio de la Plata. La barraca, es el lugar donde se prensan los fardos de lana y donde se preparan los cueros destinados á la esportacion. El saladero reune todas las diferentes operaciones de esta industria. He visitado minuciosamente el del Sr. Cambacéres, que es el mas vasto y completo que existe. Es un establecimiento nada odorífero, y poco alegre, pero digno de ser visitado. He tratado de verlo todo, y voy á esplicároslo minuciosamente. A la estremidad de un terreno inmenso, ocupado por zahumadores, máquinas de vapor y almacenes, hay el corral, donde están reunidos los ganados de los bueyes destinados al holocausto diario. Un hombre en

pié sobre una plancha, echa á esos animales su lazo, cuya estremidad, que pasa sobre una polea, está anudada á una cuerda á la cual están enganchados dos caballos. Al grito que dá, los dos peones que están junto á él, espolean los caballos arrastrando el lazo, y de este modo obligan á andar al animal que en vano trata de resistir, y de este modo le llevan hasta una pilástra, donde el desangrador le mata á la primera herida. Al instante mismo, el tablado sobre el cual cae, se desata, resbala sobre sus ruedas, y otro peon, armado tambien de su lazo, lleva el cadáver del animal á otro estrado, donde un gran número de hombres, desnudos de brazos y piernas, y con el cuchillo en la mano, en un momento le descuartizan. Entonces el tablado vuelve á su lugar, en busca de una nueva víctima y así, succesivamente. Desde las siete de la mañana hasta la una de la tarde, se matan y despedazan mas de cuatrocientos bueyes.

En este establecimiento hay trescientos obreros, divididos en diferentes grupos, cada uno de los cuales tiene su trabajo señalado. Mientras corre el lazo y el desangrador pone su cuchillo con mano segura hasta la médula espinal del toro, y mientras que los carniceros teñidos de sangre, le quitan la piel de la cabeza, otros transportan el cadáver del animal á un tablado, donde le sacan de los costillas la carne escogida para hacer el tasajo.

Luego todo sufre sus diversos preparativos.

Los cuernos se despojan al instante de su concha callosa, y lo demas se hecha en las máquinas de vapor, que estraen su sustancia. De las partes grasientas del cuerpo se saca el sebo, de los piés el aceite para quemar; el resíduo de esas materias, se vende para los engordaderos; los desperdicios de la piel, sirven para hacer cola. Es la mas completa esplotacion que puede hacer el hombre del animal. A medida que el comercio acrece, y se aumentan las salidas cada uno de estos productos, es mas estrictamente trabajado, y mucho mas grandes los cuidados que se toman. Al rededor de la poblacion de las barracas, se ven puentes, paredes y diques de algunos piés de altura, construidos con cuernos. Desde que se ha aumentado el número de máquinas de vapor, los cuernos, como tambien los huesos calcinados, se colocan aparte, para encender las hornillas, y quemar los cuerpos de los cuales han formado parte. Con una série semejante de procedimientos económicos, ya es fácil conocer que los propietarios de los saladeros puedan realizar grandes beneficios, y pagar un crecido salario á sus trabajadores. Hay hombres que con solas seis ó siete horas de trabajo, ganan hasta cinco y seis pesos.

En verdad es un trabajo horrible el de estar durante todo el dia con el cuerpo inclinado sobre un animal, sepultadas las manos dentro de la carne palpitante aún, anegadas las piernas en un charco de sangre. La costumbre vuelve en-

teramente indiferentes á los que se entregan á este trabajo, muy repugnante la primera vez que se vé. Por la noche, esos mismos hombres que acaban de descuartizar algunos centenares de bueyes, lavarán sus manchas, irán á su casa á comer sólidamente, se pasearán como todo buen ciudadano, y harán saltar alegremente á sus hijos sobre sus rodillas, contentos de ver que han ganado para ellos algunos patacones.

El domingo resuenan en la poblacion de las barracas mil gritos de alegría; los bebedores gritan al rededor de las mesas de las pulperias: en el juego de los bolos y de la pelota se reunen muchos jugadores, y en la llanura corren docenas de ginetes. Bajo los balcones de una casita, vése á un jóven acompañarse una cancion con la guitarra. Mas lejos, un májico violin dá la señal para empezar un wals ó una contradanza. Por todas partes aparecen los pañuelos de brillantes colores, que sirven de sombrero á los vascos, que usan tambien sus gorros colorados de los Pirineos, y sus cortas chaquetas que dibujan sus ligeros y elegantes miembros. Casi llegaria uno á creerse que se encuentra á orillas del Gave, ó en los pueblos de los Pirineos. Las familias de los vascos y navarros, que vienen á establecerse aquí, guardan toda su alegría nativa, su idioma, y sus costumbres nacionales. Al mismo tiempo recuerdan que han hecho una larga travesía con el objeto de hacer fortuna, con

la esperanza de regresar un dia á su país enriquecidas con su trabajo. Ya he dicho que son laboriosas y económicas. Se sostienen unas con otras, mandan dinero á Francia y colocan el resto en Buenos-Aires, no en peligrosas casas que les dieran un diez y ocho ó veinte por ciento, sino al premio de cinco ó seis, exigiendo sólidas garantías. Se valúa á cinco ó seis millones de francos el dinero que esta industriosa y honrada poblacion posee en este momento en Buenos-Aires y sus alrededores.

Al salir de las barracas, y dando una vuelta para entrar en la ciudad, me he detenido algunas veces á observar otra interesante poblacion; esta es la de los propietarios de las quintas, de los jardineros que abastecen á la ciudad de frutos y legumbres. Sus cercados no ofrecen el aspecto encantador de los que vemos al rededor de Paris, donde cada tabla de terreno está cultivada tan metódicamente y tiene su empleo, y cada pequeña avenida está cuidadosamente conservada. En los alrededores de Buenos-Aires, la mano del hombre no tiene tanto órden ni tanta coquetería. Arbustos y frutos, flores y legumbres, todo crece aglomerado, pero con toda abundancia. Si aquí no puede hacerse prosperar una parte de las plantas de Europa ó de los trópicos, en cambio todas las que se adaptan á la naturaleza del suelo ó del clima, brotan con una fuerza admirable. Las ramas agudas de los aloes que bordean los fosos y sirven de bar-

rera en la mayor parte de las quintas, se elevan á la altura de diez ó doce piés. De sus troncos se alza una rama menuda y derecha como un álamo. De los bosques de albérchigos crecen con todas las fuerzas de la naturaleza, y dan con abundancia un fruto un poco duro, pero sano y gustoso. La naranja crece tambien, pero no tiene el perfume ni el zumo de las de Malta y de la Habana. El árbol mas bello del Rio de la Plata, es el ombu. Pertenece esencialmente á este país, y se desenvuelve con una fuerza prodigiosa. Con su tejido esponjoso, no puede emplearse como madera de construccion, y ni siquiera puede servir de combustible. La naturaleza, en una de sus admirables previsiones, le ha arrojado al través de los vastos pampas, para servir de abrigo al pastor nómada, y á su numeroso rebaño. Su copa se parece á una cúpula, que preserva al gaucho de los torrentes de lluvia, y de los abrasadores rayos del sol. Su tronco nudoso, está formado de enormes membranas, semejantes á raices brotando del suelo, y se parece á una columna de piedra. Yo he medido uno que en su base tenia cuarenta y cinco piés de circunferencia.

Los jardines mas fructuosos de los alrededores de Buenos-Aires, están cuidados por los alemanes é irlandeses, acostumbrados al trabajo. Los otros pertenecen á argentinos, cuyo carácter, naturalmente indolente, guarda muy á menudo una frívola indiferencia ante las cosas mas

sérias, y si se apasiona por una cosa, suele caer en un esceso brutal.

He visto un triste ejemplo de esta doble manifestacion. Para poder penetrar en el interior de las casas que deseaba conocer, pero que no tenia medios para lograrlo, acompañaba á veces á un amigo mio á sus visitas de médico. Un dia me condujo á una quinta, donde habia una jóven de unos diez años peligrosamente enferma. Para curarla de no sé qué afeccion fué preciso hacerle unas friegas espirituosas en el pecho. Su hermano, que de dia y de noche se encargaba cariñosamente de estos cuidados, por desgracia un dia arrimó demasiado la bugía del cabezal inflamable; prendió el fuego á él, y la pobre niña se quemó el pecho: poco á poco sus llagas, resistiendo á todos los remedios, se estendieron de tal modo, que mi amigo empezó á desesperar de todos sus esfuerzos. A nuestra llegada á la casa, la madre de la niña se acercó á mi amigo, pálida y temblando, y sin poder proferir una sola palabra, nos hizo entrar en el cuarto donde la pobre enferma estaba acostada sobre el lecho del dolor. Mientras el médico quitaba una tras otra las vendas de la niña, y que la madre estaba junto al lecho, inmóvil y muda, el hermano murmuraba con voz ahogada: *¡Querido doctor, qué dolores sufre la infeliz!* Cinco ó seis porteñas del vecindario estaban sentadas en un banco, y conversaban y reian como si estuvieran en una tertulia. Una de ellas me dirigió la palabra, y

me indignó tanto su indiferencia junto á tanto sufrimiento, que me alejé de ella sin responderla. De repente, un hombre de encendido rostro y mirada brillante, franqueó el umbral de la puerta medio bamboleando, se apoyó contra la pared, echó una mirada sobre el lecho, arrojó un grito lúgubre y salió corriendo. Era el padre de la niña, en el mas completo estado de embriaguez.

Cuando hubimos salido, me dijo mi amigo: "Hace diez años que soy el médico de esta familia, y este desgraciado á quien acabais de ver tan embrutecido, es uno de los mejores padres de familia que conozco. Honrado, trabajador, y de arregladas costumbres, hasta el último mes no habia pasado jamás una hora entera en una taberna. La vista de los sufrimientos de su hija le ha hecho desesperar de un modo inesplicable. Para borrar de su imaginacion el espectáculo que le horroriza, y para olvidarse hasta de sí mismo, se ha entregado á la bebida. Va á la pulpería por la mañana, y no sale hasta la noche."

Algunos dias despues me dijo el médico que la niña habia muerto.—"¿Y el padre?" le pregunté.—A última hora ha maldecido el vicio por el cual se habia dejado arrastrar, se ha colocado á la cabecera de la cama, y no ha vuelto á separarse de su hija. Acabo de dejarle sentado junto al lecho mortuorio, cruzadas las manos,

mudos los lábios, y con la cabeza inclinada sobre el pecho. Se va y se viene junto á él, haciendo los preparativos para el entierro, y el infeliz ni vé ni oye. Parece un ser inanimado.

X.

LOS SANTOS LUGARES.

La Chacarita.—Fundacion de los jesuitas.—Construcciones arruinadas.—Los refugiados indios.—El campo de los Santos Lugares.—La prision.—Crueldades del dictador.

Las puertas de las ciudades de Siria ofrecen el sombrío aspecto de las campiñas incultas, sembradas de pálidos olivos, surcadas de cuando en cuando por alguna caravana de camellos, ó por algun beduino á caballo, armado con su larga lanza. A las puertas de Buenos-Aires se ofrece el mismo cuadro monótono y triste; la vasta llanura entregada al pasto, y de cuando en cuando

el tronco colosal del ombú, la *asucra*. con su techo de juncos, la carreta arrastrándose pausadamente en el camino ó en medio del mar de arena, y el gaucho siguiendo al galope su solitario viaje.

Escepto el camino real. que va de la ciudad á la quinta de Rosas, y conduce á la Boca, lo que llaman aquí camino, no es mas que una larga linea trazada por las carretas, cortada por torrentes, y atravesada por estanques ó arroyos sin puente ninguno. De este modo se vá á la *Chacarita* que está á dos leguas y al campo de los Santos Lugares, que están solo á cuatro leguas de Buenos-Aires.

La Chacarita es un antiguo edificio de las misiones, construido cerca de un bosque de albérchigos. Los misioneros católicos fueron los primeros civilizadores de este pais. La conquista que los gobernadores españoles trataban de llevar á cabo por medio de las armas, los misioneros la hacian por medio de la dulzura y de la persuasion. Con la cruz en la mano, la caridad en el corazon, y la santa palabra en los labios, iban en busca del indio, y con su mansedumbre domaban su ferocidad, ganaban poco á poco su confianza, le hacian adoptar los principios de humanidad, y acostumbrarse al órden y al trabajo.

En medio de la tribu salvaje erijian un templo, bautizaban una capilla, primer signo de paz, pri-

mer punto de reunion abrigado bajo el pensamiento de Dios. Cerca de la capilla veíase en breve el jardin con sus frutos, el campo sembrado, y luego la granja y el granero. Ellos mismos tomaban al azadon, y guiaban el arado. Debian enseñarlo todo á sus neófitos, y juntaban á su paciente profesorato, la práctica á la doctrina, el ejemplo al precepto. Contentos de su raiz de establecimiento, formábanse á poco un círculo de familia. La labor productiva, sucedia á la antigua ociosidad. El indio aprendia á descuajar el terreno, y á cuidar mejor de su ganado. El comercio que enriquece hoy la república argentina, ha sido fundado por esas colonias religiosas. De los dos lados de los Andes, de las orillas del Sacramento, y del Rio de la Plata, los jesuitas fueron los primeros agricultores y estacioneros. En todos los lugares donde se fijaron reunieron todos los gérmenes de prosperidad. La política revoltosa les echó del pais donde habian dado tan útiles lecciones, y los que les desterraron no han podido concluir la tarea que ellos habian comenzado. En la nueva California, en México, en Chile, y en varias provincias de la república argentina, hablar de misiones, es hablar de un largo distrito agrícola, de una iglesia, de una poblacion floreciente, arruinado ahora, y abandonado enteramente desde que ellos no están.

Los filósofos han escrito muy bellas frases sobre la desmesurada ambicion de los jesuitas.

Ni uno de ellos, sin embargo, ni uno solo de esos elocuentes defensores de la libertad, ha tenido la noble idea de ir al desierto á contrabalancear por medio de sus doctrinas, esa fatal ambicion, para hacer la propaganda de la razon entre los salvages, con peligro de su vida. Entre las muchas acusaciones que hayan dirijido contra los jesuitas, les dirijen la de haber dominado el corazon de los indios por medio de la supersticion. Pocos de los liberales gobernadores han sabido lograr otro tanto.

La Chacarita ha sido uno de los hermosos edificios que los jesuitas erigian en las desiertas llanuras de América; un vasto edificio de ladrillos, con patio cuadrado rodeado de arcos; mas allá otro edificio con otro patio, un corral y cuadras. La capilla tiene una estructura graciosa é imponente. Los sabios administradores que han proscripto el dogma de los jesuitas, no han querido siquiera servirse de sus obras de arquitectura, y de año en año, la Chacarita se va arruinando. El techo de la iglesia está derruido, la plataforma está abierta á la lluvia y al viento. Bajo sus arcos se acampan algunos soldados de Rosas, y en las bodegas se ven gran número de indios medio desnudos que viven de la caritativa limosna, en el mismo lugar donde sus abuelos estaban protegidos por una autoridad paternal, y se enriquecian por medio de un trabajo útil.

En los Santos Sugares hay otra poblacion de

indios mucho mas numerosa, y no menos miserable. Cuéntanse aún allí unos mil ochocientos individuos establecidos, viviendo en chozas de fango, cubiertas de juncos, cerca de las cuales la mas miserable de las *nibyggares* de la Suecia septentrional, pareciera una morada soberbia. Estos son los escapados de las tribus salvages, á quienes Rosas ha aterrorizado con sus amenazas, ó subyugado por sus promesas, y que ha sujetado allí de tal modo, que no pueden ni soñar en evadirse, ni pensar en revoltarse. Esos infelices indios, viven en el mas triste estado. Arrancados al movimiento de su vida aventurera, sometidos á un poder al que se confiaron, llevan una especie de existencia animal, sin fuerza ni voluntad, como rebaño de animales feroces, á quienes hubieran cortado las garras y arrancado los dientes. Ningun ser humano trata de ilustrarles, ó de mejorar su bienestar material. Unicamente las mugeres, mas firmes y resignadas en todas las circunstancias estremas, han conservado la costumbre del trabajo; tejen fajas y ponchos, sobre una trama donde reunen con mucha lentitud unos hilos con los otros, del mismo modo que las mugeres árabes fabrican en largo tiempo el tapiz y el albornoz. Los hombres no hacen nada. Rosas les dá raciones de carne de caballo, y esto les basta. Jamás se les ocurre la idea de que pudieran procurarse otra subsistencia, cultivando el terreno que rodea sus cabañas; y si reunen algun dinero con lo que tra-

bajan sus mugeres, lo emplean inmediatamente satisfaciendo sus deseos brutales. En una de estas cabañas, compré por siete pesos una manta de lana, hecha por una india, que empleó seis meses en su fabricacion. El oficial que me acompañó, y que hizo los tratos de la compra, me dijo al salir: "vuestros siete pesos se convertirán esta misma noche en vasos de aguardiente." Jamás habia visto un ejemplo semejante de degradacion moral, y de indijencia; nada tan asqueroso tampoco como esta raza cubierta de andrajos, con su tinte cobrizo, sus carrillos abultados, sus cabellos negros y lácios y sus ojos de mongoles, cuyo brillo se ha estinguido bajo la esclavitud.

De cada lado del pueblo de los indios, se estiende el campo militar formado por Rosas, hace diez años; coje como diez leguas y encierra unos cinco mil hombres, divididos en tres partes; infantería, caballería y artillería, mandadas por tres coroneles y un general.

Nigun establecimiento guerrero de Europa se parece á éste; ni las colonias fundadas por el Austria en la estremidad de la Hungría, ni el ejército agrícola organizado en Suecia por Cárlos IX, ni los campos temporales de la Rusia ó de la Francia. En los de Rusia, y en los que en tiempo de Luis Felipe, ocupaban durante algunos meses las llanuras de Lunneville ó de Saint Omer, se vió el espectáculo mas brillante; inmensas líneas de tiendas alineadas en un ór-

den regular, ejercicios pomposos, y magníficas maniobras. En las colonias de una parte del ejército sueco, la esplotacion del terreno es uno de los reglamentos del servicio militar. El bienestar material y los goces de la familia suavizan la severidad de la disciplina. Cada soldado tiene una habitacion decente que procura embellecer por todos los medios posibles, y cerca de ella hay su campo y su ganado. Cada oficial goza de una casa y de una porcion de terreno proporcionadas á su grado, y él mismo dirije el cultivo. En mas de una de esas tiendas vi alhajas de plata, piano, muebles de lujo, y en todas partes libros, y hasta en las tiendas de los soldados se descubria su inclinacion al estudio ó á un deseo manifiesto de instruccion.

En Santos Lugares, no se vé nada de esto. El soldado vive allí casi en la misma miseria que su vecino el indio. El Estado le dá un vestido por año, es decir, la chaqueta, la chiripa y el pantalon de tela. En cuanto á la camisa y el calzado, no hay que hablar de eso. El Estado le dá ademas, una racion de carne por la mañana, y veinte pesos por mes. Tampoco se trata de las raciones de leña y de pan. Con algunas ramas de árbol y fango, él mismo se construye una cabaña. Sin curarse de los permisos de la Iglesia, lleva allí á una muger compasiva que participa de su pobreza, y gana por su parte algunos pesos, cosiendo ó lavando la ropa de los gefes de la legion.

El teniente es poseedor de una casa construida casi del mismo modo que la del soldado, pero mas ancha, y adornada con dos ó tres sillas. Recibe tambien una racion de carne, y ciento cuarenta pesos mensuales.

Al recorrer las chozas de los soldados, adornadas algunas de ellas como una tienda de carnicería, con los cuartos de la carne que debe repartirse en el dia colgados á la puerta, buscamos una modesta fonda donde descansar y almorzar; pero no existe ninguna en esa ciudad guerrera de cinco mil hombres. No hay mas que una sucia y estrecha pulpería, ocupada sin cesar por los felices guerreros que pueden pagar al contado, ó que tienen crédito para un vaso de aguardiente de caña. A falta de una cama ó de una silla, íbamos á sentarnos á la sombra de un árbol, para hacer allí una égloga como los pastores de Virgilio, cuando uno de nuestros compañeros se acordó de que conocia á un coronel. Este alto funcionario nos recibió con una cortesanía estremada. Uno de sus ayudantes tomó nuestros caballos para llevarlos al pasto; otro nos abrió la puerta del salon de recepcion. ¡Qué salon! El suelo estaba desnudo, las paredes pintadas con cal: por una parte habia un banco, en la otra dos sillas y en el centro una mesa de abeto. Mucho nos sirvió el que llevábamos pan, vino y algunas provisiones. No nos faltaban mas que los utensilios necesarios para almorzar, pues no estábamos acostumbrados á comer con los dedos como

en Turquía. Despues de registrar mucho en un armario, la muger del coronel, ayudada de dos criadas, acabó por encontrar algunos tenedores medio mohosos, dos ó tres cuchillos, y cinco vasos de diferentes dimensiones; al ver el placer con que esa buena señora bebia vino en la misma copa que su marido, y comia las sardinas de nuestra lata, me pareció que hacia mucho tiempo que no habia comido tan sabrosos manjares.

El coronel, con el cual pasamos muchas horas, debe ser por escepcion un hombre muy honrado, porque todo indicaba en él un estado de privacion, y es muy sabido que los coroneles de Rosas, que no reciben mas que cuatrocientos pesos por mes, gastan unos cuatro ó cinco mil. Se reparten los cueros de los animales que se matan para la manutencion del campo, y se venden las raciones que esceden al número efectivo de las tropas. Aquí como en Rusia, lo reducido de las pagas obliga á los empleados á la rapiña. En la administracion civil, como en la militar, la onza de oro es la mejor recomendacion que acompaña una peticion, el mejor apoyo que se puede encontrar en una negociacion oficial. Rosas, que tiene los oidos de Dionisio de Siracusa, y la boca del leon de San Márcos, con la vista fija en cuanto se para, no ignora todos estos abusos del poder, pero tiene sus razones particulares para hacer como se dice, la vista gorda. Y luego, ¿qué significa esa

plebe de ciudadanos y de negociantes sobre la cual se ejerce la mano rapaz de un funcionario?

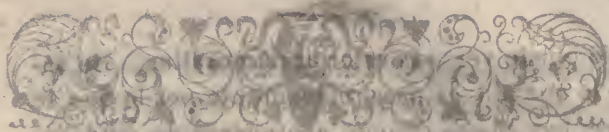
Los gefes del campo de Santos Lugares, están encargados de dos misiones que obligan á Rosas á tenerles algunas consideraciones particulares. En primer lugar, guardan, como ya lo he dicho, á la numerosa tribu de indios, muchos de los cuales pudieran sentirse tentados por los deseos de volver á las belicosas aventuras de su vida salvaje.

Despues guardan otra cosa mucho mas importante, que es el principal edificio de la política de Rosas; la cárcel. Una den uncia innoble, una palabra ú un jesto del dictador, arrancan al argentino sospechoso á su familia, y rodeado de soldados, le llevan allí, donde le confunden con los ladrones y asesinos, y donde le obligan á fabricar ladrillos para el servicio del gobierno, ó de sus oficiales. Una vez que ha pasado ese puente de los suspiros, ya no se vuelve á saber de él.

Así como al desgraciado ruso á quien la kibitka conduce á Siberia, le separan, del mundo entero, privándole de toda comunicacion con sus amigos. Ninguna reclamacion se le permite; ningun abogado puede tomar su defensa. Allí le ha encerrado la voluntad de Rosas, y solo saldrá de allí por la misma voluntad, un dia de clemencia, cuando se lo permita un capricho del todo-poderoso legislador. El estranjero no puede penetrar en tan lúgubre lugar,

solo puede ver sus esteriores murallas. Se sabe lo que allí se pasa, únicamente por lo que se dice; hay en ese recinto centenares de ciudadanos honrados, que no han violado ningun artículo del código comercial ó criminal, que no han sido llamados ante ningun tribunal, hombres; en fin, á quienes ha olvidado la policía, olvidando al mismo tiempo sus supuestos crímenes, que yacen en su prision, hasta que el benigno señor, oyendo pronunciar su nombre por casualidad, manda que les hagan salir, del mismo modo que les metieron, sin mas forma de proceso.

Tal es el dulce estado de justicia asegurado á los ciudadanos de la libre república argentina, bajo el gobierno del padre de la pátria, del restaurador de las leyes, del grande y magnánimo Rosas.



[illegible] centenares de cuidadanos [illegible], que no han violado ningun artículo del código [illegible], criminal, que no han sido [illegible] ningun tribunal, nombres, en fin, á quienes ha olvidado la policía, olvidando el mismo tiempo sus supuestos crímenes, que yacen en su prision, hasta que el benigno señor, oyendo pronunciar su nombre por casualidad, manda que los hagan salir, del mismo modo que los metiéron sin mas forma de proceso.

Tal es el único estado de justicia asegurado á los ciudadanos de la libre república argentina, bajo el gobierno [illegible] del restaurador de las leyes, del grande y magnánimo Rosas.

Antigua estension del vireinato de Buenos-Aires.—Division actual de las provincias argentinas.—Poblacion.—Topografía.—Imponente soledad.—Los pastos.—Viaje por las grandes llanuras.—El vagueano.—El Gaucho.—Las tropas de Rosas.—Los gefes del campo y los jueces de paz.—Modo de arruinar á un propietario.

La España, en la inmensidad de sus posesiones, confiaba en otro tiempo á los vireyes comarcas de una estension tal, que apenas se cree en estos tiempos de division universal. El vireinato del Perú se estendia desde Guayaquil hasta el cabo de Hornos, sobre un espacio de

XI.

LA CAMPIÑA.

Antigua estension del vireinato de Buenos-Aires.—Division actual de las provincias argentinas.—Poblacion.—Topografía.—Imponente soledad.—Los pastos.—Viaje por las grandes llanuras.—El vagueano.—El Gaucho.—Las tropas de Rosas.—Los gefes del campo y los jueces de paz.—Modo de arruinar á un propietario.

La España, en la inmensidad de sus posesiones, confiaba en otro tiempo á los vireyes comarcas de una estension tal, que apenas se cree en estos tiempos de division universal. El vireinato del Perú se estendia desde Guayaquil hasta el cabo de Hornos, sobre un espacio de

mas de 55 grados de latitud, comprendiendo las mas diversas regiones en los mas opuestos climas; bajo los ardores de la zona tórrida, bajo la dulce y vivificadora accion de la zona templada, y bajo las tempestades y las espesas nieblas de la zona glacial.

El vireinato de Buenos-Aires se estendia del grado 22 hasta el 41 de latitud Sur, desde los Andes hasta el Océano Atlántico por una parte; por la otra, desde el Brasil hasta la Patagonia. Al separar de esta comarca el Paraguay y la Banda Oriental, constituidas en Estados independientes, queda el territorio de la república argentina, ó de las provincias unidas del Rio de la Plata, cuya superficie es de mas de 240,000 leguas cuadradas, que terminan al Norte, por la Bolivia; al Oeste, por Chile; al Este, por el Paraguay, la Banda Oriental, y el Oriente; al Norte, por la Patagonia.

Hay trece provincias, de las cuales la Europa hiciera hermosos reinos, y muchas de las cuales no cuentan tantos habitantes como nuestros pequeños departamentos.

Voy á daros sus nombres con su aproximado número de habitantes, pues no es posible dar una estadística exacta, en un país en que ni los gobernantes ni los gobernados se curan mucho de ella.

Prov. de Buenos-Aires.....	230,000 habit.
Santa-Fé.....	20,000
Entre-Rios.....	35,000
Corrientes.....	45,000
Córdoba.....	110,000
Santiago.....	50,000
Tucuman.....	48,000
Salto.....	60,000
Catamarca.....	38,000
La Rioja.....	25,000
San Luis.....	45,000
Mendoza.....	48,000
San Juan.....	30,000
Total.....	784,000

Generalmente se tiene una idea muy inexacta de la configuracion de estas provincias. Segun las relaciones de algunos escritores, pudiera creerse que la república argentina no es mas que una llanura informe, que desde el pié de los Andes se estiende como un tapiz de trescientas cincuenta leguas de anchura, hasta las orillas del Océano. Muy á menudo se habla de los pampas, y se aplica esta designacion á unos distritos que no tienen ni la menor sombra de sus desiertos. Bien que yo no soy mas que un pobre aprendiz en la ciencia geométrica, trataré de rectificar algunos de nuestros errores acostumbrados, en lo que concierne á la topografía de la república argentina.

Sobre el mapa de esta república, se deben establecer tres líneas, deben reconocerse tres regiones. En la estremidad occidental, una region de montañas baja al Este de San Juan y de Mendoza. En el centro, una de colinas y sierras, cortadas por anchos valles, enlazan en sus ramificaciones una parte del territorio de Córdoba, pasando cerca de las ciudades septentrionales de Tucuman, Salta y Juguy. La region de las llanuras se divide en dos partes; al Norte de Buenos-Aires, entre el Rio Paraguay y el Rio Salado, hay el gran Chaco, terreno inculto, pero fértil, atravesado diagonalmente por el Rio Bermejo, cubierto de abundante vejetacion, y destinado á ser un dia una de las comarcas mas bellas y pobladas del globo.

A poca distancia de la punta meridional de esos largos llanos, cortados en triángulo, hay la inmensa circunferencia de terreno igual, que del Este al Oeste, es decir, de Buenos-Aires hasta cerca de los Andes, ocupa mas de 10 grados de latitud, y del Norte al Sur mas de 8 de longitud. Por una parte, los contornos argentinos de esta vasta llanura están sembrados, á la distancia de sesenta leguas, de *chacras* y de estancias, espuestos solo á los peligros de una sequía, que pudiera prevenirse por canales de riegos; por la otra, se estiende al través de la salvaje Patagonia. En el centro hay los verdaderos pampas, la tierra que ningun arroyo riega, y donde no puede subsistir ningun ganado; están habitados

estos terrenos, así como los del gran Cham, por tribus de indios, nómadas como los tártaros del desierto, armados de largas lanzas, como los beduinos de la Siria, ladrones y sanguinarios, como los indios de Nuevo-México.

Cuando se ha tratado de trazar con la pluma esas líneas topográficas, cuando se han andado algunas millas con la galera ó con el impetuoso caballo, se detiene uno en medio de esos espacios trigonométricos, con el corazon conmovido por lo verdadero, por lo único, por el imponente carácter de este país, por su inmensidad, y por la inmensidad de sus rios, que, desde las montañas del Brasil, reunen en su curso las aguas de sus anchos tributarios, echándose como un Océano en otro Océano; por la inmensidad de sus sierras, que por grados se elevan hasta la cima del maravilloso anfiteatro de las Cordilleras; por la inmensidad de sus lagunas, inundadas por las olas del Paraná, como el delta de Egipto por las inundaciones del Nilo; por la inmensidad de sus llanuras cuya superficie no interrumpe ningun cerro, ninguna loma; por la inmensidad de su horizonte, cuyo círculo vaporoso se estiende al rededor de los campos sin fin, como en el mar; y por fin, por la inmensidad del pensamiento solitario que sujeta el alma del hombre en el seno del desierto, entre un cielo mudo y una tierra inanimada.

Se esperimenta esta grave y solemne impresion del desierto hasta en las mismas zonas en

que florecen las estancias. Cada uno de esos establecimientos es de una estension enorme. Las hay de treinta y de cuarenta leguas, y muchas hasta de sesenta. En el centro tiene su habitacion el dueño, muy á menudo construida toscamente y pobremente amueblada; de distancia en distancia, aparece el *rancho* del peon ó del capataz, con sus paredes de sauce, y su techo de caña. Ninguna barrera rodea estas propiedades, ningun foso señala sus límites. La llanura es toda ella un pasto, como la tierra bíblica del tiempo de los patriarcas. Los animales de cada estancia circulan con toda libertad al través de esos estraños dominios. Los peones les pierden de vista, pero no les olvidan. Cada estancia se divide, segun su circunferencia, en diferentes partes; cada una de ellas, confiada á cierto número de peones, está bajo la vigilancia de un capataz. El oficio de esos pastores americanos, es reunir por la noche su rebaño en el circuito de terreno llamado *rodeo*, y llevarle por la mañana al pasto. Los animales, que pronto se acostumbran á este régimen, hacen fácil su ajecucion. Al ponerse el sol, ellos mismos se dirijen por instinto al camino de su redil, y salen ellos al nacer el dia. Así como el lapon conoce sin engañarse la forma, el color, y las señales particulares de cada uno de los rengíferos, el peon puede enumerar todas las vacas que corresponden á su cuidado, y señalarlas una despues de la otra. Ademas, cada animal recibe,

desde la edad de un año, la marca de su dueño. Cuando se acerca un dia de venta, cuando un peon quiere reunir todos sus millares de vacas, vá á la estancia vecina en busca de las que le faltan, y las lleva al ganado.

Figuraos las estrañas emociones que debe sentir aquí el viajero europeo, al cruzar semejante pais. Aquí no hay ninguna de las locomotoras empleadadas en otros paises, no hay medios de comunicacion, ni las comodidades que en ellos se encuentran á cada paso; no hay puentes ni canales, dilijencias ni posadas. La intelijencia del gaucho no pudiera comprender un camino tortuoso, y la descripcion del camino de hierro le pareciera sin duda una cuento de las Mil y una noches. Aquí, raramente se vá de una provincia á otra sin su guía ó vagueano, que conoce la direccion que debe seguir, por la posicion de los astros, por algunos arroyos, y por ciertas señales inesplicables para otro que él. Si á pesar de su esperiencia, se encuentra algo confuso, se apea para mejor reconocer el terreno. Si teme la proximidad de una bandada de indios, se inclinará contra el suelo, y del mismo modo que los peones de Cooper, distinguirá por medio de las plantas, por una señal casi imperceptible, si la reunion hostil ha estado allí, de cuántos individuos se componia, y cuántas horas han pasado allí. La misma naturaleza, al someter á los hombres de distintas razas á los mismos temores y á las mismas necesidades, les

ha dotado de la misma perspicacia. Existe en la práctica de los lugares que recorre, en la finura de su oido, y en la penetracion de su mirada, una admirable semejanza entre el camellero árabe, el cazador de los Alpes, el pastor nómada de la Laponia, el pacotillero de la América del Oeste, y el vagueano de la América del Sur.

Bajo la conduccion de este guía, el viajero embotado en la caja de madera de la galera, verá brincar ante sí, como en una caza fantástica, un centenar de caballos sin arnés, destinados á relevar de distancia en distancia á los que están enganchados al pesado carro. Si está en la carreta, irá el viajero paso á paso, al través de la llanura, así como nuestros antiguos reyes merovinjianos iban á sus paseos indolentes al través de sus ciudades bárbaras. Si es bastante lijero y atrevido para lanzarse sin temor sobre el caballo medio domado que hallará de cuando en cuando en las cabañas que sirven de casas de posta, esperimentará esa inesplicable emocion de vitalidad é independencia que se goza, al sentirse llevado al galope por un noble corcel, que corre libremente por el ancho espacio. Este es el mejor modo de viajar en los pampas; pero exije fuerza y habilidad. Tan pronto se llega á un campo lleno de espinas, semejante á un bosque de lanzas de la altura de seis á ocho piés, que deben evitarse muy atentamente, como á un estanque fangoso en el cual el caballo se hunde hasta el vientre, ó bien á un rio que atraviesa nadando.

Al concluir una de esas jornadas de una marcha tan difícil, y á veces tan peligrosa, el viajero mira al horizonte, buscando por una y otra parte un techo donde abrigarse. Muy á menudo, no verá mas que la tierra desnuda, no oirá á su alrededor mas que el ruido que hace un vuelo de perdices, el silvido agudo del teruтero, ó el grito del pájaro nocturno, á quien llaman los indios el yaya. Su nombre, así como el de *whil-poorwill* en la América del Norte, y el de toucan en las regiones tropicales, proviene de la acentuacion particular de los sonidos que repite incesantemente. En el dialecto guaraní, significa. "vamos, vamos." Parece un modo providencial de animar de noche, en las regiones desiertas, á los que deben andar un largo camino.

Sin embargo, cánsase el viajero, y á pesar de los avisos reiterados del yaya, no puede continuar su ruta en las tinieblas. Al ejemplo de su guía, quita la brida á su caballo, toma su *recado*, se forma una almohada con su silla, un tapiz con su manta, se tiende, y duerme al aire libre, bajo la salvaguardia de Dios.

Si otra noche distingue una sombra sobre la yerba espesa, si vé las paredes de un rancho, y las nubes de humo que salen de su techo, acércase con toda confianza á la solitaria morada, y abre la puerta con toda confianza. Allí está reunida la familia del gaucho; el estranjero entra pronunciando las santas palabras, que por una costumbre religiosa, reemplazan aún en una

gran parte de la antigua América española, nuestras vanas frases de civilizacion europea. *¡Ave María Purísima!* dice el estranjero: á estas palabras evangélicas, á esta señal de confraternidad cristiana, responde el gaucho; *¡Sin pecado concebida!*; y se levanta, sale á recibir á su huésped, y le ofrece el único sitial que se usa en su primitiva habitacion: una cabeza de caballo, despojada de su piel.

La habitacion del gaucho está alumbrada por una lámpara alimentada con sebo; en las paredes están suspendidas las bridas y las espuelas, los lazos y las bolas; en el centro hay la hoguera, al rededor de la cual duerme la familia, envuelta con sus ponchos: á pocos pasos de allí, hay otra cabaña pequeña que sirve de cocina; allí se asa la carne del buey, que se presenta á la familia, y cada uno corta un pedazo que come con un poco de sal, y casi siempre sin pan. Quizás os parecerá esta comida pobre y mala, pero yo os prometo que, usando todos los recursos del arte, no pudiera hacerse un guisado mas sabroso, que uno de esos trozos de carne asada dentro de su propia piel. Me lo habian dicho, y yo no lo creia; pero muchas veces he hecho la esperiencia con un verdadero placer gastronómico. Debo añadir solamente que un viaje de algunas horas, al aire vivo de los paises argentinos, es una poderosa salsa.

Así como en Francia tenemos una errónea idea de la topografia de las provincias del Rio

de la Plata, nos engañamos tambien al hablar del carácter del gaucho. No es este, como creemos generalmente, un salvaje vagabundo. Es el habitante de la campiña, es el labrador de un pais, que por su diferente naturaleza del nuestro, dá al que se fija en él, un modo diferente de existir. Hay gauchos propietarios que esplotan ellos mismos su estancia; los hay que cultivan y siembran los terrenos; los hay que construyen accequias, y palizadas para encerrar las chacras y las quintas. Los hay de oríjen aleman ó inglés; la mayor parte descienden sin embargo de los antiguos colonos españoles, y salvo algunas alteraciones, hablan muy bien el español.

Fuera de sus costumbres de caza ó de equitacion, el gaucho es indolente, poco industrioso y poco inclinado al trabajo, es cierto. No sabe leer ni escribir, pero nada le importa. No leerá ni el testo de la nueva revolucion francesa, ni los desafios que lanza Proudhon á los socialistas, ni las respuestas que estos le dan, ni la historia de los *Siete pecados capitales* de Eugenio Sué ni mis relaciones de viaje, y sin embargo, no será menos feliz por eso. Labrando la tierra fecunda que habita, plantando árboles frutales, ó entregándose á otras ocupaciones muy justamente recomendadas por las sociedades filantrópicas, pudiera sin causarse mucha pena, aumentar su bienestar material. Pero tiene pocas necesidades, y se contenta con los pocos

recursos que posee, y con los pocos pesos que gana en sus viajes de peon, ó con su trabajo de sangrador, con una racion de asado, y un lugar en el rancho. Si por algun incidente maravilloso de la fortuna, llega á poseer una gran suma de dinero, despues de haber empleado una parte de él, en reconstruir su poncho y su chiripa, en comprar un par de largas espuelas, y una brida lujosa, le embarazan ya los patacones que pesan en su cintura. En la primera pulpería que se le presentará, sentirá una gran necesidad de jugar aquella riqueza, y el juego ocasiona muy á menudo, las disputas y las cuchilladas; ¡fatal modo de emplear su tiempo!

Esta es su educacion, y es difícil exigir otra cosa de su naturaleza. Desde su menor edad, el hijo del gaucho se ejerce en prender con el lazo al pájaro ó al perro que pasa delante de su puerta. Cuando es ya mas crecido, con el mismo cordel corre detrás de las avestruces y las vaquillas del campo. Desde que pude menear los brazos y las piernas, su padre le monta en un caballo, y poco á poco aprende á manejar la brida y las espuelas, y á lazar el tígre y el toro. Cuando ya se lanza sin temor sobre caballo no domado aún, y atraviesa á nado las corrientes mas rápidas, y puede manejar con toda la sangre fria su lazo y su cuchillo, ya es un verdadero hombre; su existencia está asegurada, y por poca ambicion que tenga, su condicion de gaucho puede llevarle á ocupar un alto rango. Así han empezado su

carrera los coroneles y los generales de la república argentina, esos héroes inmortales, como los llama Rosas, pues él mismo, el gran Rosas, empezó de este modo revelar á los pueblos del Rio de la Plata, su genio providencial.

Los ancianos que se acuerdan de los tiempos pasados, dicen, que el gaucho de nuestros tiempos no es ya el antiguo gaucho. Todo se altera en este mundo, las costumbres mas originales, y los tipos mas imponentes. En vano las llanuras de la América del Sur afectan en su sombría magestad un silencioso desden por las obras ficticias de la civilizacion; á pesar de la inmensidad de sus distancias, de sus rios sin puente y sin buques, los filtros de la civilizacion penetran ya hasta en el seno mismo de sus pampas. Allí entran con las botellas de sus pulperías, y con los objetos de lujo que allí remiten los comerciantes; é introduciéndose tambien al interior de los ranchos, alteran insensiblemente sus costumbres tradicionales.

La historia secular de los gauchos, presenta tres épocas distintas. Antes, cuando uno de ellos mataba á uno de sus rivales, llamaba á sus compañeros que se reunian al rededor de la víctima, y jugaban á la baraja sobre el cadáver. Primera época. Despues encendia cirios en ambos lados del que acababa de matar, y rogaba por su alma. Segunda época. Hablemos ahora de la tercera, y veremos como han degenerado sus costumbres. Ahora es fácil ver á un gaucho sentado junto á

un vecino suyo, y decirle tranquilamente, al sorberse un vaso de aguardiente: "Tengo ganas de matarte."—¿Por qué? le pregunta el otro, sin conmoverse mucho.—"Porque te aborrezco." Y los cuchillos salen de la vaina, y la sangre corre, y en un cerrar y abrir de ojos, la república argentina cuenta con un hombre de menos. Pero entonces el vencedor monta á caballo precipitadamente, y huye de las pezquisas de la justicia. ¡Oh sombras de mis abuelos, cubrios el rostro con los manos, por no ver esa fuga vergonzosa!

A menudo, tanto cambian los tiempos, el descendiente del gaucho, cuya mano no dirigia mas que heridas mortales, retrocede ante ese acto decisivo, y se contenta con una herida. "No te mataré, dice al que le ha ofendido; me contentaré con imprimirte una señal." Y con el filo de su cuchillo, le marca el rostro á lo largo.

Cuando se ha visto el género de vida de los gauchos, ese ejercicio único de las fuerzas físicas, esa lucha perpetua contra los animales, esa soledad, en la cual, por la ignorancia y la ociosidad, se desarrollan sin contrapeso las tendencias mas brutales, ese incesante uso del lazo y del cuchillo, todo, hasta esos mismos cuartos de carne asada, que forman su único alimento, es fácil comprender que no les admire ningun acto de violencia, y que en un momento de cólera derramen la sangre del hombre, como derraman todos los dias las del buey.

Sin embargo, esas espantosas escenas se ha-

cen cada dia mas raras. Las cuentan ya con horror, y se distingue con el nombre de mal gaucho, al que se deja arrastrar por tan feroces inclinaciones. El verdadero gaucho es generalmente un hombre honrado y leal, fiel á sus amigos, y hospitalario con el estranjero. Nadie al entrar en un rancho dejará de admirarse del carácter franco y de la dignidad con que el dueño de la habitacion acoje á un huésped desconocido. Sea cual fuere la pobreza de su morada, sabe que es suya, y guarda allí el sentimiemnto de su fuerza y de su libertad.

Si las misiones de los jesuitas se hubieran podido estender un poco mas, y sobre todo, si la desconfiada política española no los hubiera echado tan pronto de este país, hubieran ilustrado á esta raza de hombres, cuyos abuelos eran unos valientes soldados. Abandonados á sí mismos, sin guía, sin un consejo en medio de las toscas costumbres de su vida solitaria, ó arrastrados por los desórdenes de la guerra civil, han llegado á un estado de torpeza intelectual, ó de estravío moral.

Pero así como llevan impreso en su rostro el distintivo de su nobleza española, guardan aún en su corazon los sentimientos que solo están embotados; no él por eso deja el elemento de su virtud castellana. Algun dia, con su temple enérgico, con el apoyo y las lecciones de la emigracion europea, formarán una poblacion grande y fuerte.

En las llanuras de la república existen hombres mucho mas temibles que el mal gaucho, y que hacen mucho mas daño que él, sin verse obligados como él á sustraerse á las pesquisas de la justicia, pues ellos mismos representan la autoridad legal del pais. Son los empleados honrados con la confianza y el favor de Rosas; los gefes de la campaña, y los jueces de paz.

Bajo el pretesto de que deben, estar en guardia continuamente contra la Europa, y estár prontos para oponerse con la fuerza de sus armas contra la ambicion de la Francia ó de la Inglaterra, Rosas tiene siempre un gran número de tropas, que le cuestan poco, y le son muy útiles. Están éstas bajo el mando de un comandante, que no es mas que el instrumento dócide la voluntad del dictador. A falta de una lucha contra la Francia, que en vez de batirse entra en negociaciones, y de una lucha contra la Inglaterra, que, despues que ha arreglado sus intereses con la república argentina, ya ni se bate, ni negocia, de tiempo en tiempo el sobredicho comandante se lanza con su escuadron á la persecucion de algnnos indios bagabundos. Devuelta de sus espediciones, se ven aparecer pomposos boletines, en los cuales se dice que los valientes soldados del dictador, dieron un encarnizado combate contra un ejército de salvages, que fué derrotado, dejando sobre el campo de batalla tres hombres muertos y varios heridos. Rosas relata sus boletines en su mensaje anual,

celebrando con frases enfáticas el heróico valor de sus legiones. Cada uno sabe, sin embargo lo que debe pensar de tan famosas victorias; todo el mundo sabe que la mision que vá á las campiñas argentinas, no se ocupa tanto en estar velando contra los indios, como en sostener la política de Rosas, y en doblar ó cortar la cabeza de aquellos que le hacen sombra. Pero el señor declara que sus escuadrones han adquirido á la faz del universo un renombre sin igual, y el pueblo sometido, acepta silenciosamente la apoteósis.

En la provincia de Buenos-Aires, hay tres gefes de campaña; Prudencio Rosas, hermano del dictador; Lucio Mancilla, cuñado del dictador, y Angel Pacheco, criado fiel del dictador. En cada distrito hay varios jueces de paz, cuyo título y empleo indican una idea de sábia equidad, y que no son realmente mas que los agentes subalternos de los gefes de campaña.

Hé aquí uno de los episodios bastante frecuentes de la vida de estos funcionarios. Rosas manda por un capataz una carta sellada que debe llevar con toda precipitacion á un juez de paz, y cuyo contenido no es largo. Contiene una órden concebida poco mas ó menos en estos términos: "Deseo que tal propietario de vuestro distrito, se arruine en breve." Al pié de la órden suprema, el juez escribe: "Obedeceré;" firma con su nombre la promesa y devuelve el parte a capataz, que lo entrega al dictador. En ningun

archivo existe la menor prueba. Nadie conoce la trama que acaba de urdirse, y nadie tampoco puede avisar al que va á caer en las redes del gobierno.

Pocos dias despues empieza la obra de destruccion. Una sentencia del juez de paz quita al estancionero sus mejores peones, para el servicio del campo. Una vez que faltan los peones el ganado se esparce por todas partes. El estancioro espone humildemente al juez de paz, el perjuicio enorme que le causa la pérdida de sus mas hábiles guardianes. El juez de paz, compadeciéndose hipócritamente de sus quejas, dice que no puede remediarlo, que debe ceder á la fuerza de las circunstancias, y que debe ademas, exijir nuevos sacrificios. Al dia siguiente, una nueva sentencia, en nombre de la patria, y para el servicio de las tropas, quita al mismo estanciero la carreta que necesita, y luego otra sentencia, en nombre tambien de la patria, como siempre, diezma sus ganados. Nuevas reclamaciones por una parte, nuevos lamentos por la otra; todo es inútil; la patria lo exije. Al fin, el pobre propietario reconoce, aunque algo tarde, el complot urdido contra él, se resigna á su suerte, recoje el ganado que le queda, y que era toda su fortuna, lo vende al primer chalan que le ofrece un precio regular, deja su antigua habitacion, y es negocio concluido.

Que él sabe con el tiempo que se ha tratado de arruinarlo gradualmente, no hay que dudarlo;

pero el infeliz no tiene la menor prueba, ni el mas insignificante documento oficial que pueda probarlo. La mano de Rosas no ha quedado grabada en ningun punto de la cruel maquinacion, en la que, semejante á un pájaro preso en una red, ha dejado sus mejores plumas, y se cuenta por muy dichoso aún por haber logrado escaparse. Si alguna vez se atreviera á acusar á Rosas de su infortunio, al instante mismo, la virtud de Rosas, justamente indignada, lanzaria contra él sus leales periódicos, que sabrian probar al mundo la impostura del infame acusador. El juez de paz no recibe sueldo ninguno, y es de ley alabar siempre el desinterés de esos hombres, que con el mas generoso patriotismo sacrifican toda su existencia al bien del país. Sin embargo, no hay uno solo de esos hombres virtuosos, que sin ser rico no viva como tal, y no aumente cada dia su fortuna. Toda pena, segun dicen, merece su salario; y esos buenos jueces de paz tienen tantos trabajos en sus gratuitas funciones! Las cabezas de ganado que les quedan entre las manos, cuando lo quitan en nombre de la patria, y los pedazos de terreno que se apropian del que confiscan en nombre de la patria tambien, eso es insignificante.

El gefe de campaña, así como los otros oficiales, tiene un sueldo muy mínimo, pero ejerce un poder verdaderamente despótico en todo su distrito, carga una contribucion arbitraria á ca-

da uno de los estancieros que no son sus amigos, y hace un enorme comercio con las raciones de carne y los cueros. Si con tan fáciles procedimientos no adquiere una gran fortuna, es porque no quiere. Con tal que permanezca sometido á la voluntad de Rosas, y ejecute puntualmente todos sus decretos de venganza contra los salvajes unitarios, no necesita otra cosa.

Ni uno solo de aquellos á quienes oprime, se atreverá á levantar la voz contra él. Es el pachá temido de un sultan temido. Que procure únicamente cumplir con toda exactitud las órdenes que recibe de Buenos-Aires, y sobre todo no dejarse arrastrar por una ambicion harto grande, porque entonces pudiera encontrarse á su puerta, no dos hombres mudos con un cordon de seda en la mano, sino dos determinados gauchos, con una escopeta en una mano y un puñal en la otra; última prueba del cariño y de recuerdo de su tierno amo Rosas.

XII.

PALERMO.—ROSAS.

Camino de Palermo.—Campo de caballería.—Sentimientos locales. Doña Encarnacion —Manuelita.—Sus virtudes y su influencia.—Biografía de Rosas.—Su poder.—Sus mensajes anuales.—La Mazhorca.—Régimen de terror.—Sujecion completa.—Autocracia absoluta bajo el nombre de libertad republicana.—Hermosura del país.—Su porvenir probable.—Abatimiento general de la poblacion.

A media legua de Buenos-Aires está la quinta de Palermo, que Rosas construyó para retirarse allí en verano bajo las sombras idílicas, y de la cual ha hecho desde algun tiempo acá el *arcanum* acostumbrado de sus altas combinaciones políticas: es el Versalles, el Saint-James del Rio de la Plata. El camino que allá conduce, es llano como una avenida de un parque inglés, y por la noche, está alumbrado por dos líneas de re-

verberos, como nuestro paseo de los Campos Elíseos.

Rosas no ha mandado construir y anivelar este camino, ni por un sentimiento de egoismo, ni por un gusto particular, sino para dar á sus súbditos un buen ejemplo. Ya se sabe que en todas sus obras, Rosas no piensa mas que en la prosperidad del país, y que cuando emplea los fondos públicos para mejorar ó engrandecer sus propiedades, solo le dirije un tierno sentimiento de afecto paternal hácia sus súbditos.

A la mitad del camino de su palacio campestre, hay un campo de caballería permanente. Dicen que la quinta no tiene ni guardias ni centinelas. Es verdad que se llega á ella sin encontrar una sola bayoneta, y que uno puede pasearse por ella sin dificultad ninguna. Pero Rosas sabe muy bien que solo con una señal se presentará un escuadron de gauchos adictos.

La casa está construida en vastas proporciones, con muchos patios, como las casas españolas, y galerías arcadas como las mezquitas turcas. Mas allá de la quinta, hay un hermoso jardin, construido muy costosamente sobre un terreno pantanoso. En el centro del jardin hay un canal, sobre el cual Rosas pasa muchas horas del dia meciéndose en una chalupa. Al estremo hay un buque, que una ráfaga de viento arrojó allí desde el seno de las olas tempestuosas, y que recojió como una produccion natural. El casco de este buque, fijado al suelo por me-

dio de cables y de estacas, ha sido trasformado en salon. Muy á menudo Manuelita recibe allí sus visitas y dá allí algunos bailes. Este buque, amarrado á orillas del Rio de la Plata, en medio de una arboleda, es una especie de emblema del poder que Rosas ejerce por mar y por tierra.

Al ver la situacion agradable de la quinta de Palermo, y la ingrata naturaleza de este terreno que tan difícil ha sido de cultivar, pregunta uno el motivo que ha podido determinar al hábil presidente, que nada hace sin un motivo, á escojer este sitio, mejor que la alegre colina que, á poca distancia, domina el panorama de la ciudad y de la rada de Buenos-Aires. A esto responden los aduladores de Rosas con voz melíflua, que en el centro del jardin hay una modesta habitacion, donde vivia en otro tiempo su padre. Rosas no ha podido resolverse á abandonarla, y en su piedad filial, se ha complacido en embellecerla. Otros, que pretenden no estar menos bien informados, dicen que esta quinta ha pertenecido á su querida muger, á su *incomparable Encarnacion*. Esas son dos historias muy admirables y tiernas. No tienen mas que una pequeña falta, y es, la de ser enteramente falsas. Todo el mundo sabe que Rosas fué un mal hijo, que poco le importaban los deseos de su padre, y que ha hecho deshonrar públicamente la memoria de su madre. Nadie ignora la crueldad con que trató á su muger, mientras vivió ésta, ni el indigno é hipócrita papel que representó cuando hubo

muerto. Cuando su infeliz muger, que tan grandes favores le hizo, cayó enferma, le rogó que le llevara un sacerdote; pero éste no compareció jamás. Mas tarde, cuando ya sintió aproximarse su fin, renovó las mismas instancias. ¡Vanos deseos! ¡Inútiles tentativas! Ella habia sido el testigo secreto de muchas cosas, y en su hora suprema podia hacer crueles revelaciones. No se admitieron médicos, sino despues de tomar grandes precauciones, y se le negaron obstinadamente los socorros religiosos. Apenas acabó de exhalar el último suspiro, cuando Rosas se deshizo en llanto, lamentóse amargamente, é hizo que todo el pais entero se vistiera de luto. Por órden suya, la complaciente cámara de representantes decretó que la noble esposa del presidente, seria sepultada pomposamente, con los honores fúnebres acordados á los capitanes generales. Todos los habitantes de la ciudad asistieron al fúnebre cortejo; hubiera sido poco prudente faltar á él. Rosas permaneció largo tiempo presa de su acerbo dolor, que le sirvió de pretesto para evitar el arreglo de ciertos negocios que le embarazaban en estremo, y durante varios años, le ayudó á variar la copla final de la comedia con que ha recreado periódicamente á la república. Al suplicar á la junta en su mensaje anual, que le libertase del peso del poder, decia que estaba abatido en cuerpo y alma, desde la irreparable pérdida de su adorada Encarnacion. Ese tierno tema, que nadie tragó un so-

lo momento, ha hecho pronunciar pomposas frasesá algunos oradores adictos á la junta.

Para los que conocian la vida privada de Rosas, es muy evidente que no consagró Palermo á ningun recuerdo piadoso. Solo se atribuye esa difícil construccion, á uno de sus numerosos caprichos, y al deseo de tener como Luis XIV, su dispendioso Marly.

Este Marly, en el cual pasan diariamente escenas increibles, y del cual salen muy á menudo decretos monstruosos, está quizás protejido contra la maldicion de Dios, por una noble criatura, por la misma hija de Rosas, por la señorita D.ª Manuelita. Mas feliz que Cromwell, al cual se parece por su terquedad y astucia, Rosas no ha visto crecer á su lado á un hijo rebelde, á una lady Claypole, enemiga de su fatal grandeza, y amiga de un partido vencido. Manuelita está, sin reserva ninguna, sometida á las órdenes de su padre; Manuelita es la primera de sus víctimas, pobre víctima resignada, que sufre sin quejarse el yugo que se la impone; pobre rica señora, que solo habia conocido las angustias de la ternura, y las dolorosas agitaciones del poder; pobre jóven á quien la celosa política de su padre no ha permitido casarse, que no habrá gozado el placer de ser muger, ni el de ser madre.

Ya no es jóven, y no creo que jamas haya sido hermosa. Sin embargo, tiene muy bellos ojos, hermosos cabellos, y la indefinible gracia

de la desenvoltura italiana; en el recibimiento que dá á los estranjeros, les encanta con su perfecta franqueza española. Es imposible verla sin admirarse del deseo que la ocupa sin cesar, de recibir con toda cortesanía á los que le presentan, y hacerles agradables las horas que pasan en su salon.

Desde que comenzó Rosas el curso de sus largas y astutas negociaciones con la Francia, su padre quiso que aprendiera el francés, y Manuelita aprendió el francés, lo que causó una gran conmocion en la legacion inglesa. Lord Southern, herido de esa preferencia de un idioma estranjero, se ofreció á ser él mismo quien enseñara á la jóven el tierno idioma de T. Moore. Sin duda se comunicó á Rosas la oferta del ministro, pero Rosas no quiso aceptar la propuesta del bondadoso plenipotenciario. No me admiraria saber que este negocio filológico, causó al inquieto espíritu de lord Palmerston, un motivo de mas contra la Francia, en los negocios de la Plata.

Rosas quiso que su hija se apasionara por la música, y ella la amó al instante. En fin, quiere el buen padre que su hija reciba á sus queridas, y ella las recibe á la una detrás de la otra, mientras dura su reinado efímero. Luis XV retrocedia ante este pensamiento, pero Rosas se burla de la debilidad de Luis XV, y cada noche, en Palermo, puede verse á la caritativa Manuelita, sentada cariñosamente entre las Cleopa-

tras del voluptuoso Antonio, entre el capricho de hoy y el de mañana.

Ya lo he dicho, es la primera víctima del inflexible despotismo del padre, y cuántas veces me he dicho, al verla animar con su viva alegría un círculo de visitadores, que fuera tal vez muy triste sondear las tristes reflexiones y las amarguras que se ocultan bajo se risueño semblante.

"Dispiertas y te vas al prado, dice el poeta aleman Kerner; por toda la comarca se estiende un cielo azulado.

"Sin embargo, mientras dormias en la calma mas dichosa, el agua cayó á torrentes.

"Cuántos séres hay que en el silencio de la noche derraman abundantes lágrimas, y cuando los ves por la mañana, los ves aparecer alegres y risueños."

Quizás con sus propios dolores ha aprendido Manuelita á simpatizar con los ajenos. Todas las mañanas las galerías de Palermo se llenan de un enjambre de solicitantes, que fundan todas sus esperanzas en la señorita. Los unos son negociantes que han sufrido injustos impuestos; otros, propietarios que reclaman la revocacion de un secuestro, que á causa de una odiosa denuncia les roba los goces de su fortuna; otros, que nada poseen, tienden su mano á la limosna. A estos Manuelita les abre su bolsa, á aquellos les dirije palabras que les consuelan y tranquilizan. Oye con atencion todas las quejas, y lee concienzudamente todas las peti-

ciones que la dirijen. En la cruel república del Rio de la Plata, tiene una cartera ministerial, cosa que no sé ha visto aún en ninguna de las teorías gubernamentales de Europa; la cartera del ministerio de la compasion. Los altos empleados del Estado, se someten á sus justas observaciones, y hasta su mismo padre inclina ante la virtud de su hija su altanera cabeza. Mas de una vez ha logrado reparar actos de injusticia, y sustraer á la pena de muerte á hombres cuyo crímen no merecia siquiera una reprimenda. En medio de los sentimientos de ódio y horror que en tantas partes se unen al nombre de Rosas, se eleva una piadosa imájen, rodeada de un círculo de bendiciones, y es la de Manuelita.

Hace treinta años que Rosas llenaba las obligaciones de capataz en una estancia de la provincia de Buenos-Aires. Hace unos veinte que gobierna la república, y tiene actualmente unos cincuenta y ocho; es ágil y vigoroso, aunque algunas veces afecta quejarse de una enfermedad precoz, diciendo que hacen mal en incomodarse por él, puesto que ya no tiene fuerza para reinar, y que aspira al descanso. Tiene una noble fisonomía, hermosos y brillantes ojos, de los cuales ha alteraeo la espresion por sus arranques de cólera y su hipocresía, y sus rasgos son muy regulares, aunque señalados á causa de uno de sus ejercicios de gaucho. Un dia, en uno de sus ejercicios de equitacion; que fueron la primera base de su fortuna, quiso montar un caballo sal-

vaje, agarrándole por la cola; el fiero corcel, justamente indignado con una accion tan agena de un ginete, le tiró una coz, con la cual le imprimió una marca eterna sobre la frente.

En 1840, uno de los distinguidos emigrados de la república argentina, Domingo de Oro, escribió: "La naturaleza ha dotado á Rosas de una robusta constitucion, que él desarrolló con su activa existencia, y que le ha sostenido en el terrible papel que representa. Entre un círculo de hombres de su confianza, ó de otros de quienes desee grangearse las simpatías, sabe mostrarse muy agradable. Entonces oye con atencion al que le escucha. En otras ocasiones se muestra grosero en sus modales, y taciturno ó estravagante en sus espresiones. Muy raramente mira cara á cara á la persona á quien se dirije. Solo de cuando en cuando arroja sobre ella una mirada, como para observar el efecto que producen sus palabras. Jamas su rostro descubre sus emociones, y al verle es imposible adivinar las brutales pasiones que se agitan en su seno. Sin embargo, á pesar de poseer el disimulo de Tiberio, y bastante valor en circunstancias graves, tiembla en el momento del peligro, el temor turba sus facultades, y le hace caer en una especie de estúpida torpeza. Rosas es estremadamente sombrío, y lo era tambien antes de temer un envenenamiento. Pocos hombres hay tan pensativos y laboriosos como él. Pero le faltan los sentimientos morales y religiosos.

Todas las facultades de su alma estan reducidas en estas dos pasiones: la del poder y la de la venganza. En toda la historia moderna no existe un solo ejemplo de una crueldad tan reflexionada como la de Rosas. La actividad febril con la que trabaja, degenera en sus horas de descanso en locura ó en ferocidad."

Para los que conocen á Rosas, les basta esta corta descripcion de su carácter. Pero los que no le conocen necesitan otros detalles. Al tratar de describir los principales rasgos de este carácter, sin igual quizá en los anales de los gobernadores, conozco lo dificultoso que es la empresa. Para pintar á un hombre semejante, se necesitaria un Tácito, y yo no soy un Tácito. Pero citaré hechos, y el lector podrá darse él mismo la conclusion de mi imperfecta descripcion.

Es preciso hacer justicia á Rosas, y decir que él mismo se ha hecho lo que es, el mas hábil diplomático, y el mas firme de los déspotas. Hijo de un oscuro estanciero, que en su rústica morada y en medio de sus propiedades, se cuidaba muy poco de las letras, Rosas llegó á la edad de catorce años sin haber tomado un solo libro en sus manos. En esa época, fué colocado como aprendiz en casa de un comerciante del campo, que le dió algunas lecciones de escritura. Dicen, pero no me atrevo á afirmarlo, que un acto de improbidad le arrojó de aquella casa. Volvió, pues, á la de su padre, el cual renunció á hacerle seguir la carrera comercial, le encar-

go de velar los trabajos de su estancia, bajo la direccion de un mulato, que era el capataz. Mas atrevido en el dominio paterno, de lo que lo había sido en la tienda de su honrado patron, el jóven Rosas estravió en su casa tantos patacones, que sus padres se vieron precisados á poner órden en sus derroches. Obligado á confesar sus sustracciones, que en su principio habia querido negar, y despues de esa confesion, se escapó del techo paterno y no volvió á parecer á él. Entonces tenia diez y ocho ó diez y nueve años. Ya se vé, pues, que era un muchacho resuelto. Durante muchos meses, anduvo errante á la ventura en las llanuras de Buenos-Aires, pasando algunos dias aquí, otros allí, ya en la casa de un estanciero, ya en una pobre chacra, confiando en el carácter hospitalario del país, y en las ventajas de una hermosa figura, que, como dice Goethe, es una buena recomendacion en todas partes.

En una de sus vagabundas escursiones, hizo conocimiento con un propietario bastante rico, llamado Luis Dorrego, que se interesó por él, y le colocó en una de sus estancias. Allí tuvo ocasion de conocer á Vicente Maza, uno de los futuros presidentes de la república argentina, Maza cobró afecto al jóven aventurero, cuya mirada y fisonomía anunciaban una naturaleza intelijente. Le mandó ir á su casa, le inspiró deseos de instruirse, y le guió en sus estudios.

Hé aquí el modo con que Rosas probó á sus

dos protectores su reconocimiento por ellos; proscribió á Dorrego, y asesinó en la asamblea al venerable Maza.

Mientras desempeñaba el empleo de capataz en la estancia de Dorrego, fué cuando el sabio y valiente Rosas, que debia ser con el tiempo el Licurgo y el César de su país, empezó á crearse un partido entre los gauchos. Era jóven, hermoso, robusto y de una rara agilidad en todos los ejercicios de habilidad, que son el orgullo de los peones. Ninguno montaba con mas lijereza un caballo salvaje, ni domaba con mano tan diestra y vigorosa su ardor impetuoso; nadie como él echaba el lazo y las bolas con tanta precision.

Para los gauchos, testigos de sus altos hechos, Rosas llegó á ser el primer hombre. Mezclándose en sus corridas, y tomando parte en sus luchas, adquirió sobre ellos el ascendiente que ejercen siempre la fuerza y la ajilidad en las masas de gente tosca é ignorante.

En medio de su llaneza y franqueza de carácter, y cediendo á la influencia de Rosas, no conocieron la ambicion que en éste despuntaba. Cuando se reunieron á su llamamiento, y le siguieron al campo de batalla, no creyeron ellos que le llevaban á la escala, desde lo alto de la cual les debia mirar con un desden soberbio.

Hasta 1820, Rosas permaneció estraño á los sucesos que ajitaban los Estados argentinos. No se enganchó jamas en las banderas de la repú-

blica. La primera vez que tomó las armas, fué para sostener la insurreccion de Rodriguez contra el cabildo de Buenos-Aires, y su vida militar comenzó por la invasion de la capital. De aquella fecha data su elevacion, que empezó con el título de gefe de campaña, del cual se sirvió mucho por su interés luego, por el de general de la espedicion contra los indios, que no contribuyó poco á su fortuna.

Desde el dia en que Rosas empezó á entrar en la vida política, no se le ha conocido un solo amigo. Ningun afecto tierno pudo separarle de su ambicioso camino, y su alma de bronce no dió entrada á ninguna pasion de amor ó amistad. Siendo soldado, jamas tuvo camaradas; siendo gefe del poder, nunca tuvo un consejero. Sus ministros han sido para él solamente unos escribas, de quienes jamas ha admitido los consejos, y los mas altos empleados del Estado, servidores, que, bajo la faja de general, ó bajo la toga magistrado, han estado sometidos igualmente á su voluntad. Un solo hombre ha existido que, por un afecto incomprensible, se interesase por él, y le siguiera en su marcha política, con un cariño casi paternal. Este hombre era Maza, presidente de la asamblea de representantes, y Rosas le asesinó con tres sicarios, en la misma sala donde el venerable anciano, desde su sillon presidencial, habia apoyado ó dirijido las mocio nes del dictador.

En 1830, Rosas no era aún, al menos de nom

bre, mas que el gobernador republicano de la provincia de Buenos-Aires, embarazado por la constitucion, y enlazado por las leyes del país.

En 1835 se hizo acordar por la junta un poder ilimitado, y respondió al decreto de la asamblea por una arenga, que es una de las auténticas espresiones de su naturaleza hipócrita, y de sus implacables ódios; esa arenga se publicó toda entera en su periódico oficial, la *Gaceta mercantil*. Cuando me he decidido dice, á llevar á cabo *el terrible sacrificio* de colocarme en la silla del gobierno, en las desgraciadas circunstancias en que se encuentra nuestra desventurada patria, cuando para arrancar á nuestro país del abismo en que le vemos sumergido, he aceptado el *poder sin límites*, que á pesar de su odioso peso, considero como absolutamente necesario en mi empresa, no creais que mis esperanzas solo se fundan en mis débiles capacidades. No, yo confio mis esperanzas en la proteccion especial del cielo."

Hé aquí la hipocresía. Hé aquí el ódio, los dos signos distintivos del dictador argentino.

"Nadie ignora que una numerosa faccion de hombres corrompidos, que hacen ostentacion de su impiedad, de su avaricia, de su infidelidad, que se declaran abiertamente contra la religion, la honradez y la buena fé, han introducido por todas partes el desórden y la inmoralidad. Nos hemos resuelto á combatirles. Perezca, pues, esa raza maldita, esa raza monstruosa, persigá-

mosla con vigor, y sea nuestro vigor su esterminio. Nada nos detendrá en nuestra obra; ni el peligro ni el temor de engañarnos en nuestros medios de persecucion."

Desde esa época decisiva, hablar de la confederacion argentina, es hablar de la mas admirable impostura gubernamental que haya jamas existido.

En 1826, Rivadavia, vencido por el partido en que se apoyaba Rosas, abdicó la presidencia. Rivadavia quiso reunir en un solo cuerpo, en una sola administracion, las diferentes provincias de que se compone la confederacion argentina. Sus adversarios pedian una organizacion federal para esas mismas provincias, muy parecida á la de los cantones helvéticos. De eso nacieron los nombres de unitarios y federales, que se oian resonar tan á menudo en el Rio de la Plata, y cuya significacion primitiva se halla completamente desnaturalizada en el dia. Hoy, los esclavos de Rosas, llevan el título de federales; cualquiera que hiera su orgullo, ó despierte sus sospechas, es inmediatamente tachado de unitario y juzgado como tal.

La administracion de las provincias del Rio de la Plata, ha sido organizada segun el sistema federal. Cada una de ellas debe formar un Estado independiente, con una junta libre y una constitucion libre. Está convenido únicamente, que los negocios de la política esterior deben tratarse en Buenos-Aires. Pero bajo este manto

de federalismo, Rosas ha realizado completamente el hecho unitario, cuya teoría no pudo sostener el honrado Rivadavia. Las juntas de las provincias están sujetas del mismo modo que la de Buenos-Aires. Los gobernadores se nombran segun sus instrucciones, y están sometidos á su poder.

Si le disgusta el nombramiento de alguno de ellos, ó si alguno de ellos resiste al freno que le imponen, puede creerse que no guardará mucho tiempo su destino. Rosas posee muchos medios ingeniosos para deshacerse de esa clase de personas. En caso de necesidad, incitará contra él una insurreccion, despues de la cual, la junta, ilustrada ya con los hechos, hará otra eleccion.

En 1838, la provincia de Santa Fé, escojió por gobernador á Domingo Cullen, y Rosas accedió completamente á tal nombramiento. Cullen era uno de sus partidarios, y uno de sus cómplices en el asesinato de Quiroga. Pero desgraciadamente tenia entre sus manos algunos papeles secretos y algunas órdenes diabólicas, que sin duda Rosas queria poseer. Esos papeles fueron pedidos á Cullen en términos muy afectuosos, luego en tono imperioso, y despues con órden de entregarlos. Cullen se negó. Entonces Rosas le declaró traidor á la patria, armó contra él una sublevacion en la ciudad de Santa Fé, y para mas seguridad, arrojó allí á su fiel Pacheco con un número de tropas.

Cullen se escapó y se retiró á la casa de Iba-

ra, gobernador de Santiago, que era uno de sus antiguos amigos. Pronto Rosas se dirijió á Ibara pidiéndole que le entregara al indigno argentino refugiado en su morada. Despues de muchas negociaciones, y viendo que Ibara no quería violar las leyes de la hospitalidad, Rosas iba á recorrer todavía á las armas, cuando se le ocurrió una idea luminosa, y fué, persuadir á Ibara de que el infame Cullen conspiraba contra él mismo, contra el amigo que le daba tan generosa hospitalidad. El imbécil Ibara creyó ó finjió creer semejante perfidia y entregó á su huésped.

Cullen fué atado y llevado entre un destacamento de soldados hácia Buenos-Aires. Pero Rosas, que temia sus indiscreciones, no esperó su llegada á la capital. Espidió á uno de sus ayudantes, que le asesinó por el camino.

Tal es el libre gobierno de las doce provincias secundarias de la república argentina. En cuanto á la provincia de Buenos-Aires, colocada bajo la mano de Rosas, es mas sencillo el asunto. Aquí Rosas es todo, único y absoluto; la idea y el hecho, el brazo y la espada. Sin embargo, el que le oiga, creerá que tiene un gran respeto á la constitucion, puesto que somete muy respetuosamente sus actos al alto aprecio de la junta. ¡Qué honrado es el bueno de Rosas!

La junta se compone de cuarenta y cuatro diputados, escojidos todos entre los parientes, los amigos ó los servidores de Rosas. Los votos son libres; nadie se atreverá á decir lo contra-

rio: solamente en cada eleccion, puede uno recordar la enérgica frase de uno de los coroneles de Napoleon: "¡Soldados! se trata de saber si harémos del primer cónsul un emperador. Yo no quiero violentar vuestra conciencia. Teneis el derecho de espresar vuestra opinion; pero os advierto, que romperé la cabeza al primer mandria que votara contra el emperador."

En la provincia de Buenos-Aires, cada elector está obligado á enseñar al juez de paz su voto, al momento mismo en que le hace inscribir. ¡Ay de aquel que osara engañar al respetable funcionario!

La junta, compuesta de esta manera, se reune todos los años en el mes de Febrero, y entre ella y el gefe del Estado, tienen lugar entonces los sucesos más bufones. Jamás en un museo de figuras de cera ha anunciado el que las enseña, con una voz tan melíflua la grande, la magnífica escena que debe verse, como lo hace Rosas al narrar sus obras en la apertura de una sesion. Jamás ningun Polichinela, con su palo en la mano, ha golpeado como él la cabeza de su vecino ó de su enemigo.

El mensaje que Rosas dirije á su fiel asamblea, se compone de un volúmen en octavo, de doscientas cincuenta á trescientas páginas. El buen gobernador relata en él todos los pequeños incidentes de su gobierno, y todos los de las otras provincias, con una riqueza y fluidez de lenguaje, semejante á las arengas de los héroes de

Homero. Hé aquí el primero de sus discursos en la asamblea. Es bastante curioso. Disimúlenme la repeticion de frases enfáticas, que son las suyas.

"Os saludo con todo mi afecto. Comenzais vuestras importantes sesiones durante circunstancias muy favorables á la confederacion. El honor nacional brilla con toda su gloria. La independencia de la república se ennoblece con vuestros consejos, y con sus mismas obras. Despues de una larga anarquía, despues de los ataques reiterados del estranjero, el órden se consolida, y la gloriosa soberanía del país se eleva con dignidad. La confederacion, mereciendo la buena opinion del mundo entero, y las ardientes simpatías de los Estados americanos, persevera con un maravilloso éxito en la defensa de sus derechos. Las circunstancias en que su nombre y su valor han brillado de un modo tan resplandeciente, tocan ya á su término feliz. Esta gloria ilustre, pertenece á vuestra sabiduría y á vuestro elevado patriotismo. Dios Nuestro Señor ha tomado bajo su proteccion vuestras deliberaciones, y vuestros esclarecidos actos. Las dos repúblicas de la Plata (1) por sus hechos espléndidos, y por su magnánima moderacion en la defensa de una misma causa, han sosteni-

(1) La que él gobierna, y la que su teniente Oribe trata de sostener frente de Montevideo, en los campos de la Banda Oriental.

do gloriosamente su respectiva independencia, su honor y su antigua fama. El gobierno y los pueblos confederados, firmes en el heróico sentimiento de sus prerogativas soberanas, y en el pacto federal de la república, continúan su noble objeto, con una lealtad y un honor inmortales. La opinion del pais, y la de la América entera, hacen doblar la cabeza á los salvajes unitarios.

"Al contemplar la grandeza y la inmensa honra de nuestros gloriosos sucesos, dirijo al Altísimo el humilde y cordial tributo de mi gratitud por su proteccion y sus inefables favores.

"Os habeis reunido para deliberar los negocios públicos. Penetrado de los conocimientos de vuestro mérito eminente, os dirijo mis respetuosas felicitaciones, y someto á vuestra soberana sentencia los actos de vuestra soberana administracion. En vuestra alta rectitud, en vuestro amor patrio, juzgad mis hechos y mis errores. Dignaos solo considerar que, en mis deseos y en mis intenciones, no he pensado mas que en la prosperidad y en la dignidad de la nacion, y en el cuidado de conciliar nuestros intereses con los intereses del mundo entero."

Despues de este prólogo, el mismo arengador, que se coloca ante los representantes de la provincia de Buenos-Aires en una actitud tan modesta, relata con una sencillez muy grande, los testimonios de benevolencia que ha recibido de los gobernadores de las diferentes provincias,

Ya la provincia de Córdoba declara que el odioso abuso del poder de las mas poderosas naciones del mundo, no ha servido mas que para dar nuevo brillo á la firmeza del gran Rosas; ya la de Santa Fé rinde homenajes á los delicados sentimientos del general Rosas, dignos de su grande alma; en fin, todo el ganado de carneros de ese nuevo Panurgo se espresa de la misma manera, en diferentes términos. Rosas sonrie con aire paternal á esas verídicas manifestaciones de la opinion de las provincias, y alaba la energía de un gobernador, el talento de otro, la prudencia de éste y la escelente conducta de todos ellos.

Al fin de la larga memoria, en la que, como un poeta épico, ha cantado la prosperidad de su país, la valentía de sus soldados, y la gloria inmortal de su bandera; al fin de esas estrofas entusiastas, llega la repeticion elegíaca, en la que se queja de las fatigas que le causa el peso de los negocios, los sufrimientos físicos y morales con que debe luchar conjurando á la asamblea á que le tenga alguna consideracion, y que el libre de un cargo que ya no puede soportar por mas tiempo. Cada uno conoce de antemano esa admirable peroracion del mensaje, y cada uno sabe cuál será el resultado de ella.

La asamblea, despues de extasiarse en cada uno de los actos sometidos á su juicio imparcial; despues de haber agotado todos los superlativos del idioma, para alabar la alta, grande y

sublime administracion de Rosas, se levanta con un valor admirable, para declararle, corriendo el riesgo de esponerse á su cólera, que no puede acceder á sus deseos de retirarse, y que él debe, á todo precio, y haciendo toda clase de sacrificios, asegurar por medio de su gobierno la felicidad de la patria. Y el bueno de Rosas, cuya vida entera ha sido un sacrificio de sí mismo en bien del público, dobla la cabeza y se resigna á la nueva violencia.

En esta magnánima asamblea de Buenos-Aires, no deben preocuparse nunca de las feas cuestiones de minoridad creciente, ó mejoridad indecisa, que tan á menudo causan tan grandes disturbios en los Estados constitucionales. Tampoco deben ocuparse de esos discursos temerarios, que en la anchura en que están concebidos, tocan cuestiones tan diversas, ni de ninguna de esas pérfidas proposiciones que, bajo el suave mandato de algunos considerantes perfectamente monárquicos, oculta la serpiente revolucionaria. No, no, gracias á la tutela de Dios, piadosamente invocada por Rosas, los representantes de la provincia de Buenos-Aires, jamás han caido en semejantes errores. Entre ellos los negocios se tratan con una unidad encantadora, y todo se resuelve con un tierno acorde.

Rosas, el gran Rosas, les ha acostumbrado á esas amistosas costumbres. En otro tiempo, Moisés encontraba por medio de una revelacion milagrosa, la planta que cambiaba en agua dul-

to el manantial nauseabundo del desierto. ¡Rosas, mas hábil, ha descubierto el medio de libertar al sistema representativo de su fatal amargor, y hacer de él una agradable bebida.

Si se pregunta por qué medios ha logrado este resultado, es fácil responder. Con algunos millares de encarcelamientos, de confiscaciones, de sentencias de muerte y de asesinatos; nada mas que eso, que no es mucho. Cuando se trata de salvar la patria y de restablecer el imperio de las leyes, un grande hombre no debe arredrarse ante ciertos escrúpulos vulgares. Y Rosas, ¿no es el restaurador de las leyes? Como él representaba por sí solo la grandeza y el porvenir del país, cualquiera que no comprendiera perfectamente su sublime mision, ó que arrojara sobre su camino un grano de arena; cualquiera que ofuscase su mirada por el brillo de su harto elevada fortuna, ó de un nombre harto esclarecido, inmediatamente figuraba en la lista de los salvajes unitarios, y á título de tal se le ahorcaba ó se le proscribia con una prontitud maravillosa.

A falta de un tribunal bastante activo, una cohorte de ajentes, bastante numerosa, organizó en 1840 la sociedad de la *Mas horca*, cuyo solo nombre indica su sed de ejecuciones. Para purgar el suelo argentino de los salvajes unitarios, que le infestaban aún en aquel tiempo, los sicarios de Rosas, los setembristas de Buenos-Aires

penetraban en las casas que declaraban sospechosas, las pillaban, violaban sus mugeres, y asesinaban y lo destruian todo. Algunos jóvenes de honrado carácter, é hijos de distinguidas familias, se veian obligados, por su propia seguridad, á tomar parte en esas ospantosas pandillas. Por una generosa condescendencia, no les arrastraban á sus espediciones sanguinarias, y solo les forzaban á ultrajar á las mugeres que no llevaban prendida en sus trenzas la cinta roja, signo de unidad prescrito por Rosas. Durante un mes entero, la *Mas horca*, esparció la vergüenza, la sangre, y el terror en las calles de Buenos-Aires. El dictador, no contento con ver su capital entregada al hierro esterminador, queria que igual régimen de salud pública se estendiera en todas las provincias. En 1841 escribió á un gobernador de Córdoba: "Es preciso que la república sea purgada de tantos *traidores inmundos* (1). No merecen ninguna indulgencia. Tenerles consideracion fuera un crímen. En sus personas, así como en sus bienes, deben sufrir todas las terribles consecuencias de su iniquidad, porque son unos *traidores* y unos *salvajes*."

El 30 de Octubre, para glorificar con un acto magnánimo el mes que llevaba su nombre (*mes*

(1) *Gaceta mercantil*, 21 de Enero 1841. Debe tenerse presente que esos epítetos de *salvajes unitarios* y *traidores inmundos*, y otros, no se dirijian mas que á los rivales ó enemigos particulares de Rosas.

de Rosas) el dictador publicó un decreto, por medio del cual se prohibian *los asesinatos, sin una órden espedida por la autoridad competente.*

E 1842 se puso á un lado este último decreto, y la Mas horca empezó otra vez sus actos con un nuevo furor; pero los ministros de Francia y de Inglaterra, los Sres. Lurde y Mondeville, intervinieron para poner término á tan horribles dramas.

Sus enérjicas protestas detuvieron los brazos de los verdugos, y Rosas, el buen Rosas, declaró que nada sabia de aquellas atrocidades, cometidas diariamente á su vista.

Mientras que la Mas horca cubria de luto y de terror las casas de la capital, la justicia del dictador se estendia mucho mas allá.

Heria con la punta de su espada á Quiroja, en las llanuras de la confederacion argentina, y al escelente Varela en las calles de Montevideo. Sus puñales herian por todas partes, y ofrecia diarios holocaustos en las cárceles de Santos Lugares. Los soldados de este lugar de suplicio, fusilaban á sus víctimas al compás de la *Resbalos*, magnífica cancion compuesta espresamente para alegrarles durante la ejecucion. Si el condenado se resignaba á la muerte sin murmurar una sola palabra desagradable, pronto se concluia el asunto.

Si al contrario, proferia una sola palabra que pudiera ofender á Rosas, suspendian por algunos minutos el fusilamiento, y los empleaban en

arrancarle la lengua, y concluida la operacion, el oficial dando la voz de mando, ponia fin á sus tormentos.

De este modo logró Rosas aplastar bajo sus manos una poblacion de ochocientas mil almas. Así ha logrado someter á la república argentina á un grado de bajeza y esclavitud tal, que no presenta un solo ejemplo en las páginas mas ignominiosas de la historia antigua. A un pueblo jóven, detenido bruscamente cuando empezaba á dar su sávia vital, le ha impuesto la misma degradacion que los Calígula y los Heliogabalo impusieron á la decrepitud del pueblo romano. Asi como esos hombres malditos, no contento de ser temido como un amo terrible, ha querido ser venerado como un Dios. Su retrato, colocado sobre un carruaje, al cual se engancharon á las mugeres mas distinguidas (1) de Buenos-Aires, fué conducido en triunfo á la Iglesia de la Merced, y colocado en el altar militar, donde los eclesiásticos debieron mezclar en sus sermones el nombre del nuevo santo.

---

(1) Entre ellas se encontraba la viuda de Quiroja, asesinado por órden de Rosas. Al entrar en su casa, despues de tan ignominiosa ceremonia, encontró sobre una mesa una caja de oro, mandada por el reconocido gobernador, que contenia un puñado de yerba, para que no ignorase que acababa de prestar el servicio de un animal de forraje.

Que este hombre, que despues de haber pisoteado todos los principios de humanidad, viola todavía con su orgullo el santuario de Dios, debe ser aborrecido, y que mas de uno deseará vengarse terriblemente de él, no hay que dudarlo. Pero son ódios mudos, son sentimientos de venganza, encerrados en lo mas profundo del corazon. Esperando que estallen, solo declaran su pensamiento en voz baja, y en un círculo muy íntimo, si es que algun dia se atreven á darles paso entre sus labios; inclinan la cabeza ante Rosas, y obedecen sin quejarse cada uno de sus decretos y cada uno de sus caprichos.

La sentencia de esterminacion, de la cual ha hecho la divisa nacional de la república, está impresa á la cabeza de todos los actos oficiales, y de todas las correspondencias administrativas.

Ningun argentino se atrevería á salir de su casa, sin su larga cinta roja flotando de su ojal, con estas palabras sacramentales: *¡Viva la confederacion argentina! ¡Mueran los salvajes unitarios!* Hasta los sacerdotes están obligados á llevarla colgada de su pecho. Los actores dramáticos, al principio de cada representacion, profieren en coro un grito de vida y de muerte; los serenos lo repiten por la noche de barrio en barrio, al publicar las horas nocturnas.

Siendo el color rojo el único color ortodoxo de los verdaderos argentinos, Rosas se ha contrariado mucho al ver que la naturaleza, semejante á un salvaje unitario, ha persistido en ador-

narse de azul y de verde. Como no era posible condenar á la tierra á las prisiones de Santos Lugares, ni herir el cielo con las cuchillas de la Mas horca, le ha sido preciso resignarse á ver el suelo de la república cubrirse de una perpetua verdura, y al horizonte estender por el país su círculo azulado. Pero el honrado pueblo argentino ha hecho todo lo posible para alejar de las miradas de Rosas toda apariencia de un tinte odioso. La Francia y la Inglaterra, han fabricado para este país sederías muy particulares, sin verde, sin azul, ni nada que á eso se parezca sino rojo, y cuando mas, con alguna mezcla de amaranto. Los plateros y las modistas han seguido su ejemplo. No hay mas esmalte que el puro bermellon en los brazaletes y en los anillos, y las inteligentes floristas de Paris, para conservar su clientela entre el mundo elegante de Buenos-Aires, han inventado una nueva botánica. Han hecho ramilletes sin hojas, y rosas que nadie pudiera imajinarse que lo fueran.

Hé aquí uno de los caprichos imperiales del republicano Rosas, entre los muchos que han brillado. A fines del año de 1848, tuvo deseos de ver toda su capital vestida de nuevo. Muchos soberanos constitucionales ó absolutistas pueden tener los mismos deseos, sin que les sea posible realizarlos. Rosas no conoce obstáculos á su voluntad. Buenos-Aires, cuyas casas como ya lo he dicho, contienen muchos patios, aunque no están en general habitados mas que por una so-

la familia, ocupan un espacio muy vasto. Hay un gran número de habitaciones, que no tienen menos de doscientos piés de anchura en la fachada. El mas insignificante embadurnador de casas, se paga muy caro; cuesta dos pesos diarios, pero esto no importa. Se publicó una órden mandando á todos los propietarios blanquear las fachadas de las casas, por supuesto, pintando en su base una faja roja. El todo, debia estar concluido para el 25 de Mayo, dia aniversario de la revolucion del Rio de la Plata, es decir, en el espacio de un mes. Esto como es de presumir, puso en conmocion á todos los barrios. Ni se pensó un solo momento en dirijir una representacion al gobernador, esponiéndole la dificultad de hacer una colada tan grande en tan poco tiempo. Solo se ocupó todo el mundo en buscar trabajadores, y éstos buscados, perseguidos, comprendiendo á primera vista la ganga que les habia caido entre las manos, se hacian pagar muy caros. Este imprevisto decreto del dictador, costó á algunos mas de mil pesos.

En el campanario del cabildo hay un relox mal cuidado, cuya caprichosa aguja corria ó se detenia á su sabor, y con una perfecta independencia sobre su cuadrante. Rosas, indignado de los bochornos que los reguladores de los relojes hacian todos los dias al miserable cuadrante, convocó un dia á todos esos industriales en casa del gefe de policía. Allí se les avisó que no de-

bian ocuparse ya mas, ni de sus insolentes cronómetros, ni de sus arrogantes observaciones astronómicas, sino que debian mirar el relox del cabildo, y medir la marcha de los suyos con aquel. Actualmente, sean cuales fueren los errores del relox del cabildo, no por eso deja de señalar la hora legal. Mas poderoso que el valeroso Josué, y que el piadoso Ezequías, el autócrata de la confederacion argentina no necesita ningun milagro de Dios para alterar el curso de los astros.

El fija segun su capricho el alba del dia cuando todo es oscuridad, y el crepúsculo de la tarde cuando el sol achichara.

Permitidme todavía citar un ejemplo de la increible omnipotencia de Rosas. Hay ciertos hechos pueriles en apariencia, que en la historia de un pachá como éste, tienen una significacion mas viva que los sucesos de grande importancia.

Un domingo, Rosas, al asistir al ejercicio de sus tropas, se apercibió de que algunos impertinentes espectadores miraban con ojos poco respetuosos los pesados movimientos de los soldados. Sorprendió en boca de algunos ciertas sonrisas sardónicas, y observó algunos grupos que murmuraban en voz baja algunas palabras burlonas, y se propuso poner término á las impertinencias de los curiosos.

Al dia siguiente se publicó un decreto, que obligaba á los habitantes á pasar el domingo encerrados en su casa, desde el momento en que

un cañonazo anunciara que empezaba el ejercicio, hasta que otro advirtiera que ya se habia concluido. No solamente estaba severamente prohibido á todo argentino y á todo estranjero atravesar las calles durante aquel intervalo, sino que ni siquiera podian asomar á la puerta de su calle, ni á la ventana ni á la azotea. Yo he pasado algunos domingos en los Estados-Unidos, y cuando los comparo con los destinados al ejercicio de las tropas de Rosas, todavía encuentro aquellos mas alegres. Durante estos dias, se interrumpen todas las visitas, y todas las relaciones de amistad ó de parentesco. Al primer cañonazo, todo el mundo corre á su casa; si alguno está muy lejos de ella, pide asilo á la primera familia conocida que se le presenta al paso, y allí permanece hasta que la segunda señal; la señal de la libertad de caminar, retumba en la ciudad. Se oye resonar el tambor y el ruido de las maniobras, sin atreverse á abrir los ojos. Ni invitaciones ni negocios autorizan á ningun ciudadano, á dar veinte pasos por la calle, mientras dura el ejercicio solemne: un notario, no puede ir á recojer las últimas voluntades de un difunto; un médico no puede asistir un enfermo agonizante. De un estremo á otro de la ciudad, y hasta media hora del lugar en que los heróicos hijos de la república aprenden á llevar el paso y el arma al hombro, la ciudad está inanimada y desierta. Parece una ciudad tomada por un ejército enemigo, y abandonada por sus habitantes.

Estoy persuadido de que Rosas se divierte muy á menudo con sus decretos, como un niño con sus juguetes, y se rie del terror que causan á sus buenos súbditos. Así como lo ha dicho muy bien el Sr. Domingo de Oro, no posee ningun sentimiento de moral, ni de religion, y el camino tortuoso por el cual se ha elevado al poder, la sumision con que vé que acatan sus leyes, las lisonjas viles que resuenan sin cesar en sus oidos, le han hecho perder, si alguna vez llegó á poseerlo, todo sentimiento de consideracion por la especie humana.

Rosas desprecia á los hombres, y en su desprecio, pisotea con toda impudencia hasta su propia dignidad. Sin respeto por los demas, sin consideracion por sí mismo, tan pronto se entrega á sus bufonadas de payaso, como á un egoismo vergonzoso. En una noche en que Manuelita estaba sentada en un salon, rodeada de mugeres, le vieron entrar tirando de la brida de un asno ricamente enjaezado, montado por un mono. Dió á paso lento la vuelta del salon con los dos animales, luego se arrimó á cada una de las mugeres, dirijió á cada una de ellas un epígrama injurioso, ó epítetos deshonestos, y luego se retiró.

Otro dia entró con aire jovial al mismo salon diciendo: "Quiero dar un besamanos verdaderamente régio: voy á tomar la misma postura que la reina Victoria, y todas las mugeres que están aquí me besarán la mano. Y acercándo-

se á una jóven que estaba modestamente sentada, separada de las demas, la dijo: "Vamos, empiece V."

"Disímule V., respondió la jóven con voz firme y con resolucion; estóy sometida á las órdenes de S. E., pero jamas he besado mano ninguna, á no ser la de mi padre; mi padre ha muerto ya, y temeria ofender su memoria, si daba á otro hombre un testimonio igual del respeto que á él le profesaba."

"¡Ah! dijo Rosas, con que este es su modo de pensar! Veremos si todas piensan como V."

Todas se sometieron sin dificultad á su nuevo capricho.

Despues que hubo dado la vuelta al salon, Rosas se arrimó á la jóven rebelde, y la preguntó si estaba todavía resuelta á distinguirse de las demás. La jóven rehusó de nuevo, y entonces él la mandó cojer por un negro grotesco, que es su bufon, y la hizo zurrar en medio del salon. Suprimo ciertos infames detalles que no se pueden contar sin faltar á las leyes de la decencia.

A este innoble saltimbanquis mandamos en embajada á nobles oficiales de marina; con este hombre cubierto de fango y manchado de sangre, tenemos una interminable negociacion; á este gaucho hemos engrandecido con nuestra condescendencia, y la Francia le ha tratado, digámoslo así, como á un igual. Decimos que nuestro honor nacional está interesado en los asuntos de la Plata; pero si en algo está com-

prometido nuestro honor, es en las consideraciones que hemos tenido durante siete años á este tirano de baja ralea.

Cada nueva negociacion que contraemos con él, es un nuevo escalon añadido á su pirámide. Todas sus astucias se reducen á hacer de los asuntos un negocio interminable. Material y moralmente, le conviene que así sea; materialmente, porque mientras que Monte video permanece ceñido por las tropas de Oribe, acaba de arruinar esa ciudad que le es tan odiosa: moralmente porque se dirije á la arena, como un atleta á quien ninguna mano tuerce. Dice á sus cortesanos, y al mundo entero en sus partes y en sus mensajes: "¡Ya veis cuál es mi poder! He resistido á las fuerzas reunidas de la Inglaterra y de la Francia. La Inglaterra me ha pedido la paz, la reina Victoria me ha llamado en en sus cartas su *grande y buen amigo*. La Francia, mas tenaz, me envia una nueva embajada apoyada con una escuadra; la embajada aguarda mi voluntad en Buenos-Aires, y la escuadra, con toda su artillería, permanece inmóvil en la rada de Montevideo."

Los defensores de Rosas, dicen que él ha restablecido el órden en un país entregado á la anarquía durante veinte años. Es verdad que antes de su reinado, varios partidos se disputaban el poder con las armas en la mano, y que Rosas se ha apoderado de tal modo del cetro gubernamental, que nadie se atreve á intentar

arrancárselo. Es verdad que despues de haber confiscado, robado y asesinado, hecha ya su fortuna, y no teniendo quién le embarazara, ha tomado ya como dice él mismo, el gusto á la clemencia, y que de algunos años á esta parte, salvo algunos asesinatos cometidos aquí y allí, y algunas proscripciones, por no perder enteramente la costumbre, se ha mostrado un tanto bueno. Es verdad aún que se ha hecho el firme propósito de no incomodar á los estranjeros. Este es uno de sus principales argumentos cada vez que se encuentra atacado por la diplomacia europea. Debo decir, en fin, para ser justo con él, que ha constituido un servicio de policía bastante regular en las calles de Buenos-Aires, y que á causa de sus espediciones contra los indios, el camino que va del Rio de la Plata á la Cordillera, está mas seguro que antes.

Pero este hombre, que se ha apoderado de un modo tan absoluto del poder de uno de los mas hermosos paises del mundo, ¿puede enorgullecerse como de un mérito, de haber por su propio interés, aplastado ó ahogado á sus rivales, de haber, por medio de la fuerza ó de la seduccion, subyugado á algunas hordas de indios, y de haber impedido los asesinatos, cuando ya no necesitaba mas crímenes? ¿Qué otra cosa ha hecho si no es el haber querido imponer á Montevideo uno de sus tenientes, con el fin de tener aquella ciudad bajo su dependencia, y paralizar

el vacío que formaba esa ciudad, que amenazaba arruinar Buenos-Aires, teniéndola sitiada durante siete años? ¿Dónde están sus demas obras? ¿Dónde están los monumentos de un reinado de veinte años? ¿Dónde están las instituciones destinadas á mejorar la situacion moral é intelectual de su pueblo? Busquen todo eso, que en ninguna parte se hallará. No ha construido monumento ninguno, escepto su casa jigantesca de Buenos-Aires, y su villa de Palermo. No ha fundado mas establecimientos que las estancias, que aumentan su fortuna, muy á menudo en detrimento de sus vecinos. No ha pensado mas que en sí mismo, y en satisfacer su orgullo sin límites, sus ódios sanguinarios, y se cupidez. Dicen que una vez quiso hacerse proclamar rey: si lo hubiese hecho, fuera sin duda el rey del egoismo.

A la estremidad de Europa, hay un gobierno basado desde muchos siglos sobre el absolutismo que Rosas, por medio de sus maniobras, ha establecido en el seno de la república. El czar de Rusia, en virtud de su título hereditario, dispone de la vida y bienes de sus súbditos, asi como el dictador de la república argentina, en virtud de la autocracia que se ha arrogado. Pero ¡qué diferencia! El emperador Nicolás, al ejercer una severa vijilancia á toda clase de manifestacion política, mantiene al rededor de sus Estados una especie de cordon sanitario contra el liberalismo de las otras regiones, proteje las

artes, favorece las ciencias, y dá impulso á la industria. Bajo los rigorosos decretos de la censura, se siente bullir una intelijencia y un vivo pensamiento: bajo una administracion cuyo espíritu retrógrado atacan con tanta fuerza nuestros periódicos de todas partes del vasto imperio de Rusia, se ven edificios espléndidos, magníficas instituciones científicas, y muy bellas establecimientos industriales.

Mientras que los otros pueblos hacen mil contorsiones, luchando con la fuerza de la fiebre revolucionaria, engrandeciendo su orgullo, á medida que sus piés tropiezan y que sus ojos ciegan, haciendo de su ajitacion un signo de vida, de sus ensueños una revelacion celeste, y de sus sistemas el nuevo evangelio que debe arreglar el porvenir de la humanidad; mientras que como los sucesores de Alejandro, los valerosos generales de la Utopia, se disputan los retazos de un imperio arruinado, la Rusia, que no ha sido envuelta por el flujo de este afan de reformas, prosigue con paso firme su camino en línea recta. De todas las naciones europeas, la Rusia ha sido la única que ha hecho progresos reales, y desde hace treinta años, éstos son inmensos.

Rosas hubiera podido hacer seguir el camino á la república argentina, y para llevar á cabo este pensamiento no le faltaban ni la fuerza, ni la intelijencia, pues en varias ocasiones ha dado prueba de poseer entrambas cosas; tampoco le faltaban cualidades al pais que gobierna.

Ignoro que exista en el mundo un país mejor que éste, mejor hecho para atraerse una numerosa poblacion. Por la naturaleza de su suelo, y de su temperamento, los Estados-Unidos, donde actualmente se reunen tantos millares de millares de emigrados, no ofrecen en mucho tantas ventajas. En el Norte de los Estados-Unidos, el invierno es muy rigoroso, y el verano ardiente; en el Sur, reinan todos los veranos enfermedades mortales. Al rededor de los lagos que empiezan ahora á poblarse, en el valle del Ohio y del Mississipí, la tierra, llena de bosques seculares, no puede descuajarse sino con un largo y dificil trabajo.

En el Rio de la Plata no hay nada de esto. Ni el hielo ni la nieve incomodan, y el calor es muy temperado en verano. Esceptuando la llanura del Sud-Oeste, que es la única que debe llevar el nombre de pampa, y que por su escasez de aguas parece estar destinada á permanecer largos años en su estado de abandono salvaje, todo el resto del país es de fácil cultivo, y de una fertilidad admirable. Yo he visto á veinte leguas de Buenos-Aires á un colono aleman, que labrando ó por mejor decir, cavando apenas la tierra con malos instrumentos, recojia ochenta veces la semilla que sembraba en sus campos. Hay ciertos cereales que dan dos cosechas al año. Los ganados que andan errantes en los campos, pacen dos veces al año, y en tres años de estar abandonados en una estancia, se duplican.

Del Norte al Sur, del Este al Oeste, toda la comarca está surcada por arroyos y rios, que pudieran hacerse navegables con mucha facilidad. El rio Vermejo y el Pilcomayo, atraviesan el Chaca. El Paraná, hinchado con sus tributarios, y el Paraguay, uno de los mas fecundos y de los man magníficos rios del mundo, se remonta hasta el interior del Brasil, y llega casi al nacimiento del otro gran rio de la América del Sur.

Uno de nuestros mas distinguidos oficiales de marina, Montravel, que estuvo encargado de esplorar el rio de las Amazonas, y á quien desgraciadamente el ministerio no dió lugar para acabar tan bella mision, esperaba ir al Paraná por el rio de las Amazonas, y mandar á Buenos-Aires una embarcacion, salida del estremo septentrional del Brasil, atravesando por el interior de las tierras la mitad del continente americano.

Por medio de algunos trabajos, fuera muy fácil allanar los obstáculos que impiden de cuan en cuando la navegacion de todos sus rios, unirlos unos á otros por medio de canales, y enlazar por un inmenso radio de barcas y buques mayores, este país seis veces mayor que la Francia, habitado actualmente por un millon de almas, bastante vasto y fecundo para sostener en su seno un número ciento ochenta veces mayor.

Aquí se encuentran reunidas todas las producciones tropicales, y las europeas. En el Sur, el trigo, el maiz y las legumbres, dan el céntu-

plo de la cantidad sembrada. En el Norte y en el Este, se crian las mejores maderas de construccion, y los mas sabrosos frutos.

La provincia de Mendoza y la de la Rioja, dan buenos vinos.

Las de Catamarca, de Jujuy, y de Corrientes, producen el tabaco, el algodon y la cochinilla.

En la de Tucuman se cosecha azúcar y café, mejores que los del Brasil.

Hay canteras de mármol en la de Córdoba; minas de hierro y de cobre en los distritos montañosos vecinos á la cordillera; minas de oro y de plata en las provincias de Córdoba, de Mendoza, de San Juan, de la Rioja, y de Salta.

Por falta de capitales y de una poblacion suficiente, por falta de medios de comunicacion, estas riquezas agrícolas y metalúrgicas están descuidadas. Las preciosas minas de Uspallata, de Tamatina y de la Rinconada, solo están esplotadas por algunos centenares de trabajadores, que no hacen mas que vivir escasamente con lo que les producen.

La tierra argentina está endormecida sobre sus tesoros y bajo su estrellado cielo, esperando la hora en que, saliendo de su letargo, aparecerá por fin admirando al mundo con su fuerza y su magnificencia.

Esta es una de las conquistas que están reservadas al génio laborioso de los pueblos civilizados, es una de las reservas providenciales de la poblacion que se ahoga en los estrechos límites

de la Europa. Dia vendrá en que el trabajo agrícola animará sus silenciosas llanuras, en que la industria vivificará sus abandonados rios, sus solitarios valles, sus montañas desiertas; en que los Estados del Rio de la Plata se elevarán al rango de los mas florecientes.

Así como las demas colonias españolas de la América del Sur, la república argentina ha tenido la desgracia de romper harto temprano los lazos que la unian al cetro de España.

Todavía no estaba bastante fuerte para constituirse en Estado independiente, ni bastante ilustrada para marchar directamente á su objeto propuesto. A esto se deben sus oscilaciones y sus crísis tempestuosas, sus divisiones de partido, las guerras civiles que durante veinte años la han lacerado hasta que ha caido exánime, oprimida bajo la mano de hierro de Rosas.

En el estado de compresion violenta, pero de estabilidad en que Rosas la ha mantenido, hubiera podido hacer mucho para levantarla de su estado de marasmo, para darla un buen impulso, y lo repito, nada ha hecho. No ha pensado mas que en fortalecer su dominacion por medio de la astucia ó de la crueldad, pero nunca en ennoblecerla con una sola obra laudable. Todos los hombres de inteligencia escitan su ódio ó sus sospechas. Los ha perseguido á todos, asesinado ó proscrito, y mucho hubiera sentido ver aparecer otros nuevos detrás de los que habian desaparecido.

Su predecesor Rivadavia, apasionado por las ideas científicas de Europa, creó, con un generoso ardor de carácter, unas instituciones que se adelantaban al alcance del pueblo argentino, y á sus recursos materiales. Sin embargo, un poco mas tarde, hubiera sido fácil sostenerlas y hacerlas fructificar. Rosas no quiso que así fuese. La universidad de Buenos-Aires, basada sobre el modelo de las universidades con que se honran la Inglaterra y la Alemania, fué, de caida en caida, á pasar una decrepitud mortal. La biblioteca pública, donde Rivadavia habia llegado ya á reunir veinte mil volúmenes, y á la que habia destinado una renta anual, fué despojada de sus subsidios, y abandonada á los ratones. En esta ciudad de ciento veinte mil almas, lejos de la Europa, no hay una sola escuela regular, ni un solo establecimiento literario, á no ser la sociedad de lectura donde se reciben treinta periódicos y publicaciones de Francia, de Alemania y de Inglaterra. Esta sociedad está compuesta únicamente de suscritores estranjeros. Está prohibido á los argentinos entrar en ella.

La censura de Rosas, que tolera ese club europeo, se ejerce en cambio con todo rigor sobre cuanto tiene relacion con el país. En Petersburg y en Moscou, he podido comprar, por medio de algunas lijeras precauciones, los libros mas hostiles al gobierno del czar. En Buenos-Aires, á duras penas se atreven á pronunciar el nombre de un autor proscrito, ó de un libro pro-

hibido. Temiendo comprometerse, no tienen siquiera una obra de geografía ó de estadística del pais. En vano traté de encontrar el libro de M. Woodbyne-Parish, y solo despues de haber recorrido varios almacenes, llegué á reunir tres volúmenes del *Ensayo histórico* del canónigo Funez, que es perfectamente inofensivo.

Hay cuatro diarios cuotidianos, junto á los cuales las mas miserables hojas de nuestras pequeñas poblaciones, fueran unos tesoros científicos. No tocan el terreno político, mas que segun lo que les permite la voluntad de su señor, y su pensamiento está tan reprimido, que no se atreven á aventurarse en los asuntos de historia ó de geografía ni reemplazar por medio de una relacion de un hecho científico, la discusion que le está prohibida. Traducen únicamente nuestras novelas modernas, y llenan de anuncios la mitad de sus columnas.

Rosas ha logrado subyugar así hasta el vuelo del pensamiento. Si bajo el apagador de plomo, que como un macetero ha colocado sobre cada mecha, queda aún alguna luz tenaz, si bajo el manto de nieve con que ha cubierto el país, hay algunos gérmenes ministeriosos que se desarrollan silenciosamente, no lo sabemos, pero fuera dificil creer lo contrario: con todo, mientras Rosas guardare la plenitud de su omnipotencia, no creo fácil que se puedan ver brillar á la luz del dia esos gérmenes en toda la república.

XIII.

LA BANDA ORIENTAL.

Situacion geográfica.—Estaciones.—Productos.—Antiguas tribus indias.—Las cuarenta.—Sus costumbres actuales.—Colonizacion de la Banda Oriental.—Guerras sucesivas.—Fundacion de una república independiente.—Administracion de Rivera.—Presidencia de Oribe.—Guerras civiles.—Oribe y Rosas.—Derrota de Oribe.—Invasion de la Banda Oriental.—Sitio de Montevideo.—Decretos de Oribe.

La pobre república de la Banda Oriental, la nieta de España, creada por la república de Buenos-Aires, está encerrada entre dos potencias hostiles. Por un lado está circundada por el imperio del Brasil, que para fijar sus límites entre dos rios caudalosos, quisiera poseer el Rio de la Plata, como un completo del Rio de las Ama-

XIII.

LA BANDA ORIENTAL.

Situacion geográfica.—Estension.—Productos.—Antiguas tribus indias.—Las charusas.—Sus costumbres actuales.—Colonizacion de la Banda Oriental.—Guerras sucesivas.—Fundacion de una república independiente.—Administracion de Rivera.—Presidencia de Oribe.—Guerras civíles.—Oribe y Rosas.—Derrota de Oribe.—Invasion de la Banda Oriental.—Sitio de Montevideo.—Decretos de Oribe.

La pobre república de la Banda Oriental, la nieta de España, creada por la república de Buenos-Aires, está encerrada entre dos potencias hostiles. Por un lado está circundada por el imperio del Brasil, que para fijar sus límites entre dos rios caudalosos, quisiera poseer el Rio de la Plata, como un completo del Rio de las Ama-

zonas; por otro lado, tiene la dictadura de Rosas, que como un leon rujidor guarda esta comarca, cuya posesion le asegura el dominio absoluto de la reunion del Paraná y del Uruguay, y de la embocadura de esos dos inmensos rios en el Océano.

No es empero tan pequeña, ni tan faltan de recursos como pudiera suponérsela al ver su mal estado actual. Las luchas que ha debido sostener durante tantos años la han debilitado como un gran número de sangrías debilitan al temperamento mas robusto. Las divisiones de partido han paralizado su desarrollo; la fatal situacion á que nosotros mismos hemos contribuido á mantenerla durante tantos años, la han sumido en una especie de agonía, en la que lucha aún con su enerjía viril. Su agonía no es la de un pueblo que va á sucumbir, agotados sus recursos, tampoco es la de un pueblo decrépito, que al acercarse á la muerte, toma como una señal de vida, su último estremecimiento. Es la agonía de una raza jóven, que en la misma accion de la tempestad bajo la cual se inclina su cabeza, sintiendo su sávia y su porvenir, quiere vivir aún para volver á ser fuerte.

El territorio de la república Oriental, tiene ciento ochenta leguas de longitud, y sesenta de latitud. En los vastos espacios de la América, parecerá tal vez reducida; en Europa fuera un Estado bastante grande. Por el Norte y el Noroeste, linda con los rios Yaguaron y Cuareno,

por el Este, dá al Océano; por el Sur, está limitada por el Rio de la Plata; por el Oeste, se estiende á lo largo del Uruguay, cuyo curso se remonta hasta el grado veintiseis de latitud, y se reune al Paraná hacia el grado treinta y cuatro.

En la punta del espacio de tierra, encerrada entre estos dos rios, que por su ensanche al Este y al Oeste, representan las dos piernas de un compás abierto, hay la isla de Martin García, fuerte importante, retiro delicioso cubierto de abundante vejetacion, sombreada por las bellas plantas de los trópicos.

En 1846 nuestras tropas desembarcaron allí, á causa de las numerosas convenciones que durante unos diez años ocupan tan sériamente á la Francia, y divierten tanto á Rosas. Actualmente aparece esta isla tan agradable y animada, que las gentes del país casi dudan de que sea la misma tierra sombría y silenciosa, sobre la cual apenas querian arrimar sus chalupas, hace muy poco tiempo. Nuestros soldados construyeron aquí cabañas, abrieron senderos, y trazaron avenidas. Por todas partes se ven cercados de verdura y flores, y calles misteriosas, serpenteando bajo verdes ramas. Parece la encantadora isla de Fenelón, libertada de las tempestades del corazon, con muchos Telémacos y ninguna Calipso.

La república Oriental posee en el Uruguay y en el Rio de la Plata, varias islas incúltas todavía, cuyas abandonadas plantas, como dice Gray, despiden por los aires sus inútiles perfumes, pe-

ro que algun dia enriquecerán con sos dones al activo labrador. Estas islas son, la de San Gabriel, colocada á la entrada del puerto de la Colonia, la de la Libertad, que forma uno de los puntos de defensa de la rada de Montevideo, la de Flores, que con su faro sirve de guia á los viajeros, y la de Lobos, donde se hace una pesca abundante de lobos marinos.

El territorio Oriental, mas desigual que el de la república argentina, está surcado por un gran número de riachuelos, que le fertilizan y ofrecen al comercio los elemenros de un vasto rádio de vías de comunicacion. Unu gran parte de estos terrenos no ofrecen aún mas que el aspecto uniforme de los pastos de las estancias. Solo de tarde en tarde se ven algunos jardines floridos, y algunas trazas de cultivo. Una poblacion mas numerosa y mas activa, cambiará enteramente su faz. Basta un ligero trabajo para que produzca ricas cosechas de frutos y cereales.

En el Norte, pueden verse las producciones de las zonas templadas, unidas á las de los trópicos. Las orillas del Uruguay, por la parte de Entre-Rios, están cubiertas de las mas variadas plantas. Las magestuosas columnas de las palmas se elevan en medio de los álamos; las enredaderas, que se enlazan entre sus raices y sus troncos, corren de rama en rama, como en los bosques vírgenes del Brasil. El pájaro llamado carpintero hiere con su acerado pico los corpulentos troncos, y engañado por su sencilla preo-

cupacion, á cada picotazo que dá, corre al lado opuesto del jigante de los bosques, creyendo haberlo atravesado; el celoso *hornero*, construye su nido en forma de cuerno, con una entrada muy tortuosa y estrecha, queriendo impedir el paso á cualquiera huésped imprudente que quiera penetrar en el santuario de sus amores. El *boyero*, con igual desconfianza, suspende á una de las ramas del árbol, una especie de amaca flotante, su lecho nupcial, artísticamente tejido con paja, ancho en su base, estrecho en su entrada, semejante á una bolsa muy llena, cuya boca cerraria estrechamente el avaro que en su poder la tuviera. Allí resuenan en el aire fresco de la mañana los murmullos de la alondra, los cantos del jilguero, y los plañideros suspiros de la tórtola. Vénse revolotear, como unos rayos de luz ó como unas flores animadas, el cardenal con su cresta y su caperuza de escarlata, la verde cotorra, el periquito y la mosca, ó *picaflor*, ligera como una mariposa, y brillante como una esmeralda, mientras que en las llanuras del rio, el avestruz va á pasos lentos picoteando entre las verdes yerbas, y que el flamenco, de plateado pico, y blanco pecho en el cual brilla un escudo parecido á terciopelo amaranto, en pié e inmovil sobre sus largos piés, parece observar en su actitud inmóvil y filosófica, el espectáculo que le rodea.

Sobre estas tranquilas regiones vuelan el águila, el halcon, el pernoctero, y la arvela. En

las inhabitadas campiñas andan errantes el tigre y el leon, el cerdo trompudo, armado de sus fuertes dientes, con los cuales rompe, como si fuera una paja las mas duras raices, y el hormiguero, que con sus anchas patas cubre los nidos de las hormigas, y con su lengua glutinosa engancha centenares de ellas, sorprendidas por su feroz enemigo en medio de sus trincheras para tragarlas. Añádase á todo esto una gran cantidad de ciervos, venados, nubes de perdices, faisanes, cisnes del Norte y patos silvestres.

No hace mucho mas de un siglo, que este hermoso país estaba habitado por hordas de salvajes, muy poco amigos de la paz, y dificiles de espulsar; eran los charruas, que en medio de los bohanos, de los chanas, de los aucas, de los guaranis, y de las demas tribus indias dispersadas entre el Océano Atlántico y los Andes de Chile, se habian ganado un renombre tan imponente en esta parte del continente americano, como los iroqueses en el Canadá, y los natchez en el Mississipi.

El primer europeo que penetró en el Rio de la Plata, Diaz de Solís, pagó con su vida el honor de su descubrimiento. Los charruas le asesinaron, y desde aquel dia se mantuvieron preparados contra toda empresa de invasion en sus llanuras. Mas valientes que los indios de México, no se arredraron ante los soldados españoles que les atacaban montados en sus caballos; ni tampoco como los de México se tendian al suelo

aterrorizados al oir el estampido del cañon. Atacaron valientemente la colonia del Sacramento, el mas antiguo de los establecimientos españoles en estos lugares, y la destruyeron completamente. Dos otras ciudades, fundadas en la desembocadura del rio San Juan, y junto á la reunion del rio San Salvador, y del Uruguay, tuvieron la misma suerte.

Durante mas de doscientos años, los charruas destruyeron de este modo toda tentativa de colonizacion en el país, del cual habian echado anteriormente á las otras tribus indias, pues lo querian poseer solos. Su valor cedió únicamente ante las murallas de Montevideo, en el siglo XVIII. A medida que esta ciudad se fué fortificando como el campo de Rómulo, entre un círculo de naciones enemigas, fué doblando el orgullo de los charruas; empezó por obligarles á mantenerse á una larga distancia de sus murallas, luego les conquistó un espacio de terreno, y despues construyeron algunos reductos, escalonados en diferentes puntos. Sosteniendo hasta el último estremo su lucha pertinaz, los charruas fueron por fin arrojados del país que, á ejemplo de sus antepasados, defendieron tan enérgicamente.

Diezmados por la guerra, desposeidos de sus dominios, desesperados de su derrota, esa tribu tan orgullosa y guerrera en otro tiempo, se esparció por diferentes lugares. Los unos se refugiaron en las misiones de los jesuitas, otros se

mezclaron con la poblacion española de la Provincia de Buenos-Aires. Un corto número de ellos se retiró al grado 30 de latitud, al Este del Uruguay, para gozar de la existencia errante que tenian en otro tiempo en las llanuras de la Banda Oriental. Todavía están allí para la instruccion del filológo y del etnógrafo. Han conservado sin alteracion sus costumbres y su tipo primitivos, pero no se necesita ir en su busca para encontrarles. A menudo uno de usos caprichos de su vida nómada, ó un deseo material, les lleva á orillas de la Plata, y para el que jamas ha visto indios, así como para el que habiendo visto muchas razas, desea ver otras aún para hacer comparaciones, los charruas ofrecen un exámen curioso.

El charrua es generalmente de una estatura bastante alta. Tiene los miembros ájiles y bien proporcionados, el pié y la mano muy pequeños. Camina con la cabeza erguida, como si se propusiera conservar aún en su andar la antigua superioridad de sus abuelos. Su rostro bronceado y sus ojos pequeños, pero brillantes, tienen una singular espresion de audacia, y aun tal vez de crueldad. Entre sus lábios rojos brilla una doble línea de dientes de una blancura admirable, y sus muelas aceradas por la carne medio cruda que compone su único alimento, no necesitan ni del agua de Botot, ni los instrumentos de un Rogers, pues las conserva puras é intactas hasta su edad mas avanzada. Ni la bar-

ba ni los bigotes nacen en su rostro. En cambio lleva largos cabellos negros, sobre los cuales flota como un penacho, la pluma de un pájaro de presa.

Cuando se pone en camino para venir á ver la célebre ciudad de Montevideo, cede su voluntad á una de las exijencias de los europeos. Se cubre las espaldas con un *poncho*, y ata á su cintura un corto pantalon. En su habitacion arroja lejos de sí tan embarazoso traje. Se pasea al aire libre vestido como nuestro padre Adan antes de la catástrofe que le hizo buscar la hoja de higuera. Si le coje el frio, se viste con una especie de camisa de cuero, sin cuello y sin mangas, que no le baja mucho mas que hasta la cintura. Las mugeres, mas decentes, visten ordinariamente un poncho, y una camisa de algodon cada vez que su marido ó su amante roban una, pues hacerla ellas mismas es imposible. En cuanto á la limpieza del cuerpo, las hermosas señoras salvajes, no la tienen, y jamas se lavan ni los piés ni las manos. Yo quisiera que no fuera así, siquiera para satisfaccion de aquellos que sueñan novelas escéntricas en el terreno de las costumbres primitivas, pero no puedo remediarlo; debo añadir tambien, que jamas limpian su habitacion: no negaré tampoco que sus habitaciones están construidas con tanta sencillez, que no necesitan jamas ni de la escoba ni del plumero. En el lugar donde quiere fijarse, el charrua corta algunas ramas del primer árbol

que encuentra, las planta al suelo, las cubre con un cuero de buey, y este es el edificio en que descansa con su muger y sus hijos. Si su familia se aumenta, construye á algunos pasos de distancia otra cabaña de la misma especie. Ni debe pagar arquitectos, ni albañiles; él mismo construye su choza como el castor, donde entra por una abertura estrecha, como un conejo en su madriguera.

Estos indios no se curan en lo mas mínimo de ninguna nocion de agricultura ni de industria. Se nutren con la carne de las vacas salvajes que abundan mucho en las llanuras que habitan, y la principal funcion doméstica de las mugeres, consiste en preparar el asado.

El docto Azara, á quien debemos tan preciosas noticias del Paraguay y del Rio de la Plata, dice que los charruas no conocen ni danzas ni juegos, ni ninguno de los medios de distraccion que los viajeros han observado en las demas tribus salvajes. Todos sus movimientos están contenidos, todas sus pasiones ocultas, bajo una fisonomía impasible. Solo rien sin hacer el menor ruido, y no hablan mas que en voz baja.

Entre ellos no se ha descubierto ningun sentimiento religioso, ni ningun principio de gerarquia. No reconocen ningun Dios en el cielo; ningun gefe en la tierra. Forman el ideal de la igualdad. Cada uno vive segun le parece mejor, en su choza de cuero, y obra segun su libre voluntad. Solo el interes le acerca á su vecino. Al

anochecer, los padres de familia se reunen para deliberar sobre las medidas de precaucion que necesita la apariencia de un peligro, ó sobre un plan de espedicion.

Si se resuelve la espedicion, empiezan por ocultar a sus mugeres é hijos en un bosque, y parten despues, armados unos de lanzas, otros de flechas. Les preceden á cinco ó seis leguas de distancia algunos que van á la descubierta, que se avanzan con toda precaucion, tendidos bocaabajo sobre su caballo. Cuando están estos junto al puesto que la tropa errante se propone atacar, se apean, y arrastrándose como serpientes, observan las probabilidades de buen ó mal éxito que ofrece el campo enemigo. Si se resuelve el ataque, los charruas marchan á pasos lentos hasta el lugar indicado, y luego de repente se precipitan sobre la casa que quieren asaltar, blandiendo sus armas, lanzando gritos formidables, y asesinando á cada uno de los que caen en sus manos. No perdonan mas que á los niños y á las mugeres, que llevan á sus moradas. Varias jóvenes, arrancadas de su techo paternal en medio de unas escenas tan encarnizadas, se han casado con sus raptores, y se han acostumbrado de tal modo á la salvaje libertad de los charruas, que cuando han encontrado una ocasion para poder regresar á su hogar la han despreciado.

La dispersion de esta tribu feroz, parece que debia dejar esperar un feliz resultado á los es-

pañoles establecidos en los campos de la Banda Oriental. El tiempo les ha probado que pueden existir enemigos civilizados mucho mas terribles que los salvajes, y combates mas desastrosos que los que sostuvieron durante tanto tiempo con las tríbus charrúas.

Despues de siglo y medio de colonizacion, este magnífico país de la Banda Oriental, tan fértil y atractiva, y tan estensa como la Inglaterra, no cuenta mas que unos ochenta mil habitantes. Pero, ¿no la ha herido una suerte fatal, desde su fundacion hasta ahora?

Los cuentos con que se nos ha entretenido durante nuestra infancia, nos esplican que en el tiempo en que existian hechiceras que disponian de los bienes de la tierra, y de la caja de Pandora, esas potentes májicas eran llamadas al bautismo de un príncipe, para enriquecerle con sus dones. Si desgraciadamente se olvidaba invitar á una de ellas, ó se perdia uno de los billetes de invitacion, cuando los padres del recien nacido se regocijaban de los presentes hechos á su hijo, aparecia una vieja flaca, de mirada siniestra y de feroz fisonomía, la cual incomodada por no haber recibido la real cédula, destruia de una sola palabra el pináculo de fortuna y felicidad construido por sus hermanas.

¡Ay! hé aquí lo que sucedió en el nacimiento de la colonia española de las orillas del Uruguay. Varias hadas se reunieron sin duda para dotarla de un hermoso cielo, de un hermoso cli-

ma, de verdes orillas, y de un suelo fecundo. Pero apareció otra, de la cual nadie se acordaba, y lanzando una mirada envenenada sobre la nieta de la España, la dijo: "Inútiles serán todos los dones que has recibido, pues te verás perseguida, destrozada por la guerra."

Y en efecto, ¡cuántas guerras ha sufrido la desgraciada república Oriental! Guerra contra los indios y contra los brasileños, guerra contra los argentinos y contra los ingleses, y en fin, la mas terrible de todas, la guerra civil, esa guerra que arma unos contra otros á los hombres que han descansado bajo el mismo techo, á los hijos de una misma madre, y que deja detrás de sí, sobre el surco que señala su espada, las furias de los remordimientos.

La ciudad mas antigua de la república Oriental, es la Colonia del Sacramento, fundada en 1679 por los portugueses, que querian estender las fronteras del Brasil basta el Rio de la Plata, y que encontraron al mismo tiempo en Colonia un puerto sobre el rio, y un punto de defensa. Allí tuvieron lugar las primeras luchas entre los brasileños y los orientales. En 1680 Colonia fué tomada por el gobernador de Buenos-Aires. Devuelta á los portugueses en al año siguiente, fué sitiada de nuevo por las tropas argentinas, y tomada en 1705. Dos veces devuelta á los portugueses, dos veces vuelta á tomar por los gobernadores de Buenos-Aires, quedó por fin en poder de la España en 1777. Actualmente es

uno de los puertos importantes de la república Oriental, importante sobre todo por su situacion, frente del mismo Buenos-Aires.

La existencia de Montevideo, cuyo nombre pronunció en 1520 (1) uno de los marineros de la tripulacion del "Magallanes", sólo data del año 1723. Sobre la punta de tierra, cubierta hoy por las murallas de esta ciudad, los portugueses determinados siempre á apoderarse de la orilla izquierda del Rio de la Plata, emprendieron la construccion de una fortaleza. El gobernador de Buenos-Aires, Mauricio Zavala, les echó de su nuevo atrincheramiento; é hizo de él una poblacion española. Empezó por poner allí diez cañones y ciento diez soldados. A la noticia que le dieron de la empresa de los portugueses, y de la necesidad de guardar la posicion de Montevideo, el rey de España envió á la naciente ciudad doscientos hombres de infantería, doscientos de caballería, veinticinco familias de Galicia, y veinticinco de las islas Canarias (2). Tal fué el nacimiento de esta ciudad, que durante diez años ha ocupado tanto á la política europea, y ante la cual he visto estacionados catorce buques de guerra franceses.

---

(1) Al apercibir la cima del cerro que se eleva á la entrada de la rada, éste marinero gritó en portugués: "Monte vide eu." (Ya veo el monte).

(2) Documentos orijinales publicados en la Biblioteca del "Comercio de la Plata, t. II., p. 105."

Gracias á su feliz posicion á alguna distancia del mar á orillas de la Plata, y á la fertilidad de os campos que la rodean, la ciudad, poblada por algunos centenares de individuos que el rey de España le mandó, se desarrolló rápidamente. En 1806 salvó á Buenos-Aires de la invasion de los ingleses, y el rey le dió el título de, *ciudad fiel y reconquistadora.*

Mientras que sus soldados, bajo el mando de nuestro valeroso compatriota Liniers, quitaban en un instante á Beresford la conquista que habia hecho en un momento, valiéndose de una hábil maniobra, una partida de tropa inglesa se apoderaba de Montevideo, y otra entraba en Buenos-Aires. Pero Liniers voló de nuevo al socorro de la capital y por la capitulacion de Whitelocke obligó á la escuadra inglesa á abandonar Buenos-Aires y Montevideo á un mismo tiempo.

Cuando en 1810 la ciudad de Buenos-Aires entró en la accion revolucionaria que la llevó paso á paso, no solo á renegar ella misma de la soberanía de España, sino á llevar la bandera de la revolucion por toda la estension del antiguo vireinato, y hasta mas allá de los Andes, la fiel ciudad de Montevideo guardó fielmente el juramento hecho á su real bandera.

Vió sus campiñas invadidas por los soldados de la propaganda de una nueva fé política; se vió sitiada y acosada por el ejército, que segun

las doctrinas de la democracia de 1793 se llamaba el ejército de los patriotas. Sitiada por Randeau, luchó intrépidamente en su abandono contra las tropas argentinas. Sitiada por segunda vez, se defendió aún durante veintidos meses hasta que vencida ya por el número de sus enemigos, falta de víveres y de municiones, sin poder esperar socorro ninguno de los diferentes distritos ocupados por los argentinos, y no debiendo recibir auxilio ninguno de la corte de España, que la abandeno á sí misma, capituló por fin. Su defensa fué tan admirable, y al deponer las armas la valerosa ciudad era tan poderosa aún, que el general Alvear le acordó una capitulacion con todos los honores militares. Pero apenas acababa de tomar posesion de la plaza, en virtud del tratado, cuando declaró que se habia entregado á discrecion, é hizo arrestar, como prisioneros de guerra, á ciento cincuenta oficiales, y á setecientos soldados.

Así agradecieron los patriotas argentinos los socorros que la ciudad de Montevideo llevó á Buenos-Aires ocho años antes.

Obligada por la fuerza de las armas á adoptar el régimen republicano, la Banda Oriental trató de constituir un gobierno con un presidente y una junta. Pero entonces se declararon las pretensiones ambiciosas de los patriotas, á quienes se ha visto en todos tiempos y en todos los países imponerse como un deber religioso la posesion del poder abandonado por los tronos derro-

cados. Las discusiones civiles acabaron de desmoralizar el país, agotado ya por una guerra de cuatro años. Los portugueses, aprovechándose de la oportunidad que les ofrecia su debilidad, se apoderaron de ella sin dificultad, en 1817.

En el mes de Junio de 1821, un congreso reunido en Montevideo, declaró á la Banda Oriental reunida al reino de Portugal y del Brasil.

Existia empero un partido que no queria que la Banda se agregara al Brasil, y tomó la resolucion de romper sus nuevas cadenas. Este partido, sostenido por el gobierno argentino, tomó las armas en 1825, invadió varios distritos, y organizó en el pueblo de la Florida un gobierno provisional, que declaró: "nulos y sin valor los actos de la incorporacion y de sumision arrancados al pueblo por medio de la fuerza, por la perfidia de Portugal y del Brasil."

A causa de este movimiento, suscitado y sostenido abiertamente por la república argentina, el Brasil declaró la guerra á esta república. Vencido succesivamente en casi todos los puntos en Rincon de las Gallinas, por el general Rivera, en Sarandi, por Lavalleja, en la isla de Juncal, por el almirante Brown, y en Ituxaingo, por Alvear, el Brasil pidió la paz.

Habiendo la Inglaterra ofrecido su mediacion en la cuestion, se hizo un tratado preliminar, de acuerdo con lord Palmerston.

Despues de algunas contestaciones de una y otra parte, habiéndose puesto de acuerdo los

dos partidos, el 27 de Agosto de 1828 se firmó el tratado definitivo, por los plenipotenciarios del Brasil y de la república argentina. Ya veremos el respeto que Rosas profesó á esa convencion solemne.

A duras penas pudo el Brasil decidirse á abdicar sus pretensiones sobre el Uruguay. Al hacer esta concesion, queria que la república argentina, cuyas miras ambiciosas conocia, hiciera otra igual. Para sofocar las susceptibilidades políticas de estas dos potencias, para impedir un nuevo choque, era preciso que la Banda Oriental se estableciera en un estado de neutralidad é independencia, entre el Rio de la Plata y las fronteras del Brasil. Esto fué lo que lord Ponsonby pidió en su principio como primera base de la paz, y fué admitido.

En el primero y en el segundo artículo del tratado de 1828 se dice: "La Banda Oriental se constituirá en Estado libre, independiente de toda otra nacion, bajo la forma de gobierno que juzgará mas conveniente á sus intereses, á sus necesidades y á sus recursos."

Nada mas esplícito, nada mas positivo. Esta declaracion fué aceptada, confirmada por los plenipotenciarios del Brasil y de la república argentina.

El Brasil ha permanecido fiel á su compromiso. La república argentina, ó por mejor decir, Rosas, que ha representado por sí solo la república argentina, lo violó escandalosamente.

Quizás algunos incrédulos nos pedirán pruebas, y vamos á dárselas; muchas pudiéramos presentar, pero nos fuera preciso escribir un volúmen entero, y solo citarémos la parte mas notable.

Inmediatamente despues de concluido el tratado, y mientras que el nuevo Estado de Uruguay hacia su nueva constitucion, el general Lavalleja, que se habia distinguido en la última guerra, fué nombrado gobernador de Montevideo. Hecha la constitucion, sancionada por el Brasil y la república argentina el pueblo fué llamado á la eleccion de un presidente, y fué nombrado el general Rivera.

El general Lavalleja, que probablemente creia verse investido del poder supremo por el sufragio universal, dejó el país, y como otro Coriolan se retiró entre los bosques, llamados por otro nombre argentinos. Rosas, con su astucia de raposa, adivinó á primera vista los recursos que podia sacar de aquel hombre, le aduló y se propuso servirse de él como un instrumento de sus miras.

Dos años mas tarde, se lanzó contra la Banda Oriental, para llevar allí el desórden, la discordia y la revolucion. Combatido por Rivera, Lavalleja volvió á Buenos-Aires, donde Rosas le recibió como á un amigo. En 1834 entró de nuevo en el Uruguay, anunciando en una proclama enfática que queria salvar la patria, y para lograrlo mejor, decretaba por su libre volun-

tad, la caida de Rivera. Fué derrotado de nuevo. Sus arengas pomposas no le habian atraido un solo partidario. Despues de su derrota, abandonado por sus propios soldados, se escapó á Buenos-Aires, donde Rosas, para consolarle de su nuevo desastre, le prodigó mil pruebas de su consideracion.

Rivera habia empleado la mayor parte del tiempo que llevaba en la presidencia, luchando contra el movimiento de las facciones suscitadas por Rosas. Al espirar legalmente su poder, fijado por la constitucion á cuatro años, hubiera podido, en el estado de debilidad del pais, y á la cabeza de un ejército victorioso, obtener sin dificultad la prolongacion de su magistratura, y con un poco de audacia, apoderarse como su hábil vecino del poder dictatorial. Al contrario de esto, se resignó con honor á la renuncia de la presidencia, y á últimos del año 1834, depuso su mando. Si algunas faltas cometió, no debe olvidarse que teniendo el poder en la mano, fué el primero que dió el ejemplo de respeto por las leyes.

Un hombre habia sido su enemigo mortal. Mas tarde, por un indigno cálculo de egoismo y ambicion, este hombre se le habia unido para combatir con él la insurreccion de Lavalleja, en 1832 y en 1834.

Rivera, que no penetró hasta el fondo de aquella tenebrosa conciencia, y no vió en su compañero de armas mas que un ciudadano que habia adquirido alguna distincion en circunstancias

muy graves, le propuso como á su sucesor en la presidencia, y se regocijó con su eleccion.

Este hombre era Oribe. Mas friamente cruel que Rosas, pero sin tener el temple y la enerjía de aquel, ni la misma intelijencia, Oribe, de todos los candidatos para la presidencia, era el mas á propósito para seguir la tortuosa política del dictador argentino; no dejó pues de seguirla. A su ambicion de gaucho, reunia un ódio inveterado contra aquel que despues de haberle dado el grado de general, le elevaba al mas alto puesto del Estado. Las cualidades del corazon de Rivera, sus servicios de guerra, todo, hasta su generosidad, habian sembrado en el corazon de Oribe un jérmen de ódio y envidia, que habia ido creciendo todos los años, y que debia reventar un dia con mucha mas fuerza, puesto que durante tantos años se habia contenido.

Rosas supo conocer en breve el partido que podia sacar de aquella mala naturaleza, y no tardó en poner en obra su pensamiento. Acababa Oribe de estar investido de su título de presidente, cuando Rosas le dirigó muy vivas reclamaciones sobre algunos artículos publicados en los periódicos de Montevideo, y sobre el recibimiento que los habitantes de esta ciudad daban á los refugiados de Buenos Aires. Oribe, que solo deseaba un pretesto cualquiera para obrar segun su voluntad, y contra sus enemistades, suprimió el periódico *moderado*, que no habia dejado por cierto su moderacion, y persiguió

como á salvajes unitarios á los partidarios de su antiguo protector Rivera. Les persiguió con tanto mas rigor y encarnizamiento, cuanto que Rivera, dolido de la situacion del país, y justamente indignado contra tanta villanía é ingratitud, tomó las armas, y marchó contra Oribe.

En honor de los partidos que durante quince años se disputan el poder en la Banda Oriental, quisiera deber atribuir esta causa á graves opiniones políticas, á leales divergencias sobre tal ó cual régimen gubernamental, dirijido á establecer y asegurar la paz y prosperidad del Estado. Desgraciadamente nada de eso aparece en el orijen de esta guerra.

Bajo las pomposas proclamas que pueden escribirse en la lengua española, bajo las grandes palabras de patria y libertad no veo mas que dos individualidades. Bajo las banderas rojas y blancas que flotaban á orillas del Uruguay, no veo mas que á dos hombres, enemigos el uno del otro, luchando con el mismo egoismo por el mismo poder: un pequeño César, y un diminuto Pompeyo, tratando de arrancarse el cetro romano en una pequeña *Farsal.*

Mas tarde, sin embargo, entrambos partidos tomaron mas estension; el de Oribe, por su humilde alianza con Rosas, representaba el abandono de las bases fundamentales de la constitucion. El de Rivera, rechazando lejos de sí todo acto de servilismo hácia una potencia estranje-

ra, defendia el testo del mismo tratado de 1828, y la libre independencia de la república Oriental.

Declarada ya abiertamente la guerra entre los dos bandos, se vió aparecer en el territorio del Uruguay, á Lavalleja, empujado de nuevo por Rosas, vanagloriándose de su amistad por Rosas, y llevando consigo los soldados de Rosas, con la cinta roja y la divisa sangrienta (1).

¿Quién podia alegrarse en vista de semejante complicacion de sucesos? ¿Quién debió contemplar con una diabólica satisfaccion tantas banderas flotando sobre los cañones que por una y otra parte debian resonar por todos los puntos de la Banda Oriental?

Este era Rosas, que habia sabido preparar tan hábilmente la mecha de sus minas subterráneas, que debian estallar todas á un tiempo. Por cualquier lado que las diosas de las batallas, los Walkyries de la América del Sur dirijieran la victoria, Rosas no podia dejar de ganar en ella. En primer lugar, debilitaba con la division de partidos á la república que le heria con su libre constitucion y su actitud independiente. Si Rivera triunfaba de sus adversarios, tenia una razon preparada que alegar, para caer sobre Rivera: declaraba que con menoscabo de todas las

(1) *Orientales*, decia, *tenemos la valiosa amistad del ilustre restaurador de las leyes, D. J. Manuel Rosas.*

convenciones de neutralidad, este hombre protejia y escitaba la rebelion de los refugiados argentinos; le acusaba de tener en sus filas á varios de ellos, bien que en realidad no se vió mas que al general Lavalle, y juraba combatir *hasta esterminarlo.*

Si Oribe era el mas fuerte, Rosas habia ensayado ya en él su potencia. Le habia obligado á violar la carta Oriental, por medio de la supresion de un periódico, y por las persecuciones hechas contra los refugiados argentinos, á los cuales la república de Montevideo se imponia un deber de dar un asilo. A una peticion suya, Oribe, el 4 de Marzo de 1836, publicó un decreto, en virtud del cual las mercancías estranjeras llevadas de los puertos del Estado Oriental á los de la república orgentina, debian pagar unos derechos aumentados de un veinte por ciento sobre los demas.

Esta vergonzosa órden escitó en Montevideo una indignacion tan grande, que el que tuvo la debilidad de firmarla, sintió en breve la falta que habia cometido; y no atreviéndose sin embargo á repararla por su propia voluntad, entró en negociaciones con Rosas para que le permitiera lavarse á los ojos de sus conciudadanos de una mancha cuya estension comprendia, bien que algo tarde. Al mismo tiempo, el cuerpo legislativo de Montevideo, para vengar al país del acto indigno de su presidente, votó una ley que pesaba sobre las mercancías estranjeras

procedentes de los puertos argentinos, con los mismos impuestos que habian sido señalados por Oribe á los productos procedentes de los puertos Orientales.

Pero Rosas tenia á su víctima entre las manos, y no le permitia semejantes insubordinaciones. Rechazó orgullosamente toda clase de súplicas, y obligó á Oribe á rechazar por su parte la ley votada por la asamblea.

Despues de semejante acto de soberanía, Rosas podia ya contar con la entera sumision de Oribe. Sin embargo, si por alguna de esas combinaciones que se burlan á veces de los planes mejor calculados, le encontraba animado contra sus voluntades, guardaba reservadamente su secreto de venjanza, y lanzaba contra él á Lavalleja.

Lo que mas deseaba Rosas en ese tejido de sucesos, que tan hábilmente habia urdido, era la derrota de Rivera. La preparó, pues, dando á Oribe el apoyo de las provincias argentinas que lindan con el Uruguay, y la terminó, haciendo, no se sabe si lo logró por medio de amenazas ó por medio de promesas, que el coronel Raña vendiera á Rivera.

El 19 de Setiembre de 1836, los dos ejércitos enemigos se encontraron en los campos de la Carpintería. El pasarse Raña al ejército enemigo, ocasionó la derrota de los insurrectos.

Mientras que Oribe triunfaba así fácilmente,

y se apresuraba á anunciarlo á su señor de Buenos-Aires. Rivera, presa de uno de esos accesos de desaliento que sorprenden á veces á los caractéres mas enérgicos, abandonó el país que quiso haber arrancado á un dominio absoluto, y se retiró al Brasil.

Llamado por sus partidarios, volvió al año siguiente, y desde su llegada se encontró al frente de un ejército bastante considerable. A sus graves faltas, ha reunido siempre Rivera cualidades atractivas. Su necesidad de accion, su temperamento fogoso y sus prodigalidades, estaban poco acordes con las ideas que nos formamos nosotros de los sabios manejos de un hombre de Estado. Pero tiene el corazon ardiente y generoso, elevadas ideas, y no hay ninguno de sus enemigos que no confiese que, si bien necesita mucho dinero, no lo recoje para encerrarlo como Oribe, ni para comprar terrenos como Rosas, sino para distribuirle liberalmente á los que le rodean.

Actualmente, su muger, que le siguió animosa en todas sus visicitudes, vive muy modestamente en Montevideo no teniendo mas que una módica renta. Habiendo tenido Rivera tantos medios para enriquecerse, ya siendo general, ya siendo presidente, vive en el Brasil en un estado igual al de su muger. El dia de su muerte, quizás, como Epaminondas, no dejará bastante dinero para su entierro.

Cuando era presidente de la república Orien-

tal, á menudo á hacer sus escursiones por las llanuras, acompañado de una corta escolta, viajando de rancho en rancho, deteniéndose para hablar con los mas sencillos aldeanos, informándose de su situacion, siendo padrino de bautismo de muchos niños pobres, y vaciando sus bolsillos en las manos de un pobre, ó en el lecho de un enfermo. Así logró hacerse estimar; de este modo; en medio de las calamidades de la república del Uruguay, ha logrado ser el único gefe de quien el pueblo conserve una grata memoria.

A su valor de soldado, reune una habilidad para las maniobras, de la cual se citan varios ejemplos curiosos. Hé aquí uno de ellos.

En el mes de Noviembre de 1837 despues de una batalla en que Oribe habia conseguido una ventaja que le daba una estraordinaria presuncion, Rivera marchando en retirada, se halló cerrado tan de cerca por su adversario, que este creia que ya no podia salvarse. En tan peligrosa situacion, fué á casa de un *estanciero*, partidario acérrimo de Oribe, y le dijo: "Ya sé que tú no combates bajo las mismas banderas que yo, pero te creo honrado.

Quiero pedirte un favor; creo que puedes hacérmele sin comprometerte, pues en todo caso, declararás que yo te he obligado." El estanciero se encontraba solo en su morada, con algunos criados, á varias leguas de distancia del

campo de Oribe, á la merced de los soldados que escoltaban á Rivera, y se inclinó ante él, haciéndole mil promesas.

"Se trata, dijo Rivera, de mandar lo mas pronto posible estas dos cartas á Montevideo. Llama á uno de tus peones y que monte en mi mejor caballo. Tome estas seis onzas por su trabajo, que es lo único que me queda; en Montevideo le doblarán la recompensa.

En estas cartas, dirijidas una á su muger, otra á sus amigos, Rivera escribia que para sustraerse á las persecuciones de su enemigo, iba á seguir el camino de Paysandu.

Acababa de salir de la morada del estanciero cuando éste se apresuró á meter en su bolsillo las seis onzas, y á mandar las cartas á Oribe. En sencillo general, engañado por aquella íntima correspondencia, se dirijió apresuradamente al camino indicado, mientras que Rivera, que habia contado con su astucia de guerra, atravesaba tranquilamente el Rio Negro, y algunos dias despues se presentó á las puertas de la capital.

Allí ofreció á la comision permanente del cuerpo legislativo un tratado de paz. La comision declaró que no podia tener ninguna comunicacion con el gefe de la anarquía. Rivera entró en campaña, y el 15 de Junio llevó sobre Oribe una de esas victorias decisivas despues de las cuales no queda al vencido mas recurso que doblar la cabeza y rendir las armas.

Empero Oribe conservaba aún una esperanza y era la de poder continuar la lucha con el socorro de Rosas. Dirijió pues una peticion á su fiel aliado, y Rosas no respondió mas que con vagas promesas; luego, como Oribe solicitara con instancias una respuesta mas categórica, el noble dictador de Buenos-Aires, viéndole ya llegado al punto á que queria que llegase, para disponer enteramente de él, le mandó decir por su ajente Correo Morales, que estaba pronto á mandarle tropas y municiones, y á levantarle de su derrota. Como precio de tanta generosidad, no pedia mas que un cambio al tratado de 1828, que era en verdad muy poca cosa; la incorporacion de la Banda Oriental á las provincias de la república argentina.

Oribe no tuvo siquiera el honor de indignarse á semejante proposicion. Pidió conferencia con sus amigos, que rechazaron indignados semejante propuesta.

Domado por su antagonista, abandonado por sus amigos, Oribe debió resignarse á pedir la paz, que él mismo habia rehusado á Rivera. La asamblea de representantes encargó á una comision para tratar con el que poco hacia llevaba el título de gefe de la anarquía, y al que entonces se designó con el de gefe de los disidentes.

Oribe y Rivera escojieron cinco delegados cada uno, los cuales, de comun acuerdo, firmaron un tratado, en virtud del cual Oribe abdicaba inmediatamente sus funciones de presidente. El

mismo dirijió su dimision á la asamblea nacional diciéndola, que estaba convencido "de que su permanencia en el poder era el único obstáculo que se oponia al restablecimiento de una paz y tranquilidad necesarias (1)."

Lavalleja, que ocupaba aún Paysandu con sus soldados argentinos, no trató de continuar la lucha, y replegó sus banderas.

Oribe se retiró á Buenos-Aires con unos ciento cincuenta hombres, y Rivera fué proclamado de nuevo presidente de la república Oriental.

Despues de esta revolucion, hubo en el país un tiempo de descanso, de bienestar, del cual se habla ahora echándole de menos. Todos los que habian sufrido en aquellos terribles años de discordia y de guerra civil, olvidaron lo pasado para entregarse á las halagüeñas promesas del porvenir. En esta época, Montevideo tomaba un desarrollo estraordinario, y soñaba en otro mayor aún (2).

---

(1) Montevideo, 23 de Octubre 1838. "Convencido el presidente de la república, que su permanencia en el mando es el único obstáculo que se presenta para volver á la quietud y tranquilidad de que tanto necesita, viene á deponer ante vuestra Honorabilidad, la autoridad que como órganos de la nacion le habiais confiado."

(2) En 1835, bajo la administracion de Oribe, entraron en Montevideo diez buques ingleses, y cuarenta y tres franceses. En 1836, llegaron al puerto cien ingle-

Pero Rosas, engañado por sus proyectos, sufria cada dia mas sed de venganza, y preparaba en la sombra nuevos combates.

Oribe no fué acogido por el rey de Buenos-Aires con una entera cordialidad. Si bien habia hecho mucho por Rosas, no habia hecho lo suficiente, puesto que no le habia entregado el Estado Oriental atado de piés y manos. Así es que el amo no estaba contento del proceder del esclavo: para merecer de nuevo su confianza, debia este último hacer nuevos esfuerzos. Oribe lo comprendió, y desde su llegada á la capital argentina, tomó la cinta roja, librea política del dictador; solo habló de los *salvajes unitarios*, profiriendo contra ellos mil gritos de venganza, y asistió devotamente á todas las ceremonias burlescas, donde se veia el retrato de Rosas conducido sobre un carro triunfal, é instalado en las iglesias, junto á la imájen de Dios.

Esta estimable conducta le valió en primer lugar un segundo mando en la provincia de Santa Fé, y despues, por haberse portado muy bien en

---

ses y cincuenta y ocho franceses. En 1842, bajo la administracion de Rivera, entraron en el mismo puerto, ciento ochenta y nueve buques ingleses y ochenta y ocho franceses, cinco mil doscientos diez y ocho emigrados franceses, dos mil quinientos sardos y mil seiscientos españoles. "Apuntes históricos de la defensa de la República, tom. 1."

su primer destino, fué promovido á un grado mas elevado. Reconocido á tanto favor, se impuso como un deber entregar á los fusiles de sus soldados, ó á los puñales de sus gauchos, á cualquiera que figurara entre las filas de los enemigos de Rosas. En cada una de sus espediciones mandaba á su superior un boletin de sus obras, y Rosas, el astuto Rosas, tomando cada uno de ellos como una garantía, los mandaba imprimir. Hé aquí algunos de ellos, publicados en la *Gaceta mercantil* de Buenos-Aires.

El 8 de Octubre escribia: "Los salvajes unitarios, que me han sido entregados por Sandoval, han sido inmediatamente ejecutados, siguiendo los trámites ordinarios, escepto Avellaneda, á quien he mandado cortar la cabeza para esponerla en la plaza de Tucuman."

El 12 de Octubre: "He mandado hacer activas persecuciones en el lugar donde se sepultó el cadáver de un salvaje unitario, para que le cortaran la cabeza y me la presentaran."

El 14 de Diciembre: "Entre los prisioneros que hemos hecho, se encontraba el traidor salvaje unitario Facundo Borda, quien fué inmediatamente ejecutado con todos los traidores que llevaban el título de oficiales de caballería ó de infantería."

Me detengo en esas citas que pudieran creerse tomadas de los anales de los antiguos deys de Argel, ó de la historia del pachá Djezzar.

Tan bellas acciones no cayeron en saco roto.

Rosas habia probado ya bastante, y demasiado comprometido á su servidor. Seguro ya de verle obrar siempre con toda sumision, le llamó para confiarle el mando de una espedicion, que, á despecho de las dos constituciones, debia caer sobre dos ciudadea á un mismo tiempo: sobre Corrientes y sobre Montevideo.

Algunas palabras sobre la primera.

Las provincias unidas del Rio de la Plata, forman una república federal. De ahí ha tomado Rosas su gran palabra federal, por oposicion al título terrible de *unitario*, que aplica á todos sus enemigos. Todas las provincias confian á Buenos-Aires la gestion de sus negocios estranjeros. En lo que respecta á su administracion interior, son independientes. Cada una de ellas tiene su constitucion particular, y su propio gobierno. La situacion de Corrientes en atencion á Buenos-Aires, está establecida por un tratado especial, que se concluyó entre los dos Estados, el año 1827. En el artículo 1.° del tratado, se dice, que los gobernadores de Buenos-Aires y de Corrientes, en virtud de la igualdad de derechos y de las prerogativas de que gozan, se comprometen por un pacto solemne á sostener mutuamente las instituciones de las dos provincias. El artículo 2.° confirma de un modo mas esplícito aún la independencia de Corrientes. El artículo 3.°, este Estado confiere á Buenos-Aires el previlegio de presidir á las negociaciones de paz y de guerra, y de arreglar las relaciones

esteriores (1). *Presidir y arreglar*, no significa por cierto *rejir*. Al confiar al gobierno de Buenos-Aires su mando político, tal como está formulado en el art. 2.° de su tratado, la provincia de Corrientes no podia pensar que le entregaba un poder absoluto, una jurisdiccion sin apelacion. En 1838 se creyó obligada á protestar contra la marcha política que seguia Rosas. Para castigarla de tan audaz rebeldía, Rosas la hizo invadir y saquear por sus tropas. ¿En virtud de qué ley? Ni Puffendorf, ni Grotiús, ni Martens, podrán decíroslo; pero sí nos lo dirá La-Fontaine, que ha escrito:

La razon del fuerte
Siempre es la mejor.

Rivera, aliado con los insurrectos de Corrientes, tuvo la imprudencia de entrar en combate con un número de tropas mucho mas considerable que el suyo. No tenia mas que unos mil cuatrocientos hombres, y su enemigo siete mil. De la batalla de *Arroyo Grande*, dada el 6 de Diciembre de 1842, datan las últimas calamidades de Montevideo. Rivera dejó en el campo su artillería, sus bagajes, y la mayor parte de su

(1) La completa independencia de Corrientes, establecida en este tratado, fué confirmada por el mismo Rosas, en un tratado hecho entre él y el gobernador de esta ciudad, el 23 de Marzo de 1830.

infantería. El mismo dia entró en el territorio del Estado Oriental, con cincuenta hombres. Poco tiempo despues, Oribe pasaba el Rubicon, es decir, el Uruguay, y se aproximaba á Montevideo.

En 1838 habia abdicado sus funciones de presidente, dirijiéndo él mismo, y del modo mas esplícito, su dimision á la asamblea. Admitiendo que hubiera debido guardar legalmente el mando hasta el tiempo fijado por la constitucion, para concluir sus cuatro años, solo hubiera podido reclamar algunos meses de presidencia. Rosas no se preocupaba con un cálculo tan mínimo; él mismo dió á su teniente el título de presidente legal de la república Oriental, y en calidad de tal, le mandó en busca del sillon de la presidencia.

La noticia de los desastres de Arroyo Grande produjo en Montevideo una emocion profunda, y escitó al mismo tiempo un vivo sentimiento de patriotismo. Todos comprendian que iba á estallar una tempestad sobre la capital, y los funcionarios públicos, colocados al frente del gobierno, se pusieron de acuerdo con el pueblo, para rechazar con todo su poder al desertor de la causa nacional, al renegado, que despues de haber estado investido del mas alto puesto del país, entraba en el mismo país para oprimirle y destrozarle bajo la direccion de un estranjero.

Tomáronse medidas para fortificar la ciudad, para formar almacenes de víveres y de municio-

nes, y para aumentar el número de tropas. Se hizo un llamamiento general para tomar las armas, y se dió la libertad á los esclavos, armándoles en compañías. Gefes y soldados estaban animados pnr la misma idea, y todos acudian al llamamiento de la patria. Los trabajadores dejaban sus quehaceres ordinarios, para incorporarse á los trabajadores del arsenal; los comerciantes cerraban sus tiendas para arrastrar los carretones llenos de tierra, ó llevar ladrillos á las murallas; las mugeres, con su alma caritativa, abrian un hospital, comprometiéndose á curar ellas mismas á los heridos.

Un filósofo antiguo ha dicho: "No conozco un espectáculo mas bello que el aspecto del hombre luchando contra la adversidad." En el mismo órden de ideas, hay otro mas imponente, y es el de un pueblo exaltado por un noble sentimiento de equidad, que se eleva en masa para rechazar una injusta agresion.

Oribe, aterrado por tan significante actitud, no intentó siquiera apoderarse de Montevideo. Se detuvo á la distancia de algunas leguas, y en su campo del Cerrito enarboló el pabellon argentino junto al pabellon Oriental. El 1º de Abril de 1843 obligó por medio de una bárbara circular, á la poblacion estranjera á tomar parte en el movimiento patriótico de la poblacion indíjena.

En su circular declaró que no perdonaria ni la

cualidad, ni los bienes, ni la persona de los súbditos de otra nacion que tomaran parte con los salvajes unitarios, y que usaran de su influencia para sostener á su odiado partido.

Montevideo encerraba un gran número de franceses, ingleses italianos y españoles, negociantes y artesanos, establecidos en el país bajo la proteccion de las leyes, que tenian allí capitales, casas de comercio y propiedades. Hasta entonces, ninguna conmocion política les habia molestado en su industria. Habian visto, sin temer en lo mas mínimo por su seguridad, reemplazar la constitucion del Estado Oriental, por el gobierno del Brasil, á Oribe suceder á Rivera, y vice versa cuando Oribe, desde su campo fulminó contra ellos un decreto terrible, inspirado por Rosas, en el cual decia que, *serán considerados como rebeldes y salvajes unitarios, y tratados sin ninguna consideracion.*

Nadie ignora, en el Rio de la Plata, el modo con que Rosas trata á los que le place designar con el epíteto de salvajes unitarios. Lo menos que les puede suceder, es, que les despojen de sus bienes, y les encierren indefinidamente: por regla general son asesinados sin el menor proceso.

De modo, que por una estraña órden de Oribe, bastaba que un estranjero fuese considerado como tal, que emplease su *influencia* para sostener el partido de Montevides. ¿Puede comprender-

se una espresion mas vaga qae la de influencia, una sola mas fácil de denunciar? En una palabra, ¿no era equivalente á la de sospechoso, qué tantas personas hizo encarcelar, y caer tantas cabezas nobles en nuestros patíbulos del año 1793?

El comodoro inglés Purvis, que se encontraba entonces en Montevideo, respondió á la circular de Oribe por medio de una enérgica protesta, en la que decia:

"La violencia declarada en tan estraño documento, la crueldad de las amenazas que encierra, y el lenguaje en que está concebida, son tales, que en mi opinion deshonran los pequeños Estados de la Barbaria (1)."

Oribe, que, así como Rosas, no resiste mucho á los que saben usar con él un lenguaje firme, respondió al comodoro, que se aseguraba la vida y propiedades de los ingleses.

Los demas estranjeros, que no fueron sostenidos por una protesta semejante, permanecieron bajo el peso de la circular del 1.° de Abril.

En una situacion semejante ¿no era muy natural que no pensasen mas, que en estar en guardia contra el peligro que les amenazaba? ¿No debian defender á sus hijos y hogares? ¿No po-

---

[1] A bordo de la fragata "Alfredo." Montevideo, 9 de Abril de 1843.

dian hasta cierto punto considerarse como ciudadanos de Montevideo, por sus intereses en general? ¿No debian temer tanto como ellos la victoria de un hombre implacable, que por una sola sospecha, ó por una infame delacion, podia hacerles prender y fusilarles, como culpables de haber empleado su *influencia* en favor de sus enemigos?

Los estranjeros se armaron. Es cierto que esto ha ocasionado sensibles consecuencias, que ha embarazado un tanto mas nuestras relaciones diplomáticas, y hecho mas difícil un tratado de paz. Pero considérense las circunstancias que lo han motivado, y digan si los estranjeros que se hallaban en Montevideo podian obrar de otro modo.

Mientras que en su campo del Cerrito, Oribe, fiel á los principios de su amo, como un perro, confiscaba las propiedades rurales de sus enemigos, y daba circulacion al papel moneda de Buenos-Aires, Rivera, fiel á la constitucion, abdicaba por segunda vez su poder, al espirar sus cuatro años de presidencia. El senado y la asamblea de los representantes respondieron con palabras cordiales al mensaje por medio del cual les anunciaba su dimision (1), y decidieron que no

(1) El senado decia: Entre las numerosas calamidades por medio de las cuales la Providencia pone á prueba nuestra firmeza, el senado cuenta la cesacion consti-

se elejiria otro presidente antes de que los enemigos evacuaran el territorio de la república.

El 1.° de Marzo de 1843, Rivera fué nombrado general en gefe de las tropas del país. Gracias á la popularidad de que gozaba, y al noble entusiasmo de los habitantes de Montevideo, concluyó por reparar en parte los desastres de Arroyo Grande, y organizar un pequeño ejército, por medio del cual hostigaba á Oribe, y le fatigaba con continuas escaramuzas. En la mayor parte de ellas, las tropas de Montevideo obtuvieron la ventaja. Oribe llegó a debilitarse con tantas pérdidas, y se encontró ya acosado tan de cerca, que estuvo á punto de abandonar su campo, á lo que se hubiera visto obligado, si Rosas no le hubiese mandado á Urquiza con nuevas tropas.

Rivera sucumbió ante este nuevo esfuerzo. Sin embargo, la pérdida de la batalla de *India Muerta*, no hizo desfallecer la resolucion de

---

tucional de la presidencia del ilustre general Rivera."

La cámara de representantes decia: "No hemos podido saber, sin mucho sentimiento, que el ilustre general Rivera iba á dejar la presidencia. Al pensar en los servicios que ha prestado á la patria en una incesante lucha de tres años, y en las cualidades personales que le distinguen, y en el voto que dos veces, durante doce años, le ha elevado á la presidencia, miraramos su abdicacion como una calamidap pública, si no permaneciera á la cabeza del ejército.

Montevideo. Oribe, despues de su victoria, no osó dar un ataque decisivo contra la ciudad, y se limitó á estrechar mas el sitio.

Desde hace siete años, esta pobre ciudad se encuentra cercada por un ejército enemigo, privada de toda comunicacion con la campiña, sin poderse procurar los productos mas necesarios, mas que por medio de los buques que le llegan por la provincia brasileña de Rio Grande. Poco tiempo hace que sus habitantes debian tomar las armas todos los dias, para combatir á los soldados de su ex-presidente. El primer tratado de Le-Predour le ha dado al menos el descanso de un armisticio.

He tratado de esponer uscintamente por medio de hechos auténticos las principales fases de las revoluciones de Montevideo. Por breve que sea mi relacion, creo que de ella pueden sacarse muchas conclusiones. La primera, que Rosas ha violado abiertamente, bajo la presidencia de Oribe, la independencia de la Banda Oriental, consagrada por el tratado de 1828, y que ha cometido esta violacion sin ninguna defensa lejítima, sin mas razon que la de sus ideas personales de venganza y de ambicion. La segunda, que despues de haber dirijido en los términos mas formales su dimision de presidente á la asamblea legislativa, Oribe no podia reclamar bajo el patrocinio de un estranjero, y con las armas en la mano, el ejercicio de un poder que,

segun uno de los principales artículos de la constitucion, debia haber cesado pocos meses despues del dia en que se retiró ante el ejército de Rivera. La tercera es, que en el Estado escepcional en que se encontraban colocados los estranjeros, que componian la mayor parte de la poblacion de Montevideo, estaban obligados, á causa de la increible circular del 1.° de Abril, á tomar las armas para defenderse contra una invasion que amenazaba altamente su fortuna y existencia. La cuarta y última, es, que la Francia no podia dejar de intervenir en los tempestuosos negocios de la Plata. Las ilegalidades de Rosas, las maniobras de Oribe, los asesinatos de la Mas horca, y las ansiedades de varias de las familias de nuestros compatriotas, le imponian este deber; su honor nacional le obligaba.

No me afanaré buscando motivos á esta intervencion. La América del Norte los ha comprendido perfectamente; la Inglaterra se ha asociado á ella, y Rosas no ha podido negar la razon.

La Francia pues, ha intervenido en esta larga y desastrosa lucha de la Plata, por medio de misiones diplomáticas, y por armamentos marítimos. Tampoco trataré de entrar en los detalles de unas negociaciones que han sido el objeto de tantos debates en nuestras asambleas parlamentarias, que han hecho escribir tantos artículos á nuestros periódicos; solamente daré mi opinion. Yo creo que desde su principio la cuestion de la Plata era muy fácil de resolverse. Hubiera de-

bido probarse á Rosas, con tono firme, la iniquidad de que se hacia culpable violando una constitucion cuyas bases habia planteado la Inglaterra, y cuyo mantenimiento habian garantizado el Brasil y la república argentina. Mas tarde, hubiera podido aprovecharse de la victoria de Obligado.

La Francia no logró su propuesto objeto de pacificacion, por no haber sabido aprovechar esas dos ocasiones, y todas nuestras estériles tentativas no han hecho mas que dar mas seguridad á Rosas. Poco á poco se ha fortalecido con esta confianza, y se ha ido engrandeciendo con nuestras concesiones. Así como lo ha dicho muy bien uno de nuestros mas distinguidos miembros de la cámara de los pares, el conde de Saint-Priest, le hemos tomado *gaucho*, y con la pompa de nuestras embajadas, le hemos hecho soberano. De año en año, en el curso de nuestros ceremoniosos y largos pleitos, la cuestion, tan simple en su oríjen, se ha complicado con un gran número de nuevos incidentes, de cada uno de los cuales Rosas hacia una nueva cuestion, y un punto que hacia interminable la cuestion definitiva. El nudo gordiano que debiamos desliar ó cortar, ha sido rodeado por la astuta táctica de este hombre, de un embrollo que no deja encontrar el primer cabo.

Al esponer esta situacion de los negocios de la Plata, no echo la culpa á nuestros ajentes. No es suya la culpa, sino de las instrucciones

que debian seguir y que guiaban su conducta. No puedo admitir ni creer que un enviado diplomático, y mucho menos un oficial de marina, no obre conforme su mandato; y mas de uno pudiera citarse, á quien no ha faltado mas que ser sostenido en sus disposiciones enérjicas por la autoridad superior, para obrar eficazmente en este interminable proceso de la Plata.

Actualmente, al punto á que han llegado las cosas, despues de tan hábiles maniobras por parte de Rosas, y de tantas indecisiones, actos incompletos, y gastos enormes por parte de la Francia, lo que mas debemos desear es obtener lo que hubiéramos obtenido hace algunos años, mostrándonos mas resueltos; es decir, la paz. Con la diferencia de que Rosas nos habrá demostrado la necesidad de tomar con él las mas estrictas precauciones. Necesitamos un tratado claro, sin que ninguno de sus artículos, ninguna de sus espresiones pueda dar lugar á una doble interpretacion; un tratado que asegure la real independencia de la república Oriental, que haga volver á nuestros compatriotas los bienes de que han sido despojados por las confiscaciones de Oribe, que preserve de toda persecucion á los que han combatido contra él, y que dé, en fin, una plena libertad de comercio á Montevideo, y una entera seguridad á sus habitantes.

XIV.

MONTEVIDEO.

Dificultad de comunicaciones entre Buenos-Aires y Montevideo.—Aspecto de la ciudad.—La escuadra francesa.—Una página de nuestros anales marítimos.—El Sr. de Tinan.—Interior de la ciudad.—Su prosperidad antes del sitio.—Poblacion francesa.—Costumbres hospitalarias.—Costumbres de lujo.—Alegria del carácter en el infortunio.

No se va cuando se quiere de Buenos-Aires á Montevideo. Por tierra, despues de haber atravesado el Rio de la Plata, frente de Colonia, pudiera encontrarse inmediatamente un suelo sin camino, casi desierto, ú ocupado por los soldados de Oribe, que son muy poco amigos de tratar con personas. Es una clase de viaje que

nadie se atreve á emprender. Por el rio no hay mas que tres embarcaciones. La mejor es el paquete inglés, que sale de Buenos-Aires todos los meses, para Falmouth, y se detiene un dia en Montevideo. Está mandado por un oficial de la marina real, y el viajero encuentra en él un buen camarote, y magníficos roas-beef. Pero como buque de guerra, está á la disposicion del encargado de negocios de Inglaterra, el cual, segun los sucesos, el humor de Rosas, y las apariencias de calma ó tempestad que señala el real salon de Palermo, le detiene en la rada ó le deja partir.

La segunda de estas embarcaciones, que por cada uno de los periódicos del pais hace anunciar, pagando una peseta por línea, la celeridad de su marcha y la regularidad de su servicio, no parte en realidad mas que cuando tiene un número suficiente de pasajeros. La tercera, *la Cármen*, que pertenece á la república argentina, no puede tomar en Buenos-Aires ningun pasajero para Montevideo; en cambio, cuantos mas saca de Montevideo, mas alegra al dictador. Rosas no quiere que vayan á Montevideo, pero sí quiere que de allí vayan á Buenos-Aires, semejantes al Hijo Pródigo que vuelve arrepentido á la casa paterna. La policía no dá ningun pasaporte para ir directamente á esa nueva Gomorra, sobre la cual, en lugar de Dios, el buen Rosas quisiera hacer caer una lluvia de pólvora y fuego.

Cuando la paz estará firmada entre las dos enemigas orillas de la Plata, cuando gracias á un feliz cambio debido á la edad, ó por medio del mal de piedra que segun dice debe llevársele como á Cromwell, Rosas no podrá ya impedir el libre desarrollo de las riquezas agrícolas y de los intereses comerciales de la Banda Oriental; cuando los magníficos rios del Uruguay y del Paraná se llenarán de vapores como el Hudson y el Mississipí, no se comprenderá que en 1850, debian pasar tres semanas lo menos hasta que se recibiera respuesta de un punto á otro entre Montevideo y Buenos-Aires, cuando no distan mas que cuarenta y cinco leguas.

Por poco que el viento le secunde, el paquete inglés, con su numerosa tripulacion, baja rápidamente el Rio de la Plata. Por la noche entre á su bordo en la rada de Buenos-Aires, y al dia siguiente vimos brillar las cúpulas de porcelana de la catedral de Montevideo.

La ciudad de Montevideo está construida en anfiteatro, en una especie de peninsula, en una colina inclinada que se avanza en medio del rio, cuyas olas la enlazan por ambos lados.

Al ver desde la rada su situacion pintoresca, sus blancas casas, que se parecen á unos escalones cortados en una cantera de mármol, sus techos parecidos á los de Oriente, y los miradores que tienen algunas de sus azoteas; al ver el risueño cuadro que ofrece el movimiento de sus chalupas en el puerto, y los verdes cercados de

la *Aguada*, la cual desde las murallas de la ciudad, se estiende hasta la montaña llamada el Cerro, no pudiera uno imajinarse que es la misma ciudad á quien han agitado tantas luchas sucesivas desde su oríjen, la nueva Troya, sitiada hace mas de diez años por un ejército implacable, que puede tener la astucia y la tenacidad de Ulises, pero que no será ilustrada por el valor de un Aquiles, ni por la sabiduría de un Nestor, ni tendrá tampoco un Homero para cantarla.

Al verla por primera vez en su interior, no pudieran adivinarse los profundos dolores que ha recibido en distintas ocasiones, ni el deplorable estado á que la ha hundido la cólera de su enemigo.

Escribo estas líneas en un cuarto que está situado en frente de la colina del Cerro, dorada por los rayos del sol; del puerto, en el cual flotan las banderas de muchos buques estranjeros, y de una rada, en la que he hecho ya bastantes escursiones, y que contemplo con mucho interés.

Hay en ella doce buques de guerra franceses, destinados á apoyar las negociaciones que el almirante Le-Predour sigue en Buenos-Aires. Estos buques reunen mil quinientos hombres de infantería y artillería, y unos dos mil de tripulacion novecientos de los cuales desembarcarán en caso necesario á la playa con buenas baterías.

Desde su llegada los soldados no han podido desembarcar; permanecen acuartelados en los

buques, donde hacen el ejercicio como si estuvieran en una ciudadela. Las fatigas de una larga travesía, los atractivos de la tierra, la vista contínua de esta ciudad, á la cual pudieran ir tan pronto, y los sufrimientos que pasan en el estrecho espacio que les encierra, todo esto debe hacerles muy sensible la privacion que se les ha impuesto, como una prudente medida. Sin embargo, se han resignado á ello muy filosóficamente, y es preciso decirlo, sus sufrimientos no dejan de tener una compensacion. Los que de ellos han estado estacionados en nuestras colonias de Africa y de las Antillas, deben encontrar una gran diferencia entre la ardiente y peligrosa temperatura del Senegal y de la Martinica, y la del Rio de la Plata. Gracias al dúlce y suave clima de Montevideo, están preservados aquí de las enfermedades contajiosas que tan á menudo se declaron en aquellos puntos en una tripulacion.

Varios buques han organizado representaciones teatrales que ocupan agradablemente á toda una cohorte de actores novicios, y regocijan á un público numeroso. Nada debe faltar á la gloria de Scribe. Desde las frias regiones del Norte, hasta mas allá del Ecuador, sus producciones animan todos los teatros; lo mismo que la escarapela tricolor, han dado la vuelta al mundo. Si una de esas hadas que no aguardan mas que una evocacion de su espiritual libro mágico, para comparecer en sus óperas ó en sus *vaudevilles*, le llevaba un dia con su vara prodigiosa á bordo

de *la Meurthe* ó de la *Zenobie*, á tres mil leguas de Francia, tuviera el gusto de ver en ellas á sus coroneles del imperio, á sus hijas de banqueros, á sus viejos regañones y á sus finas campesinas, representar muy bien su papel.

El teatro está construido á babor, con esa habilidad de los marinos, que sin haber leido á Vitruve, ni haber aprendido á trazar curvas en los talleres de M. Fontaine, no dejan de ser famosos arquitectos. Hay allí un director de escena, un apuntador, y una orquesta. Ningun Ciceri ha pintado sus decoraciones, es cierto; pero, ¿qué pintor pudiera darle una perspectiva, igual á la del rio sobre que descansa, á la del cielo que le rodea con su estrellada de bóveda? Sus bastidores no son como los de nuestros pobres teatros terrestres, revestidos de colores sin gusto, ó descoloridos por la mano del tiempo. Por tapiz tienen estandartes de guerra, y estandartes tambien les sirven de telon de boca.

En frente del escenario, del lado de estribor, están colocados los asientos destinados á la oficialidad: los filaretes se llenan de espectadores de segundo órden, la chopela figura el balcon, y los que no han podido colocarse en ella, toman su lugar en los flechastes y en las gavias.

Esa cándida compañía de actores no necesita comprar aplausos, y ademas, las manzanas y peras son harto escasas en Montevideo para temer una lluvia de ellas. Sin intrigas y sin miedo, siguen alegremente la carrera, allí se aplau-

de al empezar, y al concluir; muchas veces un actor se ha visto obligado á salir al escenario, para recojer nuevos aplausos. Cuando han concluido su papel, cada uno de los soldados cómicos recoje con su sable y morrion los aplausos de sus gefes, y la funcion termina con una cena fraternal, enriquecida con una racion estraordinaria.

En ausencia de M. Le-Predour, la escuadra está bajo el mando de M. de Tinau, que une á su esperiencia de oficial de marina, y á su sagacidad de hombre de mundo, un carácter firme, y un temple enérjico.

Hé oido relatar un rasgo de su vida, que merece ser inscrito en las crónicas de nuestra marina. Permitidme que le intercale como un episodio en mis relaciones de viaje.

En 1839 la corbeta *Isere*, mandada por M. de Tinau, y el berganlin *Lancier*, mandado por M. de Chanfray, se hallaban en el puerto de nuestra hermosa y querida Isla de Francia, que desde la corona del imperio cayó como una perla en manos de la Gran-Bretaña, y ha vuelto á tomar su antiguo nombre holandés, el de isla Mauricio.

Un dia, el capitan del *Greenlaw*, buque de comercio inglés, que se encontraba en el mismo puerto, llamado Driver, bebió con algunos de sus compañeros un poco mas de lo acostumbrado, y para divertir á sus huéspedes, imaginó in-

sultar nuestros dos buques de guerra, izando nuestro pabellon en la roda de su buque, lo que entre la marina se considera como un ultraje muy grande.

En el mismo instante en que acababa de hacer tan noble hazaña, se dirijia un bote desde la ciudad al *Isere*. El patron vió flotar nuestro pabellon en el lugar indicado, y se lo avisó á los oficiales de la corbeta.

M. de Tinan estaba haciendo en aquel momento una escursion en la isla. En su audencia, el teniente Juan Bart, descendiente del heróico hijo de Dunkerque, entró en una falúa, se dirijió á bordo del *Greenlaw*, é intimó al capitan que retirara inmediatamente nuestro pabellon del lugar donde estaba izado, y que diera una satisfaccion por escrito de la insolencia que habia cometido.

Driver accedió al momento á la primera demanda; en cuanto á la segunda, que heria un poco su carácter fanfarron, no quiso condescender. Entonces Bart le declaró que le exijia una reparacion con las armas en la mano. El valiente Driver estuvo un rato perplejo, hasta que al fin se decidió á batirse al dia siguiente. Con esta seguridad, se retiró el teniente del *Isere*. Acababa apenas de entrar á bordo de su buque, cuando recibió una carta de Driver, retractándose de su palabra, y declarando que no se batiria. Para mas seguridad, abandonó su buque y se escondió en la ciudad.

Dos dias despues llegó M. de Tinau. Contáronle lo que habia pasado, y como él no era hombre capaz de dejar pasar desapercibido un hecho semejante, viendo que Driver, por su cobardía, se le escapaba, se dirijió á M. Nicolay, gobernador de la isla.

A su demanda, hecha en el lenguaje de un hombre valiente que sostiene una causa justa, el gobernador forzó á Driver á comparecer en su casa, delante de los oficiales de nuestros dos buques, y á leerles en alta voz una carta de satisfaccion, obligándole durante todo un dia á izar nuestro pabellon en su palo mayor.

Hasta entonces todo iba bien, y podia creerse concluido el negocio, cuando se le metió en la cabeza al gobernador que, para rendir homenaje á su país, debiamos desplegar sobre el *Iscre* y el *Lancier* el pabellon de la Gran Bretaña, en el momento en que Driver desplegara el nuestro en el *Grenlaw*.

El comandante de la corbeta y el del bergantin respondieron á tan singular pretension, diciendo que M. Driver no hacia mas que cumplir con su deber dándoles una lejítima reparacion, y que no tenian ningun motivo para devolverle un saludo político por uno obligatorio. El gobernador quiso que cedieran, pero entrambos se negaron redondamente. Entonces, Nicolay, escitado sin duda por las quejas de Driver, y por las susceptibilidades de los ingleses, anunció á los

dos comandantes, que si al dia siguiente á medio dia, no habian enarbolado el pabellon inglés, los cañones de la ciudad y los del puerto les echarian á pique.

La situacion era terrible y el asunto se hacia cada vez mas grave. Someterse á una condicion semejante era imposible á los dos comandantes. Ponerse á la vela para evitar el peligro, era una idea que no podian aceptar tampoco. Ademas, aun cuando hubiesen querido partir, no hubieran podido, porque estaban haciendo reparaciones. El *Isere* tenia su timon en tierra, y el *Lancier* estaba sin bauprés.

Convinieron, pues, en aguardar á pié firme la artillería del gobernador, y en que, despues de haber descargado todas sus andanadas, moririan honrosamente, junto al pabellon nacional. Mientras nuestros oficiales y marineros, animados todos por una misma idea, se preparaban para llevar á cabo tan sublime resolucion. Nicolay hacia sus preparativos, armaba sus baterías, y equipaba un vapor que debia lanzar sobre la corbeta doscientos hombres al abordaje. La corbeta no tenia mas que diez cañones, y el *Lancier* veinte. En la rada se veian mas de cien prestos á vomitar balas á la hora indicada.

Toda la ciudad de Mauricio estaba en conmocion; la Francia ha dejado impresos muchos recuerdos en ella. Un gran número de sus habitantes condenaban en alta voz la conducta del gobernador, y aplaudian la de M. de Tinan, el

cual, desde el principio de la lucha, se habia hecho notable por su digna y firme actitud. Muchos de entre ellos fueron con sentimiento á bordo de nuestros dos buques, tendiendo la mano á sus oficiales, abrazándoles, y despidiéndose de ellos como si no hubieran debi do verles mas. En efecto, era muy probable que dentro de poco nada quedaria ya de las dos embarcaciones, ni una pieza de marinería, ni un ser viviente.

Llegó el dia fatal. Desde el aman ecer, M. de Tinau y M. Chanfray hicieron enar bolar sus pabellones, para protestar una vez to davía en nombre de la Francia, contra una injusta agresion, y como si en el momento supremo hubiesen querido hacerse con su pabellon un noble ataúd. Abrióse la Santa-Bárbara, los cañoneros se colocaron en sus puestos, y los tambores se prepararon para tocar á zafarancho. Pasóse toda la mañana, y el vapor estaba aún anclado, y la rada inmóvil. Dio medio dia, y reinó el mismo silencio. Sin embargo, era la hora fatal, señalada por el gobernador. Ni un solo cañon se meneó, ni un solo mortero encendió su mecha en la batería que Nicolay preparaba con tanta ostentacion. M. Nicolay la habia echado de guapo, y habia sido vencido.

Al dia siguiente, los pilluelos de Mauricio, que merecen figurar entre las filas de los de Paris, gritaban por las calles palmoteando: "*Les anglais qu' á quilé,*" (los ingleses han retrocedido), y su mal francés hacia mas risible el bochorno que dirijian á los ingleses.

La poblacion francesa de Mauricio celebró en pomposos banquetes el triunfo de su antiguo pabellon. La música y la poesía se unieron para popularizar el heroismo de M. Driver, y la inmutable resolucion y valentía de M. Nicolay. Apareció una de esas maravillosas canciones, que valen mas que un largo poema; las mejores voces de Mauricio la han cantado, y los mejores pianos la han repetido; en fin, el ridículo, que tan entero cayó sobre Nicolay, se conserva aún en la ciudad, en forma de melodía. Desde los mares de la India, donde M. de Tinau mantenia sobre el *Isere*, el honor de nuestro pabellon, hasta el Rio de la Plata, donde le enarbola sobre la *Pomone* con el mismo orgullo, hay un gran número de grados de latitud y longitud. Pero deseo ya introduciros en Montevideo.

Estamos en el mes de Junio, es decir, en invierno, en las regiones que se estienden mas allá del Ecuador: en la comarca del Rio la Plata, el invierno no es mas que una tibia primavera. A pesar del pampero ó viento del Sud-Oeste, que á veces enfria repentinamente la temperatura, así como el Norte en nuestros paises, se encuentran aquí muy pocos salones que tengan chimenea: el brasero es lo único que sirve á los habitantes mas friolentos de la ciudad.

Hace ocho dias que el pampero ha hecho una de sus visitas por la costa, lo que hace esperar que no se dejará sentir ya en muchas semanas. El rio está en calma, el horizonte azul, y todo

tiene en mi alrededor esta apariencia de alegría, que al soplo de un aire fresco, y al aspecto de un cielo puro, reanima las miradas del anciano, y brilla en los ojos de un niño; pues á menos que el vicio ó el infortunio hayan estinguido en él toda dulce emocion, el corazon del hombre se ensancha con una sonrisa de la naturaleza, lo mismo que con una sonrisa de su madre.

En mi cuarto vecino, separado del mio por un ligero tabique, una niña ha reunido un círculo de admiradores, atraidos por su elocuencia infantil; está contando una historia interesante, sobre su muñeca y su gatito. En la calle dos gauchos, para satisfacer los deseos de un espectador que les paga un vaso de caña, se ejercen en arrojar á una larga distancia sus pesadas bolas (1). Cerca de ellos hay cinco ó seis indios que se reparten un gran trozo de asado, que acaban de comprar con el producto de las yerbas medicinales que han traido de los lejanos bosques. Debajo de mis ventanas hay el café de Labastie, el mejor de Montevideo.

(1) El empelo de las bolas es mucho mas curioso que el del lazo. Tres pesadas bolas de piedra, envueltas en un cuero, están atadas á tres largos cordeles. El gaucho toma una de ellas con la mano, y hace dar vueltas á las otras dos sobre su cabeza, como si fueran la cuerda de una honda, y luego las arroja todas juntas entre las piernas del animal que quiere detener. Raro es que hierre el golpe.

A eso del medio dia, salen de los buques de la rada gran número de falúas, que traen á la ciudad á muchos oficiales, que pasan algunas horas en tierra.

Al hacer los ingleses la paz con Rosas, no lo han hecho sin un motivo, retirándose de la intervencion, en la que habian reunido sus armas con las nuestras, y abandonando repentinamente los intereses de Montevideo.

A pesar de su habilidad en apoderarse de cada nuevo punto comercial que brilla en la superficie del globo, no han logrado un éxito muy favorable en esta ciudad. Mandan acá un mayor número de buques que nosotros, como en casi todas partes, es cierto; pero Montevideo ha preferido siempre las mercancías francesas.

Durante la última administracion de Rivera, llegaban aquí todos los meses millares de franceses de todas las provincias, principalmente vascos y bearneses. Los unos se esparcian por la campiña y encontraban inmediatamente un empleo lucrativo en los *saladeros* o en las casas de comercio de las provincias. Los otros se quedaban en Montevideo.

Esta ciudad era el punto central del comercio de importacion, que desde las fronteras del Paraguay se estendia hasta los límites septentrionales de Europa. Su prosperidad crecia rápidamente, y el oro se reunia en abundancia en las manos de los negociantes. Ganándolo con mucha facilidad, fácilmente se gastaba. La for-

tuna, que muy á menudo enorgullece y endurece al recientemente enriquecido, abria aquí el corazon á un generoso sentimiento de humanidad y fraternidad. Los franceses que desembarcaban en Montevideo no debian pasar ninguna inquietud en este suelo estranjero. Iban á su encuentro no los posaderos y las pretendidas sociedades de patronaje, para esplotarles como en Nueva-York, sino para tenderles la mano. Cada uno encontraba inmediatamente un empleo correspondiente á su oficio; gracias al alto salario que se daba á un artesano, en poco tiempo podia reunir una cantidad que en breve le producia su renta, y aumentaba de este mndo su capital.

Laffite salió de Bayona, hijo de una casa pobre, y muchos hijos de la poblacion se han enriquecido en la Banda Oriental; como él, se enriquecieron con su trabajo, y como él se empobrecieron con las revoluciones.

Se me ocurre una idea, que no quiero dejarla pasar por alto. Entre todos los pueblos, el de Francia se distingue, como ya lo sabeis, por la facilidad con que se doblega á todas las circunstancias. Este pueblo, alegre, cándido, gracioso y estimado en todas partes (Rabelais es quien lo ha dicho) formaba en 1843, una tercera parte de la poblacion de Montevideo. Y, ¿no se debe tal vez á su influencia, la alegria que reina aun en esta ciudad, en medio de todos sus desastres?

Hace siete años que su magnánimo presidente

Oribe la tiene estrechamente bloqueada; siete años que no no puede sacar ningun producto de sus campos, ni hacer ninguna clase de comercio; siete años que vé desaparecer su fortuna como el agua de un torrente, y elevar junto á sí la pálida y asquerosa fantasma de la miseria, cada dia mas amenazadora. Los hebreos tienen una tradicion que representa el demonio de la indijencia, entrando tímido en una habitacion humana, ocultándose en un ángulo oscuro, como un ser vergonzoso, y desde allí engrandecerse por momentos, de tal modo que acaba por invadir toda la casa. Este terrible demonio ha entrado en Montevideo. Está sentado en el lugar del estanciero, cuyos bienes ha confiscado Oribe; en la casa del pobre mercader que en otros tiempos mejores habia reunido un corto capital; en la del obrero y del artesano, que en otro tiempo tambien, al recibir por la noche el precio de su jornada, no pensaban en el dia siguiente, pues sabian que nada les faltaria. ¿Cuánto tiempo permanecerá estê demonio en la ciudad? ¿Qué vuelo tomará en ella? Dios, únicamente Dios lo sabe, pues los mas hábiles políticos han perdido ya los cálculos.

Si, como lo ha dicho el gran poeta español Calderon, la vida es un sueño, pues dijo:

"Sueña el pobre que padece
Su miseria ysu pobreza,"

es preciso reconocer al menos que para la capital de la Banda, su sueño es muy largo y cruel.

Sin embargo, venga un estranjero á poner los piés sobre esta ciudad entregada á tantas ánsias, y se le recibirá con semblante risueño. No le dejarán correr de casa en casa con una carta de recomendacion en la mano. Aquellos que por su profesion deben tener contacto con él, irán á buscarle, y le acompañarán amigablemente entre su familia. "Disponga vd. de mi casa." Estas frases, que en muchas partes no son mas que un puro cumplimiento, tan comun ya como las de buenas noches y buenos dias, se pronuncian aquí de un modo tan cordial, que no es posible dejar de tomarlas tales como se pronuncian.

Jamás olvidaré las costumbres hospitalarias de Alemania, de Suecia y de Finlandia, ni tampoco las de Petersburgo, y las de los canadianos; á ellas añadiré las de Montevideo, donde llegué sin título ninguno, y donde me han rodeado continuamente hombres que se me han ofrecido generosamente; hombres por quienes jamás podré hacer cosa ninguna, y que probablemente no volveré á ver.

Uno me daba un libro, por la misma dificultad que ofrecia encontrarle en una librería, y me rogaba que lo guardara como un recuerdo.

Otro me daba un manuscrito que creia podia serme útil.

Cierto dia un hijo de Montevideo en cuya casa comí, me decia al vaciar la última botella de vino de Madera: "Disimúle vd. la poca opulencia de mi mesa, y si efectivamente no está vd. tan

mal entre nosotros, como nos asegura, dénos una prueba de ello volviendo otras veces."

Estas comidas, á las cuales el estranjero está sin cesar convidado, van seguidas ordinariamente de una tertulia. A pesar de los rigores del sitio, los alegres habitantes no pueden renunciar al placer de cantar y bailar, lo que causa á Rosas y á Oribe un furor estremo.

Hay una sociedad encargada de formar todos los meses un baile por suscricion, y cada mes la sala se llena de flores y de elegantes trajes, como si Montevideo estuviera aún en el tiempo de su apogeo. El amor del lujo es tan arraigado aquí, que continúa reinando aun en medio de las ruinas de tantas fortunas aniquiladas por la guerra, semejantes á esas flores delicadas que guardan sus flores y su verdura bajo la tempestad que troncha junto á ellas las mas corpulentas encinas. Hay familias que para comparecer con algun brillo en una reunion, se reducen durante algunas semanas al réjimen mas severo; y novios que para engalanar las trenzas de su querida, pagarán una onza por una camelia, sin considerar que quizás es la última que puede ofrecerles su escasa fortuna.

Para aumentar sus gastos de lujo, cada persona en el año cuenta con dos aniversarios; el dia de su nacimiento, y el de su santo: el que desee en Montevideo pasar por un hombre bien criado, debe tomar un apunte de todos los aniversarios femeninos de las casas que visita, y

celebrarles con la ofrenda de un ramillete de flores escojidas, las que en invierno, y sobre todo desde el sitio, se pagan casi á peso de oro. Si quiere seguir en todas sus reglas los usos del país, en vez de envolver su ramillete con una hoja de papel, reunirá los troncos en un estuche de plata cincelada. El colmo de la perfeccion consiste en engastar en el estuche un gran número de rubís, esmeraldas ó brillantes.

Hace algun tiempo que murió en Paris, en un estado bastante miserable, una muger que habia ocupado en el mundo un rango eminente; quizás le faltaban en la hora de su muerte los medicamentos mas necesarios, y sin embargo, algunas flores frescas esparcian sus olores en su miserable habitacion.

De mas de un hijo de Montevideo pudiera quizás decirse otro tanto. Aquí las flores, ademas de su adorno, sirven, como en Levante, para formar un diccionario simbólico; un órgano del pensamiento. Tan pronto sirven como un palpable testigo de benevolencia, como espresan una palabra tímida, ó revelan un pensamiento que los labios no se atreven á pronunciar, y la pluma no osa escribir.

Una señora que regale algunas flores á las personas que van á visitarla, jamás se las dará sin escojerlas antes; no ofrecerá nunca el mismo emblema á diferentes sujetos. A una persona de rango le ofrecerá la madreselva, que en su

lenguaje ideal significa respeto; á otra la rosa de India, que significa estimacion; á un amigo, se le dá el clavel, que significa atraccion. Cada uno al salir se encontrará colocado en su escalon, y si es ambicioso, procurará conquistar uno mas elevado.

Si se entra en las regiones del amor, el dialecto de las flores es tan esplícito y elocuente, que los que han tenido la gloria de estudiarle, no pueden menos de tener lástima á las pesadas combinacionas del griego, del latin, y otras lenguas que se aprenden en las escuelas. El papel y la pluma son nada, comparadas con las flores, porque el papel y la pluma pueden vender, y una flor es muda para las traiciones. Para manifestar una de las mas tiernas emociones se toma una de las mas bellas producciones de la naturaleza. En esas felices negociaciones, es ayudado tambien por otro dialecto telegráfico, que es superior al de Chappe, y son los signos del abanico que da vueltas entre los dedos de las bellas hijas de Montevideo. Digo bellas, porque las hijas de la república Oriental, lo son tanto como las de la república argentina, y en general mas instruidas, y mas ligeras en sus movimientos, como si respiraran un aire mas libre.

En su fisonomía se lee toda la espresion de una gran viveza y penetracion, y en su andar toda la gracia de las españolas.

"Admirable ciudad de Montevideo, dice

Dominguez; blanca sirena de la Plata, tu seno es una colmena, y el amor es tu miel. Feliz aquel cuyos labios la saborean, ciudad de los amores, porque tus hijas son las flores que dan el almíbar."

XV.

PERIODICOS Y LITERATURA.

En Buenos-Aires no hay literatura. En Montevideo la hay, muy activa é interesante; literatura de periódicos y discusiones políticas, que con las armas del pensamiento, forjadoras las armas de hierro de los sitiados; literatura poética, que con sus melodías les consuelo en sus sufrimientos; literatura que tan pronto gime con ellos como el arpa del proscrito suspendida en

XV.

PERIODICOS Y LITERATURA.

Literatura política y poética.—Diarios españoles y franceses.—Balearce.—Juan Varela.—Fundacion del *Comercio de la Plata*.—Asesinato de Florencio Varela.—Alsina.—Heroísmo de una muger.—Poetas argentinos.—Dominguez.—Marmol.—Echeverría.—Poetas de Montevideo.—Ascasubí.—Figueroa.

En Buenos-Aires no hay literatura. En Montevideo la hay, muy activa é interesante; literatura de periódicos y disertaciones políticas, que con las armas del pensamiento, fortalecen las armas de hierro de los sitiados; literatura poética, que con sus melodías les consuela en sus sufrimientos; literatura que tan pronto gime con ellos como el arpa del proscrito suspendida en

os olmos que están á orillas de un rio, como les murmura un canto de amor y de esperanza, y vibra á sus oidos como la lira marcial de Koerner.

La publicacion de un manuscrito está sometida sin embargo á condiciones que infundieran terror al mas intrépido editor de Paris. En primer lugar, el círculo de lectores está casi totalmente encerrado en el recinto de Montevideo. La campiña, que está bajo el yugo de Oribe, no puede recibir ningun libro impreso en esta ciudad, pues sus escritos están prohibidos por Rosas. En recompensa, los escritores de Montevideo tienen asegurada una cantidad de lectores en Chile, en el Perú, y en los otros Estados de la América del Sur. Pero los pobres libros están obligados tambien á correr un temporal en el Cabo de Hornos, ó á atravesar de contrabando todas las provincias del Rio de la Plata.

En segundo lugar, á medida que la ciudad se ha ido empobreciendo por la duracion del estado de sitio, una parte de los impresores la han ido abandonando para ir á otros puntos en busca de un trabajo mas lucrativo. Otros han sido sonsacados por Rosas y Oribe, los cuales no pudiendo vencer á los escritores, se han esforzado en quitárselos.

En fin, á causa del bloqueo, las imprentas han llegado á estar muchas veces faltas de los principales elementos de fabricacion; de letras y de papel.

Es fácil conocer, pues, que ni la prensa perio-

dística, ni los libros pueden ser aquí objeto de un cálculo pecuniario. Es un acto de patriotismo, ó un sacrificio hecho á la poesía. El primer diario de Montevideo no tiene mas que cuatrocientos abonados, y no puede, como otros muchos, contar con los beneficios que les producen los anuncios. El escritor que ha adquirido ya una reputacion en el país, se cree dichoso si encuentra un editor que consienta en imprimirle una obra, sin hacerle pagar de antemano los gastos de impresion.

A pesar de tantas trabas y de tantas causas de desaliento, se publican anualmente varios tomos de historia y polémica, varias colecciones de poesías, y diferentes folletos de circunstancias. Existen ademas, dos periódicos españoles, que se publican diariamente y dos franceses, que salen tres veces por semana. Diferenciándose uno de otro en cuestiones secundarias, los cuatro se replegan bajo la misma bandera, y sostienen con igual ardor la independencia de la república Oriental, contra la invasion de Rosas y de Oribe.

El primero de entre ellos, es el *Comercio de la Plata*, creado por el infortunado Florencio Varela, y continuado por su cuñado Madeiro, el cual se distingue por el tono grave y firme de su redaccion. Ademas, tiene muy buenos corresponsales en el Brasil y en Europa. Uno tiene tambien en Buenos-Aires, cuyo nombre de nadie es conocido, y al cual debe una gran par-

te de su buen éxito. Este último le dá noticias tan exactas y sorprendentes sobre la administracion argentina, y sobre Rosas, que pudiera sentirse uno tentado de creer que el mismo Rosas las dicta para burlarse de sus funcionarios y ministros.

El *Correo de la tarde*, está dirijido por el Sr. Bustamente, escritor distinguido, antiguo secretario del general Lavalle.

El *Messager* no emplea mas que una parte de sus columnas en la discusion política, y consagra lo restante á la reproduccion de las obras de nuestros mejores novelistas.

El *Patriote français* tiene por redactor en gefe á M. Isabelle del Havre. Uno de sus colaboradores, M. Vaillant, escribe bajo el predominio de *Juan Luis* artículos de filología y literatura.

La mayor parte de los periodistas y poetas que luchan en Montevideo con tanta tenacidad contra la dictadura de la república argentina, son argentinos.

Así como Luis XIV, por su edicto de Nantes enriqueció la Alemania, la Holanda y la Inglaterra, con la industria de los protestantes condenados al destierro, Rosas, con sus proscripciones ha enriquecido varios Estados con toda la sávia de un gran número de jóvenes y vigorosos talentos.

En vez de considerar esa juventud ardiente, pero generosa, en vez de tratar de atraérsela,

les marcaba á su policía para que les persiguiera, y les encerraba en sus calabozos. En cuanto pudieron escaparse, lo hicieron como una nidada de pájaros, perseguida por un cazador implacable. Unos se han retirado á Chile, otros á Montevideo, otros á Europa, ó á los Estados-Unidos.

Que estas resoluciones no se han tomado sin muy graves razones, y que no se han llevado á cabo sin un amargo dolor, pueden comprenderlo muy bien aquellos, que aun por un tiempo limitado, han debido vivir fuera de su país natal. La república argentina es una tierra hermosa, y ademas, segun ha dicho Danton, donde quiera que el hombre vaya, no lleva nunca en las suelas de sus zapatos las semillas de su patria.

En 1837 el jóven argentino Florencio Balearce partió á Francia con uno de esos presentimientos siniestros que parecen ser los dones proféticos de los vates.

"¡Adios, Buenos-Aires, decia en una de sus últimas odas, adios, amigos mios, adios!!!

"Voy á vivir solo, pobre estranjero, bajo un cielo de bronce, en un país lejano, donde, lejos de las caricias de mi madre, no encontraré junto á mí mas que una fria indiferencia.

"Cuántas veces me diré entonces: ¡Ah! por qué no me es dado contemplar los mismos rayos del sol bajo cuyo calor he crecido? ¿Por qué no puedo mojar mis lábios en el arroyo que riega el dominio paterno?

"Mas ¡ay! al recordar el oprobio de mi patria me avergüenzo! ¡Sus hijos no ven la vergüenza que sobre ellos pesa! ¡Sus cabezas están amenazadas por un sangriento puñal, y encadenados sus piés! ¡Adios, dulce abrigo del techo paterno! ¡queridos compañeros de mi infancia, adios! ¡Adios Buenos-Aires. Recibid todos juntos mi despido, porque quizás os doy el adios eterno!"

Efectivamente murió. Ya, nada debe temer Rosas: los cantos del infeliz trovador no resonarán ya en sus oidos como un canto de maldicion.

En 1839, otro poeta de Buenos-Aires, Juan Varela, perseguido por el ódio del dictador, ultrajado por sus boletinos oficiales, murió en Montevideo, haciendo resonar así su canto de cisne:

"Ya sea que el cielo propicio dilate para mí ese tiempo á quien llamamos vida, ya decrete que este dia sea para mí el último, bajaré sin temor á las orillas del Aqueronte, porque me he libertado de una duda cruel.

"Compareceré ante mi juez severo, sin sentirme herido por el terror que agita al impío, porque jamás he hecho derramar una sola lágrima.

"Tiemble, sí, aquel cuyo corazon de piedra y alma maldita, no se enternece ante las quejas que por él se escapan á un corazon dolorido, y no enjuga con sus manos las lágrimas que derrama el infeliz!

"La indigna calumnia que tanto ha amargado

mi vida, me ha pintado con los mas negros colores.

"Pero en las elevadas regiones donde no se puede mentir, Dios, en quien depongo toda mi esperanza, no hará que pese sobre mí el fardo de las desgracias que han abatido á otro, no mi alma descansará tranquila."

Cuando este hombre, que habia llenado dignamente algunos altos empleos en su país, murió en una tierra estranjera, en el destierro, hacia unos diez años que habia debido abandonar Buenos-Aires con sus dos hermanos.

El mas distinguido de los miembros de esta familia, fué Florencio Varela, que creó el *Comercio de la Plata*. Con un estilo muy notable, sus conocimientos literarios, sus estudios de historiador y de legista, hizo de este periódico una publicacion imponente, y obtuvo en poco tiempo un éxito asombroso. Era una de esas naturalezas que aparecen de cuando en cuando en el ideal de un sér completo. A su talento sagaz y penetrante, y á una educacion entera, reunia un carácter firme y un corazon grande.

Un escritor semejante era para Oribe y Rosas un enemigo muy peligroso, mucho mas cuando sus polémicas tenian esa cualidad que Quintiliano señala como una de las principales dotes del orador, la de hombre honrado. *El Comercio de la Plata* adquiria cada dia mayor importancia. No solo le leian con ardor los hijos de Montevideo, sino que era buscado por los estranjeros, y á

pesar de los cuidados de la policía, penetraba hasta la misma ciudad de Buenos-Aires. Tratar de suprimirle era imposible; querer vencer al redactor con amenazas, ó seducirle por medio de promesas, era inútil pensarlo. Oribe y Rosas, para concluir con el terrible escritor tomaron otro partido, le hicieron asesinar.

El 20 de Marzo de 1848, á las nueve de la noche, Florencio Varela salia de casa de un amigo suyo, dirijiéndose tranquilamente á su casa, cuando antes de llegar á ella, recibió tres puñaladas en las espaldas. El asesino, que pudo sorprenderle, gracias á la oscuridad de la noche, se escapó. Varela tuvo aún bastantes fuerzas para arrastrarse hasta su casa, pedir socorro, y llamar á la puerta. Al oir su voz medio ahogada, acudieron inmediatamente su esposa y hermano y le encontraron tendido sobre la acera, bañado con su sangre. Pocos instantes despues, exhaló el último suspiro.

No se puede formar una idea de la impresion que causó en Montevideo tan terrible crímen. En un instante corrió la noticia por todos los barrios, y todos los habitantes acudieron en tropel á la casa de Varela.

Dejaba el infeliz una viuda con once hijos, á quienes alimentaba con su trabajo diario; muerto él, quedaban todos en la indijencia. Al dia siguiente abrióse una suscricion, y en pocos dias á pesar de la miseria á que habia reducido á varias personas, un sitio de cinco años, la suscri-

cion produjo diez y seis mil pesos; la poblacion francesa dió por su parte unos dos mil.

A ¿cuál de los dos amigos debe atribuirse un crímen que resonó desde las orillas de la Plata, hasta Europa? ¿A Rosas, ó á Oribe? Difícil será descubrirlo. Lo que sí es cierto es, que Rosas ha sido cómplice en el asesinato, pues se sabe positivamente que el asesino, llamado Cabrera, despues de haber herido á su víctima, se retiró al campo de Oribe, donde recibió el premio de la sangre que tan vilmente derramó; diéronle una recompensa en dinero, y el grado de capitan (1).

El *Comercio de la Plata* ha sobrevivido á su desdichado fundador. Continuado, como ya hemos dicho, por el cuñado de Varela, tiene por principal colaborador á un argentino llamado Alsina, que fué preso por Rosas, y al cual salvó de una muerte cierta un rasgo de heroísmo.

Alsina, á quien se inscribió entre los salvajes unitarios, segun la atroz y elástica espresion de los ajentes del dictador, estaba encerrado en un ponton de la rada de Buenos-Aires, de donde solo debia salir para el suplicio. Su muger, no menos tierna que la señora de Lavalette, y mas audaz que ella, se disfrazó un dia de oficial argentino, colocó en su ojal la cinta roja, suspen-

(1) Asesinato del señor Varela, por J. Marmol.—Montevideo, 1849.

dió un sable de su cintura, y seguida de dos hombres vestidos de soldados, fué á encontrar al comandante del ponton: "Hé aquí una órden, le dijo presentándole una que ella misma habia falsificado, que os dice que me entregueis al prisionero Alsina." Y luego hablándole al oido añadió: "Creo que ha llegado su último instante." "Bien, bien, respondió el crédulo comandante; así debia suceder al fin y al cabo." Alsina, con su nueva escolta, bajó á la falúa, la cual despues de haberse dirijido hácia la ciudad, viró de repente, y se reunió á una embarcacion preparada de antemano, que llevó á Colonia, sobre el territorio de la Banda Oriental, al dichoso prisionero, y á su ángel de la guarda.

La república argentina ha dado aún á Montevideo algunos escritores de notable talento: Vicente López, Dominguez, Marmol, y Echeverría.

Hijo del presidente del tribunal de justicia de Buenos-Aires, Vicente López hubiera podido obtener fácilmente el perdon de sus primeras faltas políticas. Pero prefirió condenarse á vivir fuera de su país, lejos de su familia, á transijir con su conciencia. Siendo abogado, con su trabajo personal se ha procurado una posicion independiente. Avido de instruccion en el estudio de las lenguas y literaturas estranjeras, ha encontrado un consuelo en su destierro. Jóven aún, ha publicado en Chile un libro que anuncia un estudio sério y una gran erudicion. En este

momento está escribiendo una historia de la confederacion argentina, que deberá imprimirse en Paris.

Dominguez ha cantado en magníficas trovas las bellezas de la Plata, el aspecto solemne de las desiertas llanuras sombreadas por el *ombú*, los encantos de Montevideo, y las dulces emociones del amor.

Marmol, nacido en Buenos-Aires en 1818, reune á su talento de poeta, un talento no comun de prosista. Ha tomado parte en diversos periódicos españoles que se han publicado en Montevideo, y en varios folletos han zaherido rudamente á Rosas y á su teniente Oribe. En 1844 se embarcó en Rio Janeiro para Valparaiso. El buque en que se embarcó sufrió una avería en el Cabo de Hornos, y debió regresar al Brasil. Este viaje dió á Marmol la idea de un poema titulado *El Peregrino*, en el cual pinta con una gran riqueza de imágenes los fenómenos del Océano, el cielo de fuego del Ecuador, y las risueñas escenas de los trópicos.

Ha publicado además un drama, *El Poeta*, que no tuvo muy buen éxito, y varias poesías líricas, entre otras una oda intitulada: *El 25 de Mayo*, muy popular en la Banda Oriental.

Es la conmemoracion de la independencia, y al mismo tiempo un ardiente anatema lanzado contra Rosas.

"¡Ah! dice dirijiéndose al dictador, nada te deben los argentinos, nada, escepto la miseria, la

sangre y la desolacion. Jamás tu espada se rompió en los combates, pero en cambio nos has hecho sentir desde que la empuñaste el hierro de Cain.

"Tu primer pensamiento y tu primera proeza fueron pisotear bajo las herraduras de tu caballo, á la cabeza de tus soldados, las leyes de tu país, sus laureles y su bandera.

"¿Quién pudiera decirnos cuál es el ser misterioso que protege tus pasos, á fin de que pudiéramos herirle con nuestro puñal? Porque no sabemos cuál es la estrella que te inspira, para que llamemos sobre ella la maldicion de Dios.

"Tempestad, préstame tus mugidos; cascadas y torrentes, prestadme vuestra voz para maldecirle.

"Desde lo alto de su trono sagrado, la bondad suprema maldice á Lucifer. Cuando la humanidad sufre tan monstruosas persecuciones, tambien tiene el derecho de maldecir.

"Sí, Rosas, yo te maldigo. Jamás la hiel de la venganza penetró en mis venas, ni turbó mi espíritu. Como hombre te perdono mi prision, pero como argentino, jamás.

"Tú has hecho presenciar en Buenos-Aires mas crímenes que soplos tiene el viento en los pampas, mas que granos de arena tienen las orillas de la Plata; cansado de ultrajar á los hombres, has ultrajado á Cristo, colocando tu imágen sobre los santos altares.

"Por tu causa, los virtuosos hijos de esta ciu-

dad, con el corazon oprimido y la frente inclinada bajo el peso de su dolor, han sido perseguidos por tu rencor hasta en el mismo suelo estranjero que les ofrecia un refugio."

Esta oda, de la cual solo cité algunas ideas, es á mi modo de ver una de las mejores producciones del talento juvenil de Marmol. En Montevideo se ha reimpreso diferentes veces; y ha contribuido en mucho á formar la reputacion del poeta.

Mas feliz que un gran número de sus hermanos de literatura, Echeverría ha poseido una gran fortuna patrimonial, cuyas rentas ha gastado dignamente viajando para instruirse.

En 1827, á la edad de diez y ocho años, despues de haber hecho sus estudios clásicos en Buenos-Aires, se embarcó para el Brasil, donde se detuvo algunos meses, y luego pasó á Europa.

En 1830 regresó á la Plata, y despues de varias publicaciones líricas, dió á luz un poema, titulado *la Cautiva*.

Este poema es simplemente la historia de una muger tierna é intrépida, robada á su marido por una horda de indios. Por la noche, y mientras sus raptores estaban entregados al profundo sueño á que les sumieron sus escesos, se levanta, se acerca al monton de yerbas donde estaba tendido su esposo, maniatado y lleno de heridas: corta sus cuerdas con la hoja de su puñal, y le toma de una mano para ayudarle á caminar: le

sostiene á lo largo del camino y logra conducirle á un *pajaral*, como le llaman los argentinos, que es uno de esos campos donde se cria una yerba muy alta, que oculta á cualquier fugitivo de las miradas de sus perseguidores; á poca distancia de allí habia una laguna. María prepara un lecho á su esposo, cura sus heridas, y en el momento en que cree haberle salvado, y en que daba gracias á Dios, se incendia por desgracia el pajaral. Favorecido por el viento, alimentado por la yerba seca, se avanza con la rapidez del rayo, y devora el espacio. Bryan no puede moverse, y ruega á su esposa que le abandone y se ponga en salvo. Acompáñale María hasta la orilla del agua que rodea el pajaral, se arroja á la laguna, y sosteniendo al herido, alcanza la orilla opuesta; á poco rato le salva de nuevo de la voracidad de un tigre, pero muere por fin el infeliz á causa de las heridas que habia recibido. Una vez que el esposo ha exhalado ya el último suspiro, diríjese María hácia su morada. Le quedaba un hijo, que era su único consuelo.—"¿Dónde está mi hijo? pregunta á sus vecinos.—"¡Ha muerto! le responden." Al oir estas palabras la infeliz cae muerta.

La primera parte de esta fábula, recuerda una de las mas bellas escenas de Atala. La segunda es exajerada. Difícil es figurarse uno á una muger jóven, que no pertenece á la raza anfibia de las islas de la Occeanía, llevando á su marido á nado, y mucho mas difícil es aún para nosotros

figurarnos que salva á su marido con un puñal en la mano.

Por interesantes que sean los dos actores de este drama, y á pesar de su situacion algo forzada, en el conjunto del poema me han producido el mismo efecto de los personajes de Claudio Lovrain, que desaparecen en el brillo de sus mismos pasages.

Echeverría ha pasado la mayor parte de su vida en las campiñas de la república argentina. Por todas partes ha hecho largas escursiones, y cuando las describe, se vé que no trata de combinar por medio de su imajinacion las imájenes estranjeras, sino que pinta lo que sus ojos han visto, y lo que ha conmovido su corazon.

De este modo ha pintado la entrada de la noche en el desierto que se estiende á los piés de los Andes: desierto sombrío y taciturno como la mar cuando ningun viento la agita. Por cualquier parte que se tienda la vista en él, no se descubre mas que la inmensidad de los campos, inmensidad conocida solo por Dios, y que solo él puede medir. No se oye en él mas que los mugidos del toro salvaje que camina errante, y los rugidos del tigre, ó bien el grito uniforme del yaya.

De repente se oyen resonar sordos clamores. El caballo tiembla, y en medio de la sombra se distinguen puntas de lanzas, y formas algo confusas.

Es la horda de indios que va á devastar un pueblo. Se avanzan estos como un torbellino

entre nubes de polvo, llevando en la punta de sus lanzas cabezas humanas, gritando y galopando con un frenético ardor. Se detienen en medio de los pampas silenciosos, y con orgullo feroz contemplan su mas hermoso botin, un grupo de hermosas jóvenes, robadas al hogar paterno. Despues de haber quitado los arneses á los caballos, que pacen libremente, encienden una hoguera. Unos atizan las llamas; otros preparan los trozos de la carne que deben asar sobre las piedras. Otros, mas impacientes, sepultan su cuchillo en las entrañas de un jumento, beben ávidamente la sangre que brota de la herida, y se disputan la mayor parte de la bebida. Una vez apagada su sed, se sientan al rededor del fuego, donde riela el sebo de los animales que han muerto, y oyen con placer el canto guerrero que uno de ellos entona con voz triunfante.

Estos son unos cuadros que no pertenecen ya al círculo ordinario de la poesía, pinturas nuevas que el autor de la *Cautiva*, como Cooper en los Estados-Unidos, ha tenido el honor de coger en los mismos lugares.

Echeverría ha adquirido en estas dos publicaciones, un renombre bastante grande. En la América del Sur, era uno de los apostóles de una nueva escuela. Desgraciadamente, su gloria no le bastó. Desertó las silenciosas llanuras de los pampas para entrar en el campo de la política Su ambicion fué formar una sociedad de jóvenes argentinos, que al tomar por base de su reunion

un principio democrático, se aplicara á desenvolverle y propagarle.

En esto el poeta dejo de ser orijinal. Imitaba las organizaciones de la jóven Italia y de la jóven Alemania.

Gefe de una república, Rosas no tiene mas aficion á esas sociedades republicanas, de la que les tienen los gobiernos absoluto de Prusia y Austria.

Un dia Echeverría se vió obligado á emigrar, so pena de caer entre el número de los salvajes unitarios. Confiscáronse sus bienes, y se saqueó su casa. "Ni un solo libro me dejaron, decíame un dia dolorosamente."

Desde el año de 1840, Echeverría permaneció en Montevideo, rico solamente con el tesoro de su intelijencia: tesoro que la rapacidad de Rosas no pudo robarle; aquí vive entregado á su gusto por el estudio y la poesía. Gracias al carácter hospitalario de esta ciudad, no ha probado aún cuán amargo es el pan del estranjero.

Si en los versos que ha compuesto despues de la *Cautiva* y en los que escribe todavía, sobresale el acento de una alma que sufre, no respiran los vagos sufrimienios de René, ni los de Werther, ni tampoco los de Oberman, sino el grave y profundo dolor de Jacob Ortiz, que no puede olvidar los ensueños de oro y libertad que habia hecho por su pais, que de lejos le sigue en todas sus agitaciones, y dice:

"Il sacrificio della nostra patria é consumato."

El surco marcado por la *Cautiva*, ha sido continuado por varios poetas, particularmente por Ascasubi de Montevideo. Las numerosas escursiones hechas en las diversas provincias del Rio de la Plata, han familiarizado al Sr. Ascasubi con las costumbres de la campiña. En una série de diálogos y escenas agrestes, ha reproducido el carácter, las costumbres y hasta los modismos de los gauchos. Cada una de sus composiciones es una imájen de la exacta fisonomía de esa raza de pastores y caballeros nómadas, pero una imájen material, en la cual se busca inútilmente la espresion ideal, sin la cual no existe la verdadera poesía. Con su minuciosa exactitud de detalles, los escritos de Ascasubi son á la Cautiva, lo que es la rústica Luisa de Voss, á la deliciosa idilia de Hermann y á Dorotea.

Junto á estos innovadores, existe tambien en Montevideo un amable poeta del tiempo antiguo, el Sr. Figueroa. Este no ha querido desertar las regiones mitológicas que aprendió á venerar en los bancos del colegio. Canta á Febo y á la Aurora, como sus maestros del siglo pasado. Se lanza al Pegaso y sube alegremente al Parnaso, refrescándose á lo largo del camino en la fuente de Castalia. Todas las reglas de las escuelas antiguas le son queridas, y todos sus caprichos le gustan. Dedícase á los juegos del enigma, á la charada y al madrigal; escribe muy bien el anagrama, y el acróstico, y pasa con mucha facilidad de lo grave á lo serio.

Escribe sonriendo el epígrama cáustico, como los escribia Marot en su galante juventud, y así como hizo Marot despues, traduce piadosamente los salmos. No solo traduce los himnos bíblicos, sino que compone algunos muy religiosos. Si su imaginacion se esplaya errando entre las tradiciones paganas, su corazon pertenece á la pura doctrina del Evangelio. Semejante al cantor de las Lusiadas, reune en la odisea de su vida la fábula del Olimpo á las austeras creencias del cristianismo. Cuando ha cantado con tono anacreontico el Amor y las Gracias, arroja estas estrofas profanas para escribir con un sincero recojimiento un paráfrasis del Pater, una epístola á su cura, ó unas letanías á la Vírgen.

Así aparece en sus obras, y así se le encuentra en las diversas faces de su carácter afable, cordial y tierno, lleno de indulgencia para los demas y de desconfianza para consigo mismo; sencillo y tímido como el de una muchacha. Al leer sus versos se esperimenta un grato placer; al conocerle se goza de una gran dicha.

Queridos poetas de Montevideo, si el viajero á quien habeis recibido con tanta bondad, no da una cuenta exacta de vuestras obras, disimuladlo á mi pobre juicio. Creed, sí, que se aleja de vuestro país llevando de vosotros un grato recuerdo, y muchas veces al pensar en sus amigos de Montevideo, se acordará tambien de la triste posicion á que os han reducido los sucesos.

Triste es por cierto la situacion de estos es-

critores en el recinto de una ciudad bloqueada, que no puede dar mas que un débil impulso á su talento; posicion que fuera terrible, si Oribe llegaba á apoderarse de Montevideo, sin que un sólido tratado de amnistía le atara fuertemente las manos.

Así como los scaldas (bardos) de las antiguas *sagas* de Islandia, estos poetas han animado al combate á las legiones de su ciudad y han mancillado con sus versos el nombre de su enemigo. Ni uno solo entre ellos ha dejado de cantar la arrogante independencia de Montevideo, y de injuriar a Oribe y á Rosas. En otro tiempo, cuando uno de los valientes *jarls* del Norte, subyugaba á uno de sus adversarios, respetaba á los scaldas que habian seguido su buena ó mala suerte, y á veces rendian homenaje á su fidelidad, ofreciéndoles una cadena de oro.

Si se deja obrar á Oribe y á Rosas. tambien darán sus cadenas á los poetas de Montevideo, pero serán las cadenas de hierro del Cerrito, ó de Santos-Lugares.

XVI.

LA CIUDAD SITIADA.

Regularidad en la construccion de la ciudad.—Una ciudad nueva estramuros.—Trabajos abandonados.—Edificios arruinados.—Una escena de miseria.—Fusilamientos diarios antes del armisticio.—Desgracias del sitio.—Administracion actual.—Dificultades y penuria.—Ventajas del puerto de Montevideo.—Su porvenir.

Si bien Montevideo, como ya lo he dicho antes, presenta al que le observa desde la rada, un cuadro pintoresco y atractivo; si bien cuando empieza uno á relacionarse con los habitantes de la ciudad, vé que éstos tratan de ocultar sus penibles preocupaciones, para presentar al estranjero una fisonomía risueña y alegre, basta recorrer algunos barrios, y entrar en relaciones

íntimas con algunas familias, para conocer cuán to ha sufrido esta desdichada ciudad, y cuánto le queda aún que sufrir.

El plan de construccion de Montevideo se parece mucho al de Buenos-Aires; es la misma alineacion regular, la misma division por cuadras simétricas; en el centro, hay una gran plaza cuadrada, cerrada por una parte por la fachada de la catedral; por la otra, por las casas consistoriales. Las casas, del mismo modo que en Buenos-Aires, tienen una azotea. Se ve un gran número de ellas mucho mas elevadas que las de la capital de la república argentina, adornadas de un balcon en su primer piso, y con un mirador de madera desde el cual se descubren los campos y el rio.

En los tiempos de la rápida prosperidad de esta ciudad, y muy notablemente bajo la administracion de Rivera, se emprendieron muchas obras de utilidad pública y de adorno. Estos trabajos, interrumpidos ahora, forman singulares contrastes; en una parte se vé un grupo de habitaciones imponentes, enriquecidas con alegres patios, y junto á ellas, unas ruinas; en otras, calles sin empedrar, y con aceras empezadas; las de mas allá, no tienen ni empedrado ni aceras, y forman continuamente un charco de agua y fango; una hay en la cual se eleva en su centro una enorme roca, como en medio del campo.

A cada paso se presentan los funestos efectos

de la guerra. La decadencia del comercio y las bancarrotas que le han seguido, se demuestran en las casas que hace poco nadaban en la abundancia; los almacenes están cerrados, los talleres silenciosos. Parécese á una ciudad medio destruida por un terremoto, ó por la erupcion de un volcan. En medio de tantas desgracias, algunas fortunas han permanecido aún en pié, otras se han completamente aniquilado.

Si se sale de la ciudad por la puerta del Mercado, preséntanse aún imágenes mucho mas terribles.

En 1840, la poblacion siempre creciente de Montevideo, se ahogaba en su estrecho recinto. Fué preciso destruir las murallas para abrir paso al flujo de emigrados que sin cesar llegaban de Europa, y estenderse por este lado fuera de la ciudad. Pronto se empezaron á fabricar gran número de casas de ladrillos. Junto á las murallas se construyó una larga y ancha calle. Era una nueva ciudad, una ciudad activa é industriosa que se reunia á la primitiva, como los arrabales de Paris se reunieron á la ciudad de la edad media.

Desde este barrio, trazado en línea recta y metódicamente construido, la poblacion se dispersó por todos lados sobre la colina cuya estremidad cubre Montevideo, sobre las orillas Oriental y Occidental del rio, y las llanuras de la Aguada. Hileras de aloes rodeaban con sus ramas puntiagudas los cercados de árboles fru-

tales; allí cada rústica habitacion tenia, como los parques inlgeses, su verjél y su jardinero; cada rica quinta se parecia á una casa de Damas, sombreada por verdes ramas, y perfumada por el olor de las flores y de los naranjos. Entonces la capital de la Banda Oriental tenia todo el aspecto májico que Dominguez ha descrito en sus melodiosos versos. "Se avanza, dice, hácia el rio, como una hermosa jóven que se baña en verano entre las puras ondas. La catedral es su cabeza, la *Aguada* su guirnalda, sus techos blancos son sus espaldas, y el mar es su cintura."

En poco tiempo se ha paralizado el movimiento vital de la nueva ciudad; la prosperidad de la colonia agrícola se ha roto en sus raices, y hasta el esplendor de la naturaleza que le rodea parece revestida de un lúgubre velo. La gran calle del 18 de Julio, que fué tan alegre y animada, está casi desierta. Al recorrer su vasta estension, no se ven mas que habitaciones vacías, ventanas rotas, y puertas cerradas. Solo de cuando en cuando se vé aún alguna tienda ó un taller al cual algunos obreros van en busca de una mínima parte del trabajo que antes les era tan lucrativo. Un dia entré en una de esas casas en la cual una pobre y descarnada muger cocia algunos granos de maiz para dar á sus hijos, que, sentados en un rincon, casi desnudos, parecian faltos de fuerzas para levantarse.

En un ángulo oscuro de la sala, en cuya ventana algunos harapos reemplazaban los crista-

les, estaba tendido sobre un miserable jergon un hombre enfermo. Los niños me tendieron las manos, y su madre, al verles mendigar volvió la cabeza, pues no tuvo fuerzas para impedírselo, ni valor para regañarles.

El enfermo, á quien dirijí algunas preguntas, me dijo: "Ay, señor, yo he sido hábil en mi oficio, y fuerte en el trabajo, pero este sitio nos ha perdido. En estos tiempos calamitosos, los ricos se han vuelto pobres, y los pobres nos volvemos locos." Al salir, deslicé algunas monedas en las manos de un niño, que se quedó contemplándolas con asombro, como si jamás hubiera visto una cosa semejante; su madre quiso darme las gracias, pero las lágrimas ahogaron su voz en su garganta.

En el valle de la Aguada, los jardines han sido devastados por los soldados de Oribe; los árboles cortados, y las casas acribilladas de balas. Apenas hace un año que esas encantadoras quintas estaban aún entregadas á la devastacion y crueldad de esos soldados. A la estremidad de la calle del 18 de Julio, hay un Crucifijo de piedra, que muy á menudo ha sido ensangrentado. Allí se complacian los oficiales de Oribe en inmolar á sus víctimas. Bajo la bóveda que abriga esta imágen del Dios de paz y misericordia, asesinaron un dia inhumanamente á doce soldados de Montevideo.

Esta ciudad no tenia para defenderse contra el presidente, mas que una línea de terraplenes

muy mal construidos, y algunos cañones en pésimo estado; de modo, que no se comprende cómo una defensa tan débil no fué tomada en el primer asalto que la dieron los enemigos. Pero todos los dias, fuera de estos terraplenes, hasta á una legua mas allá, los dos partidos se iban á las manos en perpetuas escaramuzas. Hacian fuegos de guerrilla, ó por mejor decir, venian á formar una caza al hombre, en la cual los batallones se esparcian, y nunca se daba una batalla en forma.

Todas las mañanas, los soldados de la ciudad, armados de su carabina se emboscaban por una parte y otra tirando sobre los de Oribe, y regresaban á la ciudad de noche, para empezar de nuevo al dia siguiente. Valíanse de muchas estratajemas mucho mas destructoras que los tiros de fusil. En vista del enemigo, fingian tener miedo y se retiraban de su avanzada. Uno de ellos dejaba su cintura en el suelo, y esta cintura estaba enganchada á un gatillo oculto entre la yerba, que hacia disparar un obus. Otras veces, bajo la chimenea de una casa arruinada, colocaban un barril de pólvora; los soldados de Oribe llegaban triunfantes á apoderarse del lugar abandonado, encendian fuego para hacer su asado, y un momento despues saltaban junto con las paredes de la casa.

La intervencion de M. Le-Predour en los asuntos de la Plata tuvo por primer resultado suspender esa lucha atroz é incesante por medio de

un armisticio. Entre los campos del Cerrito ocupados por Oribe, y los atrincheramientos de Montevideo, se ha trazado una línea de terreno neutral. Los dos partidos colocan sus centinelas en cada lado de esta línea, y se observan sin aproximarse. Los cuerpos de guardia de las avanzadas de Montevideo están guardados por los batallones vascos, franceses é italianos, cada uno á su turno, los cuales campean entre las quintas abandonadas á causa de la guerra.

Estos hombres que tan valientemente han tomado las armas en legítima defensa, y que no han podido abandonarlas hace siete años, reciben en prémio de sus servicios un vestido y una racion de carne, y muchas veces el gobierno se vé en estremo embarazado para proveerles de esto. Yo asistí á una de las revistas de las tropas de la ciudad, á la cual no pudo asistir la legion francesa, por no tener los uniformes necesarios. Sin embargo el traje de los soldados no se compone mas que de una blusa de paño y un pantalon, pero poco tiempo antes se habia equipado un batallon de negros, y el gobierno habia agotado todos sus fondos.

El armisticio ha puesto fin, al menos temporalmente, á los combates cuotidianos entre sitiados y sitiadores, pero no ha mejorado la situacion material de Montevideo. Por la parte de la campiña, como á una media hora de las murallas, la capital de la Banda Oriental ha permanecido estrictamente bloqueda. No ha guar-

dado su libertad mas que por la parte del rio, que debe cubrir todas sus necesidades, y mas de una vez este noble y hermoso rio ha salvado del hambre á la ciudad que amorosamente rodea. El Sr. Figueroa ha celebrado en un poema patriótico la pesca del *Bagre*, pesca milagrosa hecha con redes, semejante á la que Cristo dió á Simon en el lago de Genezareth.

Montevideo sacaba sus productos alimenticios y sus cargamentos comerciales de la campiña y de sus provincias interiores. Cueros, lanas, y sebos, todo lo que en el Rio de la Plata se entrega á la exportacion, acudia á los almacenes de Montevideo por diferentes distritos, y desde ellos salian para la América del Norte y para la Europa. Actualmente ninguno de estos recursos existe. Los terrenos cultivados y los pastos, están ahora bajo el dominio de Oribe, que esplota un gran número de ellos por cuenta suya, y el cual, teniendo á su disposicion un puerto en el rio, el de Buceo, ha hecho de él el único punto de embarque de los productos territoriales.

No pudiendo esportar nada, tampoco puede pensar Montevideo en importar. Suponiendo que la pobre ciudad tuviera aún bastante dinero y crédito para comprar mercancías estranjeras, ¿qué hiciera de ellas, reducida como está á una poblacion de veinte mil almas, abandonada del mundo entero? Redúcese, pues, á lo mas estrictamente necesario, y se tiene aún por dichosa, si

puede conseguirlo sin mucho trabajo y á un precio regular. El estrecho terreno que rodea sus muros, le dá todavía legumbres. De la provincia brasileña de Rio Grande recibe por sus barcos de cabotaje, la carne; de los Estados-Unidos la harina; de Francia, vinos y ropas. Para procurarse lo mas necesario, cada uno agota poco á poco sus capitales, ó el fruto de varios años de trabajo y economía. Los que no tienen ya ni capital ni economías, procuran hacerse inscribir en el consulado de su nacion para obtener un socorro mensual, ó se enganchan en una legion estranjera, para recibir siquiera una racion diaria, ó suplican, en fin, al gobierno que les ayude.

¡Infeliz gobierno! es preciso tener valor para aspirar al honor de llevar su carga, porque está en un estado de crísis perpetua.

El Sr. Sonarez, presidente del senado, ejerce aún las funciones de presidente de la república, en virtud de la decision tomada por la asamblea nacional, despues de la segunda abdicacion de Rivera. El ministro de relaciones estranjeras es el Sr. Herrera, hombre muy instruido y hábil, segun dicen. El ministerio de la guerra y el de hacienda, están entre las manos del Sr. Batle, hombre de recto juicio y elevado corazon. Siendo jóven aún, ha sido elevado al poder, sin buscarlo ni ambicionarlo. Ha sido investido con esos dos empleos por la confianza que inspiraba, y en la conservacion de su doble cargo ha conservado tambien la estimacion pública. No hay un sér

en Montevideo que no haga justicia á sus generosas cualidades y leales intenciones.

Todos los negocios descansan aquí en tres hombres. Si jamas ha existido un triunvirato que pueda decir que tiene una penosa tarea, y que deba aterrarse de su mision, es este indudablemente. Con un bloqueo de siete años, un ejército junto á las puertas de la ciudad, y un enemigo encarnizado á la distancia de cuarenta leguas, no le queda ya otro medio de salvacion, mas que las promesas de la Francia y sus largas negociaciones; para colmo de desgracia, una miseria que va creciendo todos los dias, y los fondos pecuniarios agotados enteramente. Tal es la situacion del gobierno de Montevideo, atado á una rueda de Ijion, que da vueltas continuamente sin avanzar un solo paso, inclinado sobre un tonel de Danaidas que no puede llenar los recursos del presupuesto.

Para subvenir á sus gastos semanales y momentáneos, se ha visto obligado á hipotecar una tras otra todas las propiedades del Estado, á abandonar sus cosechas, es decir sus productos aduanales, á aumentar de nuevo algunos productos de primera necesidad, y por último, á vender la piel del oso, antes que este hubiera muerto, cediendo al Sr. Lafone la pesca de los lobos marinos en la isla de los Lobos. Hasta el año 1852, están comprometidas todas las rentas del Estado; todo se ha negociado de antemano, todo ha sufrido un descuento.

Cuando ataca al ministerio un gasto imprevisto, admite, para cubrirle, obligaciones que se parecen á los asignados de nuestra primera revolucion, que caen en el comercio al descuento de 80 á 90 por ciento de pérdida. Lo que hay mas seguro en sus recursos, es el subsidio que la dá la Francia. Es su único consuelo al fin de cada mes; es su maná providencial en su árido desierto. Como este socorro vital debe discutirse cada año, y votarse por nuestros diputados, dá muy á menudo algunas graves inquietudes á aquellos que tanto le necesitan. Despues de la revolucion de Febrero, el ministerio de relaciones estranjeras que debia pagar tantos gastos de viaje á sus nuevos diplomáticos, dejó protestar tranquilamente los vencimientos de estos abonos, que ayudan á subsistir á nuestros hermanos de Montevideo. M. Derize, nuestro cónsul general en esta república, se comprometió él mismo personalmente tres veces á cubrirlos. Toda la ciudad debe estarle agradecida de una resolucion, que en esa época era en verdad muy necesaria.

En este doloroso estado, el gobierno tiene al menos la dicha de verse sostenido por la opinion pública. Existen en Montevideo varias divisiones de partido, ya para hacer algunas concesiones á Rosas y á Oribe, ya para una resistencia inflexible. Salvo algunos especuladores, que pescan en la situacion del país, como en una laguna de

agua turbia, todos los ciudadanos, sea cual fuere su idea particular sobre esas transaciones, se ponen de acuerdo para sostener mientras puedan, la independencia de la Banda Oriental. Conocen todas las dificultades de la administracion, aprecian todos sus esfuerzos, esperan mejores dias, y tienen razon en esperarles.

Sea cual fuere la fuerza de voluntad, y la potencia de accion de Rosas, el tenaz dictador no podrá vencer lo que á ningun soberano le es dado vencer. Las leyes de la naturaleza son algo mas duraderas que las de un simple mortal, y por estas mismas leyes de la naturaleza, Montevideo está destinada, á despecho de sus enemigos, á ser con el tiempo uno de los puertos mas importantes de la América, é indudablemente el primero de la Plata.

No se puede dudar de esto al ver la posicion de esta península, á la orilla del Rio, que la enlaza por ambos lados, aquella ancha rada que desde el pié de la ciudad se estiende á mas de una legua de distancia, protejida por la colina del Cerro. De la Europa á el Brasil, de la América del Norte y de la Costa de Africa se puede llegar sin trabajo á esta rada, y los buques de 600 á 800 toneladas, pueden anclar en ella á pocos pasos del muelle. Por el contrario, ¡cuántas dificultades para subir por el Rio de la Plata entre bancos de arenas movibles, por medio de corrientes variables y en medio de escollos, que los pamperos pueden hacer peligrosísimos!

Y cuando por último, se llega al frente de Buenos-Aires, ¿qué es lo que allí se encuentra? Una rada abierta á todos los vientos, y en la cual los buques de una ordinaria dimension tienen que mantenerse á la distancia de dos ó tres leguas, mas espuestos que en plena mar al soplo de las tempestades.

Desde allí no se puede saltar á tierra, mas que pasando para hacer una parte de este aumento de la travesía, de una falúa á una carreta. No se pueden cargar y descargar los buques mas que por medio de una especie de balanza, que cuesta muy cara, y empleando en esa operacion un tiempo considerable. Cada capitan al llegar allí, deja su buque para entregarse á sus negocios, y se instala en la ciudad durante meses enteros. A veces, y durante muchos dias seguidos, no puede tener la menor comunicacion con su tripulacion. El pampero interrumpe repentinamente todas las relaciones entre la ciudad y la gran rada. Desde lo alto de una azotea, verá un capitan á su buque estrellarse contra la costa, sin que le sea posible, á ningun precio, ir al socorro de sus marineros.

Los defensores de Buenos Aires, á los cuales se opone el admirable contraste de estos dos puertos, no niegan las ventajas del de Montevideo. Empero luego dicen que el de Buenos Aires, colocado cerca de la confluencia del Paraná y del Uruguay, á la entrada de una inmensa re-

gion, debe dar salida á una inmensa cantidad de productos que Montevideo no recibirá jamas del estrecho territorio de la Banda Oriental, y que por esta razon, la capital de la confederacion argentina debe necesariamente tener siempre un comercio de importacion mucho mas considerable que el de su rival. Añaden que con el tiempo se construirán vapores que abreviarán la navegacion del rio, y facilitarán el servicio del puerto. Sea así. Mientras Rosas sea el dueño, centralizará el movimiento de los negocios de Buenos-Aires, y trabajará para aniquilar á Montevideo. Pero tiempo vendrá en que el comercio, libre de los diques que le impone el dictador, tomará la senda mas favorable á sus intereses. Supongamos un momento que tiene esta libertad, libertad que tarde ó temprano debe tener, y sacaremos esta consecuencia. Los buques de transporte del Uruguay y del Paraná, tendrán mas interés en bajar hasta Montevideo, que en quedarse en Buenos-Aires. En vez de que se vean las pequeñas embarcaciones que tan penosamente remontan en el Rio de la Plata, los negociantes estranjeros encontrarán una gran ventaja en cargar buques de mas dimension, los cuales se detendrán en la vasta rada del Cerro. Con este cambio, economizan los gastos de un viaje dificultoso los que ocasiona su permanencia en Buenos-Aires, y la carga y descarga de las mercancías, tan larga y dispendiosa en este puerto. Los productos de la confederacion argentina que pa-

saran por Buenos-Aires, en vez de ser colocados sobre la balanza para ser transportados de la gran rada á los buques, cuando el tiempo lo permita, serán inmediatamente embarcados en buques de cabotaje, é irán sin tantos gastos de transbordo á Montevideo directamente. En este cambio de cosas, Buenos-Aires será una ciudad importante; será el depósito de la mayor parte de las esportaciones de las provincias del interior, y de las importaciones. Montevideo será el gran punto de reunion de la Europa y de la América del Norte con las regiones de la Plata. Rómpanse únicamente las manoplas de hierro de esta abatida cautiva, déjese que estienda el vuelo que habia tomado bajo la administracion de Rivera, y algun dia apenas se llegará á creer que haya permanecido tan largo tiempo débil, pudiendo llegar á ser tan fuerte. Semejante á Nueva-Orleans, está cercana á la desembocadura de uno de los mas grandiosos rios del globo, el cual, por medio de sus tributarios, abraza una de las comarcas mas fértiles y mas vastas.

Para nosotros, se encierra aquí una gran cuestion, la cual á primera vista llama la atencion de nuestros compatriotas al saltar sobre esta playa, y que me ha admirado á mí muy particularmente, á causa del viaje que acababa de hacer. Desde la embocadura del rio San Lorenzo hasta la del Mississipí, y desde los bosques del Canadá hasta las llanuras de la Louisiana, acababa de re-

correr la inmensa region que nos pertenecia aún en el siglo pasado; heróicos campos de batalla, Nueva Francia ilustrada por la ciencia y por los hechos de armas, y santificada por la religion; admirable colonia que tan preciosa nos fuera hoy, y que hemos perdido para siempre. Despues de haber pasado por las Antillas, donde hemos poseido tambien ricos dominios, y donde solo tenemos ahora dos islas medio arruinadas por la emancipacion de los negros, encuentro en la estremidad del continente una colonia jóven, que se ha fortalecido ella misma, creciendo de un modo visible; una colonia que durante muchos años, en vez de pedir recursos á la Francia, la ayudaba al contrario, abriendo á su comercio un camino inesperado.

Cuanto mas caminamos, mas necesidad tenemos de poseer en alguna parte un nuevo dominio, para fecundizar una especie de punto de reserva donde podamos estender el producto de nuestras fábricas, y al exedente de nuestra poblacion.

Con las ideas pacíficas que desde una cuarta parte de siglo se han arraigado en la clase media, ya no podemos, como en tiempo de las quisquillosas jornadas del imperio, deleitarnos en los ensueños de conquistas á mano armada. Las conquistas de la inteligencia y del trabajo son las únicas que debemos ambicionar, y las que ningun pueblo puede impedir que sigamos.

Sobre las orillas de la Plata, un gran número

de negociantes y artesanos del Mediodia de la Francia habian obtenido este triunfo. Sin esfuerzos y sin luchas, cada dia ganaban terrenos. Desde las ciudades en que plantearon su primeros cimientos, se estendian por las llanuras, desecajaban las tierras, y construian habitaciones. A haberles quedado algun tiempo mas, hubieran llevado el arado, desde las playas de Oriente, hasta el pié de los Andes. La insaciable ambicion de un hombre, sembró el embarazo en medio de esa cohorte de trabajadores, y su furor les aterrorizó. Solo entonces, bañados en justas lágrimas, tendieron las manos hácia nosotros pidiéndonos socorros. ¿Qué reclamaban? Una eficaz proteccion y nada mas. Se la debiamos, se la habiamos prometido, y es preciso confesarlo, hemos empleado muchos hombres y gastado mucho dinero para dársela.

Un carácter dotado de la tenacidad de un gancho de hierro, y una engañifa enardecida con nuestra actitud indecisa, ha engañado nuestros deseos. Montevideo, que hemos querido arrancar á la tenacidad de Rosas, ha sufrido cruelmente, y como esta ciudad contaba con nosotros, puede acusarnos de no haber puesto fin á sus sufrimientos mas prontamente. El mal es grande, sin embargo, no es irreparable; aquí existe, como ya lo he dicho, una ley de la naturaleza que ningun ser humano puede aniquilar.

Dos mil años despues de su fundacion, hemos visto la ciudad de Alejandro, la ciudad de Cleo-

patra salir de su nada, levantarse de las ruinas de la barbarie, y reconquistar su lugar entre los mejores puertos del Mediterráneo.

La regeneracion de Montevideo no depende mas que de una solucion que no podemos dejar de obtener; un tratado que garantice la seguridad de sus ciudadanos, y la libertad de comercio. Una vez establecidas estas garantías, la capital de la Banda Oriental tomará otra vez su próspero movimiento, la emigracion se dirijirá á ella como en otro tiempo, y tendremos aquí un rico almacen, una colonia industrial y agrícola, que no necesitaremos hacer guardar por nuestros cañones.

FIN.

INDICE

DE LAS

Materias contenidas en este tomo.

Pág.

CAPITULO I.—La Habana.—El leviatham de la Biblia.—El Ohio.—La desembocadura del Mississipí.—La mitad del siglo.—Llegada á la Habana.—El fisco.—Lo que cuesta entrar en la capital de la isla de Cuba.—Suavidad del invierno.—La fiebre amarilla.—El bergantin *Jackson*.—Aspecto de las calles.—La volanta.—Filosofia de los habaneros.—Administracion.—Poder del gobernador.—El general Tacon.—Los cafés.—Los licores políticos.—Interior del teatro.—Hermosura de las habaneras.—Historia de la Habana.—Monumentos.—La catedral.—El busto de Colon..... 3

CAPITULO II.—El dia de los reyes en la Habana.—Un

recuerdo de Shakspeare.—Diferentes tríbus de negros.—Bailes y mascaradas.—Aristocracia de los negros criollos.—Posicion de los negros en las casas particulares y en el campo.—Cómo se hace el tráfico.—Condicion de los hombres de color..... 37

CAPITULO III.—Un cafetal.—Cuadro campestre.—La plantacion.—Una familia francesa.—Cultivo del café.—Las plantas de los trópicos.—El ingenio de azúcar.—Las plagas de la tierra..... 5[illegible]

CAPITULO IV.—Productos.—Poblacion.—Estadística de la isla de Cuba.—Su configuracion.—Los bosques.—Maderas de construccion.—Plantas medicinales y venenosas.—Ornitología.—Division territorial.—Ciudades principales.—Progresos de la Habana.—Organizacion administrativa y judiciaria.—Importacion y exportacion.—Cosecha del azúcar y del café.—Historia del tabaco.—Decretos de los papas y emperadores.—Cosecha de tabaco en la isla de Cuba.—Fabricacion de los cigarros.—Establecimientos científicos.—Pretensiones de los Estados-Unidos sobre Cuba..... 69

CAPITULO. V.—De la Habaña a Buenos-Aires.—El buque belga.—Una cuaresma.—El teniente y el cocinero políglota.—Los vientos alísios y los chubascos.—Temperamento del Norte y del Sur.—Mar de los trópicos.—La calma.—Las estrellas del Sur.—El huracán..... 93

CAPITULO. VI.—El Rio de la Plata—Descubrimiento del rio.—Juan Diaz de Solís.—Sebastian Cabot.—Dificultad de remontar el Rio de la Plata.—La rada de Buenos-Aires.—La cuarentena.—Las carretas de desembarco.—El ridículo en accion..... 123

CAPITULO VII.—Historia de Buenos-Aires..... 1[illegible]3

CAPITULO VIII.—Buenos-Aires.—Regularidad de las casas.—Las azoteas.—Astro de la noche.—Interior de las casas.—Los barrios pobres.—Edificios públicos.—La casa de Rosas.—La víctima de un dictador.—Poblacion.—Aspecto de la calle del Perú.—Los soldados.—El gaucho.—Costumbre general de la equitacion.—Los carruajes.—Buques de los pampas.—Viajes de las caravanas.—Poblacion francesa.—Poblacion argentina.—La cinta.—La muger de Buenos-Aires.—Acojimiento hospitalario.—Los casamientos sin dote. 209

CAPITULO IX.—La Boca.—Movimiento de la poblacion sobre el camino de la Boca.—El puente.—Diversos productos.—El lavado.—Poblacion de las barracas.—Los saladeros.—Los vascos.—Sus costumbres nacionales.—Su situacion material en la Plata.—Alrededores de Buenos-Aires.—Productos agrícolas.—El hombre.—Carácter indolente y apasionado.—La jóven enferma..... 237

CAPITULO X.—Los Santos Lugares.—La Chacarita.—Fundacion de los jesuitas.—Construcciones arruinadas.—Los refugiados indios.—El campo de los Santos Lugares.—La prision.—Crueldades del dictador..... 251

CAPITULO XI.—La Campiña.—Antigua estension del vireinato de Buenos-Aires.—Division actual de las provincias argentinas.—Poblacion.—Topografía.—Imponente soledad.—Los pastos.—Viaje por las grandes llanuras.—El vagueano.—El gaucho.—Las tropas de Rosas.—Los gefes del campo y los jueces de paz.—Modo de arruinar á un propietario 263

CAPITULO XII.—Palermo.—Rosas.—Camino de Palermo.—Campo de caballería.—Sentimientos locales.—Doña Encarnacion.—Manuelita.—Sus virtudes y su influencia.—Biografía de Rosas.—Su poder.—Sus mensajes anuales.—La Mashorca.—Régimen de terror.—Sujecion completa.—Autocracia absoluta bajo el nombre de libertad republicana.—Hermosura del país.—Su porvenir probable.—Abatimiento general de la poblacion..... 283

CAPITULO XIII.—La Banda Oriental.—Situacion geográfica.—Estension.—Productos.—Antiguas tribus indias.—Los charruas.—Sus costumbres actuales.—Colonizacion de la Banda Oriental.—Guerras sucesivas.—Fundacion de una república independiente.—Administracion de Rivera.—Presidencia de Oribe.—Guerras civiles.—Oribe y Rosas.—Derrota de Oribe.—Invasion de la Banda Oriental.—Sitio de Montevideo.—Decretos de Oribe..... 327

CAPITULO XIV.—Montevideo.—Dificultad de comunicaciones entre Buenos-Aires y Montevideo.—Aspecto de la ciudad.—La escuadra francesa.—Una página de nuestros anales marítimos.—El Sr. de Tinau.—Interior de la ciudad.

—Su prosperidad antes del sitio.—Poblacion francesa.—Costumbres hospitalarias.—Costumbres de lujo.—Alegría del carácter en el infortunio..... 371

CAPITULO XV.—Periodicos y Literatura.—Literatura política y poética.—Diarios españoles y franceses.—Balearce.—Juan Varela.—Fundacion del *Comercio de la Plata*.—Asesinato de Florencio Varela.—Alsina.—Heroísmo de una muger.—Poetas argentinos.—Dominguez—Marmol.—Echeverría.—Poetas de Montevideo.—Ascasubi.—Figueroa..... 393

CAPITULO XVI.—La ciudad sitiada.—Regularidad en la construccion de la ciudad.—Una ciudad nueva estramuros.—Trabajos abandonados.—Edificios arruinados.—Una escena de miseria.—Fusilamientos diarios antes del armisticio.—Desgracias del sitio.—Administracion actual.—Dificultades y penuria.—Ventajas del puerto de Montevideo.—Su porvenir 413

RETURN TO: CIRCULATION DEPARTMENT
198 Main Stacks

LOAN PERIOD Home Use	1	2	3
	4	5	6

ALL BOOKS MAY BE RECALLED AFTER 7 DAYS.
Renewals and Recharges may be made 4 days prior to the due date.
Books may be renewed by calling 642-3405.

DUE AS STAMPED BELOW.

JAN 0 8 2001		
	MAR 2 9 2003	

FORM NO. DD6
50M

UNIVERSITY OF CALIFORNIA, BERKELEY
Berkeley, California 94720–6000

YB 20587

M315981

U. C. BERKELEY LIBRARIES

C041190213